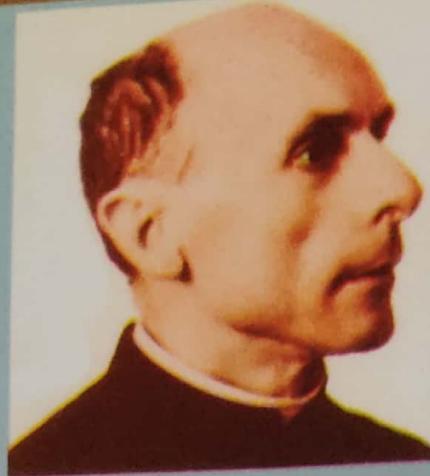


Los jinetes eran mujeres

Padre
CARLOS
BOXLER



P. Carlos Boxler

Nació en Gams en 1887. El 7 de marzo de 1913 recibió la ordenación sacerdotal, y durante siete años tuvo como campo pastoral la Parroquia de Gossau.

Animado de un exquisito celo misionero viajó a Colombia en 1921 para dedicarse al servicio de la evangelización entre los indios del sur de Colombia.

Fue nombrado capellán de las Franciscanas en Túquerres, cargo que desempeñó hasta 1925, año en el cual por motivos de salud tuvo que abandonar tierras americanas y regresar a su patria.

En Suiza le encargaron, como rector del seminario de Friburgo.

Profundamente piadoso, desinteresado, severo y bondadoso a la vez, fue padre de todos en el sentido pleno de la palabra, llenando el ambiente con el ejemplo de sacerdote asceta.

El Santo Padre honró su intensa labor nombrándolo: Prelado Doméstico.

Al lado de sus múltiples trabajos como rector, se dedicó al apostolado de la prensa, de la que se sirvió para llevar a cabo una intensa propaganda vocacional, animando a las jóvenes para ingresar a la comunidad de Franciscanas en Túquerres, y entusiasmando a varios sacerdotes para el trabajo en campos de misión.

Esta labor se vio recompensada con numerosas, sacrificadas y entusiastas vocaciones misioneras que ingresaron a la congregación fundada por la Madre Caridad.

Publicó una serie de libros con temas relacionados con las misiones, entre ellos: "Die Reiter Waren Frauen" (Los Jinete eran mujeres).

Colmado de méritos pasó a mejor vida el 29 de diciembre de 1967.

Es de desear que esta semblanza de su vida dinámica y piadosa, suscite nuevos misioneros.

J.St.-nn

(Traducción del Periódico Eclesiástico Suizo. Septiembre 10 de 1953).

PADRE CARLOS BOXLER

**LOS JINETES
ERAN MUJERES**

MADRE CARIDAD BRADER

**Título Original: DIE REITER WAREN FRAUEN
MUTTER CHARITAS BRADER**

TRADUCCION: Tomada de la 2a. edición 1952
Hermanas: Remberta Bischof
Jacinta Jeindl

REDACCION Y REVISION
Hermanas: Rosa Amalia López González
Antonieta Villegas Velásquez

PRESENTACION

La obra que tienes en tus manos, lector benévolο, es la biografía de una religiosa de origen suizo, quien por designios de la Providencia, palpable en este caso singular, resultó, sin ella pretenderlo, fundadora de una Congregación que por América Latina ha irradiado su apostolado durante este siglo XX.

Las obras de Dios, que desafían la sabiduría de los hombres, tienen origen humilde y pobre, y revolucionan el mundo. Así fue hace 20 siglos el Evangelio, y como un reflejo del mismo, hace 8 siglos, la vida y obra del gran Francisco de Asís; así también como reflejo de ambas revoluciones, esta vida y obra de la Madre Caridad es un antípodo de la renovación que el Vaticano II trazó para la Iglesia en el mundo de hoy.

Como biografía, estas páginas rebasan los límites de una persona. A través de anécdotas sencillas, cotidianas, narradas por testigos de primera mano, sin maravillosoismos, lo que recuerda las clásicas "Florecillas de San Francisco", corren como la hermana agua tan sencilla y casta, que lejos de caer en la ramplonería de lo simplemente cotidiano, translucen un alma grande, un corazón magnánimo, una voluntad férrea pero dulce, prudente y suave. Es el sello de las grandes personalidades femeninas que imitan a la Madre Inmaculada de Dios.

Encontrará el lector la amena narración de tantas contingencias, enmarcadas en esta tierra americana virgen, selvática, promisoria y desafiante. Podrá apreciar heroísmos de pobreza y de celo apostólico, al que no amedrentaron ni los peligros de la selva, de los ríos, de las inclemencias climatéricas, de las persecuciones y aún de la muerte.

El recato de la Madre Caridad no permitió tener una autobiografía y mucho menos un diario espiritual, pero los hechos, aparentemente triviales aunque de una envergadura de gigante, obligan a deducir que la vida interior de esta alma singular, su unión con Dios que vivificaba su espíritu, tuvo que ser de altísimo calibre. Si hubo arrobos místicos, revelaciones y teofanías particulares, quedaron sepultados con su muerte. Probablemente no las hubo y no son indispensables, porque las maravillas de Dios se hacen en, por y con la humildad de su esclava o servidora del Señor. Así fue la vida de la Madre Caridad.

Siguiendo estas mismas líneas se transluce en la vida de este ser privilegiado, el rasgo hoy proclamado desde Puebla de amar la cultura autóctona insertándola en el tipo de vida humilde y pobre de los evangelizados para respetuosamente evangelizar.

Rasgo inconfundible de una vida excepcionalmente santa es ser testimonio y ejemplo que arrastra contagiando. Fenómeno que se repite en la historia de dos mil años de Iglesia con los Fundadores de órdenes, congregaciones e institutos de vida consagrada. En nuestro caso, este sello garantiza y avala la vida de la Madre Caridad.

Para quienes siguen este modelo de vida, plasmado en las constituciones aprobadas por la Santa Sede, la biografía de su Madre Fundadora será de invaluable ayuda para puntualizar el "Carisma" sin el cual, a tenor del Vaticano II, no se puede dar una auténtica renovación religiosa.

Jaime Vélez Correa, S.J.

Algunas de las personas que más se han beneficiado de su labor han sido las personas que más necesitaban. La señora María del Carmen, una de las personas que más se han beneficiado de su labor, es una persona que ha vivido en la calle durante muchos años. La señora María del Carmen es una persona que ha vivido en la calle durante muchos años.

Algunas de las personas que



Madre Caridad Brader

ABISMOS, SELVAS Y CIENAGAS

El ruidoso galopar de los caballos retumba en el silencio de la montaña.

La pequeña caravana ha recorrido la extensa planicie y comienza a descender hacia el profundo precipicio. A la derecha se levanta el volcán Azufral y hacia la izquierda, a una altura de 4.500 mts. se yerguen, cubiertos de nieve perpetua, los dos volcanes más antiguos: El Chiles y El Cumbal. A sus pies, allá en la lejanía, se encuentra la pequeña ciudad de Ipiales que, como toda la altiplanicie, pertenece a Colombia, y cerca de aquella hacia el sur, se encuentra la frontera con el Ecuador.

Serpenteando la montaña, lentamente y con mucha dificultad, bajan las viajeras sujetando fuertemente los caballos con las riendas para impedir que se despeñen. Estos, con su casco, palpan cautelosamente los guijarros. A menudo tropiezan y ponen al jinete en peligro, porque el camino es intransitable.

Después de dos horas de viajar por tan inusitados vericuetos, con un suspiro de alivio, llega la caravana a una llanura. Ahora tienen la esperanza de que por algún tiempo podrán avanzar tranquilamente.

Pero...no es así.

En una muy pronunciada curva del camino se encuentra Salazar, el encargado de conducir el caballo con la carga. Sin pronunciar palabra señala con la derecha hacia adelante y grita a los jinetes: ¡Miren allá! ¡Se cayó el puente!

Los jinetes son dos mujeres que visten el hábito color pardo de San Francisco. En la cabeza sobre el velo negro, llevan un blanco y amplio sombrero de paja.

Ante la insinuación del joven arriero, detienen sus caballos, miran con temor el torrente que ruge ante ellas, y contemplan el sitio donde estuvo el puente.

- ¿Cómo lo podremos atravesar? Pregunta la más joven. El río parece profundo, y por ninguna parte se ven chozas ni huellas de seres vivientes.
- Tenemos que ver cómo pasamos a caballo. Dios nos ayudará. ¡Animo! ¡Adelante! fue la respuesta de la mayor. Y aguijoneando su caballo lo anima a avanzar. Paso a paso, muy lentamente, éste camina por entre piedras, y entra en el río. El agua le llega hasta las ancas, y parece que se sumergirá más todavía.
- No miren al agua sino a la orilla para que no les dé mareo, grita una voz.

Finalmente ambas están al otro lado.

- ¡Gracias a Dios! exclama la mayor. Todo pasó felizmente. Nunca se debe capitular frente a un obstáculo. Si se afronta con valentía está casi superado.

- Obstáculos y dificultades como estos, continuamente tendremos en este viaje, respondió aquella a quien se le dirigió la palabra, y temo que con mayor frecuencia de lo que quisiéramos.
- También yo creo que, sin duda alguna, nuestro viaje es una temeridad y puede llegar a convertirse en una aventura. Si éste no fuera urgente y necesario, nunca lo hubiera emprendido. Sin necesidad no se pone la vida en juego.

El angosto valle, encerrado entre montañas, se abre y dá lugar al pueblito de Piedrancha. A la derecha del camino, delante de una gran choza de paja, construída sobre estacas, y situada bajo la sombra de los naranjos, los jinetes bajan de sus caballos para descansar.

- ¡Bienvenidas! ¡Bienvenidas! grita una voz. Y aparece la dueña de la choza, una mujer de 90 años.
- En verdad, ¿nos conoce todavía? Preguntan las recién llegadas a la anciana.
- Naturalmente, responde la anciana. La más delgada es la Hermana Francisca. Hace dos años se hospedó aquí cuando tuvo que salir de Barbacoas huyendo de los revolucionarios.

Y usted, la más gordita, es la Madre Caridad. Hace nueve años fundó un convento en la altiplanicie de Túquerres. Cuando viajaba hacia allá se hospedó aquí. Sé que desde entonces ha sufrido y pasado muchas cosas, especialmente durante los tres años del terrible flagelo de la guerra contra la religión.

Alabado sea Dios que ya ha pasado todo! Por suerte fueron derrotados los enemigos de la Iglesia, de lo contrario nos hubiera ido muy mal.

- ¿Cuál es ahora su propósito? ¿Piensa abrir nuevamente la escuela en Barbacoas?
- No querida Brígida. Ciertamente iremos a Barbacoas, pero no nos quedaremos allá. Tenemos que viajar a Europa. Ya sabe usted que somos de Suiza y vamos a la patria en busca de nuevas Hermanas para nuestra misión.
- Ese plan no es realizable, dice la anciana moviendo la cabeza. No llegarán a Barbacoas. Si mucho, en una jornada lograrán ir hasta Altaquer, pero de allí en adelante el camino es completamente intransitable o ya no existe. Nadie ha pasado por él desde la guerra, durante la cual estuvimos incomunicados con la costa. A ustedes les será totalmente imposible llegar a su destino. Esta noche quedense con nosotros y mañana o pasado mañana regresen nuevamente a la altiplanicie de Túquerres. Continuar el viaje es demasiado arriesgado.

Los hijos e hijas de Brígida, que mientras tanto se preocupaban por mantener encendido el fuego, confirmaron lo que decía su madre.

Después de tomar un refrigerio, las Hermanas se retiraron a un pequeño cuarto. Rezaron las oraciones de la noche y cansadísimas, acostadas sobre un duro jergón, trataban de descansar y de dormir.

Muy de mañana, delante de la choza, ya estaban los caballos ensillados. Las Hermanas, listas para continuar el viaje, bajaron por la endeble escalera.

- ¿Realmente quieren ir a Barbacoas? Pregunta la señora con angustia.
- Dios lo quiere, buena Brígida. El nos ayudará, contesta la Madre Caridad. No se preocupe por nosotras. Le agradecemos su gentileza, su buena acogida y amabilidad.

Apoyando el pie en un banco cada una sube al caballo y se sienta cómodamente sobre el galápago. Una larga falda negra, propia para el caso, las cubre llegándoles hasta los zapatos. La pequeña caravana se pone en movimiento.

- Dios la guarde, querida Brígida, dicen las hermanas en son de despedida.
- El Angel de la guarda las guíe, contesta la anciana, lo necesitarán. ¡Feliz viaje! Tendremos mucha alegría si nos volvemos a ver.

Durante todo el día continúan el viaje entre dos altas cordilleras: ya bajando, ya subiendo, ya siguiendo a lo largo de la cumbre. A la izquierda, una cascada desciende por una escarpada roca hasta el río que, unos cien metros más abajo, ruge con estruendo. En algunos sitios el camino no existe porque ha sido arrasado por el río. No obstante los jinetes tienen que pasar por ahí. Se detienen, desmontan y pasan a pie la parte peligrosa. El fiel Salazar conduce los caballos.

- ¿Sabe usted lo que significan esas cruces a la orilla del camino? Pregunta el muchacho.
- ¡Oh sí! Recuerda a los viajeros que se despeñaron y encontraron la muerte en la profundidad del abismo, responde la Madre Caridad. Dios les dé el descanso eterno.

Nosotras podríamos correr la misma suerte, pero confiamos en la protección divina.

Al tercer día de camino atraviesan la cresta más elevada de la cordillera occidental. Desde aquella altura la vista se pierde ante un extenso y espléndido paisaje. Bosques a derecha e izquierda forman una ilimitada selva que, a la lejanía, semeja un mar de verdosas aguas.

Al otro lado se encuentra el océano Pacífico, pero es imposible divisarlo; son demasiado extensas las selvas con su inagotable fertilidad y sus incontables secretos.

- Allá está Barbacoas, dice Salazar, aunque no la alcanzamos a ver porque todavía está muy lejos. Tampoco se ve el río Telembí, por el cual ustedes tendrán que navegar para llegar al mar. Yo quisiera que ya estuviéramos abajo.
- Nosotras también, dice riendo la Madre Caridad.

A medida que avanzan, la cima de la montaña se va haciendo cada vez más angosta. A la izquierda y a la derecha se abren profundos abismos. Las misioneras cabalgan rezando en silencio, y no se atreven a mirar la espantosa profundidad.

De repente tropieza el caballo que va adelante. Se oye un grito.

- ¡Dios mío, se va abajo! ¡Angel de la guarda ayúdanos!

La Madre Caridad tira fuertemente hacia atrás las riendas de su caballo, y lo obliga a levantarse. El animal tiembla, y se detiene al borde del abismo. La jinete despavorida mueve sus labios elevando una oración de acción de gracias al Angel de la guarda.

- Madre Caridad, ha tenido suerte, exclama la Hermana Francisca. Hubiera podido caer al abismo destrozándose los miembros. No puedo imaginarme lo que hubiera significado eso para usted, para mí y para todas las Hermanas.

- Yo sí, responde la Madre Caridad. Otra me hubiera reemplazado y todo hubiera seguido adelante.

Sopla un fuerte viento y se desata la tempestad en la selva. Nubes oscuras surcan el horizonte y poco a poco se agigantan y son cada vez más numerosas y negras. El sol oculta su faz y comienzan a caer las primeras gotas.

Las Hermanas se detienen, sacan los encauchados con los cuales se cubren, y al sombrero de paja le colocan un forro de caucho. Así quedan debidamente protegidas y aunque llueva copiosamente no les penetrará ni una gota de agua. El fuerte aguacero que se ha desatado puede durar largas horas y transformar el ya mal camino en lodazales espantosos.

El trayecto que recorren los jinetes está desde hace años completamente descuidado. Los caballos pisan indecisos, se hunden hasta las ancas en el lodazal y salpican los vestidos, las manos y la cara de las Hermanas. Sacan con dificultad las patas del barro, las posan por un momento, sobre terreno firme, para volver enseguida a tropezar con nuevos obstáculos.

El caballo blanco, con sus cuatro patas enterradas en el lodo, peligrosamente empieza a deslizarse unos metros hacia abajo. La caravana se detiene. Con ojos desorbitados, el caballo busca cómo salir del atascadero.

- Salazar, ¿por dónde está el camino? ¿Nos habremos equivocado? pregunta la Madre Caridad.
- Yo no sé. Por aquí no se ven rastros de camino, responde el muchacho que, con el caballo de carga, ya está a su lado. Desconsolado y meneando la cabeza, mira por todos los lados. También tiene puesto un encahuchado, y está cubierto de lodo hasta la cintura. Parece un albañil.
- Era cierto lo que nos dijeron en Piedrancha, dice la Madre Caridad. Hum...Hum...¿Seremos capaces de salir airosas de este lodazal? Como se presentan las cosas transcurrirán todavía largas horas. Sin embargo se debe pasar por aquí si se quiere llegar a Barbacoas. Es imposible encontrar un desvío para avanzar más aprisa.

Salazar toma de la rienda la bestia de carga y con palabras cariñosas la anima para que avance a pesar del aguacero y del lodo. Las Hermanas le siguen.

Lentamente avanzan luchando para guiar alas cabalgaduras por terreno firme. De vez en cuando Salazar resbala y cae en el barro.

Los caballos se detienen y olfatean en busca de un mejor terreno para andar. De repente brincan sobre un obstáculo y nerviosamente avanzan un corto trecho a todo galope.

De improviso se escucha un grito. El caballo negro se ha precipitado a un charco de lodo y pantano.

A duras penas pudo la Hermana Francisca saltar para no quedar debajo de la bestia. Asustada, su compañera mira la escena. ¡Señor, líbranos de una desgracia!

Mientras el caballo lucha por salir del lodazal en el cual se sumergió al caer, la religiosa se levanta cubierta de pantano desde la cabeza hasta los pies.

- No me ha pasado nada, exclama. Caí como los acróbatas en el circo. Alguien debería imitar esta manera de caer.
- No, no. Creo que nadie querrá imitarla. Por lo menos yo no, dice la Madre Caridad, lanzando una sonora carcajada. También Salazar se contagia de la alegre risa de la Madre.
- Reverenda Madre, no deberíamos reirnos, dice pensativo. El trayecto que nos falta es muy largo y la situación es desesperante. Como veo, vamos de mal en peor. Sólo encontraremos cuestas o declives convertidos en fango por la lluvia. Además ya comienza a anochecer. Ustedes se convencerán de que

no podremos seguir. Lo mejor sería que regresáramos.

- ¡Pobre joven! dice la Madre Caridad a su compañera. En realidad le he exigido mucho.

Enseguida abre su morral, saca un pedazo de torta y vierte en una taza el contenido de una botella. Llama al fiel guía, le da una taza de café, y ofrece lo mismo a su compañera de viaje.

También las fatigadas bestias reciben como alimento un trozo de panela que devoran ávidamente.

- Ahora estamos fortalecidos y podemos continuar el viaje, exclama la Madre Caridad, una vez que ha cerrado la bolsa de provisiones. No podemos regresar. Es absolutamente necesario llegar a Barbacoas y luego al mar.
- Salazar, ya verá que todo resultará bien. Dios es Todopoderoso, confiemos en su auxilio. Todo por amor a Dios y como El lo quiere. Así diciendo, da un suave golpe a su caballo el cual comienza a andar seguido por los otros.

Al anochecer llega la pequeña caravana al pueblito de Pilcuán y en una pobre choza encuentran hospedaje. Un cuarto de hora más tarde está todo el pueblo reunido a su alrededor.

Las recién llegadas cuentan las peripecias del viaje, y los sencillos campesinos casi no pueden creer que las dos religiosas hayan atravesado ese camino en medio de tantas dificultades. Saben muy bien lo que ello significa y

por eso las contemplan admirados.

Sean dadas gracias al buen Dios, dice la Madre Caridad, al terminar el relato. Ciertamente hemos soportado muchas angustias en estos días, pero hasta ahora todo ha salido bien.

Como la Madre habla de proseguir el viaje, los campesinos se muestran preocupados.

- Madre, el camino desde Altaquer hasta aquí es muy malo, pero es todavía peor de aquí a Buenavista. Es imposible que ustedes puedan hacer este trayecto; ni los hombres de aquí se arriesgarían aunque están acostumbrados a los malos caminos. Es imposible este viaje para mujeres como ustedes. La única solución es regresar.

Todos los presentes están de acuerdo con el que habla.

- Sí, así es, no hay otra solución que regresar.

La Madre Caridad les agradece su preocupación, pero no pierde el ánimo.

- Será difícil, opina finalmente, pero Dios quiere este viaje y, por lo tanto, El nos ha de ayudar. El mal camino será solamente un trecho, luego estará mejor.

Después de una noche de lluvia, al amanecer, salen las Hermanas de Pilcuán. A pesar de su empeño en continuar el viaje, no se libran de un secreto temor al recordar las aventuras pasadas, y los relatos de los sencillos pobladores de la aldea. Su única confianza está puesta en el Señor.

Verdaderamente se requiere mucho valor para continuar la marcha.

Muy pronto comprueban que los pobladores de Pilcuán, no exageraron los peligros. Las dificultades, los sustos y sacrificios de ayer, se repiten hoy, y aún con mayor intensidad. En los sitios más peligrosos desmontan las viajeras y siguen caminando. Pero esto no es andar, sino dar traspies continuamente. Las Hermanas caen una y otra vez, se hunden en el fango y después se detienen desconcertadas buscando la manera de salvar pasos de tanto riesgo. Nuevamente suben al caballo y tratan de avanzar, pero pronto se dan cuenta de que cabalgar es demasiado peligroso porque los caballos continuamente tropiezan, se deslizan y parece que tienen miedo para continuar transitando por esos caminos.

Las Hermanas deciden continuar a pie, lo que hacen hora tras hora. Es desesperante. Finalmente tienen ante sus ojos la aldea de Buenavista. Lo peor ha pasado.

Al llegar, se dirigen enseguida a la pequeña iglesia para agradecer al Señor de cielo y tierra por haberlas librado de tantos peligros. Precisamente en ese momento sale, de la casa de Dios, el obispo Ezequiel Moreno, que está haciendo la visita pastoral en el lugar.

Pero, por amor a Dios Madre Caridad, ¿usted aquí? ¿Cómo ha podido viajar por estos caminos tan horribles?

En pocas palabras la interrogada cuenta los acontecimientos de los días anteriores.

- ¿Por qué no esperaron un tiempo más favorable para

emprender este viaje? ¿Es tan urgente el motivo que las mueve a hacerlo? pregunta el obispo al terminar la Madre su relato.

- A causa de la revolución estuvimos totalmente incomunicadas con nuestra patria, y ahora necesitamos con urgencia más religiosas. Además, queremos cancelar las deudas contraídas en Suiza. En mi última estadía allá, yo encargué muchas cosas necesarias, pero durante todo el tiempo de guerra no fue posible enviar dinero al exterior. Por ese motivo, hace mucho tiempo que estoy muy preocupada. ¿Qué pensarán nuestros acreedores? ¡Qué mala impresión tendrán de un convento que no paga las deudas! Por eso queremos a toda costa aprovechar esta primera oportunidad para poner en orden nuestros asuntos.
- Usted tiene razón, pero ahora vengan a la casa cural para compartir conmigo el almuerzo.

La Madre da una mirada a su hábito cubierto completamente de lodo.

- Gracias Excelencia, responde sonriendo con picardía. Realmente no es posible, no se distingue el color de nuestros hábitos. Parece que nos hubiéramos revolcado en el lodo. Por esta causa almorcáron aparte, y después continuaron su camino.

Antes de partir, el Señor Obispo a quien el pueblo venera como a un santo, les dió su bendición apostólica. Durante largo rato mira a los jinetes alejarse. Verdaderamente la Madre Caridad es más valiente que todos nosotros. Es una excelente religiosa. Me alegro que

tanto ella como su convento estén en mi diócesis, y no he de descansar hasta que logre una fundación en Pasto, ciudad de mi residencia.

AL BORDE DE LA SELVA

Brillaba un sol esplendoroso en el azul del cielo, cuando retumbó el paso de los caballos en las, hábilmente empedradas, calles de Barbacoas.

La gran población está situada en una región escabrosa al borde de la selva. Las casitas se agrupan alrededor de una sencilla iglesia de tablas, que contrasta con la construcción de las casas de la altiplanicie, las cuales las hacen con tapias de barro. Por ser clima caliente, prefieren la guadua para las construcciones porque quedan más frescas y así los habitantes sienten menos el calor.

A la derecha el camino baja todavía algunos metros, y por la hondonada corre el bullicioso y ancho río Telembí que luego, por el occidente, se pierde entre la verde selva. Numerosas canoas se hallan en la orilla. Un pequeño barco está atado al muelle. Los hombres están ocupados cargando mercancías, pues el río es navegable hasta el océano por embarcaciones livianas. Una de éstas, llamada "Kutter", saldrá al día siguiente.

En las puertas de las chozas y en la pequeña plaza, negritos de cabellos ensortijados, vestidos pobemente, corren y juegan entre alegre bullicio.

Al ver a las Hermanas a caballo, se detienen y las miran

asombrados. Por todas partes aparecen negros: hombres y mujeres de elevada estatura que miran con curiosidad a la pequeña caravana. Se agrupan, y con desusada locuacidad, todos quieren a un mismo tiempo hablar acerca de las viajeras. Inmediatamente todo el pueblo sabe quiénes son las dos Hermanas que, desde los caballos, los saludan amablemente. Todos se ponen de rodillas y quieren recibir la bendición de las "Reverendas Madres".

El estado de los vestidos de las Hermanas, totalmente cubiertos de lodo, lo mismo que el de los caballos, indican a la gente cuán espantoso ha sido el camino que han recorrido, y las aventuras que han debido pasar las viajeras.

- ¡Heroínas! ¡Heroínas! es el murmullo de admiración que se escucha por todas partes.

En la plazuela del pueblo, los jinetes se detienen. Don Ramón abre el portón de un patio interior, las hace entrar y les da la bienvenida.

Tan pronto como los huéspedes se han sentado a la mesa, en donde les sirven un refresco de dulce piña para mitigar la sed, los habitantes, jóvenes y mayores, negros y algunos blancos, se aglomeran a la puerta de la casa.

- Nos alegramos de ver nuevamente a nuestra antigua maestra, dicen acercándose a la Hermana Francisca. ¡Qué pesar que las buenas Madres nos han abandonado! Llegaron en octubre de 1895 y en noviembre de 1899 se fueron para siempre. Pero esperamos que regresen.

- ¿No es verdad que usted enviará otra vez a sus hijas? dicen en ademán de súplica a la Madre Caridad. Sin ellas, somos como huérfanos abandonados. ¿Qué será de nuestras niñas y jóvenes sin las Hermanas que las eduquen? Déjenos a la Hermana Francisca aquí, todos la recordamos con mucho cariño y gratitud.

Mientras hablaban se iba aumentando el número de personas a tal punto, que casi no cabían en la sala. Cada vez era más insistente la súplica solicitando el regreso de las Hermanas.

Con profunda pena contempla la Madre Caridad ese grupo de gentes sencillas. Con qué gusto les ayudaría! Pero no puede.

- ¿Ustedes saben, por qué nuestras Hermanas se vieron obligadas a salir?

En aquel tiempo yo me encontraba en Túquerres sumamente preocupada por mis hijas, porque sabía que estaban en gran peligro. A causa de la guerra no les podía mandar provisiones, ni siquiera una carta. Pero no fue ésta la causa de la salida.

Ellas también hubieran soportado el hambre que reinaba aquí, cuando se destinaron los víveres para el ejército, y no mandaban provisiones de ninguna parte. Pero llegaron los enemigos de la Iglesia de quienes se contaban infamias y horrores. Por lo tanto, era imposible dejar que las Hermanas cayeran en sus manos, pues el objeto de su odio feroz eran los sacerdotes y las religiosas.

Lo que sucedió después puede referirlo la Hermana Francisca, que entonces se encontraba aquí.

Profundamente conmovida recuerdo la despedida de ustedes, comentó la aludida. Nunca olvidaré aquella mañana de noviembre, cuando nuestro capellán, el Padre Silvestre Seuva, nos informó que llegaban los enemigos y que debíamos huir inmediatamente. Hacía tres semanas que esperábamos con ansiedad y terror este momento para el cual nos preparábamos secretamente. Conocedoras del afecto que nos profesaban no nos sentíamos con ánimo de comunicarles nuestra partida.

- Pero nosotros muy pronto nos dimos cuenta, replicaron algunos negros.
- ¡Oh sí! continuó la Madre Francisca. Cuando entregamos a una familia amiga nuestros pocos haberes para que los guardaran, algunas personas comprendieron lo que pasaba y al momento niños y adultos rodearon nuestra casa llorando y lamentándose, pues no querían que nos fuéramos.

Como los revolucionarios ya estaban en la otra orilla del río y Barbacoas contaba solo con 25 hombres para la defensa, estos tuvieron que huir durante la noche. Así, que nuestra estadía aquí era imposible.

Nuestra superiora la Madre Agnes fue la última en salir de la casa. Un buen grupo del pueblo fiel, que nos apreciaba, nos acompañó largo trecho, y no quería separarse de nosotras. Nos costó trabajo convencerlos que debían regresar.

- ¿Y cómo les fue en la huída?

Tuvimos que soportar muchos sobresaltos. Apenas al atardecer, una compasiva mujer que encontramos en el camino, nos ofreció unos huevos. Sólo entonces caímos en la cuenta de que no habíamos comido en todo el día. Faltándonos la necesaria provisión, aceptamos agradecidas esta ayuda.

- ¿No las atacaron?

Estuvimos a punto de que ocurriera una gran desgracia. La primera noche, en medio de la oscuridad, íbamos a pie por el camino que conduce a Túquerres. De repente una patrulla conservadora gritó: ¡Alto! Como no sabíamos lo que esto significaba, y por lo tanto no contestamos, oímos consternadas la orden del comandante: ¡Fuego! ¡Fuego! En este momento una de nosotras gritó temerosa: ¡Somos unas madrecitas!

Los soldados asustados del desastre que se hubiera producido si hubieran hecho fuego, bajaron los fusiles.

- ¿Estaban solas en la huída? preguntaron los negros.

Se unieron a nosotras algunos Padres Capuchinos que deseaban seguir hacia Tumaco, pero luego regresaron. También un inspector de escuelas, el Doctor Enrique Muñoz, Prefecto de la Provincia, quien había pedido a la Madre Caridad la fundación de una escuela en Barbacoas, y otros señores. Los 25 soldados del pueblo se unieron más tarde a nuestro grupo.

- Fue una suerte que hubieran huido ese día. En la

noche siguiente los enemigos invadieron el pueblo.

Ese día por la mañana escuchamos disparos. De boca en boca se oía decir: ¡Llegan los radicales! ¡Llegan los radicales! A los pocos minutos todos emprendimos la huída: religiosas, sacerdotes, autoridades y soldados, en confuso desorden y en agitada marcha. Durante cinco horas subimos hacia la cordillera. Sólo en la pequeña población de Buenavista nos sentimos seguros. Los soldados se quedaron allí esperando el refuerzo que les venía de Túquerres. Pero nosotras continuamos la huída.

Al cuarto día un grupo de personas vino a nuestro encuentro trayendo algunos caballos. Los envió la Madre Caridad. El Padre Hecker venía como guía. ¡Qué contentas nos sentimos! Teníamos caballos y provisiones.

A los pocos días llegamos a la altiplanicie, y poco después, agotadas por las fatigas, las penalidades y los sobresaltos, tuvimos la dicha de llegar a la Casa Madre en Túquerres.

- ¡Cómo nos tranquilizamos con su llegada! exclamó la Madre Caridad. Tuvimos mucha razón para agradecer a Dios que las había salvado de tantos peligros.
- Y ustedes, aquí en Barbacoas, tuvieron que pasar grandes dificultades, ¿no es verdad?
- Así fue, exclamaron varias personas.

En primer lugar, los revolucionarios se apoderaron de nuestro pueblo, y expulsaron las tropas defensoras. Les llegaron refuerzos, y todos juntos empezaron a demostrar

su hostilidad contra la Iglesia. En uno de los combates gritaban: ¡Abajo Cristo! ¡Viva el diablo! La sacristía la utilizaron como caballeriza. Uno de los soldados disparó contra el Sagrario, rompió el copón con el sable, lo envolvió en un pañuelo y se lo llevó para hacer con él un estribo. Otro se vistió con la sotana de nuestro capellán, el Padre Hecker, y hacía burla de la extremaunción.

A nosotros personalmente nos fue muy mal. Los revolucionarios impidieron la entrada de víveres. Tuvimos que aprender a ayunar. Muchas personas murieron de hambre y otras de disentería. A todo esto se sumó la gran catástrofe: el incendio del pueblo.

¡Dios mío! cómo corría la gente de un lado a otro con el espanto reflejado en sus caras, bien para salvar sus pocos haberes o para apagar el fuego. Este se extendió con rapidez y la población quedó convertida en un mar de llamas. Días después sólo se veían ruinas humeantes. Todo se había quemado. Gracias a Dios que las Hermanas no tuvieron que experimentar esto.

¿Pero, qué es esa bulla delante de la casa?

Se oían muchas voces que gritaban: ¡Démos de nuevo a las Reverendas Madres! ¡Démos de nuevo a las Reverendas Madres!

En la puerta apareció el Señor Cura párroco de Barbacoas en compañía del Prefecto de la Provincia, Doctor Enrique Muñoz. Se metieron entre la muchedumbre y se acercaron para saludar cordialmente a las religiosas y presentar a la Madre Caridad la petición: Nosotros y todo el pueblo queremos tener nuevamente a las Hermanas, para que

ellas eduquen a nuestros niños, y a los adultos les hablen del buen Dios, les enseñen a orar y los preparen para recibir los sacramentos.

- Gustosamente les ayudaría, contesta la Madre Caridad, pero por ahora tenemos muy pocas hermanas.

Algunos respondieron: Ojalá que ustedes hayan olvidado que a las primeras Hermanas las tratamos muy mal. Usted nos mandó cuatro religiosas, y nosotros esperábamos dos. Por eso sólo les dimos un pequeño cuarto con dos camas y proporcionamos comida solamente para dos personas. Sabemos que las cuatro sufrieron hambre y varias incomodidades. Hoy nos sentimos muy apenados.

- ¡Oh! ninguna murió de hambre, dijo la Madre Caridad sonriendo bondadosamente.

Al principio ustedes no se daban cuenta del intenso trabajo, y por eso no quisimos disminuir el número de religiosas. Contábamos con su comprensión y nobleza de carácter. Por lo tanto, vine yo personalmente y traje otra Hermana en reemplazo de una que estaba enferma. Animé a mis queridas hijas y les dije que tuvieran paciencia, que trabajaran con empeño y poco a poco se ganarían su amistad y comprensión. Esto se cumplió. Pronto se ganaron la confianza, les dieron generosamente todo lo que necesitaban y recibieron regalos de personas buenas que se preocuparon mucho por ellas.

- Así fue, exclamaron todos los allí reunidos. Las Hermanas eran nuestras amigas, y verdaderas madres para grandes y pequeños.

- Ellas también lo sintieron así, dijo la Madre Caridad, y estuvieron felices trabajando en medio de ustedes.

Los niños asistían a la escuela con gran entusiasmo; y los domingos, los adultos a la enseñanza del catecismo. El número de alumnos creció rápidamente y fue necesario una Hermana más.

Las religiosas trabajaron como verdaderas misioneras, enseñando a pequeños y grandes los misterios de nuestra santa religión y las verdades de la fe. Eran felices porque veían la buena voluntad con que ustedes aprendían a conocer a Dios.

Nosotras vivíamos verdaderamente muy felices, dice la madre Francisca. Recuerdo con verdadera emoción, especialmente la misión que predicó Monseñor Moreno en compañía de varios sacerdotes. Nosotras preparábamos a la gente para la confesión y comunión, porque los sacerdotes estaban muy ocupados durante esos días y no podían dedicarse a esta tarea. Sólo admitían a la confesión a las personas que presentaban el comprobante de parte nuestra, en que constara que estaban suficientemente preparados.

- Yo fui preparado por usted, madre Francisca; y yo, y yo, exclamaron varios de los presentes.

- Yo también fui preparado por usted. ¿Recuerda? dice un joven negro que de improviso se presenta ante la Hermana Francisca.

Es cierto querido Martín, contesta la interrogada, al mismo tiempo que deja oír una sonora carcajada. Fue una historia

muy graciosa. Tú contabas entonces 17 años más o menos y no te habías confesado nunca. Tu abuelo te trajo y me pidió que te confesara. Le expliqué que eso sólo podía hacerlo un sacerdote porque ellos son los que tienen el poder de perdonar los pecados. Pero el anciano no quería entenderlo así. Usted, y solamente usted, es quien escuchará la confesión de mi Martín. Fue necesaria una larga explicación, mucha paciencia y bastante tiempo, para que el buen abuelito comprendiera el asunto.

- Entonces usted misma me preparó y fue conmigo donde el sacerdote, dijo Martín. Yo me sentí inmensamente feliz cuando él me perdonó mis pecados.
- Nosotros también, claman todos los presentes.

Las Hermanas manifestaban un corazón tan maternal, dice una mujer, que algunas mamás hasta les hubieran dado sus hijitos porque estaban seguras que con ellas serían felices y llegarían al cielo.

- Madre, usted ve como piensa el pueblo de Barbacoas, y cómo recuerdan a las Franciscanas de Túquerres, comenta el señor Cura Párroco. Así que, respetuosamente, le pedimos nos envíe nuevamente algunas de ellas tan pronto como le sea posible.
- Gustosamente, responde la Madre Caridad. Espero encontrar en mi querida Patria Suiza, hacia donde viajo ahora, muchas vocaciones para nuestra misión.

Pero usted no vino de Suiza a Colombia, sino del Ecuador, observa el Prefecto.

Ciertamente, yo salí de Suiza en el año de 1888, con mi superiora que era entonces la Madre Bernarda y otras cinco compañeras, con destino a Chone, en el Ecuador. Cinco años más tarde fui enviada a Túquerres con la orden de fundar un pequeño convento. En 1895 estalló en el Ecuador una espantosa revolución contra la Iglesia, como ustedes lo saben, ya que ese movimiento revolucionario entró también en esta nación.

- ¿Cómo les fue a sus Hermanas en Chone, durante la guerra?

Tuvieron que abandonar el Ecuador y embarcarse con rumbo a Panamá, por el océano Pacífico. Posteriormente se instalaron en Cartagena y casi no tuvimos noticias de ellas. Para nosotras fue un gran beneficio haber podido llegar a Colombia antes de la revolución.

Para nosotros también, agregó el Señor Cura. Enseguida dio las buenas noches y salió de la casa con el Doctor Muñoz. La noche avanzaba rápidamente. Poco a poco se fueron retirando los demás visitantes y todo quedó en completo silencio.

A la mañana siguiente las dos Hermanas abordaron el pequeño barco y partieron, desapareciendo entre la selva, ante la numerosa multitud del pueblo.

Salazar regresó con los caballos a la altiplanicie.

CAIMANES, TIGRES Y UNA HECHICERA

Meses más tarde.

La Madre Caridad con un grupo de postulantes, pasean a lo largo de un camino junto al mar, a la sombra de las palmeras. Los magníficos penachos de éstas, se mueven agitados por el viento, y de ellos cuelgan grandes racimos de cocos. La arena, increíblemente blanca y fina, ahoga el ruido de los pasos, y el océano Pacífico con suave murmullo arrastra sus olas hasta que se pierden en la playa.

Un barco anclado en la orilla se balancea, y desde las livianas barcas transportan hasta él la mercancía. Es una embarcación que se dirige al Ecuador, y no pudo llegar hasta el puerto, porque las aguas son poco profundas.

En ese buque, procedente de Panamá, había llegado la Madre Caridad el día anterior.

Esta hermosa isla se llama Tumaco, como la pequeña ciudad, explica la Madre a las compañeras, que de Suiza habían venido con ella. Desde aquí seguiremos nuestro viaje en un pequeño barco, navegando por el río en medio de la selva, hasta Barbacoas. Luego seguiremos

unos cinco días a caballo por el interior del país, hasta la altiplanicie de Túquerres en donde se encuentra nuestra Casa Madre.

- Entonces estaremos nuevamente en casa, comenta una de las postulantes. Yo espero con alegría el viaje en medio de esa silvestre región llena de secretos.
- Y yo, mi primer viaje a caballo, opina otra con gran entusiasmo.
- Yo siento algo de temor, dice una tercera, pues he oído decir que los caballos de repente se asustan y corren galopando. Yo jamás he montado en ellos.

Le daremos el caballo más manso, dice tranquilizándola la Madre Caridad. Así no tiene nada que temer. El viaje en realidad es penoso cuando no se está acostumbrado. En las regiones bajas se sufre por el calor y en las altas por el frío, pero una misionera lo soporta con alegría por amor a Dios y a las almas abandonadas. Más que montar a caballo me preocupa a mí el Telembí.

- ¿Y qué es el Telembí? ¿Acaso una enorme culebra?
- Es un río muy grande que atraviesa la selva.
- ¿Estaremos en peligro de naufragar o de ser devoradas por los caimanes?

No precisamente, pero puede que haya sequía, que el río lleve poco caudal y eso dificulta la navegación. Ayer, en el puerto, me cercioré de ello. Al preguntar cuándo podremos llegar a Barbacoas, el capitán se encogió de

hombros y opinó que quizá dentro de dos o tres días, una semana o algo más. Por ahora es imposible saberlo. Hay que esperar a que llueva en la montaña para que aumente el caudal del río.

Las futuras misioneras caminan por las bulliciosas calles de la pequeña población. Hay alegría y movimiento, y desde las chozas de bambú, cubiertas de hojas, se oye el cacarear de las gallinas.

Después se pierden en el silencio de la pequeña iglesia. Allí, piden al Señor de la naturaleza, que envíe la lluvia. Delante del Santísimo no se sienten ya en un mundo desconocido sino como en su propia casa, y están tranquilas y contentas.

Cada mañana, después de la Santa Misa, va la Madre Caridad al puerto para informarse si el buque partirá pronto con rumbo a Barbacoas, pero cada vez regresa más desilusionada. Para las misioneras es desconsolador tener que permanecer inactivas.

La que conduce el grupo se preocupa por el aumento de los gastos si su permanencia allí se prolonga demasiado. Ella es pobre, el viaje desde Suiza ha costado mucho dinero, y de Tumaco a Túquerres también hay que pagar mucho... Esta larga estadía en la isla será más gravosa aún.

Nada se puede hacer, sencillamente hay que someterse a lo inevitable. Pasan diez días y, finalmente, llega la hora tan ansiada.

Las Franciscanas, llenas de alegría, abordan el barquito.

Son las únicas pasajeras. El "Tumaco" va lentamente por el río. Las diez hermanas, desde la cubierta contemplan emocionadas la hermosa isla con sus extrañas construcciones, las bellas palmeras, el brillante mar en el cual se reflejan los rayos del sol y una segunda isla cubierta de bosques, que aparece entre las azuladas aguas.

Después de una hora aparece la selva a la orilla del río y el barco rechiflando, llega a la desembocadura del Telembí; ha vencido la peligrosa entrada al río y lucha fatigosamente por avanzar. Pero, ¿qué pasa? El "Tumaco" se dirige hacia el lado izquierdo y se detiene. Un marinero salta a la playa y amarra el barco al tronco de un árbol.

- ¿Qué significa esto? pregunta la Madre Caridad.
- Madre es necesario desembarcar, responde el capitán, reflejando preocupación en su semblante.
- ¿Desembarcar? ¿Aquí en esta playa desierta? ¿Por qué?

No podemos continuar. El río trae muy poca agua. Nos deberían haber dicho esto en Tumaco. Dudábamos, pero queríamos ensayar para ver qué posibilidad había, pues de lo contrario, ustedes hubieran tenido que quedarse, más o menos, un mes en Tumaco esperando que aumentara el caudal del río.

- ¿Pero como podremos salir de aquí?

El capitán se encoge de hombros y se va.

Con profundo abatimiento desembarca la Madre Caridad con sus compañeras.

- Queridas Hermanas, confiemos en Dios y aceptemos resignadamente lo que El dispone.

Al llegar a la orilla se postran bajo un árbol gigantesco y, levantando sus ojos al cielo, rezan todas: "Recuerda oh bondadosísimo San José, que jamás se ha oído que alguno que se refugió en tí haya sido abandonado..."

- Madre, el "Tumaco" está rodeado de cocodrilos, dice de repente una postulante.

Algunos de estos hambrientos animales ya suben a la orilla, otros están asoleándose perezosamente en la playa.

- Realmente que aquí abundan los cocodrilos. ¿Y si nos atacan?
- Hay que tener cuidado, pero no se les debe tener demasiado miedo. Estamos en manos de Dios.
- ¿Cómo podremos seguir el viaje? ¿Hay camino por la selva?
- El único camino es el río, responde la Madre Caridad. No hay más medio de transporte que el barco o alguna canoa grande. Pero, por aquí, no hay ninguna.

Perplejas y temerosas, se sientan las misioneras a la sombra del árbol. Observan atentamente los movimientos de los reptiles, temiendo ser repentinamente, sorprendidas

por ellos; y continúan orando para que cese esta gran calamidad, y para que se tenga una feliz solución, ante tantos peligros

El tiempo transcurre lentamente. Pasa una hora tras otra sin que la triste situación cambie. Ya son las dos de la tarde.

- ¡Cielos! Tendremos que pasar la noche aquí.
- ¿Qué pasará? Se preguntan, una y otra vez, al oír voces.

En el Telembí aparecen tres canoas que se acercan. Ya están junto al "Tumaco". Resuenan las voces de mando y desembarca un grupo de soldados. El oficial habla con el capitán, luego suben al barco y todos se dirigen hacia el mar.

La Madre Caridad se levanta. En su rostro brilla un rayo de esperanza. Se acerca a los botes y, dirigiendo su más amable saludo dice a los jóvenes remeros: ¿Pudieran hacernos el favor de conducirnos en sus canoas hasta Barbacoas?

- ¿A Barbacoas? responden los negros meneando sus cabezas de ensortijados cabellos.

El viaje con los soldados ha sido sumamente duro y penoso; estamos desollados y necesitamos tiempo para descansar y reponernos. Barbacoas está muy lejos. El buque puede permanecer aquí por lo menos un día y una noche, pero nosotros necesitamos trabajar nueve días para llegar hasta allá. Esto sería demasiado fatigoso. ¡Es imposible!

La religiosa no da el asunto por perdido. El riesgo es inmenso. Hace traer las provisiones, algunos dulces y una refrescante bebida. De todo les reparte a los cansados bogas mientras les habla bondadosamente y les suplica hagan esa caridad con las Hermanas, prometiéndoles un pago muy alto, mucho más alto de lo que usualmente se acostumbra.

Ellos oponen todavía algunos reparos, pero finalmente ceden y aceptan conducirlas en sus canoas.

Las misioneras, sintieron tan gran alivio, como si les hubieran quitado una piedra de encima. Se disipa la terrible pesadilla; con alegría y nuevo entusiasmo arrastran su equipaje hasta la canoa en donde los bogas lo acomodan. Por último entran ellas, se sientan, y los negros empuñan sus remos para comenzar el trabajo.

El viaje contra corriente es sumamente penoso y la canoa avanza con lentitud. Cada metro es una lucha. Las jóvenes candidatas comprenden el por qué de la negativa de los negros, y la dificultad para aceptar el trato. Poco después, saltan los bogas al agua y arrastran la canoa con gran esfuerzo, hacia uno u otro lado, bordeando los pasos difíciles. A causa de los torrentes impetuosos, la corriente cambia constantemente de rumbo, y son empujados ya a una orilla, ya hacia la opuesta o retroceden en su marcha.

Apenas a las nueve de la noche logran llegar a una choza de guadua. Se detienen, bajan y con cautela suben los espaciados escalones que conducen a la vivienda.

Las postulantes no acostumbradas a esta clase de

escaleras, procuran subir con toda la habilidad que les es posible.

En la choza habita una familia de negros, compuesta por quince personas. Reciben con hospitalidad a las forasteras y les ofrecen su cocina y un cuarto para pasar la noche.

Los bogas se sientan también alrededor del fuego, pero el capitán los reprende, blasfema y está furioso. No podemos seguir, durante nueve días, en las mismas circunstancias de hoy. Nuestra situación es angustiosa. ¿Qué importa el sueldo alto, si nos acabamos con este trabajo?

- Mañana no continuaremos el viaje. Las Hermanas pueden esperar aquí hasta que arribe un barco. Así llegarán pronto a Barbacoas.

La Madre Caridad sabe que con un hombre enojado no se puede razonar. Está cansado, tiene hambre y sed, y sólo ve delante de sí, días llenos de dificultades, trabajos y fatigas. Ella lo comprende muy bien.

- Ustedes han tenido hoy una jornada muy dura, cada uno ha hecho el trabajo de dos personas. Les estamos sumamente agradecidas. Ahora deben comer bien y calmar su sed.

De la gran olla, puesta al fuego, saca la sopa y a cada uno le presenta un plato rebosante, luego un segundo y un tercero. De las provisiones que llevan consigo, saca dulces y les ofrece; finalmente prepara café negro con abundante azúcar, del cual da también a la familia de negros que les ha brindado hospedaje.

Los hombres comienzan a ponerse locuaces. Ya no se nota mal humor en los remeros. Su jefe está contento y celebra animadamente las chanzas de sus compañeros.

- ¿A qué hora partiremos mañana? Pregunta la Madre Caridad.
- Apenas amanezca, contesta. Vamos a hacerles el servicio de conducirlas a pesar de las dificultades. Un barco puede demorarse mucho tiempo en llegar, y no queremos, Madre, abandonarlas en medio de la selva.

La interpelada le dirige una mirada de gratitud. Temía que el hombre cumpliera su amenaza y que tuviera que quedarse en tan terrible situación con las personas que le habían sido confiadas.

Ya era media noche cuando acabaron de comer y de poner todas las cosas en orden. Entonces se retiraron, prepararon sus lechos sobre un piso de guaduas y extendieron sobre sí, los mosquiteros. En voz alta hicieron la oración de la noche. La Madre Caridad bendice a sus hijas con agua bendita, que lleva siempre consigo sin que le falte jamás en ningún viaje, y se entregan al descanso.

Zzzz.... Zzzz....Zzzz....Un enjambre de mosquitos danzan alrededor del mosquitero y las ponen nerviosas con sus zumbidos. Algunos de estos músicos logran penetrar al interior, y punzando como agujas, pican: manos, nariz y cara de los huéspedes. Es imposible a las cansadas viajeras, conciliar el sueño.

A las tres de la mañana se levanta la Madre Caridad. Las postulantes, sin que se las llame, siguen su ejemplo. Mientras los negros todavía roncan, ofreciendo un singular concierto, ellas hacen los preparativos del viaje: para el desayuno café negro; y para llevar, fritan plátanos que será la única provisión durante ese día.

Tal vez en Barbacoas volvamos a ver la carne y los huevos dice jocosamente la Madre Caridad. Entre tanto, contentémonos con esto que es nutritivo.

La cocinera ha preparado para la Madre algo mejor, una deliciosa sopita de gallina. La recibe agradecida, pero no la disfruta sino que va enseguida a un rincón de la habitación donde se encuentra un negrito enfermo que la toma agradeciendo con su mirada. Las superioras no deben tener nada mejor que lo que tienen sus subordinadas, dice ella sonriendo.

La mañana es maravillosa. En el firmamento brillan todavía las titilantes estrellas. La selva está silenciosa y tranquila. De los milenarios y corpulentos árboles cuelgan enormes hojas de tornasoladas parásitas, y las erguidas palmeras se elevan hacia el cielo en actitud de oración. Millares de pájaros cantan y sus trinos armonizan con el suave murmullo del río.

Todos alaban al Creador. La oración matinal de las viajeras encuadra maravillosamente con la sinfonía de la naturaleza tropical. Parece que ésta se uniera a los hombres para glorificar al Altísimo.

Mientras los viajeros entran a la canoa, los caimanes

hambrientos, sacan la cabeza del agua y muestran sus temibles colmillos.

Los negros, con nuevo ánimo, empuñan los remos y la canoa comienza a deslizarse por el río.

Hora tras hora, avanzan con dificultad contra la corriente. El sol tropical lanza tan ardientes rayos, que obliga a todos a enjugarse constantemente el copioso sudor.

Las picaduras de la noche anterior quemaban como fuego, y los mosquitos, ávidos de sangre, siguen a sus víctimas, que no pueden defenderse. La posición de las viajeras en la canoa, sentadas en el suelo, es por demás incómoda. A la larga duele todo el cuerpo. No se pueden sentar a mayor altura porque la canoa pierde el equilibrio y hay peligro de caer al río y ser presa de los voraces caimanes. Para colmo de males, el agua penetra en la embarcación y es necesario echarla afuera constantemente.

Parece que nada de esto afectara a la Madre Caridad. Su semblante está siempre alegre; a ella todo esto le parece natural, como si fuera lo mejor que pudiera desear. En silencio desgrana las cuentas del rosario, y sus labios se mueven en continua oración.

Su ejemplo contagia a las demás. Todas rezan. De repente la clara y sonora voz de la Madre Caridad se eleva entonando el canto: "Yo creo en Tí, Dios eterno..." Todas la acompañan entusiasmadas. A un himno sigue otro: "María, amarte siempre es mi deseo...", "Oh San José abogado y protector...", "A Tí, Jesús quiero siempre adorar...". Pero sobre todo el que cautiva los ánimos es

el "Ave Maris Stella", que maravillosamente encaja en este peligroso viaje por el Telembí. Así entre cantos, oraciones, bromas alegres y charlas amenas, se desliza el bote en medio de la solitaria selva.

- ¿Madre, podemos tomar agua del río? pregunta una postulante. Mi garganta está seca por la sed.
- Mejor imitemos a Enrique Susso, contesta la Madre.

El sufrió muchas veces de ardiente sed. Desde la ventana de su celda, miraba hacia el lago de Constanza y exclamaba: "Con la sed que me atormenta pudiera beber toda esa agua, pero por amor al Salvador, al Hijo de Dios, quien por mí sufrió sed, no quiero beber ni siquiera una gota". Pensemos también nosotras como él y, por amor a Jesucristo, renunciemos a tomar de esta agua. El agua del río es peligrosa y a menudo produce fiebres malignas. Si ahora soportamos los sacrificios y fatigas del viaje por amor a Dios, en recompensa alcanzaremos la fuerza necesaria para soportar mayores sufrimientos.

Al atardecer llegan a un sitio en donde se encuentra un grupo de chozas.

Cocine usted al estilo parisense, dice la Madre Caridad bromeando, a una hermana joven, la cual, durante el viaje se ha ocupado de la cocina. Prepare un abundante y sabroso sancocho, de manera que alcance también para las personas que nos dan hospedaje y para los vecinos. En mis viajes siempre doy comida a las buenas personas que nos rodean. Ello les produce alegría y los dispone para aceptar la religión. (El "sancocho" es una

comida típica de Colombia, que se prepara con plátanos, papas, habas, legumbres, y carne cuando hay).

Al poco rato van llegando los numerosos habitantes, todos ellos negros, de cabello totalmente ensortijado. Con gran bullicio y muchos cumplimientos, se sientan al pie del fogón, y dejan que la Madre les sirva el sabroso sancocho; plátano asado y café negro.

Alegres carcajadas retumban en el silencio de la selva. Repetidas veces tienen que volver a llenar las ollas para ponerlas al fuego. Solamente, después de media noche, cuando todos quedaron satisfechos, las hermanas pudieron disfrutar de su comida.

Hace doce horas que la Madre Caridad no ha probado bocado, pero antes de hacerlo, sirve una buena porción a sus compañeras, y por último toma la suya. Después de comer, dirige a la que hizo de cocinera una amable mirada y sonriendo con picardía le dice: Este es el mejor manjar que he tomado en toda mi vida.

Muy de mañana ya estaban nuevamente navegando por el río Telemí. Durante todo el día no ven a la orilla del río, ni persona ni choza alguna. A derecha e izquierda sólo se ve agua y la hermosa y fértil selva.

Al bajar en un sitio para descansar, ven pequeñas huellas que forman líneas paralelas en la arena.

- ¿Qué animal ha pasado por aquí? pregunta una Hermana al joven boga.
- Tortugas.

- ¿Y de quién son las huellas grandes que se ven más allá?
- De tigres.
- ¿En realidad son de tigre?
- ¿Por qué no? Por aquí con frecuencia se encuentran tigres, serpientes y otros animales feroces, pero uno se acostumbra a ellos.
- Yo nunca me acostumbraría, dice temerosa la Hermana.

Con el corazón oprimido continuó la comitiva su viaje. El siguiente hospedaje tiene lugar en la choza de una anciana negra.

Las misioneras se han acostado e intentan dormir cuando se oye afuera un intermitente gruñido.

- ¿Qué pasa? ¿Señora que es eso? pregunta una voz.
- Un tigre.
- ¡Dios mío! ¿Un tigre? ¿Y no hay nadie por aquí que le dispare?
- No es necesario, contesta la anciana. Nosotros tenemos encendido el fuego, y esto impide que el gato grande se nos acerque.

Con un mal disimulado pavor las postulantes han escuchado lo dicho por la anciana. Se acercan la una a la otra, y cada una evita quedar cerca de la puerta.

La Madre Caridad se levanta y toma el sitio más cercano a la entrada.

Parece que el tigre se aleja y el gruñido se pierde poco a poco en la selva.

Una hora más tarde se escuchan de nuevo rumores confusos, pero ahora parece más un silbido o el cacarear de una gallina.

- ¿Señora, qué es eso?
- Una serpiente.
- ¡Santo cielo! ¿Una serpiente? ¿No se la puede matar?
- Allí hay un machete, si quiere mátela, refunfuña la vieja desde su lecho; se voltea al otro lado y muy pronto sus ruidosos ronquidos indican que duerme nuevamente.

Angel de mi guarda, mi dulce compañía... ¡Ampáranos! Reza la Madre Caridad con sus hijas espirituales, y las anima: No teman, porque estamos en manos de Dios. No nos pasará nada. Sin embargo ninguna salga sola de la choza, mucho menos antes de amanecer.

El resto de la noche transcurre sin novedad. También los días siguientes transcurren sin ninguna desgracia: Cada mañana, la levantada es a las tres, se prepara el desayuno y la provisión para el viaje; con mucha dificultad se navega por el río que corre entre la selva; muy tarde de la noche, sobre un lecho de guaduas, se procura dormir. La rutina cansa, pero cada día se puede contemplar la belleza y variedad de la naturaleza.

Antes de salir en la mañana del octavo día de viaje, se oye a los jóvenes bogas que discuten entre sí.

- No puede ser, dice uno, las religiosas no pueden alojarse donde ella.
- Pero en toda la extensión no hay otra choza, replica otro.
- Esta tarde, necesariamente, tendremos que llegar donde ella y pedirle albergue, pues no hay otra solución, dice un tercero.
- ¿A quién se refieren? pregunta la Madre Caridad.
- A la bruja.
- ¿Hay por aquí una bruja?
- Sí Madre. Esta noche tendremos que pasarla en su choza, pues en estos lugares, apenas después de tres horas encontrariamos otra.
- Si no es cosa peor, dice riendo la Madre Caridad, entonces llévenos allá. No nos asustamos por las brujas, porque estamos unidas a Dios.

Con creciente nerviosismo, ven todos llegar el atardecer. Titilan las estrellas en el cielo aterciopelado, como radiante revelación de la presencia de Dios. La luna llena se refleja en las aguas del torrente que semeja un luciente mar de plata. Alrededor reina un solemne silencio. Las almas se sienten cerca a su Creador.

La bruja está ausente, cuando llegan los viajeros a la choza, y preparan la sobria comida. Hay otras personas presentes que también gustan del sabroso sancocho.

En un rincón se halla un pobre negro enfermo, al cual la Madre Caridad le ofrece el primer plato. Con cariño maternal lo consuela, reza con él un acto de contrición y de amor a Dios. Hace señas a la Hermana de la cocina, y le pide el rosario que siempre lleva en su cordón desde el día de su profesión, y lo regala al pobre enfermo.

- Ahora sé que no puedo perderme: tengo un rosario y un Cristo, dice el enfermo lleno de felicidad, y agradecido besa las manos de la Madre y después el crucifijo.

Rendidas de cansancio se recuestan las viajeras, después de que la Madre Caridad, como es su costumbre, ha rociado con agua bendita la habitación, y ha bendecido a cada una de las Hermanas. Todas están inquietas esperando lo que sucederá.

Media hora más tarde aparece la bruja. La luz de la luna les permite verla. Es una negra de aspecto desagradable que se adorna con objetos extraños. ¿Qué irá a suceder? ¿Estará la bruja en comunicación con los espíritus malignos?

La fatídica mujer se dirige directamente al mosquitero bajo el cual descansa la Madre Caridad y sus ojos penetrantes se dirigen al interior, buscando la cara de la monja. Comienza a hacer contra ella gesticulaciones y misteriosos movimientos con sus manos. Sus labios pronuncian conjuros y palabras ininteligibles. Esto dura

unos diez minutos. La bruja refunfuña: Con esta vieja no puedo hacer nada y se retira.

¿Sería que notó que se había rociado con agua bendita, y que las forasteras estaban con Dios y bajo la protección de los santos Angeles?

Pocos minutos antes de partir viene la bruja donde las Hermanas. Las religiosas la saludan afablemente, le dan algunos alimentos y le obsequian pequeños regalos.

Precisamente con esta clase de personas, que viven alejadas de Dios, debemos ser especialmente amables, dice luego la Madre Caridad a sus compañeras. Ellas deben conocer nuestra religión, como una religión de amor y por este medio llegar a Cristo.

- ¿No se les ha perdido nada? Pregunta el jefe de los bogas cuando han salido.
- Sí, faltan tres platos y tres cucharas que teníamos cuidadosamente escondidos junto a las camas.
- Han tenido suerte, responde el hombre. Creí que habían perdido algo más, porque sé, que en la choza de la bruja las cosas no están seguras.

Al atardecer de ese día llegaron felizmente las viajeras a Barbacoas. Desde allí proseguirían su viaje a caballo hasta Túquerres.

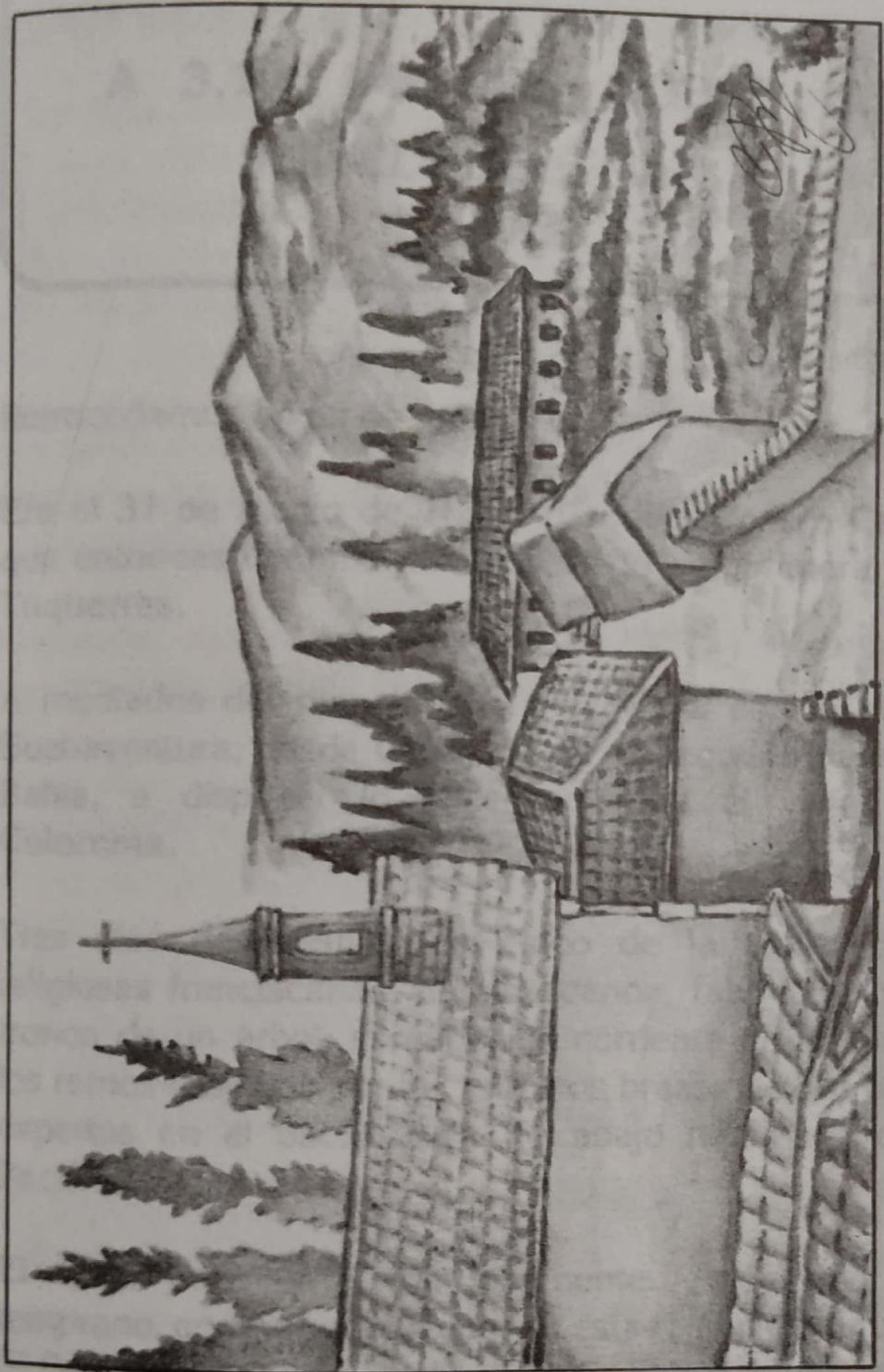
Después de otros cinco días de viaje, cruzan la altiplanicie de occidente a oriente, y desde una curva del camino, contempla la fatigada caravana con inmensa alegría, bajo

la luz crepuscular, la gran población de Túquerres. Entre las muchas chozas y casas, se levanta al fondo y a la izquierda de la torre de la iglesia, una modesta torrecita.

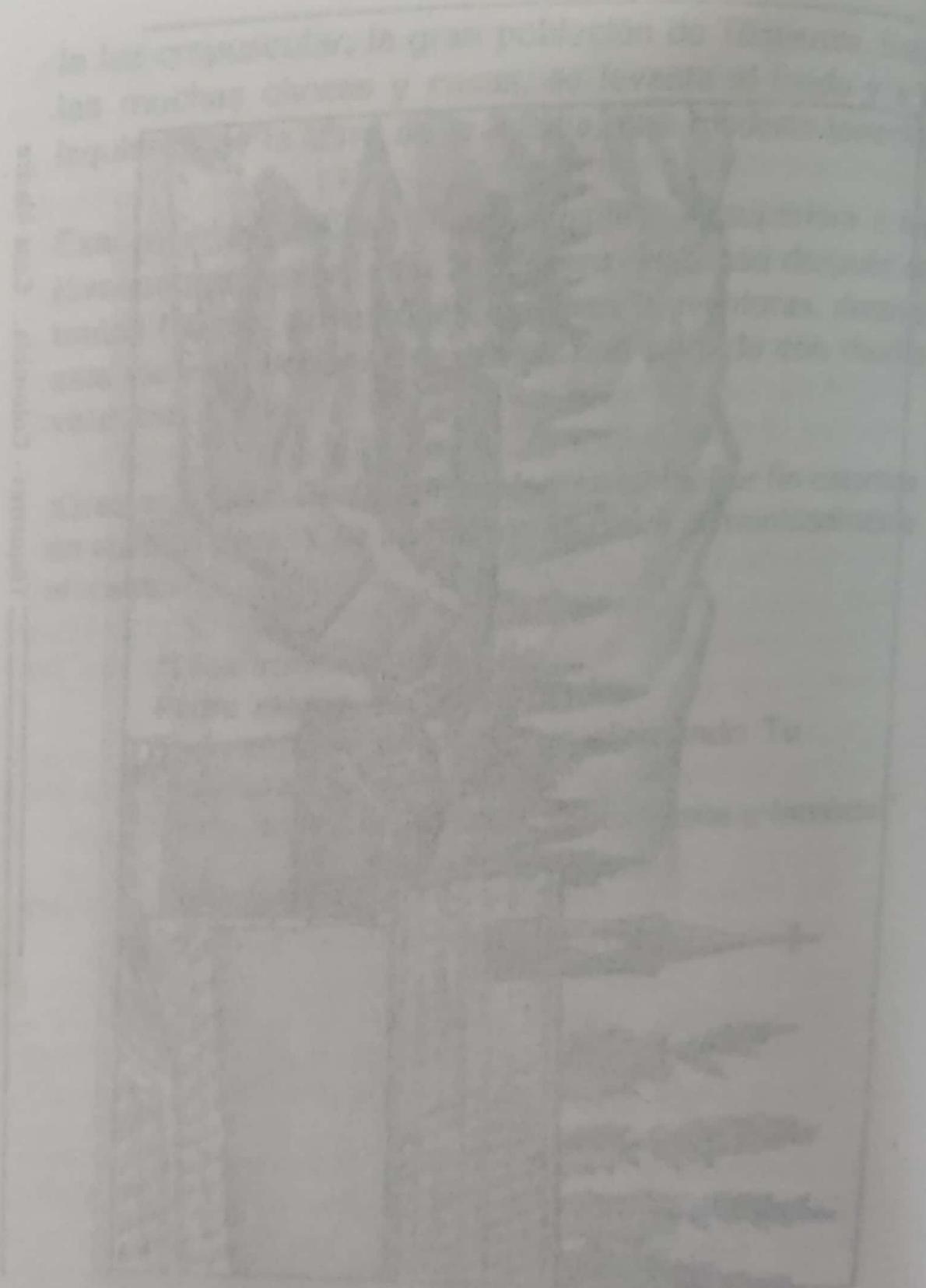
Esa es nuestra Casa Madre, explicó la superiora a las jóvenes aspirantes. Allá les espera descanso después de tantas fatigas, privaciones, peligros y aventuras, durante este viaje de bodas. Ustedes se han portado con mucha valentía.

¡Gracias a Dios! Exclamaron alegremente. Por fin estamos en nuestra casa. Y de sus labios se eleva armoniosamente el canto:

"Dios inmenso en tu Ser
Padre eterno, te adora
Todo el orbe sin cesar, proclamando Tu
grandeza.
Santo, santo, santo Dios, santo fuerte e inmortal"



Túquerres - Colombia. Casa Madre



A 3.100 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR

Retrocedamos algunos años.

Era el 31 de marzo de 1893, cuando la Madre Caridad que entonces contaba 33 años, llegó por primera vez a Túquerres.

A mediados del mencionado mes viajó, con la novicia Buenaventura, desde Chone hasta el pequeño puerto de Bahía, a disponer lo necesario para el viaje hacia Colombia.

Tres días después, a las cinco de la tarde, cuatro religiosas franciscanas, en una canoa, fabricada con el tronco de un árbol, surcaban la corriente al impulso de los remos movidos por los robustos brazos de dos bogas, expertos en el oficio. Iban río abajo hacia el océano Pacífico.

El viaje transcurría tranquilamente. Anocheció muy temprano, como suele suceder en esta región del Ecuador. El firmamento estaba tachonado de estrellas relucientes, y la luna aparecía en todo su esplendor. Las religiosas gozaban de excelente humor y entonaban un canto tras otro. De improviso los bogas detuvieron sus remos y

exclamaron: ¡Silencio! ¡Silencio! Las cantantes se callaron enseguida.

- ¿Qué sucede? preguntaron en voz baja.
- Allá adelante, no lejos de nosotros, hay un cocodrilo en el agua. Y es un "cebado".
- ¿Qué quiere decir eso?
- Que ya ha devorado hombres y queda acostumbrado a esa clase de alimento. Son sumamente peligrosos y siempre están al acecho de una presa humana.

Horrorizadas miraron las jóvenes hermanas, y alcanzaron a distinguir en la semioscuridad, un cocodrilo que se agitaba en el río.

- ¿Será posible pasar rápidamente junto a él? preguntó una novicia.
- No se puede, dijo el guía meneando la cabeza. Nos descubriría y se lanzaría al ataque.
- ¿No hay otro camino para llegar a Bahía?
- No, ni siquiera podemos salir de la canoa, porque los bosques a derecha e izquierda son muy peligrosos, especialmente durante la noche.
- No nos queda otro remedio que rezar.

Fervientes oraciones se elevaron, del corazón de las religiosas, hacia el cielo.

Todos sabían que si el reptil con su larga cola daba un golpe a la canoa, se volcaría y estarían perdidos.

Los minutos pasaban lentamente. Después de media hora más o menos, el caimán tomando impulso, desapareció en el río. Los hombres, con penetrante mirada, observaron la corriente largo rato. Al ver que el animal no reaparecía, empuñaron con nueva fuerza los remos y cuidadosamente continuaron la navegación hacia el mar.

A media noche llegaron a Bahía. Pero, ¿dónde se encuentra el pueblito?

En vano los ojos de las viajeras, en plena oscuridad, escrutaban la playa. Por ninguna parte se divisaba ni casa, ni persona alguna. No se veía ni siquiera una lucecita. Todo estaba silencioso y oscuro.

Finalmente después de muchos esfuerzos, lograron descubrir una rústica casita no lejos de la orilla del mar.

- Ese debe ser el pequeño convento de las Benedictinas, traídas de Norte América por Monseñor Schumacher, dijo la Hermana Domínica.
- ¡Madre Caridad! ¡Madre Caridad! llaman suavemente las Hermanas acercándose a la casa.

No se recibe ninguna respuesta. Repiten la llamada siempre algo más fuerte. Nuevamente completo silencio.

- ¿Quién está afuera y qué quiere? escuchan que dice una voz femenina, al mismo tiempo que ven brillar una luz.

- Somos Franciscanas de Chone: Las Hermanas Francisca y Domínica con las novicias, Inés y Aghata y buscamos a la Madre Caridad.

Poco a poco se abrió la puerta y las recién llegadas entraron.

En el cuarto desocupado que se les ofreció como albergue, se acostaron alegres en el desnudo suelo y durmieron hasta el amanecer.

Horas más tarde, el Padre Gaspar de Cebrones, capuchino, trajo a la novicia Coleta. Ya estaba completo el grupo, listo a embarcarse para hacer más tarde la fundación en Túquerres.

En el océano Pacífico se encontraba el buque "Manabí" hasta el cual llegaban los veleros en los cuales se conducía la mercancía. Como la marea estaba baja, estos no podían acercarse a la costa.

Perplejas estaban las siete religiosas paradas en la playa.

- ¿Cómo podremos abordar? preguntó la Madre Caridad a los negros que cargaban a sus espaldas los sacos de café para conducirlos a los veleros.
- Muy sencillo, repuso uno de los negros de pelo ensortijado. Al decirlo, miraba de arriba abajo a las integrantes del grupo, agregando: Creo que ninguna de ustedes pesa más que un saco de café. Y sonreía mostrando sus blancos dientes.

Usted no ha de pensar que nuestras religiosas...

No queda otra solución, Madre Caridad, que ir a la espalda de los negros, interrumpió el capuchino, y agregó: El barco partirá pronto, y la marea baja, dura todavía algunas horas...Estamos en las misiones.

Un negro alto y fornido, tomó a una de las hermanas sobre sus espaldas como si fuera un saco de café, diciéndole al mismo tiempo que se agarrara fuertemente de sus hombros. Chapoteando entre el agua, la depositó suavemente en el velero.

En breve todas estaban en su sitio y al fin le tocó el turno al capuchino. Entonces el pequeño velero, movido por el viento, viajó por las azules olas, coronadas de blanca espuma, para llevar los pasajeros al "Manabí".

El buque de vapor levó anclas, y tomó rumbo al norte. En Esmeraldas hizo su primera escala. Al llegar, subieron a bordo algunos hombres, cuyas miradas feroces se clavaban en las religiosas como queriendo fulminarlas. Era muy desagradable estar cerca de ellos.

La Madre Caridad hizo señas a sus compañeras y se retiraron al interior del buque.

En el Ecuador -les explicó- existe actualmente un odio feroz contra la religión y todo lo que a ella se refiere. Los hombres que se hallan en la cubierta, parece que son revolucionarios. Dios quiera que el "Manabí" prosiga cuanto antes su marcha. Pues con ellos no estamos seguras y nuestra vida puede correr peligro.

Todas estaban muy contentas cuando soltaron las amarras, subieron la escalera y los indeseables visitantes, con cara de odio, abandonaron el barco.

En Tumaco, puerto siguiente, desembarcaron las siete misioneras. Una pequeña y deteriorada lancha, las condujo en tres días, por entre las selvas, navegando por el río hasta Barbacoas, donde ellas con gran solemnidad, pasaron el Domingo de Ramos.

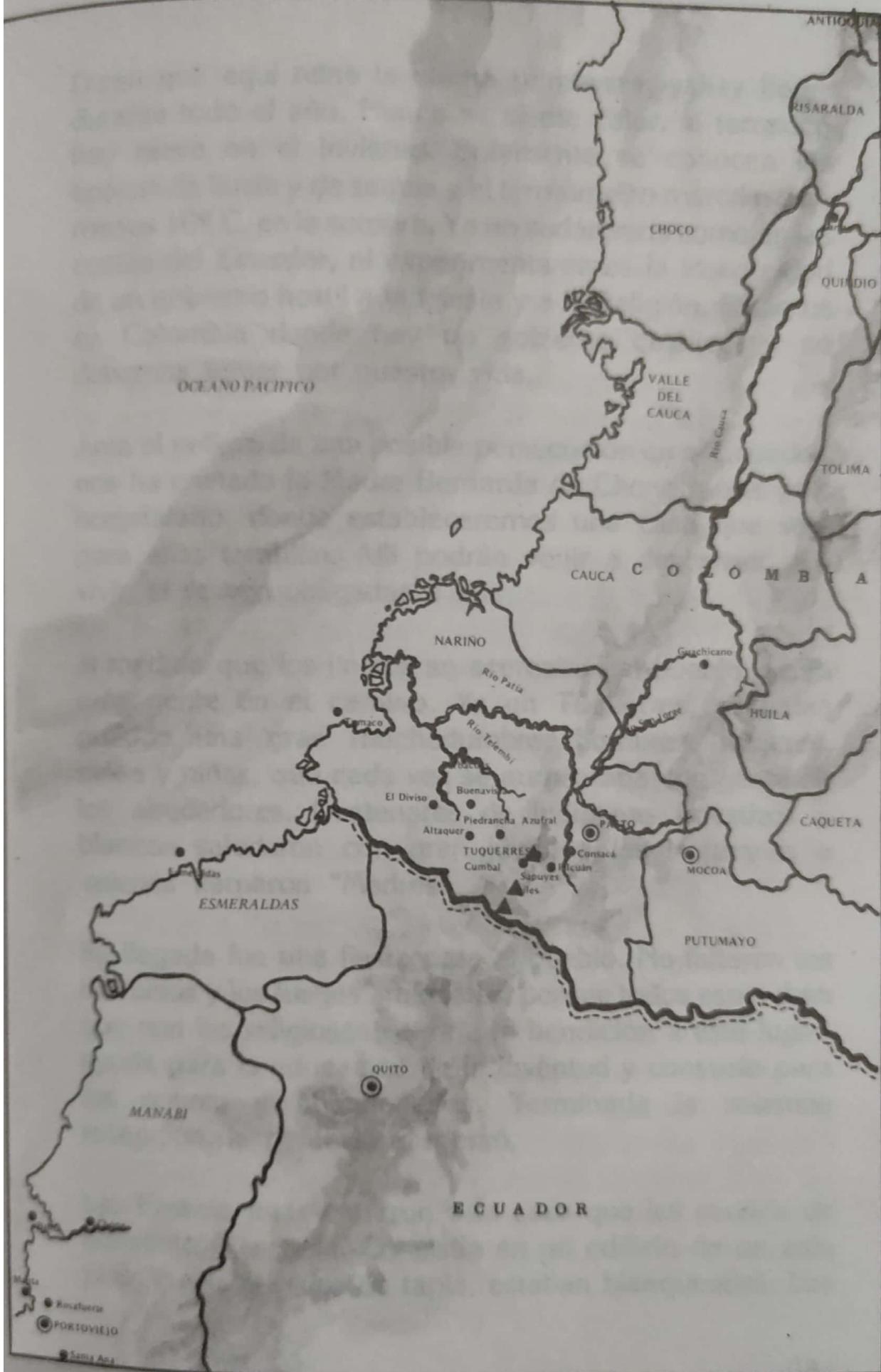
El viaje hacia la altiplanicie de Túquerres se efectuó a caballo, en unos pobres jamelgos, y por un camino muy malo. Apenas en la mañana del sábado santo, después de haber pasado por entre gigantescas montañas, alcanzaron la altura de la cordillera.

El helado viento se hacía sentir en el rostro, y mostraba la marca de sus huellas en las azuladas manos de las viajeras. Estas temblaban de frío, porque sus vestidos estaban totalmente empapados, pero su buen humor no disminuía a pesar de los contratiempos.

- ¡Qué región bendita! exclamó la Madre Caridad, cuando se detuvieron para descansar.

Al contemplar las dilatadas haciendas, las verdes praderas, el numeroso ganado, los fértiles campos sembrados de papas y los bellos cebadales, nadie pensaría que nos encontramos a 3.100 metros sobre el nivel del mar.

¡Qué hermosura las de estas montañas, que enmarcan la altiplanicie de los Andes! Todo conserva una total armonía.



Lugares transitados por la Madre Caridad durante sus viajes.

Dicen que aquí reina la eterna primavera, y hay flores durante todo el año. Nunca se siente calor, ni tampoco hay nieve en el invierno. Solamente se conocen las épocas de lluvia y de sequía y el termómetro marca más o menos 10º C. en la sombra. Ya no sudaremos como en las costas del Ecuador, ni experimentaremos la inseguridad de un gobierno hostil a la Iglesia y a la Religión. Estamos en Colombia donde hay un gobierno católico, y no debemos temer por nuestra vida.

Ante el peligro de una posible persecución en el Ecuador, nos ha enviado la Madre Bernarda de Chone a este país hospitalario, donde estableceremos una casa que será para ellas también. Allí podrán venir a descansar o a vivir, si se ven obligadas a huir.

A medida que los jinetes se acercaban al pueblo, veían más gente en el camino. Ya en Túquerres, se había reunido una gran muchedumbre: hombres, mujeres, niños y niñas, que cada vez se aumentaba con gente de los alrededores. Centenares de indígenas, mestizos y blancos saludaron con gran júbilo a las Hermanas a quienes llamaron "Madres".

Su llegada fue una fiesta para el pueblo. No faltaron los discursos y los fuegos artificiales, porque todos esperaban que con las religiosas vendría la bendición a este lugar, ayuda para la educación de la juventud y consuelo para los pobres y abandonados. Terminada la solemne recepción, la gente se dispersó.

Las Franciscanas entraron a la casa que les serviría de convento y escuela. Consistía en un edificio de un solo piso, cuyas paredes de tapia, estaban blanqueadas. Las

ventanas carecían de vidrios y el piso era la desnuda tierra.

La esposa del alcalde les dijo: Este cuarto puede servirles de dormitorio, y aunque está expuesto al viento y al frío, ustedes pueden colgar algunas telas para resguardarse cuando llueve fuertemente. Aquí en el suelo hay algunos jergones que les servirán de cama, han sido prestados por personas generosas. Las capas que han prestado los capuchinos les servirán de cobija. Es posible que al principio sientan mucho frío ya que vienen de clima caliente, pero pronto se acostumbrarán.

Esta es la cocina: hay una mesa, dos asientos, una olla grande y dos sartenes. Todo es prestado hasta que ustedes compren sus propios utensilios y su vajilla, y puedan devolver a sus respectivos dueños lo que les pertenece.

- Agradecemos su solicitud, responde la Madre Caridad. Haremos lo posible por devolver cuanto antes lo que tan generosamente nos han prestado.
- ¡Esto si es estilo franciscano!...comentó a sus hermanas una vez que estuvieron solas.

Nuestro Seráfico Padre experimentaría verdadera alegría al vernos en esta pobreza para comenzar. En Chone nos dieron únicamente lo más indispensable, y no tenemos más ropa que la que llevamos puesta. Nuestra salida fue tal como lo quiso el Señor cuando dijo a sus apóstoles: "No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestra alforja, ni sandalias, ni dos túnicas, ni bastón para el camino."

Muy entrada la noche, agobiadas por el cansancio, se acostaron las siete religiosas, pero les fue imposible conciliar el sueño. El frío era intenso, y no tenían cobijas sino solamente las capas.

- ¿Cómo haremos a la hora de la comida, ya que somos siete y no tenemos sino tres platos, tres tazas y tres cucharas? preguntó al día siguiente la encargada de la cocina.
- Nada más sencillo, contestó la Madre Caridad. Comeremos por turnos y mientras comen las primeras, las demás pueden trabajar en la cocina.

Fue un espectáculo gracioso el que se presentó a la hora de la comida. Como no tenían mesas ni sillas, se sentaron en el suelo, y con gran apetito hicieron honor a la escasa ración, porque el frío aumenta el hambre. Apenas terminó el primer grupo, ya el segundo estaba listo.

- ¿Madre, quisiera indicarme el menú para la próxima semana? preguntó con picardía la encargada de la cocina.
- ¡Por supuesto! Si no me lo recuerda lo hubiera olvidado, respondió alegremente la Madre Caridad. Debemos cambiarlo con frecuencia.

Cada dos días nos da: al almuerzo sopa de avena con papas, en los días sucesivos, sopa de papas y papa, siempre sin carne. No debe cambiar mucho. Para la comida: sopa de avena y papas, sin carne.

- ¿Y el domingo?
- Hay que preparar algo mejor. Prepare todos los domingos, las papas con cáscara, porque tienen apariencia de mayor festividad, y sirva un trocito de queso, así todas estarán contentas.

Este menú se repetía, semana tras semana, y mes tras mes. Solamente en las fiestas se veía algún pedacito de carne.

Ninguna de las hermanas tomó esta situación como trágica. Todas soportaron la pobreza con alegría y espíritu franciscano. Bromeando decían: ¡Gracias a Dios estamos sanas y gorditas!

Se sentían felices de vivir el espíritu de su Fundador. Disfrutaban de una paz serena y profunda, y su vida, sencilla y fraterna, las unía íntimamente como verdadera familia. En los días festivos se las oyó entonar alegres cánticos. Después de años, todavía recordaban este tiempo de tanta privación, considerándolo como el tiempo más feliz de su vida.

No obstante, algunos días veían el rostro de su superiora surcado por profundas arrugas y la inquietud se revelaba en él.

¿Qué le preocupaba? ¿Por qué se afligía?

Ella no tenía ni un centavo a su disposición, sin embargo, tenía que proveer de alimento a todas, y comprar otras muchas cosas. Aunque las compraba muy sencillas, demandaban mucho gasto.

Un día se presentó la Madre Caridad, ante sus Hermanas, radiante de alegría.

- Escuchen dijo, tres nobles señoritas, entre gente generosa, han recogido limosna para nosotras, y hoy nos han entregado 227 pesos que equivalen a 558 francos suizos. Con esto podremos vivir las siete hermanas, durante medio año y comprar lo más urgente. No podemos hacer mucho con este dinero, pero por el momento nos quita una gran preocupación.

Dentro de seis meses tendremos los primeros ingresos por la enseñanza en la escuela y nos irá mejor. Realmente la escuela está desprovista de todo, hace falta mobiliario y material de enseñanza. También la compra de éste debemos dejarlo para el futuro.

El primero de septiembre, en el pequeño convento había alegría y algazara. Los padres les confiaban a sus hijas para su formación y educación. Alumnas entre cinco y veinte años: 40 internas y numerosas externas con sus vestidos muy aseados, retozaban gozosas en el patio interior.

La Madre Caridad dio al Instituto el nombre de: "Perpetuo Socorro", en recuerdo del convento del mismo nombre en Altstätten, (San Gallen) del cual procedía. En esa forma colocó la obra misionera al amparo de la Santísima Virgen, y confiaba firmemente en su socorro en los momentos difíciles.

Tres semanas más tarde comenzó a funcionar, en el otro edificio, la escuela primaria, la cual sería sostenida por el gobierno. Allí ingresaron especialmente niñas indígenas

y mestizas. Sus rotos vestidos, y sus manos, estaban frecuentemente desaseados. Sus miradas eran lánguidas, y sobre todo al principio, se mostraban muy tímidas.

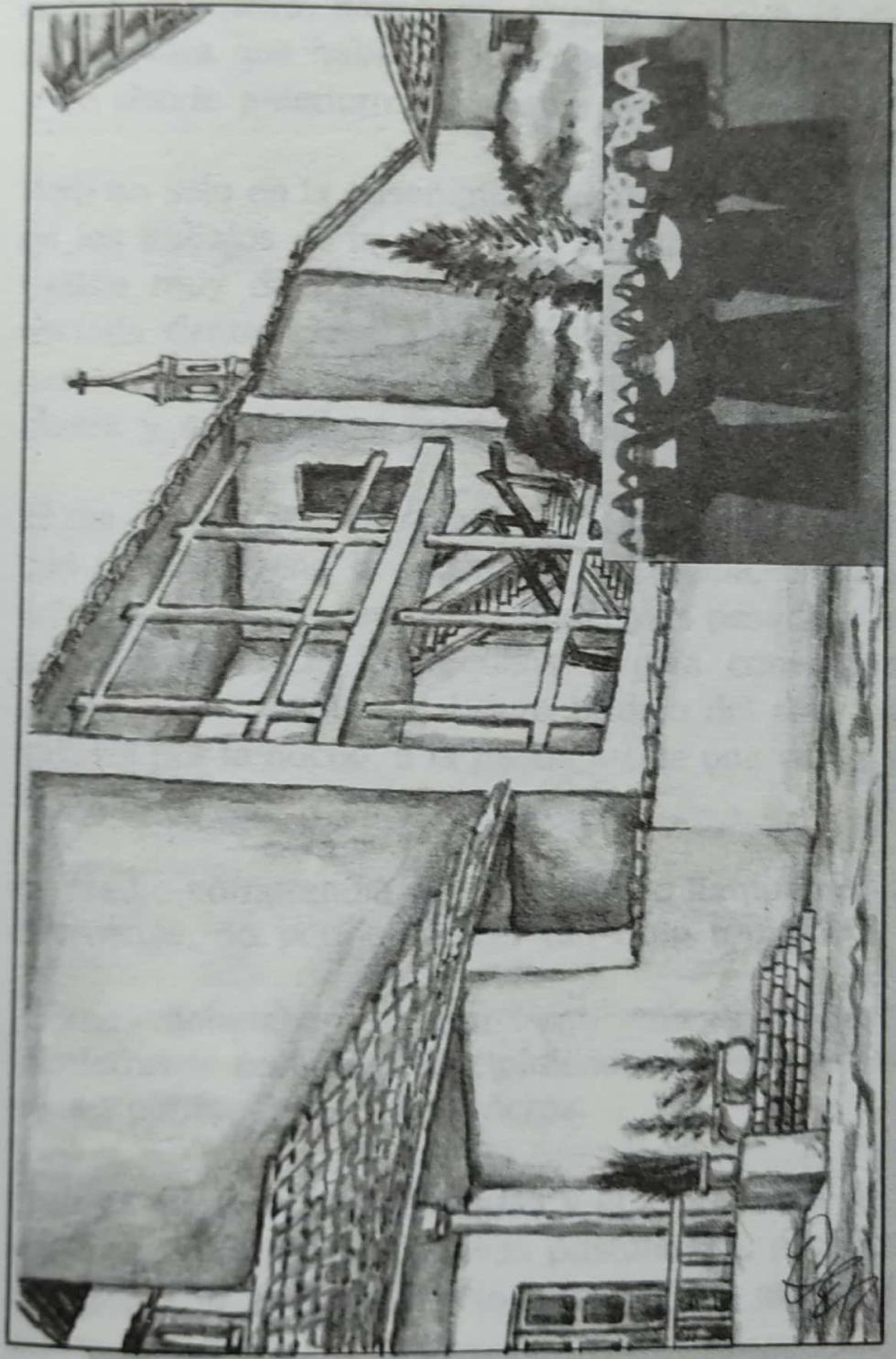
La Madre Caridad les hablaba maternalmente, las trataba con amabilidad y cariño, y muy pronto, ella y sus hermanas se ganaron su confianza.

En forma muy primitiva se debían dar las clases. En un salón grande, había noventa niños sentados en el suelo porque sólo existía una banca, en la cual cabían unos pocos.

No tenían pizarras ni papel. Las Hermanas dibujaban las letras en el tablero, y los alumnos las copiaban, con un clavo, en hojas de una planta llamada penca, que apoyaban sobre sus rodillas.

Fueron necesarios muchos esfuerzos, paciencia y ejercicio, para que los rudos aprendices adquirieran la destreza suficiente para trazar las primeras letras. Se notaba en su semblante, cuán difícil era para ellos este aprendizaje.

Pero con mucha atención y alegría seguían las enseñanzas de las religiosas cuando les hablaban del buen Dios, de la Virgen María, de los Angeles del cielo, y cuando les exponían vivamente los acontecimientos de la Historia Sagrada. Eran todo ojos y oídos. Con gusto aunque con dificultad aprendieron a hacer la señal de la cruz, a rezar el Padre Nuestro y el Ave María. Tan pronto como supieron las oraciones las enseñaron a sus ignorantes padres, además les comunicaban todo lo que ellos escuchaban en la clase de religión. Sin darse cuenta se convirtieron en maestros de sus progenitores.



Túquerres - Colombia. Colegio Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

Madre Caridad y Comunidad, 1922 _____

No era tarea fácil dirigir una escuela y un colegio con tan pocas Hermanas. La Madre Caridad estaba en todo: dirigía, animaba, enseñaba. Mucho le sirvió el diploma de maestra que había recibido en Suiza, su tierra natal, y en donde anteriormente había ejercido esa profesión.

Pero no sólo en la enseñanza tomaba parte sino también en los trabajos de la casa. Era la primera en llegar a la capilla muy de madrugada. Después se la veía en la escuela dando clase a los niños o en la cocina, en el cuarto donde se remendaba la ropa o preparando las clases y ayudando a las Hermanas.

El día en que se lavaba la ropa llegaba muy temprano y con todo empeño la jabonaba, estregaba, enjuagaba y colgaba. Siempre asumía la parte más pesada y era, en todo, el alma de la pequeña familia conventual. No pocas veces después del duro trabajo del día, ayudaba todavía por la noche, a la pálida luz de una vela a colgar la ropa.

La Madre comprendía que por mucho tiempo, tan pocas Hermanas, no podrían hacer tan duro trabajo.

¡Cómo anhelaban contar con nuevas vocaciones! Diariamente oraban juntas, pidiendo al Señor les enviara de su patria, otras compañeras.

Finalmente fueron escuchadas y el 24 de abril de 1894, llegaron de Suiza tres nuevas postulantes. ¡Cuánto gozo tuvieron con su llegada! No obstante, su alegría fue de corta duración.

Un día observó la Hermana Agnes que la Madre estaba muy preocupada.

- ¿Por qué está tan abatida? le preguntó. ¿Qué le sucede?
- Las tres aspirantes me inquietan, pues veo que ninguna de ellas tiene vocación religiosa. En Suiza fueron poco probadas y, en vez de ayuda, serán una carga. Cristina Hoffmann es la única que quiere quedarse, aunque no tiene vocación; es una joven muy buena y desea trabajar con nosotras como seglar. Su caso es favorable, pero las otras dos no se acomodan aquí y anhelan regresar a Suiza.
- ¿Y quién pagará el viaje?
- Nosotras. Aunque no sé cómo por la pobreza en que vivimos.
- Ahora comprendo su preocupación. Nuestras esperanzas se ven frustadas. No obstante, es necesario no desanimarnos, y seguir esperando, porque es absolutamente necesario que vengan más Hermanas.
- Cuando termine el año escolar pienso viajar a Europa para buscar aspirantes. Yo misma las he de preparar para asegurarme de su vocación.

Llega el 10 de julio y la escuela de las Hermanas se encuentra llena de señores y señoras. El examen en la escuela es para ellos una verdadera sensación. Sección por sección van entrando al salón decorado con flores, y con las banderas de Colombia y Suiza. Están preparados para demostrar sus conocimientos. Son horas placenteras para niños y visitantes. Tal solemnidad no se ve en Europa para ningún examen.

Los alumnos se retiraron entre aplausos. Presentaron su examen mejor de lo que se esperaba. Al terminar la última clase, entre los visitantes se oyen voces de alabanza y reconocimiento. Felicitaron con gran alegría a las Hermanas, de manera especial a la Superiora por tan grandes éxitos.

Dos días después una pequeña caravana abandona el silencioso convento. La Madre Caridad viaja a Europa.

Unos meses más tarde regresa con una alegría que brilla en sus ojos, pues tiene la dicha de traer doce novicias. Si todas perseveran, se podrá atender mejor a la juventud y hacer nuevas fundaciones. Pero todavía no se puede pensar en esto porque la mayoría de las jóvenes no son maestras; por lo tanto, se las debe primero preparar para esta tarea. Y esto no es cosa fácil.

A fines de octubre, el locutorio del convento estaba ataviado con hermosas macetas de geranios y violetas alpinas. El señor Obispo de Pasto había estado de visita en el convento y en el Instituto.

Al ver el mucho trabajo y las exigencias de la escuela y de la casa, pensó en un principio, que las Hermanas no podían atender a las obligaciones de la vida religiosa. Pero muy pronto descubrió, con gran satisfacción, que no era así. Al contrario, aquellas llevaban una vida conventual muy estricta. Rezaban el oficio divino en el breviario romano, como los capuchinos, y se levantaban a media noche a recitar maitines y laudes. Estoy verdaderamente admirado, dice el señor obispo, por el buen espíritu que encuentro aquí, y me pregunto, cómo pueden ustedes cumplir con todo. Sigan adelante, siempre

con ánimo. Si en algo puedo ayudarles lo haré con mucho gusto.

Nosotras de la oración y especialmente de la participación en la Santa Misa y en la comunión sacamos fuerza para la vida de pobreza y de trabajo, responde la Madre Caridad. Pero yo quisiera hacerle una petición.

- ¿Necesita Ud. dinero?
- No Excelencia, tenemos en nuestro corazón un deseo mucho más importante: Permítanos tener el Santísimo en nuestra capilla. Quisiéramos tener a Jesús siempre con nosotras, vivir con El bajo el mismo techo. Por lo demás, no tenemos ningún otro deseo.
- Muy gustosamente accedo a su petición. Mañana yo mismo celebraré aquí el Santo Sacrificio, y consagrare las Hostias que se guardarán en el tabernáculo, que hasta ahora ha permanecido vacío.
- Dios le pague mil veces, Excelencia. Este es para nosotras el regalo más grande.
- Tienen ustedes un oratorio muy hermoso. Aunque en la casa reina la más grande pobreza, el oratorio está muy bien dotado. Bien se ve en dónde tienen su tesoro. Especialmente el altar está hermosamente adornado.

Excelencia, agrega la Madre Caridad, en Chone una noche tuve un sueño: Ví un altar desconocido para mí y rezaba delante de él. Por el estrecho corredor entraba un sacerdote para celebrar en este altar la Santa Misa. No

reparé mucho en ese sueño, y hasta lo olvidé. Pero cuando por primera vez asistí a la Misa en nuestra capilla, inmediatamente me vino a la memoria el recuerdo de ese sueño, y reconocí el mismo altar y el oratorio que entonces vi. Esto me causó mucha alegría.

Esa es una prueba de que usted ha llegado donde el Señor la quiere tener, y confirma que El conduce su destino, concluyó el Señor Obispo.

Han pasado tres años.

Nuevamente el Señor Obispo de Pasto visita el convento en Túquerres, y después de la Misa dirige unas palabras a las Franciscanas. A continuación, se procede a la elección de la nueva superiora. Todos los votos recaen en la Madre Caridad.

- ¿Tiene usted algún deseo? pregunta, en el desayuno, el Señor Obispo a la elegida.
- Sí, tengo algo que me preocupa interiormente. El Excelentísimo Obispo nos prohibió levantarnos a media noche a rezar maitines. Gustosamente quisiéramos hacerlo de nuevo y tener la adoración nocturna a lo menos durante las vacaciones.
- Lo permito, pero únicamente a las que no trabajan en la escuela, pues las profesoras están demasiado recargadas y necesitan descanso en las vacaciones.

- Lástima, responde la Madre Caridad, de todas las Hermanas solamente tres no dan clase; y ellas, precisamente, están agobiadas de trabajo.
- Entonces no hay nada qué hacer. Ustedes deben preocuparse por conservar su salud. Dios acepta su buena voluntad como si fuera un hecho.

Admiro el espíritu de pobreza y de renuncia que encuentro aquí, y me asombro de que, a pesar de tanta austeridad, se las ve rebosantes de salud y muy alegres.

Ante todo las felicito por la paz que reina entre ustedes y que las hace tan felices. Conserven esos preciosos dones del Señor.

Le deseo a cada una de ustedes que sea una bendición para su hogar y para su familia. Que la Virgen María les dé la fuerza y la alegría para cumplir su misión de educadoras.

Le deseo a cada una de ustedes que sea una bendición para su hogar y para su familia. Que la Virgen María les dé la fuerza y la alegría para cumplir su misión de educadoras.

Le deseo a cada una de ustedes que sea una bendición para su hogar y para su familia. Que la Virgen María les dé la fuerza y la alegría para cumplir su misión de educadoras.

Le deseo a cada una de ustedes que sea una bendición para su hogar y para su familia. Que la Virgen María les dé la fuerza y la alegría para cumplir su misión de educadoras.

UNA TEMPESTAD HACE CAMBIAR EL RUMBO

Un domingo después del almuerzo, al reunirse para la recreación, la Madre Caridad, sumamente preocupada, comunicó a las Hermanas que en el Ecuador, cualquier día podía estallar la revolución.

Con lágrimas en los ojos continuó: ¿Cómo estará nuestra querida Madre Bernarda y las demás Hermanas que están allá? ¿Y el pobre Monseñor Schumacher?

- Cuéntenos de la Madre Bernarda, dijo una novicia.

La Superiora aceptó con gusto la petición y comenzó diciendo: La Madre Bernarda era la maestra de novicias cuando entré al convento de María Auxiliadora en Altstätten, San Gallen, el 10. de octubre de 1880. Era muy estimada y considerada como una santa religiosa. Ese mismo año fue elegida superiora y supo conducir a sus súbditas a la práctica de las sólidas virtudes, iniciándolas en el ejercicio del espíritu franciscano.

Lo que yo les enseño a ustedes es sobre todo lo que ella nos enseñó en aquel entonces. Ella nos enseñaba no solamente con palabras sino principalmente con su ejemplo. Participaba en los trabajos más sencillos de la casa. Le estoy especialmente agradecida por haberme

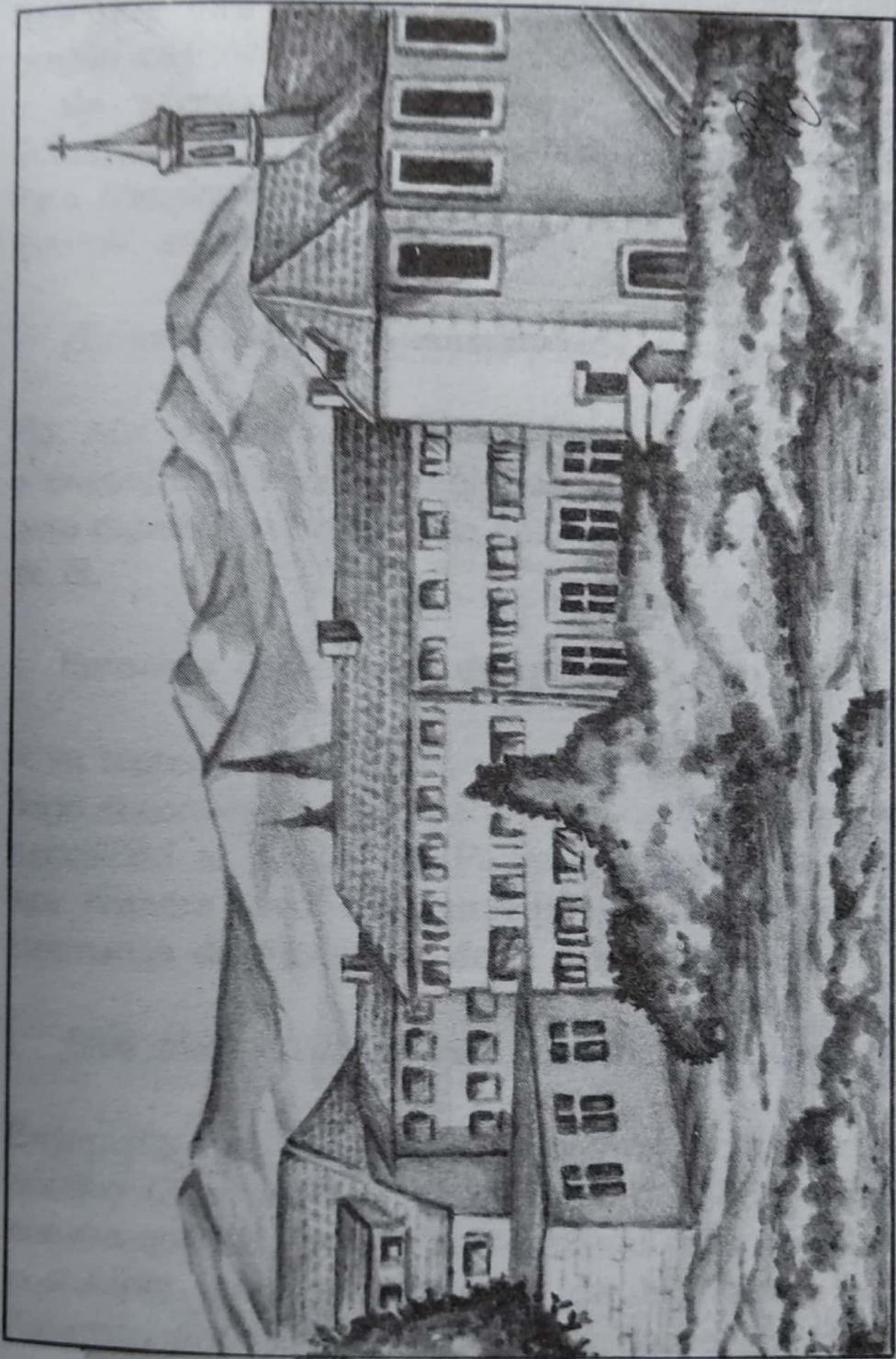
dado oportunidad, en ese tiempo, de obtener el diploma de obras manuales. Antes de entrar al convento ya había recibido el diploma oficial de maestra. Esto fue permisión de la Divina Providencia, porque ahora, aquí en Túquerres donde tenemos escuela e Instituto, y debemos preparar a nuestras mismas Hermanas para maestras, ambas cosas son de gran valor.

- ¿Pero cómo llegó usted al Ecuador?

Después de mi profesión, el 22 de agosto de 1882, trabajé en el Instituto María Auxiliadora en Altstättten, como profesora. A principios de marzo de 1887, vino de visita al convento el Padre Buenaventura Frey, del cantón de Turgau, en aquel entonces provincial de los capuchinos en América del Norte. Nos habló de las misiones del nuevo mundo, y describió con vivísimos colores la necesidad en que se encontraban tantas almas abandonadas, sin sacerdotes ni religiosas. Su palabra persuasiva nos entusiasmó. Muchas de nosotras hubiéramos viajado enseguida a América del Norte, ante todo la misma Madre Bernarda, quien, poco después, se dirigió a las Autoridades Eclesiásticas solicitando permiso para viajar a Norte América.

- Su plan era viajar a Estados Unidos. Entonces, ¿por qué llegaron a América del Sur?

El lazarista Pedro Schumacher, fue nombrado obispo para la recién fundada diócesis de Portoviejo en el Ecuador. Su diócesis, cercana al océano Pacífico, más extensa que Suiza, tenía 125.000 almas: indígenas, negros, blancos y mestizos, quienes vivían esparcidos por los campos y las selvas. Para atenderlos sólo había



Altstätten - Suiza. Convento María Hilf

lado opuestal, en el que se obtiene el dibujo de otros materiales. Años después el convento ya habrá cambiado de nombre y se llamará Convento de la Virgen de la Consolación.

En el año 1692 se construye la iglesia de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

En el año 1700 se construye la iglesia de la Virgen de la Consolación, que se convierte en la iglesia parroquial de la villa.

seis sacerdotes. No existían conventos de ninguna clase. Una que otra escuela destortalada, eso era todo. El pueblo casi no tenía nociones de religión. Sin maestros y sin sacerdotes, vivían como paganos. El obispo Schumacher, miraba desconsolado ese desierto religioso. Para transformarlo en jardín de Dios, debía buscar en Europa, sacerdotes y religiosas.

- ¿Entonces él fue a Altstätten?

No. Aún no nos conocía. Viajó por Alemania, su tierra, y encontró allá varios teólogos que se vinieron con él, pero regresó sin haber oído nada de nosotras, ni nosotras de él.

- Entonces cómo supo de ustedes?

A su regreso a Sur América, pasó por Nueva York, allá llegó al convento de los padres capuchinos, y expresó su necesidad al provincial, Padre Buenaventura Frey. De esa manera tuvo conocimiento de los deseos de las Hermanas de Altstätten, de ir a las misiones.

- ¡Qué maravillosa es la providencia de Dios!

Enseguida se comunicó Monseñor Schumacher con nuestro convento y el 19 de junio de 1888, salimos de nuestra querida Patria: tres Hermanas, tres novicias y una postulante, bajo la dirección de la Madre Bernarda. Pasamos por Basilea, París y el Havre, en donde nos embarcamos en el buque "Labrador", en el cual atravesamos el océano Atlántico y arribamos a Panamá. Continuamos nuestro viaje por el océano Pacífico hacia la costa del Ecuador. En Chone, pequeña población de

13.000 habitantes, nos instalamos en una casa construida bajo la dirección personal del Señor Obispo.

- ¿Cómo era la gente?

En general, manifestaron muy pronto gran confianza y cariño a las Hermanas. Nos costó mucho trabajo enseñar a los ignorantes niños y adultos, las verdades fundamentales de la fe; y enseñar a las niñas y niños a leer y escribir; pero el éxito nos hacía felices. Ante todo éramos misioneras y podíamos enseñar la religión a la pobre gente. Pronto se vieron los buenos frutos.

- ¿Y por qué fundaron en Túquerres?

El trabajo en Chone se aumentaba cada día más, y las poblaciones vecinas también solicitaban Hermanas a la Madre Bernarda. Entonces ella escribió al convento de María Auxiliadora en Suiza, solicitando nuevas Hermanas para el trabajo. Con gran alegría, recibió a siete Hermanas jóvenes, que vinieron de allá.

A fines del año 1891 me enviaron a mi Patria para traer aspirantes. Como en el Ecuador amenazaba desencadenarse la revolución, ya que la situación política era grave, la Madre Bernarda me dio el encargo de fundar un convento en América del Norte.

En octubre del año siguiente, vinieron conmigo de Suiza, nueve novicias. Estuvimos cuatro semanas en Nueva York con la finalidad de buscar un lugar para una posible fundación. El Padre Buenaventura Frey, me ayudó incansablemente en este propósito. Pero no encontramos nada, y nos vimos obligadas a continuar el viaje hacia

Chone, lugar al cual llegamos a media noche, el 12 de enero de 1893.

Afligida por el fracaso, y llena de turbación, me arrodillé a los pies de la Madre Bernarda, y le pedí perdón, pensando que por mis pecados, no había logrado cumplir sus deseos, fundando un convento en Estados Unidos. La Madre Bernarda se apresuró a levantarme y alegremente exclamó: ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! He mandado celebrar muchas misas para que no encontrara nada, porque mientras tanto he prometido una fundación en Túquerres, población situada al sur de Colombia y usted Madre Caridad, será la destinada para dicha fundación. Así fue como llegamos aquí dos meses después.

- ¡Qué admirables son los designios de Dios! exclamaron las presentes.

Que la divina Providencia vele también por nuestras Hermanas del Ecuador, especialmente por la Madre Bernarda y por el obispo Schumacher, porque tienen ante sí terribles peligros.

El presidente del país señor Alfaro, masón y ateo, entró a Guayaquil hace poco, al frente de sus tropas, diciendo: "Vengo a poner fin a la soberanía de Dios". Ya pueden ustedes imaginarse lo que esto significa. Este hombre sin Dios, es capaz de convertir sus amenazas en incendios y asesinatos hasta donde le alcance su bayoneta.

- ¿Podrán salvarse nuestras pobres Hermanas?

Vamos a la capilla y supliquemos al Señor, proteja a sus esposas en el vecino país, y que salve al Obispo

amenazado y a sus sacerdotes de este infierno de la revolución.

Silenciosamente se levantaron y todas se dispersaron por el pequeño convento.

Entre tanto, se extendía el odio a Jesucristo por las tierras del Ecuador, comenzando por los lugares cercanos a la costa. Los amotinados vociferaban por todas partes gritando: ¡Abajo los curas! ¡Abajo cristo! Como una horda salvaje avanzaban los radicales hacia Portoviejo al grito de: ¡Muera el Obispo! Que muera ese enemigo mortal de la masonería, que hace años lucha contra ella, para poner todo bajo su Cristo.

- ¿Lo han oído? ¿Lo han oido? Gritan entre sí.

Los comerciantes de Chone ofrecen una excelente gratificación por la cabeza del Obispo. Varios miles de sures se ofrecen a aquel que sea capaz de matar a ese enemigo.

- Lo haremos, se oía decir, porque tan grande cantidad de dinero no la vamos a dejar perder. El pájaro está en Portoviejo.

En la residencia del Señor Obispo estaban algunos sacerdotes quienes dialogaban con él, respecto a la situación y le aconsejaban que huyera.

- No. Nosotros nos quedaremos aquí, respondió el Señor Obispo, aunque nos cueste la vida.

De esa manera no se presta ninguna ayuda a los católicos, opina el Padre Reinaldo Herbrand. Aquí ya no podemos

hacer nada más. Y, si nos matan, nuestros enemigos lo celebrarán como un triunfo. Creo que es mejor viajar hacia Quito, la capital del país, que todavía se encuentra en manos de personas fieles a la Iglesia. Ojalá que alcancen estos a acabar con la revolución, entonces regresaremos y continuaremos nuestro trabajo. Si morimos, la diócesis quedará sin sacerdotes.

Los sacerdotes estaban de acuerdo con el que hablaba. Suplicaban a su superior que huyera para conservar su vida en bien del pueblo. Esto es mejor que un martirio sangriento, y más tarde carecer de misioneros. El Padre Herbrand insistió en que se tomara rápidamente una decisión: el enemigo se acerca y en cualquier momento puede estar aquí. No debemos perder ni un minuto. Puede que ya sea demasiado tarde. No hay otro camino para huir que ir por Calceta, a Chone, y de allí, por las selvas a Quito.

Después de un cuarto de hora salieron todos.

Al atardecer del primer día, lograron los fugitivos llegar a la aldea de Calceta. Agotados de cansancio solicitaron hospedaje en el pequeño convento de las Benedictinas. Mientras tomaban un ligero refrigerio, escucharon de repente voces.

- ¿Quiénes están afuera?

Todos corren a la ventana y ven que la casa está rodeada de hombres armados que inspiran terror.

El que los comanda exige la entrada.

Tengo orden, explicó al Obispo, de tomarlo preso y llevarlo al cuartel principal.

La calma sosegada y la tranquilidad del Obispo hicieron vacilar al oficial. No se decide a aplicar su fuerza brutal y resuelve retirarse para obtener nuevas órdenes.

Siguió una noche de terror y sobresalto. Nadie pudo cerrar los ojos. Constantemente se escuchaban horrorosas blasfemias, amenazas de muerte, y los esfuerzos que hacían para derribar las puertas, pues querían asesinar a todos los que estaban adentro.

Las Hermanas buscaron todos los escondrijos de la casa para esconder a los sacerdotes y al Obispo, aunque comprendían que esto no daría resultado.

Corren todas a la capilla y postradas ante el Sagrario, con los brazos extendidos en cruz, suplican al Divino Esposo, no permita que sus siervos sean asesinados.

- ¿Saben lo que vamos a hacer si entran los revolucionarios, para matar a los sacerdotes y al obispo? pregunta la superiora a sus Hermanas.
- Nos pararemos en la estrecha escalera que lleva a la capilla, y no dejaremos pasar a los asesinos, sólo pasando sobre nuestros cadáveres lograrán llegar donde los representantes de Cristo.
- Nosotras nos sacrificaremos por ellos.
- ¿Están de acuerdo?

- Sí, contestaron todas.

Antes de despuntar el nuevo día el Señor Obispo celebra el Santo Sacrificio de la Misa, tal vez el último en su vida. Después de distribuir la comunión a las religiosas, consume las Hostias que quedaron para no exponerlas a una profanación.

- Las tropas conservadoras están por llegar, avisa una persona que entra jadeante. Entre los dos partidos se entablará muy pronto una lucha terrible.
- Que no se derrame la sangre de hermanos, dice el Señor Obispo al comandante de los radicales que persiste en su asedio al convento. Guíeme usted al encuentro de las tropas para ver si consigo evitar un sangriento combate.
- ¡Por amor a Dios! No haga usted eso, dice suplicante el Padre Angel, capuchino, arrodillándose a los pies del Obispo. Si abandona esta casa, inmediatamente le darán muerte.
- Si permanezco aquí, nos matarán a todos, pero si voy donde están los enemigos quizás pueda obtener algún favor, explica con valentía el Obispo, y se marcha enseguida.

Al presentarse ante los enemigos, estos quedan perplejos. Con todo, le permiten que monte a caballo, y al amparo de una bandera blanca y acompañado por el jefe, parten entre pelotones de revolucionarios, listos a disparar.

A lo lejos se escucha el tiroteo, parece que hay un enfrentamiento. A los revolucionarios que rodean a

Calceta, se les agota la paciencia. Se lanzan con furor, rompen las puertas del convento y logran entrar al interior gritando: ¡Mueran los curas!

Los tres sacerdotes: Reinaldo Herbrand, Pedro Hecker y el Padre Angel, se dan mutuamente la absolución. Están preparados para la muerte. Junto con el amigo del Obispo, Eduardo Dekiert, se ponen de rodillas al darse cuenta de que los enemigos han forzado la puerta.

Con furia infernal se arrojan contra sus víctimas: uno de ellos levanta el fusil apuntando hacia el Padre Herbrand, pero una valiente Hermana se lo arrebata. Otro desenvaina un puñal en el preciso momento en que Sor Genoveva, la superiora del convento, se interpone entre ellos, y con esta acción heróica salva la vida al sacerdote. Sólo pasando sobre nuestros cadáveres, podrán llegar hasta los representantes de Cristo, dice a los malvados.

Las valientes religiosas son empujadas con fuerza hacia atrás. Los invasores agarran con furor al padre Hecker, cura de Calceta, y lo cuelgan de los pies con la cabeza hacia abajo. Luego lo arrastran escaleras abajo, de manera que su cabeza choca en cada uno de los peldaños. Cosa parecida hicieron con Don Eduardo. También él sangraba por las grandes heridas de la cabeza. Entre blasfemias y gritos diabólicos son llevados los dos héroes, con el padre Angel y Herbrand, a una pequeña colina en donde se encuentra el cementerio, con intención de ejecutarlos.

A las benedictinas las golpean con crueldad como si se tratara de animales salvajes. Las obligan a seguir con los sacerdotes para fusilarlas con ellos, pero en el camino, los

mismos soldados se avergüenzan de semejante villanía y las dejan en libertad.

Entre tanto, otros revolucionarios penetran en la capilla: con un hacha rompe uno de ellos el sagrario; otro deja caer su arma sobre el gran crucifijo que preside el altar. Todo lo saquean, todo lo destruyen, y nada queda a salvo de lo que cae en sus feroces manos.

El pelotón llega al cementerio con los cuatro prisioneros. Se ordena una descarga, y enseguida se retiran, dejándolos en el suelo como muertos. Cuando los revolucionarios se han alejado, los cuatro mártires se ponen en pie. Afortunadamente, sólo uno de ellos ha sido herido. Al poco tiempo se acercan las tropas católicas que salvan a los confesores de Cristo.

Nuevamente se encuentran con el Obispo, pero no pueden permanecer en el pueblo. El número de defensores es demasiado reducido. Bajo su protección, tanto el Obispo como los sacerdotes, deben abrirse paso hasta Chone.

Es un intento peligroso, pero no queda otro remedio, opina el comandante amigo. Haremos lo que esté en nuestras manos. Estamos dispuestos a morir por ustedes.

A eso de las seis de la tarde, llega corriendo el sacristán de Chone donde la Madre Bernarda y, jadeando, le dice: Acaba de llegar el Señor Obispo con sus sacerdotes y unos cien soldados.

Se apresura la religiosa a salir y, conmovida se arrodilla ante el Obispo y besa respetuosamente su anillo. El le

muestra un escapulario del Corazón de Jesús y dice: Sólo por milagro de Dios estamos todavía con vida. Rece con todas sus hermanas hoy y mañana para que, con la ayuda de Dios, estemos dentro de poco libres de peligro. Los habitantes del pueblo no tienen ánimo para ayudar a los fugitivos.

La Madre corre a la casa y pronto regresa con víveres, camina valientemente entre los grupos de soldados, ofrece las provisiones a los sacerdotes que están a caballo, y se acerca al Obispo para la última despedida. Al ver lágrimas en sus ojos, con ambas manos toma la derecha de él y le dice en alta voz y muy conmovida: ¡Oh Padre! Santo mártir! nosotras queremos morir con usted y por usted!

Sí. La heróica Madre Bernarda se hubiera sentido feliz si en ese momento hubiera sido atravesada por las balas que se cruzaban en el fuerte tiroteo en ambas orillas del río, mientras entregaba sus provisiones al Obispo.

¡Que contraste! Aquí se encuentra el afecto filial y la veneración al sacerdocio. Allá el odio mortal.

Treinta días duró la aventurada huída, a través de selvas y montañas de la cordillera de los Andes, entre grandes peligros e indecibles privaciones. Pero finalmente logró el valeroso grupo llegar a Quito, la capital. Allí se sienten protegidos.

Pero desafortunadamente no disfrutan por mucho tiempo de esa tranquilidad, los enemigos de la Iglesia amenazan con invadir la ciudad y Monseñor Schumacher tiene que salir.

- ¿A dónde iremos? Pregunta melancólicamente a sus compañeros. El mismo responde: Sé que hallaremos un sitio donde seremos bien acogidos.
- ¿Dónde será?
- Vamos donde la Madre Caridad a Túquerres. Esta es la mejor solución en esta gran calamidad.

Tres meses después de su salida de Portoviejo, tras largas horas a caballo, cruza el perseguido Obispo el puente natural de Rumichaca, en la frontera con Colombia.

El Obispo y sus sacerdotes desmontan, caen de rodillas y entonan el Magnificat agradeciendo su salvación.

El 28 de agosto de 1895, los prófugos entran a Túquerres después de haber soportado grandes sufrimientos causados por el odio de los enemigos del sacerdocio. Llegan en lamentable situación: paupérrimos, con hambre, cubiertos de lodo, con los vestidos desgarrados, enfermos y agotados.

En el patio del convento los espera la Madre Caridad con sus religiosas. Al ver al Señor Obispo se arrodillan e imploran su bendición. Siguen cordiales saludos y, con lágrimas de alegría y gratitud, les ofrecen alimento y bebida con la cual puedan reponer sus fuerzas y calmar su sed.

Los que durante tanto tiempo habían sido tratados inhumanamente, se sienten felices de ser recibidos por una buena madre.

Ciertamente somos pobres, dice la Madre Caridad, pero para usted Excelencia, para sus Sacerdotes y para el fiel Don Eduardo (quien tiene todavía en su cara, la marca de una herida mal cicatrizada), para ustedes siempre habrá algo. Mientras que nosotras tengamos alimento, ustedes no sufrirán hambre. Nos preocuparemos por mejorar sus vestidos y proporcionarles lo que necesiten. Qué contento estaba el pobre Obispo con esta acogida, y cómo se alegraron con él sus compañeros.

Seis meses permaneció el Obispo en Túquerres. Luego se estableció en Samaniego, cuyo clima benigno y agradable, fue muy favorable para su quebrantada salud.

Allí desempeñó el cargo de Padre espiritual, médico y amigo de los pobres.

La Madre Caridad cuidó siempre de él, y destinó a Cristina Hoffmann, para hacerse cargo de la casa, lo que ella cumplió con gran esmero. Además, semanalmente les mandó una o varias bestias cargadas de víveres para él y sus Sacerdotes. También le mandó vestidos, ornamentos y todo lo que necesitaba. Así transcurrieron los días hasta el verano de 1902.

Un día llegó un mensajero de Samaniego. Debe ser algo urgente: Rápidamente abrió la Madre Caridad la carta y leyó:

“El Señor Obispo Schumacher, está enfermo. Hace algunos días visitó, en la montaña, a una familia que tenía tifo, y confesó a los cuatro moribundos. Con esta obra de

misericordia, él mismo se contagió de dicha enfermedad. Su estado de salud es muy grave. Cristina”

Inmediatamente tenemos que mandar ayuda, dijo la Superiora. Temo por su vida. Hagamos cuanto nos sea posible para salvar la vida de este santo. Que las Hermanas Rufina, Margarita y Celestina se alisten enseguida para viajar. Lleven todo lo que crean necesario, velen día y noche a la cabecera del enfermo. Hagan lo humanamente posible por salvarlo. Tan pronto como pueda, iré personalmente allá.

Fueron los últimos servicios de caridad que recibió el Obispo Schumacher. Las Hermanas proporcionaron un gran consuelo al enfermo, en las últimas semanas de su vida, aunque no pudieron detener la muerte.

El Obispo enfermo, repetía con frecuencia a sus bienhechoras: ¡Dios les pague! Sus últimas palabras fueron un cordial agradecimiento para las Madres Franciscanas, y una bendición para la Madre Caridad y su obra.

LLUVIA DE BALAS

Pocos años después de la salida de Monseñor Schumacher del Ecuador escribió desde Samaniego, a la Madre Caridad manifestándole lo siguiente:

"En el Ecuador han ocurrido terribles acontecimientos. El Obispo de Riobamba, anciano de 70 años, ha sido llevado a una cárcel infame. Los jesuitas, todos sin excepción, han sido detenidos. Los enemigos de la religión penetraron al convento y realizaron toda clase de horrores: al superior lo asesinaron de tres disparos; todos los sacerdotes y hermanos han sido heridos a golpes de bayoneta. Mucha gente se refugió en la iglesia y a todos les dieron muerte. Sobre el altar mayor colocaron varios cadáveres.

La imágenes de los santos fueron destruidas, rompieron el Sagrario, regaron las sagradas hostias por el suelo y las pisotearon. Los soldados haciendo burla de los jesuitas, se vistieron con sus sotanas, bebieron en los cálices, y cometieron toda clase de villanías. Sólo han quedado en el Ecuador dos obispos, los demás han tenido que huir.

Naturalmente las hermanas tuvieron que abandonar el país. La Madre Bernarda que se encontraba en Chone, pudo llegar con sus religiosas al puerto, y logró embarcarse con rumbo a Panamá; luego siguió a Cartagena, en donde se ha instalado y allí piensa permanecer.

También en Colombia, que tiene un gobierno católico, los enemigos de la Iglesia caldean los ánimos, y en el sur hay mucha agitación.

Lo que ellos quieren se lee en el programa que Tomás Rengifo, candidato a la presidencia, dio a conocer el 10 de septiembre de 1881, y que dice: "Cuando empuñemos las riendas del gobierno, los bienes serán distribuidos, ya no habrá ricos y pobres entre ustedes, las haciendas serán repartidas, las iglesias cerradas, los sacerdotes para siempre desterrados del país, y las casas religiosas destinadas a escuelas militares. La religión del estado durante mi gobierno será el de la diosa razón. El vínculo matrimonial no tendrá efecto, pues el matrimonio será celebrado por un juez, el cual podrá anularlo cuando alguno de los contrayentes lo deseé. Se establecerá la pena de muerte, la cual se aplicará particularmente a los que se opongan a mi gobierno. El poder legislativo y el judicial serán derogados, pues no son necesarios y causan elevados gastos al estado. Nosotros mismos dictaremos las leyes."

Dicho manifiesto demuestra claramente los planes de los enemigos de la Iglesia en Colombia, y para lo que ustedes tienen que estar preparadas. Pero confiemos en Dios, oremos sin cesar para que El dirija los destinos de Colombia, y nos preserve de los horrores de la guerra civil."

La Madre Caridad dobló la carta, las Hermanas se levantaron. Ninguna pronunció palabra. Con lágrimas en los ojos abandonaron silenciosamente el refectorio y se dirigieron a la capilla, donde permanecieron largo rato en profunda adoración ante el Santísimo. Pensaban

que lo que sufrieron las Hermanas en Chone, y lo que padecieron el pueblo cristiano y los sacerdotes en el Ecuador, también podría tocarles a ellas.

Pasaron algunos meses. Los nubarrones se aumentaban en el sur de Colombia, amenazando con una horrorosa tormenta que en cualquier momento podría desencadenarse.

30 de marzo de 1898.

La campana del convento toca a una hora desacostumbrada.

Todas las Hermanas se congregan. Con palidez de muerte la Madre Caridad da lectura al telegrama dirigido desde Ipiales:

“Al amanecer hoy, tropas radicales pasaron frontera provenientes Tulcán, hállanse aliados enemigos de la Iglesia. Avanzan más de 2.000 hombres hacia Ipiales, cuyos defensores llegan a 800. Centro de la ciudad ocupado por enemigos, pero luego dispersados. Perdieron 500 hombres, los nuestros 100. ¿Qué hacemos? Hermana Agnes.”

Comienza la siniestra guerra de religión en este país católico, y precisamente al sur donde tenemos nuestras casas, dice la Superiora. Si triunfan los rebeldes sabemos lo que nos espera. Temo por nuestras Hermanas residentes en Ipiales, en donde hace pocos meses se abrió una escuela y un colegio para señoritas. Ahora están bajo inminente peligro.

Tampoco aquí en Túquerres estamos seguras, ya que la distancia que nos separa de Ipiales solamente es de siete horas a caballo, y la frontera está cerca. Sin embargo me parece que no debemos huir, sino permanecer en nuestro puesto, para ayudar a la gente corporal y espiritualmente. Pienso que debemos poner nuestras escuelas y colegios a disposición del gobierno, y transformarlos en hospitales para atender a los heridos.

- ¿Qué les parece? ¿Están de acuerdo?
- Sí Madre, exclamaron todas las religiosas.
- Bien, enseguida mandaré un telegrama a Ipiales, a nuestras Hermanas para que se dispongan a atender a los heridos y enfermos de cualquier partido que sean.
- ¿Y nosotras, qué podemos hacer aquí?

Como la guerra puede durar mucho tiempo, debemos prepararnos también para acoger enfermos y heridos, pues es probable que en las cercanías de la población haya luchas y enfrentamientos sangrientos. Miremos al futuro con ánimo y llenas de confianza en Dios. Demostremos que somos cristianas, dispuestas a dar la vida por el prójimo, si es necesario.

Nuestras Hermanas de Ipiales están en este momento recargadas de trabajo. Aunque aquí apenas están las suficientes, debemos mandar algunas para ayudar.

- ¿Quién de ustedes tiene ánimo para ir al lugar del combate?

- Yo... yo...y yo...exclamaron varias Hermanas, mientras algunas menos valientes guardaban silencio.
- ¡Qué valientes son ustedes! exclamó la Superiora. Ya sabía que no en vano apelaría a su abnegación y generosidad. Irán las Hermanas más hábiles para la enfermería.
- Prepárense pronto para el viaje, mientras ordeno que ensillen las bestias. Y usted, Hermana Genoveva, nuestra mejor enfermera, acompáñelas y procure que los enfermos estén debidamente atendidos.

Una hora más tarde cabalgaban las valientes religiosas. Antes de partir, la Superiora las bendijo, diciéndoles:

- Que Dios las acompañe. Atiendan a cada enfermo como si fuera Nuestro Señor. Lo que hagan por ellos lo hacen por El, como nos lo enseñó, cuando dijo: "Lo que hiciéreis a alguno de los pequeñuelos, me lo habéis hecho a mí."

Afortunadamente todos ignoraban que la guerra duraría tres años y medio, porque sin duda alguna se hubieran desanimado.

Muchos combates, grandes y pequeños, se libraron entre Ipiales y Túquerres en el tiempo que siguió a estos acontecimientos.

En una ocasión unos soldados llevaron, en una camilla, a

un herido al patio del convento, lo colocaron en el suelo y se fueron rápidamente, porque tenían que traer otros.

Tan pronto como lo vió la Madre Caridad, corrió a su cuarto, arrastró su propio jergón hasta el patio, luego llevó sus sábanas y su almohada, acostó al herido y lo cuidó personalmente. Todas las demás camas estaban ya ocupadas. La Superiora encontró muy natural, que en estas circunstancias ella tuviera que dormir en el suelo.

Para cuidar a los heridos vino apresuradamente de Samaniego el Obispo Schumacher. Diariamente, en compañía de unos capuchinos, visitaba dos veces las salas de los enfermos, lavaba sus heridas y las curaba. Como no había médicos él los trataba con remedios caseros muy eficaces. Les vendaba las heridas y los cuidaba en todo sentido.

Con alegría y sorpresa comprobaban las Hermanas cómo los soldados, casi milagrosamente, se salvaban de grandes peligros, y con qué ansia recibían los auxilios que la Iglesia les ofrecía.

Allí hay uno que se salvó porque la bala rebotó contra una crucecita que llevaba sobre el pecho. Otro al ser llevado al improvisado hospital, delante de la Madre Caridad cuenta lo que le pasó, con palabras tan vivas, como si estuviera todavía parado en medio del campo de batalla.

Durante el combate me cayó en el pecho una bala mortal. Yo me tenía por perdido. Pero, ¡qué milagro! El proyectil solo perforó mi escapulario, y yo no tuve mayor daño. A un tercero, la bala enemiga le tocó con tal fuerza

que le hizo dar tres vueltas; el proyectil penetró con el escapulario, media pulgada en el cuerpo. Sacó el escapulario y la bala cayó al suelo.

El número de heridos era mayor en Ipiales que en Túquerres. La penuria en el hospital también era mayor. Era muy poco lo que el gobierno podía ayudar. Ante esta escasez, las hermanas dieron sus propios jergones, sus vestidos y hasta su propia comida a los enfermos. De sus delantales hicieron camisas, y de los pañuelos, vendajes. Día y noche asistían a los heridos sin tener en cuenta su propio cansancio que casi llegaba al extremo. Al mismo tiempo que cuidaban los cuerpos, proporcionaban consuelo y luz a las almas angustiadas.

"No lejos de nosotras retumban los cañones -escribía la superiora a la Madre Caridad- a veces pasan las balas sobre nuestras cabezas. A dos de nosotras llegaron hasta perforar los vestidos, pero a pesar de todo, las Hermanas siguen firmes en su puesto. Lo único es que estamos terriblemente cansadas, y a este cansancio se suma la carencia de todo."

También sobre el convento de Túquerres pesa una extrema pobreza, pero la Madre Caridad, siempre encuentra la manera de enviar a Ipiales, de cuando en cuando, provisiones y los objetos que juzga necesarios.

Nuevamente recibe carta de allá. Despues de la cena, se reúnen todas para escuchar su contenido.

"Nuestros soldados enfermos se muestran sumamente agradecidos, y con muy buena voluntad. Lo que las Hermanas les dicen, lo hacen casi todos, también los

radicales que antes luchaban contra la Iglesia. No hacemos ninguna diferencia entre los partidos; precisamente, a los enemigos les hace doblemente bien la profunda caridad. Así aprenden mucho mejor que con palabras, a conocer el verdadero cristianismo, como religión de amor.

Muchos han muerto, pero pocos sin los últimos sacramentos. Hace poco tuvimos aquí un comandante enemigo. A pesar de sus atroces dolores y nuestros solícitos cuidados, no quiso saber nada de sacerdotes, ni de arrepentimiento. Después de pocas semanas solo podía mover un poco los ojos. Tres días estuvo en agonía, a cada instante se esperaba su desenlace. Como no moría, dijo un soldado: este hombre no puede morir porque tiene el escapulario de la Santísima Virgen, a pesar de lo cual no quiere confesarse. Alguien le quitó el escapulario y enseguida murió.

A su lado yacía un coronel gravemente herido, el cual sentía que su fin se acercaba. Pidió a una Hermana que llamara al Sacerdote, y se reconcilió con Dios. Un compañero del mismo partido, se burló de él, a lo que replicó el coronel: El paso a la eternidad es muy importante, y yo quiero morir como cristiano.

Los cadáveres se llevaban a la iglesia parroquial y, como eran tantos, formaban un montón en donde se encontraban juntos amigos y enemigos. Entre ellos estaba el de un hombre que durante su enfermedad profería espantosas blasfemias contra la Santísima Virgen, y había muerto impenitente. De repente entró un perro, se arrojó sobre los cadáveres y, precisamente al blasfemo, le arrancó la lengua.

Estos son casos aislados, ya que la mayoría de los soldados enfermos, se confiesan voluntariamente y reciben los santos sacramentos.

Por toda la eternidad gozaremos por haberles podido ayudar a ganar el cielo. Es tan consolador ganar almas que reciban la gracia de Dios y puedan llegar a la feliz eternidad. Esta es la mejor recompensa de todos los sacrificios que hacemos por ellos."

Tales cartas dieron mucho consuelo a las Hermanas en la Casa Madre, y las animaron a aumentar su celo en la práctica de las obras de misericordia.

Pasó el primer año y la guerra civil no tenía fin. Después del segundo, aún no se sabía de quién era el triunfo. Cuando los rebeldes eran derrotados se retiraban al país vecino, el Ecuador, y regresaban sorpresivamente para atacar las tropas del gobierno.

- ¿Quién toca a la puerta de la Casa Madre a tan altas horas de la noche? Cautelosamente abren el portón.

La Madre Caridad recibe un telegrama urgente. Sus manos tiemblan mientras lee rápidamente el mensaje: "El enemigo planea lanzarse sobre Ipiales. Habrá un terrible derramamiento de sangre. Han declarado que martirizarán a una de nuestras Hermanas. A la una de la mañana debemos huir con nuestros enfermos hacia Túquerres. Sor Agnes."

- ¡Pobres Hermanas! exclama la Madre mientras las lágrimas surcan su rostro. ¡Cómo estarán de angustiadas! ¡Y con tantos enfermos! ¿Podrán salir antes de la llegada de los enemigos? Las perseguirán... Es necesario enseguida enviarles caballos, víveres y vestidos para ellas y para los enfermos.

Por lo general el trayecto se recorre en un día, pero con los enfermos necesitarán dos o tres.

¡Qué caravana tan extraña entra a Túquerres tres días más tarde! Una larga fila de heridos: unos a caballo, otros en mulas, otros llevados en camillas y finalmente otros a pie.

¡Qué cuadro más digno de lástima!

La Madre Caridad los recibe como naufragos, con cariño y compasión, y cuida solícitamente de ellos ayudada por los padres capuchinos y las autoridades.

Diariamente llegan fugitivos con noticias alarmantes: El enemigo se apoderó de Ipiales y fue saqueada. Luego avanzó y en la población de Pupiales se trabó la lucha con las tropas del gobierno. Se retiraron estos últimos.

Entonces las mujeres de Pupiales se armaron con palos, herramientas de labranza y cuanto pudieron encontrar y avanzaron batiendo las banderas y gritando con gran entusiasmo: ¡Viva Cristo!

Los rebeldes, creyendo que había llegado un nuevo ejército del gobierno, emprendieron la fuga. Muchos cayeron en lodazales, donde encontraron la muerte.

cayeron en lodazales, donde encontraron la muerte.

Quince días después regresaron las Hermanas a Ipiales con los enfermos menos graves.

¡Qué desolación encontraron al llegar a su casa! Los enemigos habían robado todo lo que les fue posible, lo demás en gran parte fue destruido, nada escapó al pillaje.

Un pelotón de los enemigos de la Iglesia, se dirigió a Samaniego.

- Nos apoderaremos del obispo Schumacher y lo mataremos, gritaban.

Habían oido decir que el Obispo se encontraba en aquella lejana población y descendían hacia ella, engañando a la gente, porque llevaban banderas del gobierno. Sólo en la cercanía se quitaron la máscara.

¡Suenan tiros! ¡Se oye una espantosa gritería! El Padre Kleinschmidt auxilia espiritualmente a los ensangrentados moribundos que yacen en el suelo.

Uno de los atacantes apunta con su fusil al Padre Reinaldo Herbrand y está pronto a disparar, pero otro radical se interpone y grita a sus compañeros: ¡Alto! a éste no lo pueden matar; si lo hacen, yo termino con ustedes. Este sacerdote me ha hecho mucho bien.

Comienza a amanecer. Los revolucionarios rodean la casa del Obispo. Levantan sus fusiles para "saludarlo" con una salva. Pero el capitán mira arriba y ve una imagen de San José, que hasta hoy está colocada en el frontis de la casa, y grita: ¡Contra esta casa no disparemos! Cómo agradecieron la inesperada ayuda de San José, las dos Hermanas que allí se encontraban y que, temblando, esperaban la muerte.

Poco antes, la Hermana Celestina había abierto el sagrario y con respeto y veneración consumió las sagradas hostias para evitar una profanación y escondió el copón.

- ¿Dónde está el obispo Schumacher? ¡Fuera con él! Lo mataremos.
- No está aquí.
- ¿Entonces en dónde?
- ¡Ha huído!
- ¡Al diablo, se nos ha escapado el zorro! ¡Qué lástima!
- ¿Pero, qué es aquello? ¿Qué gente empieza a bajar de la montaña?

Ahora se ve claro, están batiendo la bandera conservadora, y se oye un grito de victoria: ¡Viva Cristo! Y bajan con gran algarabía.

- Debe ser un nuevo grupo del ejército católico.

Los revolucionarios se retiran y escapan rápidamente. Las

tropas se acercan y entran a la población gritando: ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Vivan las heroínas que salvaron nuestro pueblo de las manos de los revolucionarios!

Las heroínas no eran soldados sino mujeres de Samaniego que, con gran valentía se vistieron de varones, se reunieron y animosamente bajaron de las montañas logrando con esta astucia derrotar al enemigo.

- ¿Pero en qué parte del mundo se encuentra el Obispo?

Con dos capuchinos, huyó a un pueblecito entre las montañas; y más tarde el Padre Herbrand lo llevó, por un solitario camino indígena hasta Túquerres y desde allí para más seguridad a Pasto, capital del departamento.

¿Quién podrá describir las preocupaciones y sufrimientos de la Madre Caridad en este tiempo? Preocupaciones por la Casa Madre y las filiales; preocupación por las Hermanas, particularmente las de Barbacoas, Samaniego e Ipiales; dificultades para satisfacer las necesidades de las religiosas y de los enfermos.

Muchas veces, cuando las demás religiosas se habían retirado a descansar, ella permanecía durante horas enteras, delante del Santísimo a la luz de la lámpara, pidiendo fuerza, perseverancia y auxilio para sus queridas hijas, a quienes miraba como una caravana errante en un desierto. Pero todavía faltaba algo peor.

En el patio del convento está un caballo bañado en sudor,

del cual acaba de apearse un mensajero expreso, portador de una mala noticia: "Ha estallado la epidemia de tifo y viruela, en el hospital de Ipiales. Muchos soldados están atacados por esas enfermedades. Unos ya han muerto, y otros morirán pronto. Algunas Hermanas también están enfermas.

- ¿Unas Hermanas, dice? ¿Cuáles?
- El mensajero las nombra. Son nueve.
- ¿Y esas nueve religiosas están gravemente enfermas?
- Sí Madre.
- Entonces, yo misma tengo que irme.

Inmediatamente da orden de que alisten los caballos, y también: vestidos, material para enfermería, medicamentos y víveres. Algunas Hermanas la acompañarán.

Una hora más tarde, sale adelante del grupo, pálida y preocupada. Avanzan rápidamente durante siete horas hacia el sur por la altiplanicie, y por fin tienen delante de sí la pequeña ciudad de Ipiales.

Angustiada entra la Madre al pequeño convento. A sus hermanas enfermas las encuentra tiritando por el escalofrío, flacas como esqueletos, con el pulso alterado, algunas delirando, incapaces de reconocerla. Va de cama en cama informándose del estado de cada una, consolando y animando a las que están en su pleno conocimiento, proporcionándoles medicamentos, comida adecuada, y delicada atención.

Las Hermanas, ahora nueve menos, multiplicaron sus fuerzas, pero ya son incapaces de cumplir con su tarea. Están muy contentas de recibir ayuda.

Como una madre que ama más intensamente a los hijos que sufren, así la Superiora prodiga día y noche cuidados a sus hermanas enfermas. Pero ni aún el amor de madre es capaz de alejar la muerte; ni las fervorosas oraciones, ni la sacrificada entrega a sus cuidados, pudieron esta vez evitarla.

Sobre una mesita cubierta con un mantel blanco, está el crucifijo entre dos matas de geranio, y dos velas encendidas. La Hermana Coleta renueva los votos religiosos en manos de su Superiora, desposándose con Cristo por toda la eternidad. Enseguida se apaga la luz de su vida. Señor, dale el descanso eterno, se oye que rezan entre llanto y retenidos sollozos.

No tardó la muerte en segar otra vida, y esta vez escoge a Sor Josefa. Y una tercera, la Hermana Filomena. Todas víctimas del amor cristiano, al servicio de los enfermos. También se vio llorar a los soldados, y se les oyó decir: En ellas hemos perdido verdaderas madres.

Veinte años después, el día de difuntos, fueron unas hermanas al cementerio para adornar las tumbas de sus Hermanas difuntas. Se sorprendieron al encontrarlas engalanadas con flores frescas. Dos hombres silenciosos se encontraban allí.

- Ustedes se sorprenden porque encuentran las tumbas adornadas, dijeron, al ver la admiración de las Hermanas. Hace veinte años éramos soldados, y nos



Padre Reinaldo Herbrand
Capellán de las Hermanas Franciscanas 1895-1925

encontrábamos enfermos en el hospital, donde estas Hermanas nos cuidaban. Nosotros recuperamos la salud, y ellas murieron; por eso, hoy venimos a adornar sus tumbas. No es más que una pequeña expresión de gratitud.

Volvamos atrás, a aquel tiempo de tanta preocupación. Mientras la Madre Caridad consolaba y cuidaba a sus hijas en Ipiales, asistiéndolas con verdadero amor maternal, recibió un nuevo golpe. En un telegrama de Túquerres, le avisaron que allá también había comenzado el tifo entre las Hermanas.

Volvió a su casa apresuradamente. Una gran preocupación pesaba sobre ella en este viaje. Constantemente elevaba sus ruegos al cielo diciendo: ¡Dios mío! ya te has llevado tres de mis hijas, ten piedad de mí, y déjame las otras. Son pocas las Hermanas, y a causa de la guerra no es posible que vengan postulantes de Suiza. Haz que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. El sufrimiento se trasluce en su semblante que, ordinariamente sonrosado, se ve blanco como la pared.

- ¿Cómo está? ¿No hay ninguna esperanza? preguntó en voz baja.
- No.

El Padre Herbrand está en agonía. El obispo Schumacher, y los demás sacerdotes que vinieron con él del Ecuador, lo acompañan. El celoso sacerdote ejercía el cargo de capellán castrense y asistía con abnegación a los enfermos; en este ejercicio de caridad adquirió también el tifo, y ofrece su vida como un héroe del amor.

La Madre Caridad se dirige a la capilla, sumergida en un mar de angustia y de dolor, y se postra ante la imagen de San José suplicándole: "Tú que eres el padre putativo de Jesús, ¡Ayúdanos en este gran dolor! Al Padre Herbrand nos lo dieron sus superiores como capellán y es un santo sacerdote. Tenemos tanta necesidad de él para que dirija nuestra Congregación de educadoras; para preparar a las candidatas al magisterio, ya que también él fue maestro, y para orientarlas en su vocación. Consérvanos a nuestro guía. En nombre de toda la Congregación te prometo, si nos escuchas, que en todas nuestras casas se rezará diariamente y para siempre, la oración de los siete dolores y gozos de San José."

Largo rato permaneció rezando, con fervor, al pie del altar. De pronto le pareció despertar de un profundo sueño. Se levantó, y muy serena salió de la capilla. Entró al cuarto del moribundo y se dirigió al obispo Schumacher. En pocas palabras le explicó la promesa que había hecho a San José y pidió al Obispo la aprobación. Este reflexionó unos momentos y luego dijo: Apruebo. Enseguida se notó la mejoría en el estado del enfermo. El cielo había escuchado las súplicas y la muerte tuvo que ceder.

La promesa de aquella hora se ha cumplido fielmente en toda la Congregación, hasta el día de hoy.

LA REGION BANANERA

Por fin terminó la terrible guerra. El gobierno de Colombia, fiel a la Iglesia, derrotó a los rebeldes enemigos de la religión, y de nuevo reinó el orden en el país.

El convento de Túquerres, recibió nuevas vocaciones tanto de Suiza como del mismo país, y así pudo desarrollarse y atender a nuevas fundaciones. La fama de la virtud y capacidad de las misioneras Suizas, se extendió por varios lugares y más y más solicitaban Hermanas a la Casa Madre, para nuevas fundaciones.

En un espléndido día de agosto, siete franciscanas, cabalgaban con gran cuidado, por malos y pedregosos caminos que serpenteaban por la cordillera de los Andes, afrontando el riesgo de que los caballos pudieran despeñarse. Despues de un largo trayecto desapareció el peligro.

En ese valle se encuentra la ciudad de Samaniego, dijo la Madre Caridad, cuando en una de las vueltas del camino se detuvo la caravana. Allí van a pasar unas deliciosas vacaciones, y a descansar merecidamente de los trabajos y fatigas del año escolar.

Mientras que Túquerres está a 3.100 mts. sobre el nivel del mar, allí la altura es sólo de 1.500 mts. Despues del frío que se experimenta en las alturas, podrán disfrutar

de un clima que durante todo el año se mantiene entre 18° y 20° C.

La naturaleza se muestra pródiga en frutos y flores. En la altiplanicie tenemos sólo papas y avena, pero no hay ninguna clase de árboles frutales, en cambio aquí, se tiene toda la riqueza de una región tropical.

A nuestros pies pueden ver un pueblo, a la izquierda del cual, en una hermosa hondonada, se encuentra nuestra casa. Los campos verdes alrededor, son cultivos de caña de azúcar; al lado hay cafetales, bananos y árboles de naranjo. Es un pedazo de paraíso propio para descansar y recuperar las fuerzas, disfrutando del sombreado bosque y los hermosos campos de flores.

- ¡Qué bello! ¡Qué hermoso! exclamaron las jinetes.
- Dios le pague querida Madre Caridad, por darnos oportunidad de pasar aquí nuestras vacaciones.

Con interés contemplan el paisaje: gigantescas montañas circundan el valle, como imponentes guardianes. Entre las ramas de los arbustos, emergen los techos de paja de las viviendas de los campesinos.

Columnas de humo se levantan entre los matorrales, producto de las malezas de los campos, que los campesinos queman preparando su cosecha. A lo largo de las vertientes, y al son del murmullo que de las aguas se percibe desde el profundo río, caminan los mestizos por angostos senderos, conduciendo caballos y mulas de carga.

- ¡Qué hermoso día de vacación! Exclama la Hermana Rufina. No hemos sentido las nueve horas que llevamos cabalgando. Viajar a caballo, por malos y pedregosos caminos ha sido duro, y de mucho peligro, pero el hermoso paisaje y la amable compañía, nos hacen olvidar las pasadas incomodidades. Durante el año gustosamente damos clases aunque esto exige mucha entrega, pero después, nos hace mucho bien una estadía en el sur.

Qué vida tan feliz tienen las Hermanas después de su llegada a Samaniego. Ocupan la casa de San José, donde había pasado sus últimos años Monseñor Schumacher, la cual está rodeada de un hermoso jardín. Allí hay naranjos, limoneros, flores de distintas clases y variados aromas, y árboles frutales que generosamente brindan sus deliciosos productos. Hay un extenso platanal cuyas hojas agita el viento. Pesados y provocativos cuelgan los racimos de bananos maduros. Al lado de los pimientos con sus pequeños y picantes retoños, ofrece el higo sus dulces frutos.

No falta tampoco el sembrado de algodón con sus blancas y hermosas motitas y al lado la planta de tabaco, extendiendo sus grandes y afelpadas hojas. Centenares de nardos y miles de rosas perfuman el ambiente con su delicado aroma. Rápidamente pasan los colibríes de hermosos colores, libando de flor en flor. En las ramas de los arbustos se oye el canto de los curiyos noblemente vestidos de amarillo y negro. Millares de abejas zumban regresando a sus colmenas con el polen tomado de las flores, que en sus patitas parecen pantaloncitos amarillos.

Las maestras, cansadas del trabajo escolar, pasan en este paraíso días de verdadera alegría. Cogen aquí un banano, más allá una dulce naranja, saborean los jugosos higos, o cortan un pedazo de caña para gustar su exquisito jugo.

Se recrean con la belleza y majestuosidad del jardín. Gozan del descanso, sentadas en un banco conversando, cantando o haciendo oración.

A veces visitan las colmenas y contemplan, con gran interés, las celditas en donde afanosamente entran y salen las abejas atareadas en la elaboración de los panales.

- Usted Madre Caridad, ha tenido una idea feliz, exclama la Hermana Mónica encargada del cuidado de las abejas. Anteriormente no se conocían las abejas en todo el sur de Colombia, solamente se oía hablar de ellas. Usted las trajo desde el norte. Empresa difícil. Los que las transportaban debían tener mucho cuidado y prudencia. Si las pequeñas cautivas hubieran logrado salir en el camino, hubiera sido fatal para aquellos y para las mulas.
- Ciertamente una empresa difícil, respondió la Madre Caridad. Las dos colmenas las debíamos traer desde Cartago a lomo de mula, durante tres semanas, subiendo a altas cordilleras y bajando a profundos ríos.

Todo pasó felizmente. Aquí en este clima suave, la colmena se aumentó rápidamente. Las abejas encuentran alimento abundante durante todo el año. Casi no exigen

cuidados, solamente requieren cajoncitos vacíos en los cuales ellas ejecutan su trabajo. Para las Hermanas que vienen a recuperar sus fuerzas, la miel es muy provechosa.

- Nosotras le estamos muy agradecidas Madre Caridad.
- Al traer las abejas mi primer pensamiento no fue la miel. Ante todo pensaba en la cera.

En todas partes se ven en los altares solamente cirios verdes, hechos de resina, pero cirios de cera de abejas, como lo desea la Iglesia, se buscan en vano. No hay, porque no existe el material. Por eso quisimos tener en Samaniego colmenas, organizando lo mejor posible la apicultura. Así conseguíamos hacer cirios litúrgicos no solamente para este lugar, sino para todas nuestras filiales. Para Jesús siempre se debe emplear lo mejor. Me alegro cuando veo en la Casa Madre los amarillentos cirios hechos con la hermosa cera de las abejitas, que trabajan con tal afán como si supieran que su obra es para el Señor.

- Ahora tengo otro proyecto.
- Seguramente es un piadoso proyecto, Madre Caridad.
- Ustedes pueden juzgarlo.

Bien saben lo difícil que es conseguir seda para confeccionar casullas, cubrecopones y otras cosas necesarias para la celebración del culto y también para componer lo que está deteriorado. Pienso que el clima de Samaniego, es favorable para la cría del gusano de seda que, con los cuidados debidos, se multiplicarán

con rapidez. Ya sembramos morera para alimentarlos, y esperamos que dentro de pocos años tendremos seda propia. La Hermana Mónica la tejerá de una manera primitiva, no en maquinarias como en Europa. A ella ya la hemos preparado para tal oficio, entonces tendremos a nuestra disposición seda para los ornamentos. Así podremos atender a las parroquias, y contribuir al decoro del culto sagrado.

De vez en cuando las Hermanas se pasean por el campo, entre perfumados árboles de naranja, desde cuyas ramas algunas doradas frutas parece que les sonríen y, desde el suelo, otras les ofrecen su delicioso jugo. A veces bajan hasta el río de aguas espumantes, que saltan sobre las piedras o forman tranquilos remansos. Allí miran los numerosos peces que se agitan en el agua y luego se pierden velozmente.

El agua, los peces, las plantas tropicales, la tranquilidad del ambiente, todo este paraíso de paz es para las maestras un tonificante recuperador de sus fuerzas para emprender de nuevo el trabajo, una vez terminadas las vacaciones.

Cierto día se fueron montaña arriba y llegaron a una choza escondida bajo oscuros naranjos. Allí estuvo Monseñor Schumacher, durante tres días y tres noches, mientras que los enemigos de la Iglesia hacían estragos en Samaniego, y lo buscaban para matarlo.

El buen campesino las recibió con amabilidad, y les narró lo sucedido en aquellos terribles días. Con orgullo contaba que el Obispo se había fiado de él para salvar su vida. En mi casita estaba seguro. Ningún enemigo

hubiera podido llegar hasta él mientras yo estuviera con vida. Todos nos hubiéramos sacrificado gustosos por defenderlo. Desde aquí pudo huir, con el Padre Herbrand hacia Túquerres.

El campesino tenía una familia numerosa, que ufanalemente, presentó a las visitantes, porque en ese preciso momento regresaban de su trabajo en el campo.

- Estas tres hijas dijo, dirigiéndose a la Madre Caridad, sólo anhelan ingresar a su convento en Túquerres y ser religiosas.
- ¿Son buenas?
- Sólo me proporcionan alegrías Reverenda Madre.
- A mí me causan muy buena impresión. Pienso que, como hijas, de un padre que protegió a nuestro amado obispo Schumacher de los enemigos, poseen buenos sentimientos. Todavía algo singular: tres días tenían ustedes aquí escondido al Obispo que estaba en peligro y ahora, Jesús llama tres de sus hijas al convento. ¿No será esto una gracia y magnífica recompensa del cielo?
- También yo creo lo mismo Madre, y ese pensamiento me colma de felicidad.
- Con alegría aceptamos a las niñas. Probaremos su vocación y las prepararemos para esposas de Jesús.

La presencia de la popular Madre Caridad en Samaniego, no pasó desapercibida. Pronto se supo en toda la parroquia.

No era la primera vez que ella visitaba esta población. Hacía un año que las Hermanas dirigían la escuela del lugar y cuidaban a los enfermos.

De cerca y de lejos, de bosques y montañas bajaba mucha gente a la casa de "San José" para saludar a la "Reverenda Madre". Unos le traían papas, otros un racimo de plátanos; las señoras le regalaban panela y canastitas llenas de exquisitas naranjas, dulces higos y deliciosas piñas. Todos sentían mucha alegría al ver que sus regalos eran aceptados con gusto.

La bondadosa Madre tampoco se dejó ganar en generosidad. Dio a los visitantes bonitas estampas, escapularios, rosarios y medallas, objetos que ellos recibían agradecidos y besaban devotamente.

También otras personas llegaban a la casa de "San José". Diariamente venían enfermos donde la Hermana Germana. En la región no había médico. El desterrado obispo de Portoviejo hizo las veces de éste y asistía a numerosos enfermos. Desde su muerte las Hermanas habían continuado su obra.

Donde ellas llegaban constantemente: ya una mujer a quien había picado una serpiente venenosa cuando trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar, un campesino con una herida en una mano o un niño que en una caída había sufrido fractura en un bracito. Algunos con anemia según lo indicaba el color de su cara, y otros que sufrían de malaria. Todos encontraban consejo y eficaz ayuda. A los cuidados corporales añadía la Hermana Germana, palabras de fortaleza, ánimo y consuelo espiritual.

UN DIA DE NUPCIAS

Por una región montañosa viajan cuatro Franciscanas hacia Túquerres. Desde el día anterior habían salido de Pasto y esperan llegar esta noche al lugar de su destino para empezar los retiros espirituales.

Cansadas del viaje a caballo, decidieron seguir a pie un trayecto. De repente escucharon un espantoso ruido en la falda de la montaña. Con gran terror empezaron a correr. A los pocos pasos, lanzando rabiosos rugidos, rodando desde la altura hasta desaparecer en el abismo, cayó un enorme toro. Se oyó el golpe producido al chocar contra las rocas y luego todo quedó en silencio.

Las religiosas agradecieron al Topoderoso por haberlas salvado del peligro. Si no se hubieran apartado del sitio donde antes se encontraban, todas hubieran podido derrumbarse por el abismo.

Anochecía cuando llegaron a Túquerres. La Madre Caridad las esperaba con gran ansiedad y presa de gran agitación.

— ¡Por amor a Dios! exclamó. ¿Qué les pasó?
— ¡Qué angustia he tenido por ustedes! Continuamente he ido de la pieza a la capilla sin encontrar sosiego.

Las recién llegadas contaron rápidamente lo que les había sucedido.

- Ya sabía que les amenazaba un gran peligro, replicó la Superiora con gran alivio. Yo siento cuando a alguna Hermana, aunque se encuentre lejos, le ocurre algo o sufre interiormente.
- ¿Recuerdan, dijo a las Hermanas que se habían reunido, cómo hace un año interrumpí repentinamente la recreación, y les pedí que fuéramos a la capilla a rezar para conjurar un peligro que yo presentía?
- Sí Madre, eso nunca lo olvidaremos.

Por el momento nadie supo lo que estaba pasando, pero unos días después se llegó a saber que a esa hora y el mismo día, la Madre Agustina naufragó en el río Putumayo. Ya estaba para ahogarse. Apenas en el último momento logró un indígena sacarla de la furiosa corriente.

Así pasó exactamente. Pero ahora, vamos a la cena. Después comienzan los Ejercicios Espirituales. No habrán toros que se despeñen ni ríos caudalosos que amenacen ahogarlas. Serán días de silencio y recogimiento. Recibiremos muchas gracias que nos ayudarán para realizar el más bello programa de nuestra vida, el que he procurado mil veces inculcarles: "Sed santas, como vuestro Padre Celestial es Santo".

Los ejercicios espirituales eran para todas días de alegría espiritual, de consuelo y propios para adquirir nuevas fuerzas.

Fue una semana feliz que terminó solemnemente con la renovación de los votos y la profesión de 12 novicias.

La capilla estaba hermosamente adomada con fragantes flores. Entran las novicias luciendo por última vez sus velos blancos. Desde el coro resuenan por el ámbito de la pequeña iglesia, las melodiosas notas del "Veni Sponsa Christi".

Después del Santo Sacrificio de la Misa celebrada por el señor Obispo, las jóvenes esposas de Cristo se acercan al altar. En sus manos llevan un cirio encendido, y ante su Superiora pronuncian sus votos. Se comprometen libremente a vivir la pobreza voluntaria, la obediencia pronta y la castidad perfecta.

Generosamente renuncian a los bienes de este mundo, a la propia voluntad, al amor humano y a formar su propia familia, para desposarse para siempre con Cristo.

Al final de la ceremonia resuena alegremente el Magnificat.

En ese día las hermanas venidas de cerca y de lejos, conversaban animadamente en el jardín.

- Madre Caridad, ¿cómo es el asunto con mi delantalcito? preguntó una neo-profesa, dirigiéndose a la Madre Fundadora. ¿Hasta cuándo tengo que usarlo?

Todas estallaron en alegre risa.

- Hasta que se haya curado de su vanidad, respondió festivamente la interrogada.

Cuando usted llegó noté que le gustaba mucho presentarse elegantemente. Por eso le di ese delantalcito corto. Usted lo quería alargar, pero yo le mandé que lo llevara tal cual, durante todo el noviciado.

- ¿Sabe por qué?
- Sí. Porque debía diariamente practicar la humildad y el desprendimiento, para llegar así a la santa indiferencia.

Y a mí, dijo otra, me dio el vestido más viejo y remendado que pudo encontrar en el convento. En una palabra, mi hábito propiamente, era sólo remiendos. Al principio me sentía avergonzada y humillada, porque en el mundo me gustaba tener vestidos bonitos. Poco a poco me fui acostumbrando y ahora me es completamente indiferente tener uno viejo y remendado o uno nuevo. Lo que me importa es que esté limpio.

- Naturalmente. Muy limpio debe estar siempre el vestido, contestó la Superiora. Mucho me alegro que durante su vida de novicia haya dejado la preferencia por vestidos bonitos. Eso era realmente lo que yo me proponía.

Es posible que la gente se ría por estas cosas, y les parezcan pueriles. Pero en realidad no se trata de delantales y remiendos, sino de la formación de la voluntad, de la práctica continua del desprendimiento, de la humildad, de la obediencia y de la adquisición de la santa indiferencia frente a los bienes de este mundo. Esto, en verdad, no son pequeñeces. Sólo cuando se ha trabajado por mucho tiempo en adquirir estas virtudes, se logra facilidad para practicarlas, se consigue la paz del alma y se llega a la santidad.

- A mí también me dio una saludable enseñanza, repuso otra.

Cuando viajamos de Suiza para acá, usted nos daba clases de español. Yo hice rápidos progresos y les gané a las otras, por lo que me sentía bastante engreída.

Cierto día me llevó usted al camarote y me hizo confesar que yo me creía más inteligente que mis compañeras. No me censuró, pero manifestó que eso lo había observado con sólo verme. Para mí fue una humillación. Desde entonces he pensado muchas veces en aquello, porque comprendí que el orgullo era mi principal falta y me he esforzado para luchar contra él y crecer en la humildad. Hoy se lo agradezco.

- También nosotras recibimos cierta vez una lección. Al principio nos dolió pero después surtió saludable efecto, comentó la Hermana Gerarda.

La Madre Bernardita y yo acompañamos a la Madre a un viaje al norte. Como era costumbre, por la tarde se debía preparar gran cantidad de comida para que todos los vecinos pudieran participar y saciar su hambre. Ya estaba preparada una olla grande, con humeante y sabrosa sopa. Al lado había otra con provocativo café.

Unas distinguidas señoras de Cali, salieron de entre las chozas y naranjos y preguntaron por la Madre Caridad. Supieron de su llegada y deseaban hacerle una atención. Desconcertadas miraron de soslayo las dos grandes ollas, y preguntaron con mal disimulada ironía:

- ¿Cuántas personas son ustedes?
- Tres hermanas y dos peones, contestamos, ruborizándonos.

Al oír nuestra respuesta las señoras sonrieron maliciosamente. Sin saber qué hacer, miramos a la Madre Caridad con la esperanza de que salvara nuestra reputación, explicando a las visitantes que la abundante sopa y el café estaban destinados a la gente pobre. Pero en lugar de defendernos o ayudarnos, se rió picarescamente.

- Qué importa lo que piensen, y que crean que todo esto lo comeremos nosotras solas, nos dijo cuando las dos señoras se retiraron. Ante Dios no hemos perdido nada.

Muchas veces he reflexionado sobre este hecho y he sacado gran provecho espiritual. En verdad, lo más importante son los juicios de Dios, no los de los hombres.

A mí me sucedió algo peor, añadió la Hermana Mariana. Hace algunos años estuve en la casa Madre encargada de la cocina, oficio en el cual me encontraba muy descontenta. Un día en que precisamente estaba de mal genio, llegó la Madre Caridad a la cocina, y yo, muy alterada le dije:

- Madre este oficio no es para mí.
- Muy bien, venga conmigo, me contestó tranquilamente.

Muy asustada la seguí, me hizo cambiar el hábito que tenía para la cocina, me dio otro mejor y me llevó al costurero.

- De hoy en adelante, me dijo, se ocupará en remendar las medias de las Hermanas.

Lo hice, pero experimentando una extraña sensación. Constantemente me preguntaba intrigada quién estaría ocupando mi puesto en la cocina.

Muy pronto se resolvió el asunto. Por los mismos días se había quejado otra hermana de su oficio de maestra. Sin reflexionar, había dicho que prefería mil veces ser la cocinera que estar dando clase.

La Madre Caridad también le tomó la palabra y le entregó mi oficio de la cocina, para lo cual ella no estaba preparada.

Ella cocinaba con mucha angustia, y yo con mucha preocupación remendaba las medias. Ambas estábamos muy avergonzadas, y no veíamos la hora de retornar a nuestros respectivos oficios.

Día por día pedíamos perdón a la Madre Caridad. Ella nos dejó batallar largo tiempo. Sólo después de dos semanas nos envió de nuevo a nuestros correspondientes trabajos. Desde entonces quedamos totalmente curadas del descontento.

Ahora consideramos lo sucedido como una gracia muy grande, por lo cual agradecemos mucho a nuestra Madre.

- Mi única intención era ayudarles a llegar a la perfección, terminó diciendo la Madre Caridad.

Mis enseñanzas, rigurosas muchas veces, así como las diarias instrucciones que les daba, no perseguían otra

meta. Mucho me alegro de que lo hayan reconocido.

Terminada esta conversación, llamaron a la Madre Caridad al recibidor.

Cuando ella se retiró, comentó la Hermana Agnes: La Madre Caridad ciertamente se muestra a veces muy severa con nosotras, pero no lo es menos consigo misma. Lo que nos exige, también ella lo practica.

En cierta ocasión me dio un hábito el cual tenía más o menos cincuenta remiendos, es decir, era puros remiendos. Un día ella viajó a la noble ciudad de Panamá. En la última casa, La Cumbre, dio su hábito bueno a la Hermana de la cocina, y ella se puso el de esta Hermana, el cual estaba gastado y feo. Había perdido su color café y tomado un color verdoso. Con este hábito viajó nuestra superiora general a Panamá, en donde sin duda alguna muchos fruncirían la nariz al verla presentarse en esta forma. Para esto se necesitaba una gran dosis de humildad.

En un tiempo se le hincharon los pies en tal forma que no podía calzarse. No se encontró, que le sirviera, sino un par de viejas alpargatas como los que usan los pobres. Con ellas viajó por todo el país.

- ¿No se han dado cuenta cuán poco habla de sí misma?
- Es verdad, contestaron varias voces.

Nunca habla de sus sacrificios, de sus trabajos, de sus éxitos. Si alguien le manifiesta admiración, y alaba sus virtudes, enseguida desvía modestamente la conversación

diciendo: Lo que he hecho no es nada. Las hermanas son las que tienen el mérito porque lo han ejecutado todo, y los éxitos son regalos de Dios.

Para mí, continuó diciendo la Hermana Agnes, ha sido inolvidable el siguiente acontecimiento: En una de sus instrucciones me hizo la Madre Caridad un fuerte reproche. Muy atribulada me fui después a la capilla, para contar mi pena al Señor. Hacía pocos momentos estaba arrodillada cuando sentí que llegaba. Me cogió del brazo y me hizo señas de que saliera. Entonces, muy afligida y en actitud de humilde compunción, me pidió perdón. Yo estaba toda confundida, sobre todo por la forma como lo hizo. Por último me dijo: Soy una persona sin caridad, porque he actuado estando disgustada. Terminada la narración la Hermana Agnes guardó silencio.

Luego tomó la palabra la Madre Benigna. Lo que más me impresionó a mí fue el siguiente suceso: Nos daba la madre una conferencia espiritual a las hermanas y novicias. De repente se arrodilló delante de todas. Como movidas por un resorte, nos pusimos de pie para arrodillarnos también, pero nos mandó que permaneciéramos sentadas. Las Hermanas del Consejo, conmovidas, quisieron impedirlo, pero ella con demostraciones de dolor dijo:

- He cometido una falta y quiero expiarla. Cuando la campana llamó al silencio, seguí jugando un rato. Por amor a Dios, les pido me perdonen mi falta contra la Santa Regla y me impongan una penitencia.

Todas quedamos profundamente impresionadas por este acto de humildad. Desde entonces, reinó en la

comunidad una santa emulación por las humillaciones y se oía decir por todas partes: Si nuestra Fundadora y Superiora general se humilla tanto, ¿quiénes somos nosotras para no hacerlo también?

Nuestra Madre no es solamente humilde, es también una madre bondadosa, expresó la Hermana Tomasina encargada de la costura. Con frecuencia le envían regalos de las casas de la congregación, que pudiera tomar para su uso, pero no lo hace. Todo lo da a las Hermanas. A causa de una dolencia en los pies, no podía andar bien con cualquier par de zapatos, sino que los necesitaba especiales. Pero ella no aceptaba cosas fuera de lo común. Si le regalaban algún par, no los usaba ni un solo día. A la primera Hermana que necesitara zapatos le regalaba precisamente esos. Lo mismo hace con la ropa y con los demás objetos que le dan. Para ella, la alegría más grande es dar, y proporcionar dicha a los demás. Ustedes verán ahora, después de los ejercicios, cómo otra vez reparte todo. No hay cosa segura en su baúl.

También con las Hermanas enfermas es muy bondadosa y tiene comprensión con las debilidades humanas, añadió la Hermana Guillermina.

Tan pronto recibe la noticia de que una Hermana está enferma, no se queda tranquila. A caballo, aunque sean uno o más días de viaje, se va para visitar a su hija que sufre, y con gran preocupación procura atenderla lo mejor posible.

Con nuestras faltas y defectos tiene mucha tolerancia, y sobre todo mucha paciencia cuando ve que una Hermana,

sinceramente, quiere corregirse. Si alguien comete una falta y la reconoce, le perdona inmediatamente. Poco después de mi profesión, tenía yo la costumbre de reírme por todo. La Madre Caridad me llamó la atención diciéndome que debía tener más seriedad. No encubrí mi falta sino que la reconocí, pedí perdón y prometí enmendarme. Enseguida depuso su gravedad y con maternal bondad me preguntó:

- ¿Cuántos años tiene?
- Diez y ocho, le respondí.
- Muy bien. Entonces puede reirse todavía unos años más.

Su risa se unió con la mía, lo que me produjo gran regocijo.

- Ahora váyase y procure, como hermana joven, cumplir fielmente la santa regla, para mostrar su amor a Jesús.

La Hermana Guillermina había terminado su relato cuando tocó la campana. Las Hermanas se levantaron y se fueron silenciosamente a la capilla para rezar las vísperas y recibir la bendición con el Santísimo.

En otra ocasión estaba la familia conventual conversando alegremente en el comedor. Cuando terminaron de almorzar y se levantaron, se acercó la Madre Caridad donde las hermanas jóvenes, que habían hecho su primera profesión y les dijo bondadosamente:

- Ahora pueden retirarse un tiempo a la capilla, donde Jesús Sacramentado. Hoy es su día de nupcias. El Divino Esposo no les negará nada. Quédense allá hasta que yo las llame.

Ella pensaba en un cuarto de hora o algo más. Pero conversando animadamente con las Hermanas que habían venido a la Casa Madre, procedentes de las filiales y escuchando sus narraciones y experiencias, se olvidó totalmente de las neo-profesas que estaban en la capilla.

Estas permanecieron ante el Santísimo con gran fervor. Pasó una hora, pasaron dos y hasta tres. A pesar del fervor de este día, poco a poco se cansaron, pero se quedaron, porque la Madre les había dicho que ella las llamaba.

A las nueve de la noche resolvieron retirarse y se dirigieron a la pieza de la Fundadora, para que ésta, como era costumbre en el convento, les recibiera la coronita de la profesión y la colocara a los pies de la Virgen Santísima. En el preciso momento en que abrían la puerta del coro, entró la Madre Caridad. Asombrada preguntó:

- ¿De dónde vienen?
- De la capilla. Usted nos permitió...

Entonces recordó la superiora lo sucedido. Entretenida con las otras Hermanas, se había olvidado por completo de las profesas, dejándolas todo aquel tiempo en la capilla.

- Por Dios, perdónenme, suplicó. Me da verdaderamente pena.

Tan humilde y sinceramente, con lágrimas en los ojos, pidió a las hermanas jóvenes perdón, que éstas no sabían que hacer.

La noche había extendido su negro manto sobre la tierra. En el convento todo estaba en silencio y a oscuras. Solamente la tenue lamparita que ardía ante el Sagrario, titilaba suavemente y alumbraba con timidez a su alrededor. Era media noche.

La puerta del coro rechinó al abrirse, y la postulante Federica, que terminaba su hora de adoración salió, aterida de frío, en dirección a su cuarto para reanudar su interrumpido sueño.

Al cruzar un oscuro corredor, sintió que una mano la tomaba del brazo y, sin proferir palabra, la conducía en sentido contrario.

Con gran temor obedece la candidata, preguntándose interiormente: ¿Quién será el misterioso personaje que me coge? Solamente después de caminar algunos pasos, pudo la postulante, a la débil luz de una pequeña lamparita, reconocer la figura del mismo. Era nada menos que la Madre Caridad.

A dónde la llevaría a esas altas horas de la noche, cuando todas dormían?

Llegaron a la puerta de la pieza de la Madre Superiora y entraron. ¿Qué significará esto? La joven postulante examinó rápidamente su conciencia. ¿Habré cometido alguna falta que merezca una reprimenda? La pobre vió cómo la mirada de la Superiora parecía examinarla de pies a cabeza y después le pregunta:

- ¿Tiene frío?
 - Sí Madre.

Entonces acercándose a su lecho, tomó un calentador y se lo entregó a la asombrada joven mientras le decía:

- Tome esto para que pueda dormir el resto de la noche, mañana me lo devuelve, pero no le cuente a nadie.
 - ¡Dios le pague Madre! respondió la postulante Federica.

De dos saltos recorrió el pasillo y entró en su cuarto, feliz porque iba a dormir muy calientita hasta el amanecer.

NUEVAMENTE EN LA PATRIA

Serpenteaba aceleradamente el tren desde el Gotardo pasando por Arth-Goldau y Rapperswil por el túnel de Ricken hacia St. Gallen. De repente se detuvo y el conductor exclamó en alta voz: Kaltbrunn.

Entre los pasajeros que bajaron del tren, se encontraba una religiosa con hábito franciscano. Llevaba dos maletas pesadas en las que se alcanzaban a leer numerosas etiquetas: Panamá, Barcelona, Génova...

Un afable empleado del ferrocarril ofreció a la religiosa sus servicios, y llevó las maletas al edificio de la estación, dejándolas en el guarda-equipajes.

Después de agradecer al empleado la Franciscana se dirigió a un lugar especial de la estación del ferrocarril, desde donde pudo contemplar el paisaje: Una fértil llanura, situada a la derecha de Zürich y a la izquierda de Walensee, atravesada por el río Linth. En el extremo de la llanura se yerguen las majestuosas montañas del cantón Glarus, todavía cubiertas de nieve y a la izquierda, hacia el oriente, el monte Speer.

Bajando la calle desde la estación del ferrocarril, a cinco minutos, se encuentra la extensa población de Kaltbrunn. Apacibles asoman entre los árboles frutales numerosas casas con sus rojos techos. En el centro se levanta la iglesia parroquial. El vértice de su torre, como un

gigantesco dedo, señala hacia el cielo como indicando que en este lugar vive un pueblo que cree en Dios, y anda por los caminos que a El conducen.

A lo lejos se divisan algunos caseríos y de vez en cuando alguna pequeña aldea o una población más grande. Por todas partes florecen con nívea blancura los perales, y los manzanos ostentan manojo de sonrosadas flores. En las praderas de verde aterciopelado, sembradas de primaveras, margaritas y otras mil variadas flores, las vacas pacen tranquilamente y el tintinear de sus campanas llena toda la comarca con aires de primavera.

Por entre fértiles prados rodeados de características flores amarillas, murmuran suavemente los riachuelos, que con el brillo del sol semejan plateados cinturones. En los árboles y arbustos gorjean los pinzones y revolotean y cantan las mirlas.

¡Qué hermosa primavera! musitó la solitaria viajera. Patria, ¡qué bella eres! Muchas cosas bellas he visto en tierra extranjera: hermosas flores, frondosos árboles y bellos paisajes de la encantada región tropical, en la cercanía del mar y en las cordilleras, pero no tan hermosos como los de mi patria, en donde toda esa belleza se concentra en un reducido espacio.

¡Dios mío te doy gracias por haberla hecho tan maravillosa!

La desconocida religiosa con embeleso y admiración contempló durante largo rato el florecido paisaje. En ese momento comienza a tocar la campana de la torre de la iglesia. La viajera juntó las manos para rezar el Angelus. Luego se dirigió rápidamente hacia la población. Pudo

pasar inadvertida por las calles, entre casas de personas acomodadas, dirigiéndose a la iglesia. Mi primera visita debe ser para Jesús, se decía. Entró al santuario y se postró ante el Sagrario para elevar una ferviente oración.

Levantó la vista y su mirada se encontró con la pila bautismal. Aquí, en los primeros días de mi vida, recibí el bautismo que me hizo hija de Dios. Allá está el comulgatorio, donde recibí por primera vez la Sagrada Comunión. El confesonario, es el mismo de aquel tiempo, en el cual el sacerdote absolvió mis pecados.

Los hermosos cuadros del altar todavía hablan tan hermosamente a mi alma como entonces. Todo el templo trae a mi memoria los bellos días de mi niñez y juventud. Emocionada se levantó, dando una mirada de inmensa gratitud hacia el Tabernáculo.

La Franciscana sale y se dirige hacia la casa que se encuentra al otro lado de la calle, frente al portal de la iglesia, en el centro del pueblo. Delante de la calle ve un coche tirado por un caballo, el cual lleva papas, repollos y frutas traídas de las regiones meridionales.

En este momento sale una señora mayor, robusta y de baja estatura. En cada brazo lleva una canasta grande y vacía. Su rostro agradable estaba iluminado por unos ojos de mirada viva y su boca expresiva, denotaba a una persona comunicativa.

Al ver a la religiosa que se acercaba, lanzó un grito:

- Hermana Caridad, ¿tú aquí? Las canastas cayeron al suelo.

- ¡Madre, querida Madre, cuánto me alegro de verla de nuevo! exclamó la visitante.

Madre e hija se abrazaron con inmensa alegría sin darse cuenta de la gente que, delante de la casa, se detenía asombrada.

Aquella noche la señora de Brader, permaneció largo rato hablando con su hija. Hacía años que no la veía. La Hermana Caridad era la única hija que el cielo le había regalado. Su matrimonio había sido de corta duración. Poco después del nacimiento de la niña perdió a su esposo, y desde entonces se vió sola para educar y cuidar a su pequeña. Su única entrada la constituía el comercio de legumbres, que ella realizaba, extendiéndolo hasta Rapperswil y Zúrich, con gran celo y capacidad.

Hasta muy entrada la noche debía la misionera contar sus experiencias, sus viajes y aventuras, la guerra civil, la fundación del convento... Con gran admiración la madre escuchaba a su hija.

De repente ésta le preguntó:

- ¿Madre, usted todavía es de la misma opinión, como me lo decía en mi juventud, que nadie tenía una hija peor que yo?
- Pícara, tú muy bien sabes que aquello era sólo una broma, le contestó su madre, dándole una cariñosa palmadita en la cara.

En tu niñez eras alegre, muy viva, pero tenías un corazón bueno e inocente, incapaz de causarme tristezas. Ya

entonces yo tenía muchas alegrías contigo. Pero lo que tú has hecho en la lejana Colombia, con la fundación de numerosos conventos para la gloria de Dios y el bien de las almas, es una obra muy grande, por la cual no puedo agradecer suficientemente a Dios. Creo que muchas madres desearían una hija como tú.

Mañana muy temprano iremos juntas a comulgar para agradecer por los beneficios que has recibido, y por haber podido hacer el bien a los demás. Después haremos una peregrinación a María Bildstein, a donde te llevaba a menudo cuando eras niña, y en donde te consagré a la Santísima Virgen, para pedir para tí su amparo y protección. Verdaderamente no fue en vano.

Era muy avanzada la noche cuando madre e hija se retiraron a sus respectivos cuartos. La misionera de nuevo en su casa, no pudo conciliar el sueño. La embargaba la alegría de haber vuelto a ver a su madre y de estar en los lugares en donde tantos recuerdos tenía de su juventud. Aquí en esta casa, había nacido en 1860 víspera de la fiesta de la asunción de la Santísima Virgen, como hija de Sebastián Brader y Carolina Zahner. En el bautismo recibió el nombre de Carolina.

Hoy ante el conocimiento del mundo, aprecia como una de las más grandes gracias el que Dios le hubiera dado una piadosa y prudente madre, que comulgaba todos los sábados y domingos aún antes del decreto sobre la comunión frecuente, dado por S.S. Pío X. También comprende que no se educa a la juventud cuando se accede a todos sus deseos y se le da toda la libertad. Estaba convencida de que a los niños se los debe educar en la sencillez, modestia, renuncia, amor al trabajo y

puntual obediencia para que formen su voluntad y carácter.

Su madre la había educado en primer lugar para el cielo. Procuró infundirle un gran amor a Jesús y a su Santa Madre. Diariamente rezaba con Carolina, y a menudo le contaba del cielo, de los ángeles y de los santos. Ya desde su temprana edad la llevaba a la iglesia. Todos estos y otros muchos recuerdos, pasaron por la mente de la misionera y su corazón se llenó de profunda gratitud para con su madre.

Entre sus recuerdos apareció el episodio ocurrido cuando aún era muy pequeña y dormía precisamente en ese mismo cuarto. Cierta noche tomó el blando edredón que cubría su cama y lo extendió en el suelo, luego se acostó encima. Se abrió la puerta y entró su madre. Ella tenía la costumbre de entrar cada noche a la pieza de Carolina para cerciorarse de que todo estaba en orden. Sorprendida se quedó en la puerta y preguntó:

- ¿Qué haces ahí?
- ¿Yo? respondió Carolina, como usted me ha contado que los santos dormían en el suelo, he querido imitarlos porque también quiero ser santa.
- ¡Ah si! si eso es lo que deseas, acuéstate en el suelo y no dañes el hermoso y blanco edredón. Y alzándolo lo colocó de nuevo en la cama.

A la niña le pareció demasiado difícil dormir sobre el duro piso de tablas y subió de nuevo a su lecho.

Naturalmente, más tarde aprendió en sus viajes misioneros a dormir semanas enteras en el suelo. Hacía muchos años que ya ella se esforzaba por imitar a los santos. Como fundadora su deseo más grande era el que sus muchas hijas espirituales alcanzasen la santidad.

Muchos otros episodios de su infancia feliz y tranquila, desfilaron esa noche por su mente.

¡Qué hermoso fue vivir en Kaltbrunn! en un ambiente de profunda religiosidad, levantarse en una atmósfera sana, entre inocentes juegos, guiada por buenos maestros y sacerdotes y protegida por el ojo vigilante de su madre. Cuán diferente de la juventud de otros lugares.

Con profunda gratitud vino a la mente de la misionera la buena aunque severa educación impartida por su madre. Emocionada recordaba cómo, después de terminar la escuela primaria, la envió con muchos sacrificios al Instituto de las Franciscanas de Maria Hilf, St.Gallen, para recibir una religiosa y sólida preparación. Más tarde quiso su madre que continuara estudiando con las Benedictinas de San Andrés en Sarnen, luego pasó a la Visitación en Friburgo y finalmente a Francia. Para una señora que debía ganar el dinero con su duro trabajo en el negocio de hortalizas, era una proeza, con la cual manifestaba su gran amor maternal. Para la futura actividad de Carolina todo esto le sirvió de fundamento sobre el cual construyó toda su vida.

Cómo se alegraba la buena madre cada vez que recibía los certificados de su hija. Y cuán grande fue su felicidad cuando al terminar los estudios recibió el diploma estatal de maestra. Se imaginó a su querida hija trabajando

entre la juventud en un prestigioso puesto, y obteniendo más tarde un buen partido. No tendría que ganar el pan de cada día vendiendo hortalizas. El mundo estaba abierto para ella.

Pero Carolina sentía deseos de algo más grande. El Espíritu Santo despertó en su corazón el deseo de renunciar a todas las alegrías, los honores y placeres del mundo, invitándola a un amor más puro y hermoso. El la quería esposa de Cristo. Como recompensa a la renuncia de todos los placeres de este mundo, le prometía eterna alegría, eternos honores y felicidad. La joven virgen accedió al llamado de su amado. En los últimos años de estudio tenía ya bien definida su vocación religiosa. Cautelosamente observaba la vida en varios conventos y encontró en ellos mucha virtud y santidad, pero el ideal de la singular pobreza que ella deseaba, le parecía que en ninguna parte se encontraba mejor que donde las Franciscanas de Altstätten. Firme en su decisión, pidió ser admitida.

Ahora era necesario lograr el consentimiento de su madre y eso no era fácil. Bien sabía lo duro que sería separarse de ella para siempre.

La ocasión se presentó favorable para Carolina. Un día su mamá estaba de muy buen humor y pensó que era el momento para decírselo.

- Madre, le dijo, yo quisiera...
- ¿Qué deseas hija?

- Deseo ingresar al convento...a María Hilf...lo más pronto posible.

Esta noticia sorprendió intensamente a la Señora Brader, ya que su hija había asegurado: al convento nunca iré. Escuchar ahora esa determinación le causó una impresión tan profunda que durante tres semanas no le dirigió la palabra a su hija.

¿Sería porque ante el dolor de la separación, no encontró palabras para responderle, o lo habrá hecho para probar a su hija? De todas maneras las tres semanas fueron un tiempo de lucha y sufrimiento para madre e hija.

Un gracioso acontecimiento puso fin a esta difícil situación de largo silencio. Era un domingo. Las dos estaban sentadas a la mesa para el almuerzo. Ante sí tenían una suculenta morcilla. A causa de un movimiento involuntario que hizo la señora Brader, morcilla y plato cayeron al suelo. El gato que hacía rato rondaba la mesa con su cola levantada y ronroneando, ve la ocasión propicia. De un salto brincó sobre la agradable presa y desapareció con ella.

Carolina dejó escapar una sonora carcajada, a la cual hizo eco su madre. Así se rompió la tensión y cesó el mutismo. La señora Brader habló otra vez y se mostró tan buena madre como antes.

Después de repetidas e insistentes súplicas, la hija recibió el deseado sí, para ingresar al convento.

Llegó el 10 de octubre de 1880, día en el cual tenía que despedirse de su muy amada madre, de los lugares en

los cuales había transcurrido su infancia, de sus familiares y vecinos, de la querida iglesia y de su hermoso pueblo para comenzar a sus veinte años, en Maria Hilf, su período de aspirantado.

Todos estos acontecimientos desfilaron por su mente aquella noche, como si apenas hubieran sucedido ayer.

Se vió nuevamente en el querido convento de Altstätten, recordó las penas que tuvo que afrontar para probar su vocación, y cómo la nostalgia invadió su alma. El recuerdo de su madre tan sola y abandonada en el mundo, la torturaba constantemente. Qué grande sería la alegría si su hija regresara a la casa.

Ante este sufrimiento la aspirante, puso su pie en el dintel de la puerta del convento, pero enseguida se avergonzó de dar ese paso. Regresó, corrió a la capilla, se arrodilló y pidió perdón a Dios por su infidelidad.

Días más tarde vino su madre a visitarla, segura de que Carolina deseaba abandonar su vocación y volver con ella a Kaltbrunn. Cuál no fue su sorpresa al saber que estaba contenta y resuelta a permanecer en el claustro.

- Con inmensa alegría te hubiera llevado hija mía, dijo la señora, con lágrimas en los ojos; pero, si aquí has encontrado tu felicidad, con gusto te entrego a Jesús.

Apenas se había ido la madre cuando, con mayor fuerza, la nostalgia nuevamente se apoderó de la aspirante. ¿La llamaría para irse con ella?

Corrió al tabernáculo y contó a Jesús su pena.

Reconociendo en esta lucha una tentación, con generosidad se puso a la disposición de Jesús, se quedó en el convento y con esta entrega se sintió feliz.

En el día de su vestición el 10 de marzo de 1881, recibió el nombre de "Hermana María Caridad del Amor del Espíritu Santo" Este nombre encerraba el programa de su vida.

La misionera que había regresado de Colombia, recordó muchas cosas de tiempos ya muy lejanos, hasta que por fin sus cansados ojos se cerraron. Apenas despertó cuando la campana tocaba el Angelus anunciando un nuevo día primaveral.

Días después estaba sentada entre las Hermanas del convento de Maria Hilf, en Altstätten, y les contaba sobre las misiones. En primer lugar de las casas que había fundado en el nuevo mundo. Con gran interés escuchaban las Hermanas su interesante relato. Cuando terminó tomó la superiora la palabra y dijo:

- ¿Usted ha fundado una casa en Suiza, verdad?
- Sí, contestó la interrogada. En Tübach, no lejos del lago de Constanza, pues era de urgente necesidad.

En los primeros años cuando fundamos en Túquerres, ustedes nos hicieron el gran favor de recibir aspirantes para nosotras y prepararlas para la vida religiosa, a pesar de que, por determinación de la Iglesia, éramos independientes. Les agradezco este caritativo servicio.

- Lo hicimos con gusto.

- Lo sé. Pero como las vocaciones se aumentaron con jóvenes de Suiza, Alemania y Austria, ya no podía imponerles por más tiempo este trabajo. Como las aspirantes tenían que prepararse desde el comienzo para la vida en Sur América, estudiando el idioma e informándose sobre sus costumbres, era necesario una casa apropiada para este fin.
- Ciertamente. Pero, ¿cómo llegó precisamente a Tübach?
- La ocasión se presentó casualmente aquí en vuestro recibidor.
- ¿En nuestro recibidor? ¿Y cómo?
- El año pasado nuestro capellán el Padre Herbrand, vino a Europa y también les hizo una visita a ustedes.
- Es verdad. Nos acordamos con mucho agrado de las bonitas conferencias que nos dio.

Aquí se encontró con un cierto señor Federer de Rorschach. Pronto se dio cuenta de que era una persona apostólica y le confió que la causa principal de su venida era abrir en alguna parte de Suiza, una casa de formación para postulantes. No tenía dinero, pero sí una gran confianza en San José.

El señor Federer, le aconsejó que presentara esta necesidad al Padre Bächtiger, párroco en Tübach, santo sacerdote, muy solicitado por personas necesitadas, que siempre encontraban en él ayuda en sus necesidades materiales y espirituales.

- ¿El Padre tuvo éxito?

Así lo hizo y se fue enseguida a Tübach. Al pasar por la parroquia vio en la casa del frente, sobre la portada, una estatua de San José. Al verla se dijo: Esta es la casa para nuestras jóvenes. Estaba convencido de que, el poderoso patriarca le ayudaría para llevar a cabo la obra. Después de una profunda oración, entró a la casa cural donde fue recibido con mucha cordialidad. El sacerdote se entusiasmó muy pronto por este plan, y señaló la casa con la estatua de San José. El deseaba dedicar esta casa a los muchos enfermos que lo visitaban, pero con gusto ayudaría para que fuera de las misioneras.

- ¿Y el dinero?
- Este lo facilitó el Padre putativo de Jesús.

El Padre Bächtiger, había recibido de una piadosa señora un préstamo de diez mil francos. Con esto compró la casa de San José. Con gran pesar tuvo que devolver este préstamo inesperadamente y entonces quedó sin saber que hacer.

- Habrá estado muy angustiado.
- Naturalmente. Nosotras en Túquerres hacíamos una novena a San José para que nos ayudara en esta necesidad.

El Padre Bächtiger, sumamente preocupado se encontró casualmente, en la estación de Horn, con el mencionado Señor Federer. Este se dio cuenta de la preocupación del sacerdote y le preguntó la causa. El entonces le contó su problema.

- ¿Cuánto necesita?
- Diez mil francos, repuso el sacerdote.
- ¡Qué extraño! fue la respuesta. Precisamente tenía la intención de dar esta suma para una obra de beneficencia sin saber todavía a quien destinarla. Pero ahora ya lo sé. Tome esto.

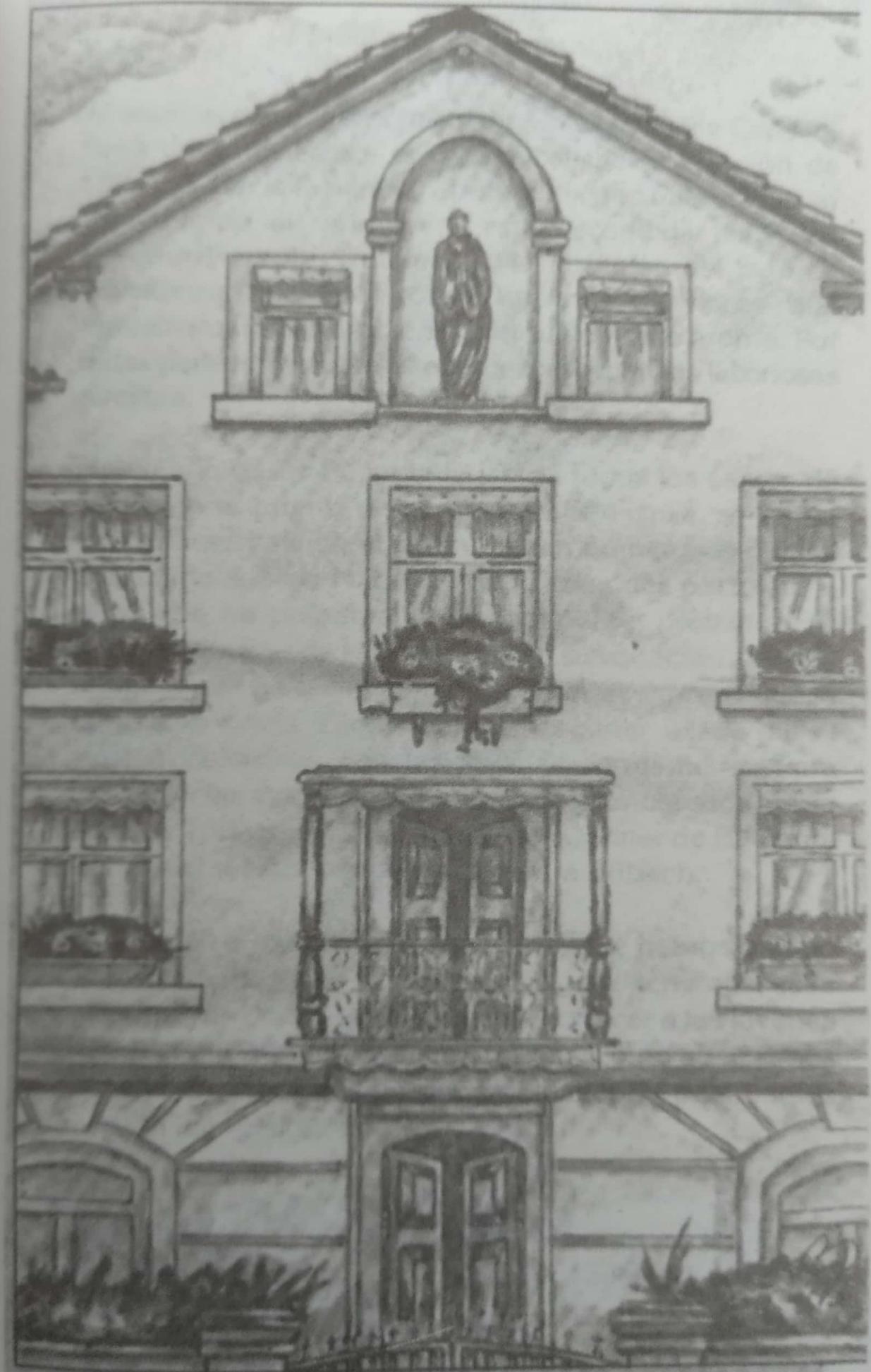
Abrió su cartera y sacó un rollo de billetes. El Señor Cura con gran emoción lo recibió. Eran precisamente diez mil francos.

- Maravillosa Providencia divina, exclamaron las Hermanas asombradas. ¡Qué ayuda tan visible por intercesión de San José!
- Nosotras también lo vimos así.

Cuando recibí en Túquerres la noticia, al principio no podía creer. Fuí donde el Santísimo y lloré de alegría por haber sido escuchadas nuestras súplicas. Después de Dios atribuimos este milagro a la ayuda de San José; fuimos escuchadas precisamente durante los días en que le rezábamos la novena.

El Señor Cura se llama José, y el Señor Federer también lleva el mismo nombre. Además la casa tiene el nombre de "Casa de San José".

Hoy voy allá para arreglarla y a instalar lo necesario para el fin que la destinamos. ¡Con tal de que estuviera ya llena de candidatas!... Eso es lo más importante por ahora.



Primera Capilla de la Adoración Perpetua.
Maridíaz - Pasto - (Colombia) (1928)

Al anochecer del mismo día, emprendió la Madre Caridad, llena de entusiasmo, el camino desde la estación de Goldach, hacia la pequeña población de Tübach, que en este tiempo de primavera está escondida entre los florecidos árboles frutales. Toda la región del lago de Constanza aparecía como un mar de flores que embalsamaban el ambiente con su delicioso aroma. Por todas partes cantaban las aves y zumbaban las laboriosas abejitas.

Medio año después, en la fiesta de todos los santos de 1908, en la puerta de la casa de San José, se ve un enorme carro en el cual colocan numerosos bultos. Por último sube la Madre Caridad con doce postulantes a las que ha preparado personalmente, probándolas, para cerciorarse de la sinceridad en su vocación a la vida religiosa. Va para Rorschach a tomar el expreso que la conducirá hacia Zürich para emprender desde allí el viaje a Colombia, con las jóvenes compañeras. Para formar a las futuras misioneras deja encargada de la casa en Tübach, a la Hermana Inés Danner de Balgach. Con satisfacción vuelve su mirada a Tübach.

- Gracias a Dios, dice a su vecina, que hemos podido fundar una casa de formación, así tenemos casa propia en donde nos es posible conocer a las jóvenes y prepararlas para su futura misión. Como no tenemos casa en Europa, solo podemos aceptar postulantes para las misiones.

Tres décadas más tarde.

La Madre Caridad, ya anciana de 75 años, está en el jardín del viejo y solitario castillo de Wartensee, situado en la parte alta de Rorschacherberg. Su mirada se extiende sobre los prados sombreados por árboles frutales. Más abajo se divisa el lago de Constanza, en donde bogen tranquilas algunas pintorescas embarcaciones y oscuras barquillas que se mueven como cáscaras de nuez. Los pescadores desde sus veleros, echan sus redes. Complacida mira otra vez hacia Rorschach y Arbon; y al otro lado del lago de Constanza ve a Lindau, Friedrichshafen y otras aldeas y poblaciones que dan vida al contorno del lago; y más allá las regiones de Alemania. Es hermoso sobre todo al amanecer y al atardecer, contemplar este hermoso paisaje y meditar en el poder y bondad de Dios.

Delante del idílico castillo del siglo XIII, con sus blancos muros y almenas visibles desde lejos, hay un antiquísimo y alto cedro de majestuosa y simétrica forma. Durante años ha soportado rugientes tempestades, que a menudo en la altura azotan furiosamente, porque sus raíces penetran profundamente en la tierra. Aunque ya ha visto pasar varios siglos, todavía está con su ramaje festivo de suaves y verdes agujas. Siempre da todavía los muy hermosos frutos llamados piñas de cedro. Gozosa contempla la Madre Caridad el árbol.

Ciertamente éste es imagen de la congregación fundada por ella, la cual surgió de una pequeña semilla que fue creciendo y desarrollándose hasta llegar a tener como precioso fruto a centenares de miembros y miles de alumnas.

Pero la anciana no piensa en ello. En su modestia jamás se compararía a sí misma con este cedro. Fuerte como él, ella está aquí como fundadora de una congregación misionera, que tiene raíces profundas de tan grande y fuerte fe, que es capaz de resistir cualquier tempestad; y de una gigantesca virtud que produce ricos frutos por sus obras en diversas naciones.

Sí, la Madre Caridad es como tal cedro. Pero ella lo ignora tanto como aquel majestuoso árbol.

Después de haber contemplado la belleza del paisaje, entra al castillo que ahora pertenece a su congregación, y está dedicado a Santa Teresita del Niño Jesús. La casa de formación en Tübach ya no ofrecía espacio suficiente, por lo que se hizo necesario adquirir este lugar. Para lo cual colaboraron generosamente el Señor Obispo Aloisius Scheivile de St. Gallen, los prelados Hoeflige y Oesch, el consejero nacional Dr. Duft y la Sociedad de la Misión y Educación.

Un grupo numeroso de valientes jóvenes se prepara aquí para su futura vocación de misioneras. Aprenden el castellano y muchas otras cosas. Además se pone a prueba su vocación y sus actitudes personales para las tareas que más tarde deben desempeñar.

Permanecen en Wartensee un año. Para el noviciado van a la Casa Madre en Pasto. Al terminar dicho período hacen la profesión.

Pero desde que llegan a la casa de formación anhelan dejar todo para seguir a su divino Esposo bajo la guía de la Madre Caridad, con ella viajar a Colombia, y mediante

una entrega total, sacrificarse por amor a El y a la juventud, recordando las palabras de Jesús: "Quien por mi amor abandona padre, madre, hermanos, casa y hogar, recibirá el ciento por uno y después tendrá la vida eterna.

HACIA LOS INDIGENAS

20 de septiembre de 1908.

Por la altiplanicie de Pasto, avanza una pintoresca caravana. Vestido con su hábito de capuchino y su sombrero de alta copa y ancha ala, cabalga adelante, fray Fidel de Monclar, prefecto apostólico del Putumayo. En fila india le siguen unos treinta indígenas; los hombres con sus vestidos típicos y algunas mujeres y niños con sus mantas rojas, azules o grises. Luego, a caballo, siguen tres franciscanas del convento de Túquerres, y una maestra seglar. Por último el Padre Reinaldo Herbrand, también a caballo, acompañado de dos blancos que van a pie.

Por un ondulado valle, cruza ahora la caravana y sube una ligera pendiente. De repente tienen ante sí un torrentoso y oscuro riachuelo a ambos lados del cual se extienden praderas en las cuales las vacas pacen la sustanciosa hierba. En la falda de la montaña los indígenas cultivan apaciblemente el campo. La naturaleza recompensa su trabajo con ricas cosechas de trigo, cebada, papas, alverjas, lentejas y otros productos.

La caravana pernoctó en la población de La Laguna. Al día siguiente muy temprano, continuaron el viaje hasta la cima de la cordillera oriental, acercándose así al río de la región del Putumayo, la cual se encuentra rodeada de

montañas que se elevan hacia el cielo, y de espesas selvas vírgenes en las cuales viven centenares de indios.

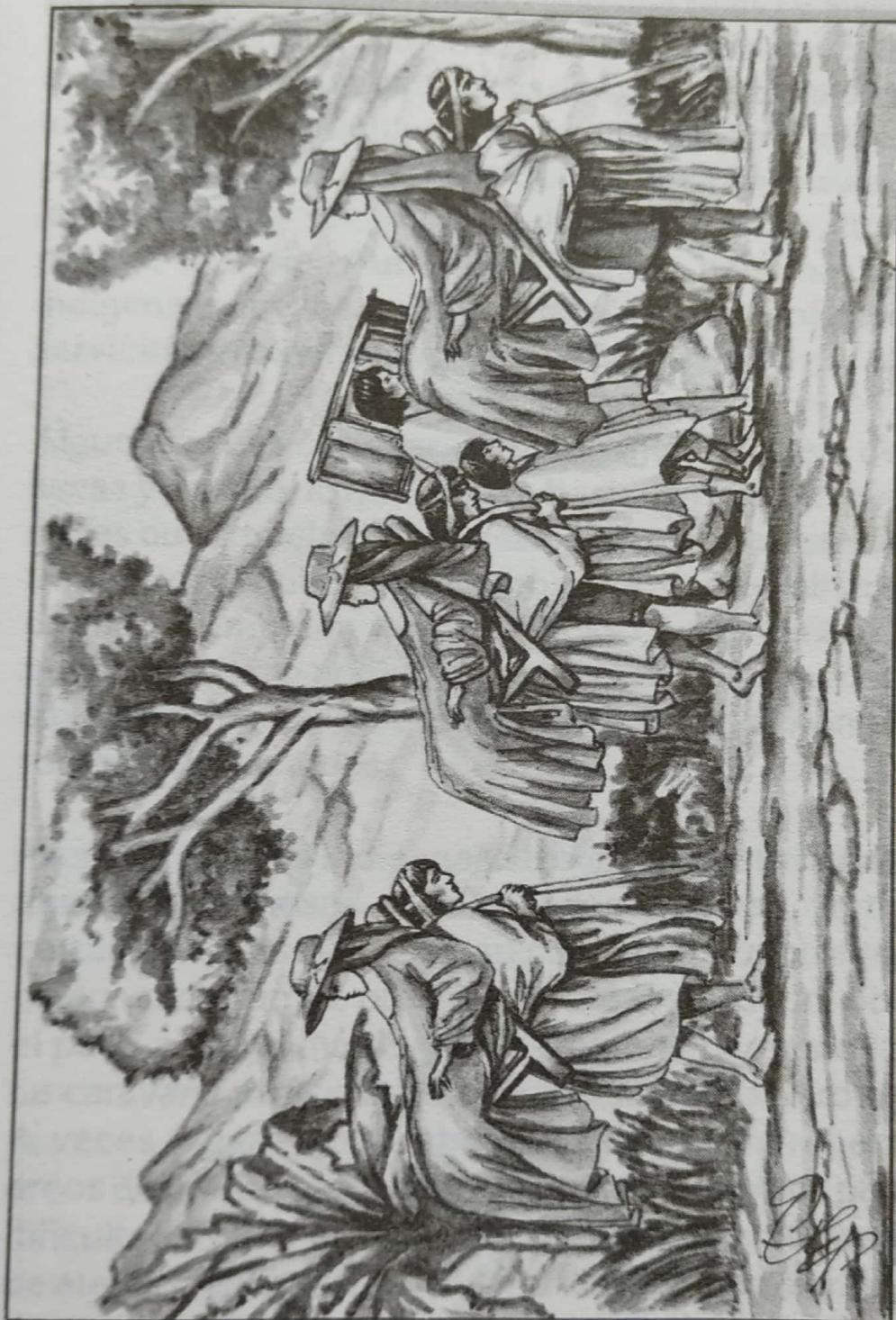
La caravana alcanzó a llegar al páramo. Un ¡ah! se escapó de los labios de los blancos, sorprendidos al divisar en el fondo un mar de selvas vírgenes. Entre la misteriosa oscuridad producida por los gigantescos árboles, brilla como un pulido espejo, rodeado de selvas, la grande y hermosa laguna de La Cocha.

Una idílica islita, poblada de un espeso bosque, adomaba la brillante superficie del lago. La caravana se detiene, los jinetes desmontan, se envuelven en sus capas, frotan las manos, porque en el páramo, a casi 4.000 mts. de altura el frío es intenso.

Los peones emprenden el regreso conduciendo los caballos, porque de ahí en adelante no es posible continuar cabalgando. Comienza el viaje por la selva virgen, que será difícil y peligroso.

No en vano tardó la Madre Caridad en complacer los deseos del Prefecto apostólico del Putumayo de tener Hermanas en su prefectura. Al fin, su corazón apostólico, accedió a sus peticiones para que también los abandonados indios de esas remotas regiones fueran educados en los principios de la religión y ganados para Cristo.

Las tres valientes misioneras y la maestra seglar, cambiaron el caballo por sillas que llevaban los indios en la espalda. Con gran destreza tomó un indio a la primera y la cargó sobre sus anchas espaldas; otro a la segunda y otros a la tercera y a la cuarta. La caravana comienza



Dura travesía hacia la fundación en Santiago - Colombia



la marcha lenta y penosa por entre la peligrosa selva virgen. El Prefecto apostólico y el padre Herbrand van a pie apoyándose en un bastón con una mano y levantando con la otra el hábito el uno, y la sotana el otro. En ciertos lugares tienen que hacer uso de la silla a espaldas de un indio, pues la trocha es impenetrable y se dificulta el paso en gran manera. Por compasión a los indios, bajan las hermanas en aquellos lugares en los cuales es posible ir a pie. Aunque para cada persona hay tres indígenas que se turnan entre sí, sin embargo este servicio es muy fatigoso para ellos.

Algunas veces caminan sobre un mullido suelo de hojas secas y musgo, lo que resulta hasta agradable, pero esto no les dura mucho. Atravesan profundos abismos sobre troncos de árboles gigantescos que a veces obstruyen el camino e impiden el paso. Sólo con dificultad se los puede rodear, o apoyándose en ellos pasar por encima, sin preocuparse de que les lastiman las manos y les rompen los vestidos.

Más adelante los indígenas se hunden hasta la rodilla en aguas pantanosas. Puntiagudas espinas, ortigas y cortantes cactus prueban su paciencia. En otra parte ha caído un derrumbe precipitándose en el fondo, obstruye el paso a un riachuelo y se forma una pequeña laguna. La caravana tiene que desviarse para buscar otro camino. A veces gigantescos árboles caídos forman hermosos arcos de triunfo bajo los cuales los caminantes pasan sin dificultad. Los enormes troncos y ramas están cubiertos de aterciopelado verde musgo. De ellos brotan ramilletes de orquídeas en hermosos colores. Enormes helechos descuelgan airosamente su penacho como finísimo encaje. No faltan los colibríes de variados colores que

vuelan piando de un lado a otro sobre las cabezas de los intrusos, como disgustados porque les estorban la pacífica soledad de la selva virgen. Más tarde, entre el claro oscuro de la selva, divisan frailejones cuyo color blanco contrasta hermosamente con el verde oscuro del bosque. Los frailejones son los Edelweis de Sur América. Sus hojas lanosas como revestidas de un fieltro blanco y grisáceo parecen un primoroso abrigo contra el frío de la altura.

Ya se acerca la tarde. A las seis, después de un breve crepúsculo comienza la noche. Hoy la caravana no alcanza a llegar a la próxima aldea. Pero en la selva no hay ninguna choza de los indios. El guía envía a algunos de ellos para que busquen un sitio adecuado donde pasar la noche.

Poco después regresa uno jadeante. ¡Danta con cachorros! grita asustado. Una danta con sus cachorros corrió hacia él y entonces huyó despavorido.

Desde el otro lado se oyeron alegres voces, eran los otros indios avisando que habían encontrado un sitio favorable. Pronto se encuentra allá la caravana y comienza la vida de campamento.

Los hombres cortan leña de los troncos resinosos. Las mujeres y los niños van en busca de agua para cocinar. El fuego surge pronto y sus llamas lamen la parte exterior de las ollas que cuelgan de varas colocadas en una forma determinada, y muy familiar para los indios. Las Hermanas y las mujeres indias preparan el alimento. Antes de que la noche descienda ya hierva la apetitosa sopa en este improvisado fogón. La sencilla comida

tiene un sabor delicioso. Terminada ésta, hacen una corta oración.

Ha anochecido. La gente se distribuye en tres ranchos; estos son carpas cuyo techo de hojas descansa sobre estacas. Los lados se cierran con grandes y tupidas hojas.

Gracias a Dios, tanto el lecho como las paredes de hojas están bien tupidas porque cae un fuerte aguacero muy propio de esas regiones.

Después de la fuerte lluvia, la noche es clara y estrellada. Desde la selva se escucha el grito de algún pájaro nocturno. Los indios mantienen vivo el fuego para ahuyentar los jaguares y los pumas; en un campamento abierto en medio de la selva, es indispensable tomar precauciones.

Muy de mañana se inicia la partida. Nuevas fatigas y peligros. Aquí hace pocos días un indio se precipitó en el abismo y murió.

- Padre ore por él, le dicen los indígenas al Padre Herbrand, cerca del abismo.

El Padre se detiene y reza con todos un Padre nuestro por el accidentado. Los blancos se estremecen; ¿no les pudiera, en esta aventura, pasar lo mismo que a los que yacen en esas profundidades.

Se continúa el viaje sobre rocas, lodo, charcos y entre oscuros abismos y agrietados barrancos. De repente uno de los cargueros se hunde hasta el pecho en un

hueco y echa la carga humana de la espalda a un zarzal,

Ahora llegamos al lugar más peligroso, explica el guía. La caravana se detiene. Está al pie de una enorme peña que casi verticalmente cae sobre un río torrentoso, cuyos bramidos se oyen en el abismo.

- ¿Cómo podremos ir al otro lado?
- No hay más remedio que pasar por aquí.
- Entonces recemos al Arcángel San Rafael. Precisamente hoy es su fiesta.
- El desfiladero ofrece algunos puntos de apoyo en donde es posible poner el pie.
- ¡Ay! mejor hubiera sido quedarme en Pasto, susurra la maestra.
- ¡Confianza, ya pasaremos! dice, para infundirle ánimo, la Madre Agustina Hiebler, de Austria, superiora del grupo. La Madre Caridad no se alegraría si nosotras regresáramos por miedo y cobardía. ¡Sea valiente!

El capuchino, haciendo gala de su valor, inicia la travesía del peñasco: se coloca frente a él se agarra de los salientes del mismo y cautelosamente, avanzando paso a paso, llega felizmente al otro lado.

Desde allá extiende una vara larga que un indio fornido recibe en el lado opuesto. Ambos de rodillas se apoyan fuertemente en la pared sosteniendo la vara contra el pecho.

- Ahora pasen confiadamente, dice el capuchino. La vara les impedirá caer al abismo. Así ya no es tan peligroso.

Valientemente pasa el Padre Herbrand. A él le siguen, temblando, las Hermanas y luego la señorita. Sonrientes miran los indios a los temerosos viajeros, y cuando estos acaban de pasar por el temido lugar, todos ellos: hombres y mujeres, pequeños y grandes, llevando una carga a la espalda, atraviesan orgullosamente como si quisieran decir: ¡Miren! Así se hace. Nosotros lo sabemos mejor.

Después de una larga marcha montaña abajo, llegan a un camino bastante transitado. Sorprendidos oyen el relincho de un caballo que interrumpe el solemne silencio de la selva. Ya es posible cabalgar nuevamente.

Pero la dicha no dura mucho tiempo. El caballo de la Hermana Agustina, hunde su pata en una escondida grieta y la jinete cae debajo del caballo.

Se escucha un grito. Inmediatamente acuden los indios y ayudan a la accidentada a levantarse. Ella está totalmente cubierta de lodo.

- ¿Está usted herida?
- Gracia a Dios, no. El lugar estaba tan lleno de lodo que no podía pasarme nada. En algo siempre ha ayudado el arcángel San Rafael.

Anochecía cuando la caravana descubrió la aldea indígena de Santiago, situada en una planicie rodeada de altas montañas. Las chozas están construidas sobre estacas

clavadas en el suelo, cubiertas con un vistoso techo de paja, de forma cónica.

Miradas curiosas se dirigen hacia las religiosas de tez blanca. Poco a poco van saliendo los tímidos y recelosos indígenas de atractiva presencia: color cobrizo, pelo negro como carbón y cara redonda.

No será fácil enseñar la religión a estos niños de la selva. Pero las Hermanas tienen ojos, manos y corazón de madre y lo lograrán sin duda alguna.

El domingo después de la misa, todo el pueblo: niños y niñas, mujeres y hombres, luciendo sus pintorescos trajes, rodean a las franciscanas. Ellos reciben de las Hermanas: pan, sal, azúcar, golosinas, vestidos, anillos, cadenas, espejos, rosarios, medallas y estampitas. Todas las cosas que la Madre Caridad les había dado para atraer a la gente. Poco a poco van tomando confianza con las Hermanas.

Estas les toman la mano y con el dedo sobre la frente, boca y pecho, les enseñan a hacer la señal de la cruz. Más tarde a rezar el Padre Nuestro, el Ave María y a hacer la genuflexión.

- Hacerlo tú primero, dicen muchas veces los indios a las Hermanas.

Nadie quiere hacer nada antes de que las religiosas lo hagan primero. En todas partes: en la iglesia, en la escuela y en el campo hay que enseñar con mucha paciencia y de una manera muy objetiva.

En los años siguientes se pudieron hacer otras fundaciones en el territorio de misión de los capuchinos españoles: Sibundoy Puerto Asís y Florencia.

En un hermoso día del año 1914 cinco Hermanas, de rodillas en la capilla del convento de Túquerres, oran con fervor y luego piden a la Madre Caridad su bendición. Con amor maternal traza en la frente de cada una la señal de la cruz diciendo al mismo tiempo: Que Dios las bendiga y acompañe, queridas hijas.

Ustedes ahora van a Puerto Asís que es una misión difícil, rodeada de selvas por todas partes, a orillas del río Putumayo. Allí se encuentran muchas tribus salvajes y hasta caníbales. Procuren ganarlos con cariño maternal y con buen trato. El viaje es largo y peligroso porque desde Santiago se va por caminos muy difíciles que se internan en las profundidades de la selva. Vayan en nombre de Dios. Sacrifíquense y trabajen por amor a El. Con esta nueva fundación se extenderá más el Reino de Cristo, y será grande el bien que ustedes pueden realizar por la Iglesia y por Colombia. Muy bien conozco los grandes sacrificios que les esperan, pero veo llegar el tiempo en que la región del Putumayo será en un futuro, la riqueza de este país que lleva el nombre de su descubridor, Cristóbal Colón. Todo esfuerzo y sacrificio vale la pena con la esperanza de obtener su futuro progreso, tanto religioso como material.

Después de un viaje lleno de aventuras llegaron las cinco valientes mensajeras de la fe a su destino y comenzaron en Puerto Asís, a orillas del Putumayo, su apostolado. El río, ancho y profundo, es navegable en pequeñas embarcaciones hasta el Amazonas. Por este último se

puede cruzar toda América del Sur, hasta el océano Atlántico.

Un grupo de indígenas se acerca llevando a sus niños a la casa de las Hermanas para encomendárselos, expresarles lo que desean y comunicarles sus costumbres.

- Cuando sale el sol, dice una de las mamás señalando el cielo con el dedo índice, mi niño comer; cuando el sol más alto, otra vez comer; cuando está más alto todavía, comer mucho; y cuando el sol va abajo, nuevamente comer; y cuando se ha ocultado, otra vez comer.
- Sí, sí, lo haremos con gusto, contestan las Hermanas a los preocupados padres.

Luego cogen a los pequeños de la mano para entrarllos a la casa. Pero en este momento estalla una gritería general. Los padres y madres las miran severamente y con sus puños las amenazan. Uno de ellos, disgustado, dice a la Hermana Agustina:

- Si yo agarrar a una de tus Hermanas, llevar en la canoa y esconder en la selva, ¿qué hacer tú?

Las religiosas no pierden la serenidad e incansablemente comienzan cada día su trabajo. Ya se acostumbrarán los niños de la selva a una vida organizada. Hasta a los caníbales los educarían para convertirlos en hombres religiosos.

Era realmente una gran satisfacción cuando más tarde, los alumnos que pasaban las vacaciones en la selva, regresaban llenos de alegría donde las Hermanas, y al verlas exclamaban:

- Venimos con gusto, queremos aprender cómo se puede matar al diablo.

Reinaba una gran expectativa en todas las casas de la misión, al saber la noticia de que la Madre Caridad las visitaría.

A pesar de las indescriptibles fatigas y peligros que le esperan, y del poco tiempo de que dispone para esta visita, se pone en camino por entre selvas, abismos y torrentosos ríos. Pero los malos caminos no la asustan, ni el estrecho peñasco de El Encano la detiene. Valientemente toma la mano del indio y con paso firme se deja llevar al otro lado del abismo.

- Mis Hermanas también tuvieron que pasar por aquí, decía al Doctor Rosero, más tarde Vicario general de Pasto, que la acompañaba en este viaje.
- ¿Cuánto tiempo se necesita para llegar a Puerto Asís? pregunta el sacerdote.
- Desde Pasto cinco días a lomo de mula, y luego un día navegando en canoa. Para el viaje de regreso se requiere más tiempo porque se navega contra corriente, contesta la Madre.

Con muestras de inmensa alegría es recibida la Madre Caridad por los niños y jóvenes de la escuela de Santiago. Delante de la casa de las Hermanas hay arcos de triunfo. Las niñas tienen lirios y rosas en las manos, y cantan con sus armoniosas y bien timbradas voces cantos religiosos como saludo de bienvenida.

Todos los habitantes son gente muy buena. Llegan, tanto adultos como niños, a pie limpio y bien vestidos. Pronto está la Madre Caridad rodeada de jóvenes y mayores, ellos se sienten hoy como sus predilectos, y no sin razón, porque su corazón apostólico latía desde hacía tiempo por los pobres indios, abandonados en las selvas del Putumayo. Muy feliz está entre ellos y les reparte con generosidad de Madre el exquisito pan que expresamente hizo preparar para ellos, y además numerosos objetos que ella había recibido de las otras casas y hasta de su patria, para estos niños de la selva.

No en vano la llaman los indígenas: la Madre grande. No en vano dicen con su pintoresco lenguaje: "Esta Madre grande, tener mucho buen corazón para indios, corazón grande como este valle, querernos mucho".

Los niños y las niñas cuchicheaban entre sí con cierta importancia, comentando lo que habían observado en la Madre grande. Unos dicen: no ser grande pero gordita. Otros: tener las manos pequeñas y gruesas; y finalmente, su cara parecer la flor del rosal. Pero todos la llaman: Madre querida.

Lo mismo pasa en Sibundoy la segunda casa, situada en el mismo valle, sede del Prefecto Apostólico, y centro de la misión de los indios en el Putumayo.

Nuevamente cabalga la caravana por montañas y valles y por intrincados bosques. En la cima de la montaña Sachamate, desde donde se divisa una extensa llanura, hay una choza solitaria a la derecha del camino. Desmontan los jinetes para pasar allí la noche ya que en muchas leguas a la redonda no hay otro sitio habitado.

Pronto encienden fuego, que crepita alegremente rompiendo las tinieblas y reflejando fantásticamente las figuras sentadas a su alrededor.

De improviso, un mal disimulado grito y el ruido de una persona que cae al suelo.

Las miradas de los asustados viajeros se dirigen al lugar y ven a la Madre Caridad en el suelo. Con dificultad se levanta. Había subido al piso superior de la choza donde pasarían la noche las mujeres; pero por falta de luz no se dio cuenta de que el lugar por donde debía subir, no tenía baranda y cayó al suelo desde algunos metros.

En el primer momento no pudo andar bien, pero a pesar de todo, con su sonrisa habitual dice: Todo por amor a Dios y como El lo quiere.

- ¿Se ha fracturado usted?
- No.

Dos días más tarde los viajeros están sentados en una canoa navegando río abajo, por las cristalinas aguas del Quineo, entre guirnaldas formadas por los árboles de la imponente selva. Se escucha el charloteo de los papagayos. Los graciosos micos juegan alborotados

sobre los centenarios árboles. Brillantes y azuladas mariposas danzan en el aire; y en las pequeñas islas vírgenes se asolean los rosados flamencos.

En una violenta curva, se vuelca la canoa. Los viajeros caen en la espumosa corriente, pero pronto están sentados sobre la blanca arena de la playa, y entre bromas y risas esperan que sus vestidos se sequen, mientras disfrutan de un apetitoso almuerzo.

De repente los remeros gritando, se levantan y corren lo más aprisa que pueden porque la corriente arranca la canoa que se desliza río abajo como un liviano juguete.

- ¡Miren cómo corren! ¿La alcanzarán?
- ¡Dios mío! Si no la alcanzan, ¿qué pasará? porque por aquí no hay ningún camino, y si hubiera uno por la selva se tardarían días enteros hasta llegar a algún lugar poblado.

Con gran tensión los de la playa siguen con la mirada a los remeros que se lanzan tras de la canoa. Ya no se los ve más...pasan unos minutos de angustiosa expectativa.

De repente ven de nuevo a los indios que con dificultad arrastran la canoa río arriba, pero no logran conducirla hasta la playa en donde se encuentra la Madre Caridad con sus compañeros. Entonces tres de aquellos suben por el río y en sus fuertes brazos cargan a las viajeras y las llevan a la canoa. Fue tan rápida la acción que apenas ahora se dan cuenta de que aún tienen en sus manos un pedazo de pan.

El Quineo desemboca en el río Putumayo cuyas aguas llevan la canoa, rápidamente, hasta Puerto Asís. Allí es recibida la Madre Caridad como una heroína, y rodeada de manifestaciones de amor como corresponde a una madre.

Es domingo. En la torre toca una campana. Desde las selvas, salen los indios de sus chozas, para acudir a la Iglesia. Estos, cuyos padres y abuelos eran antropófagos, en procesión y rezando el rosario, andan ahora ordenadamente alrededor de la gran plaza del pueblo. Llegan a la Iglesia y participan con devoción en el Santo Sacrificio y escuchan atentamente el sermón del misionero.

- Qué cambio tan maravilloso se ha efectuado entre los indígenas, dice la Madre Caridad, después de la Misa.

Muchos jóvenes y ancianos la visitaron y recibieron bonitos obsequios. Nadie sospecharía, al ver esta celebración dominical, que hace sólo algunos años, éstos eran todavía completamente salvajes.

En el año 1932 la Madre Caridad aceptó hacerse cargo del hospital militar de Puerto Asís, a solicitud del gobierno colombiano. Desde ahí fueron enviadas las tropas por el río Putumayo a Guepi, situado en muy lejanas selvas, y amenazado por los peruanos.

Meses más tarde la Madre Caridad, en su habitación conventual, lee una carta que acaba de recibir de Puerto Asís, decía:

“Estamos pasando un tiempo muy difícil porque cada

día se teme una invasión de parte de los peruanos. En el orfelinato duermen los alumnos con sus pocos haberes debajo del brazo, listos para correr en cualquier momento y huir a determinados lugares de la selva.

Los soldados enfermos, cuyo cuidado me han encomendado, los encontramos en el hospital en una extrema miseria. Todo les faltaba: no tenían camas, ni cobijas ni asistencia de ninguna clase. Sencillamente se acostaban en el suelo. Logramos proporcionarles lo indispensable para que su condición fuera más humana. Los hemos cuidado lo mejor posible y, hasta el presente, ninguno ha fallecido.

Siempre admiramos en estos soldados la fe sencilla, la piedad y el amor a la Santísima Virgen. Muchos comulgan diariamente. Los primeros viernes ningún soldado ni oficial dejan de acercarse a la mesa del Señor.

La tropa tuvo ejercicios espirituales durante tres días. Era edificante y emocionante ver el fervor y la seriedad con que estos jóvenes defensores de la patria pasaron este tiempo. Cuando la trompeta de guerra llamó al combate, ninguno se embarcó sin antes protegerse con un escapulario o una medalla de la Virgen como su mejor escudo... Sor Mónica".

La Madre Caridad leyó una y otra vez esta carta, y luego dijo a su asistenta, Hermana Agnes:

- La fundación en el Putumayo exigió mucho sacrificio y valentía a las Hermanas, pero valió la pena, no me arrepiento de haberlo hecho.

ebes supoq. llalib yun oqmaid tu obnseaq sona23

ESO SE LLAMA TENTAR A DIOS

Entre cultivos de papas, cebada, maíz y trigo, cabalga la caravana hora y media desde Túquerres hacia arriba, y luego por el filo de un abismo de seiscientos metros de profundidad cuya vista causa pavor y vértigo a quien lo mira, y en el fondo del cual corre el río Sapuyes.

Después durante tres horas, subiendo lentamente atraviesan praderas en las cuales centenares de reses, caballos y mulas pastan libremente sin que nadie las moleste.

Nuevamente llegó la caravana al borde de un precipicio de dos mil metros de profundidad. A lo lejos se oye en el abismo el borrascoso correr del río Guaitara. La bajada hacia el valle es peligrosa y las vueltas interminables. Después de soportar por algún tiempo temperaturas de 10° C a una altura de 3.200 mts. los viajeros descienden a lugares donde la temperatura es de 23° a la sombra, y el barómetro marca 1.400 mts. de altura.

Los jinetes pasan por un alto puente de piedra que atraviesa un río cuyas estrepitosas corrientes retumban como un lejano trueno, para iniciar de nuevo un ascenso por un estrecho sendero a través de tierras volcánicas.

Al anochecer se detienen en una hacienda rodeada de limoneros y naranjales, situada en un valle de forma circular donde reina perpetua primavera. Este pequeño

valle pudiera haber sido el cráter de un volcán, hace siglos extinguido. Las montañas que lo circundan de laderas casi verticales y puntas recortadas recuerdan las ruinas de antiguos castillos. Un torrente espumoso se desliza de los montes y garbosamente salta unos cien metros para perderse después en el río Guáitara.

En la tarde del segundo día, desde una altura divisan, las franciscanas viajeras, a Pasto situado en una altiplanicie al pie del volcán Galeras.

- Hasta ahora todo ha pasado bien, dice la Madre Caridad a sus compañeras al entrar a la ciudad, que es Sede Episcopal. Aquí en el Instituto, dirigido por nuestras Hermanas, seremos bien recibidas, pero luego seguirán semanas de muy peligroso viaje.

Al encontrarse en el Instituto con un sacerdote conocido, éste le pregunta:

- ¿Hacia dónde viaja Madre Caridad?
- A Cartago.
- A Cartago, repite el Sacerdote asombrado, como si no hubiera entendido bien. ¿A Cartago dice usted?
- Así es.
- No creo que esto sea cierto, Madre Caridad. Un viaje a caballo hacia el norte del país en buen tiempo, dura a lo menos tres semanas, pero ahora es tiempo de lluvia, los aguaceros se suceden día a día y en los numerosos páramos, el agua penetra hasta los huesos

y el frío hace tiritar los miembros. Todo este largo camino se convierte totalmente en ciénagas. Regrese a Túquerres, desde allí va a caballo a Barbacoas, después se embarca rumbo al norte y podrá llegar a su meta. Viajar a caballo a Cartago en esta época es tentar a Dios. Deje esa temeraria aventura.

- Padre, respondió la Madre Caridad, tengo necesidad urgente de viajar ahora mismo. Desde Barbacoas y Tumaco, son muy difíciles las conexiones. El buen Dios me ayudará. Confío en El. Mañana continuaremos el viaje.
- Madre, envidio su firmeza de voluntad y su inquebrantable confianza, replicó el sacerdote.

Al llegar la Madre Caridad al convento de Pasto, confió misteriosamente a sus hermanas: Tengo un protector en el cielo.

- ¿De quién se trata?
- Del Señor Obispo Perea, que hace pocos días fue enterrado. Se enfermó durante la última visita pastoral a Túquerres.

Nosotras lo atendimos durante seis semanas en la casita de nuestro Padre Capellán. El pobre enfermo, con lágrimas en los ojos, me pidió varias veces que no lo abandonáramos porque como era de otra región no había aquí nadie que se preocupara de él. Naturalmente nosotras con gusto le hicimos este servicio.

- Sí. Y cuando ya estaba mejor, y se fue a Consacá,

usted envió a tres hermanas para que continuaran cuidándolo, con la esperanza de que el clima benigno de ese lugar contribuyera a su restablecimiento, dijo la Madre Fides.

Lastimosamente su esperanza quedó fallida. Su enfermedad se acentuaba cada vez más. El Señor Obispo se manifestaba muy contento por los cuidados de las Hermanas y reiteraba sus agradecimientos por los servicios y atenciones que le prodigaban y prometió rezar en el cielo y ayudarnos desde allá. Su gran consuelo fue la llegada de nuestro capellán el Padre Herbrand que lo asistió hasta la muerte, después de la cual acompañó su cadáver hasta Pasto, soportando grandes fatigas, añadió la superiora.

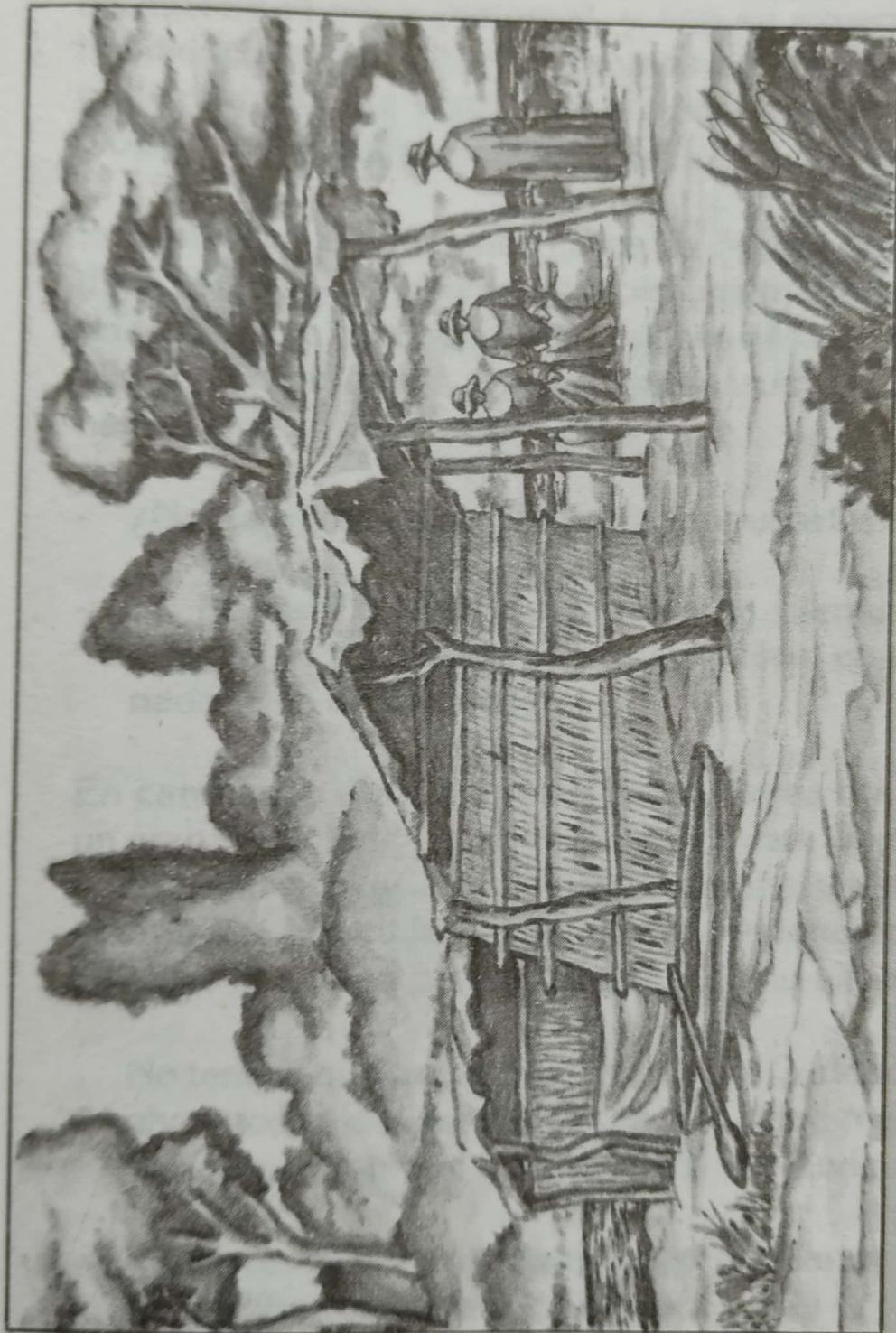
Tuvo que pasar por la cordillera a 4.000 mts. de altura en tiempo muy lluvioso y de intenso frío. A la una de la madrugada llegó a la ciudad, totalmente mojado y cubierto de lodo, a causa de la oscuridad no se atrevió a montar a caballo, sino que durante cinco horas caminó dando traspies entre ciénagas y lodazales, y aterido de frío.

Callaron unos instantes y después la Madre Fides cogiendo un periódico dijo:

- El pueblo reconoció con agradecimiento las atenciones que nuestro convento tuvo para con el Obispo.

El "Semanario Comercial", periódico de Pasto, escribió después de su muerte: "Las Reverendas Hermanas Franciscanas, este grupo de ángeles de caridad, que por suerte tenemos en diversas poblaciones, no abandonaron

Improvisado albergue durante un viaje.



Mostrar el uso de la madera recogida en los bosques para la construcción de casas y albergues.

tabacaria. Véase libro citado más arriba.



ni un momento al Obispo en su lecho de enfermo. Con su inagotable y piadosa abnegación, delicada sensibilidad, no inferior al amor maternal, y con su experimentada habilidad, fueron más que simples enfermeras, casi se pudiera decir una verdadera providencia para el señor Obispo en su última enfermedad."

Son bonitas expresiones, dice la Madre Caridad. El difunto Obispo dejó en su pueblo una madre anciana y una hermana. Son pobres, y después de la muerte de su hijo y hermano, seguramente sufrirán grandes necesidades.

- ¿No les parece que pudiéramos ayudarles a ambas?
- Sí, Madre Caridad, usted siempre piensa en todo cuando se trata de ayudar a un pobre, en este caso nada le es demasiado.

En cambio yo espero que el Obispo Perea me conceda un gran favor. Precisamente ahora, en este viaje al norte, cuento con su ayuda. Antes de empezar el viaje hice con él un trato: Por cada día sin lluvia que tengamos, haré celebrar una misa por el descanso de su alma.

- No tendrá que pagar mucho, Madre Caridad, porque ahora todos los días llueve con seguridad matemática. Sería un milagro si usted viajara sin lluvia.
- Veremos. A pesar de esto tengo confianza de que él nos librará de los aguaceros.

No fue vana la confianza de la Madre porque en los veinte días siguientes no les cayó una sola gota de lluvia.

Ciertamente llovió a torrentes en regiones cercanas, pero nunca en los sitios que atravesaban las viajeras. Era una gran suerte por lo que ella se mostró agradecida con su intercesor en el cielo.

Todavía les quedaban bastantes penalidades. Los caminos estaban en muy mal estado. Por doquier: huecos, lodo y lugares al parecer intransitables.

Al llegar la noche las viajeras se detienen ante un barranco, en un lugar solitario. Vacilan antes de decidirse a pernoctar ahí o a seguir adelante. Se miran las unas a las otras como interrogándose al respecto. De repente la Madre Caridad dice:

- Creo que nuestro Padre San Francisco, se alegraría al ver que sus hijas se contentan con cualquier sitio, aunque tan miserable y abandonado como éste.

Enseguida baja del fatigado caballo. Las demás siguen su ejemplo. Entre tanto cae un copioso aguacero. En el interior de la derruida cabaña en la que por muchos sitios penetra el agua, encuentran numerosos huéspedes que se les habían adelantado: mosquitos, pulgas y chinches que pican a las viajeras inmisericordemente. Nadie puede cerrar los ojos: ratones y ratas disfrutan de las provisiones; se sienten animales más grandes, pero no se los distingue en la densa oscuridad.

- ¡Dios, qué noche tan terrible! suspira una voz.
- Soportémoslo todo por amor a Dios. En el cielo estaremos felices por lo que hayamos sufrido, les dice la Madre Fundadora para infundirles ánimo.

A las cuatro de la mañana cabalgaban nuevamente. Al quinto día llegaron al sitio denominado Casa Fría, una destortalada choza que sería su albergue nocturno. Sobre un fogón preparan el sancocho.

- Pero... ¿dónde está nuestra Madre?
- Hace rato que salió.

Una Hermana va a buscarla. Pronto la encuentra sobre una gran piedra con el rostro oculto entre las manos. Alegremente le dice:

- Madre el banquete está listo.
- Pero, ¿qué pasa? ¿Lágrimas?... ¿Por qué llora Madre Caridad? pregunta compasiva la asombrada Hermana, tan pronto como la Madre retiró las manos de su rostro.
- No sea curiosa como Eva, le dijo sonriente, dándole una cariñosa palmadita.

Pero el motivo quedó en secreto, porque no se lo reveló. Interiormente la atormentaban muchas preocupaciones por el convento. Pero... ¿de qué serviría causarles pesadumbre a las demás? Prefería llevar sola el peso de las dificultades.

De Casa Fría continuaba el camino hacia una llanura, por entre pedregales y peñascos que el caballo pisa cautelosamente con su casco.

La cocinera se había procurado secretamente un gallo

con el deseo de sorprender a la Madre en la posada siguiente con una sustanciosa sopa y unas deliciosas presas. Bajo el brazo izquierdo colocó el saco con las provisiones y con la mano derecha manejaba las riendas del caballo. Para que el gallo no pudiera escaparse le ató las patas a la silla de montar. Todo parecía salir a pedir de boca. Pero con el destino de los poderes oscuros no se puede hacer ninguna alianza, porque su influjo pronto se hace sentir.

En un sitio bastante pedregoso tropezó el caballo que llevaba a la astuta religiosa. Asustada se prendió con ambas manos de la silla para no caerse. En este preciso momento se oyó el agudo quiriquí. Impaciente volvió la cabeza la Madre Caridad, y comprendió que le habían hecho una jugada a sus espaldas. Quiso reprender a la culpable, pero.. ¿qué vio? Un pobre gallo aleteando fuertemente con deseos de recobrar la libertad, pero atado con una pita a la silla de montar de la religiosa, que estaba pálida y asustada. Un cuadro que valía la pena pintarse.

La Madre Caridad, estalló en una sonora carcajada. En penitencia por su bien intencionada astucia, la culpable, por la noche, debía comer el corazón y la mejor presa del gallo.

A medida que descendía el camino por la cordillera, subía la temperatura. Poco a poco el calor se hacía insopportable. Reverberaba el aire. Todos se sentían como en un horno y el sudor corría en abundancia por la frente de los viajeros.

- ¿Madre, ve usted los Dos Ríos? gritó Salazar.

- ¡Uf..Uf..!llevan mucha agua.

Lo temía hace tiempo, repondió la Madre. El grupo de viajeros se encontraba frente a una llanura rodeada de montañas en donde se unen los Dos Ríos: Guachicono y San Jorge. Como consecuencia del fuerte invierno aumentó considerablemente el volumen de sus aguas, llegando a desbordarse y a inundar la región. Todo parecía un ancho y agitado lago de corriente tremadamente fuerte.

- Si ya lo hubiéramos atravesado, dijo Salazar preocupado. Nunca vi estos ríos tan crecidos. Será mejor esperar aquí hasta que haya mermado el nivel de su cauce.
- Podríamos esperar mucho tiempo, contesta la Madre Caridad.

En la orilla opuesta aparecen unos negros. Salazar les hace señas con su sombrero porque no se hubiera oido la simple voz a causa del ruido de la corriente.

Despacio, desde la orilla opuesta, se acerca una oscura barca que lucha con la corriente. En el lugar donde se encuentran las viajeras, se detiene meciéndose fuertemente. Con dificultad pueden las Hermanas subir a ella. Los fornidos negros, con sus fuertes brazos mueven los anchos remos. Desde pequeños viven aquí y conocen muy bien los trucos del río.

La joven Hermana encargada de la cocina miraba alegremente las olas que llevaban la canoa hacia arriba y abajo, y reía y bromeaba sin sospechar el peligro que corrían.

La Madre Caridad no tiene deseos de reír, ora con gran fervor pidiendo el auxilio divino. Ella ya se había enfrentado con gran ánimo a muchos y grandes peligros, pero aquí verdaderamente sentía terror de que pudiera naufragar. En cualquier momento la barca podía ser arrastrada por la torrentosa corriente y las Hermanas, que no sabían nadar, podían perecer en las turbulentas aguas.

También los remeros acostumbrados a este río, le temían. Mutuamente se animaban a hacer los mayores esfuerzos posibles para evitar el naufragio, que en cualquier momento podría ocurrir. Finalmente llegaron a la orilla opuesta y los remeros ayudaron a las religiosas a saltar a tierra.

Al mirar hacia atrás, vieron a Salazar que, a caballo, se disponía a atravesar el río como gran jinete. Los barqueros le indicaban el rumbo que debía seguir. El muchacho tiene ánimo. Un trecho avanza felizmente pero al llegar a un sitio en donde la corriente era más fuerte, fue arrebatado por ésta y en un instante desaparecieron jinete y caballo entre las tumultuosas aguas.

La Madre Caridad parada en la orilla opuesta, con una intensa angustia junta las manos y con una mirada de súplica, se dirige al cielo implorando la Divina Misericordia. Los segundos parecían eternos. ¿Habrá perecido su fiel acompañante?

¡Oh no! Vuelve a aparecer y también el caballo. Luchan río abajo hacia la orilla. La Madre Caridad está tan impresionada que no puede sostenerse en pie, y se sienta sobre una piedra, mientras de su angustiado corazón salen repetidas veces las palabras: ¡Gracias Dios mío!

Los valientes bogas llevaron a sus pasajeros a la aldea cercana llamada Patía, habitada en su totalidad por negros. Para indígenas y blancos, el clima sería demasiado caliente.

En una espaciosa choza encontraron afable y cariñosa acogida y con una buena taza de té caliente se restablecieron del susto que habían pasado. No tardó en llegar la noche y todos buscaron un sitio para descansar. El silencio era sepulcral.

De repente todos se despiertan asustados. Se oyen ensordecedores e ininterrumpidos truenos y los relámpagos iluminan la noche. Los rayos caen uno tras otro, ya en los árboles, ya en el río y hasta en las chozas. Los hombres tiemblan y temen por su vida. Ninguno se siente seguro ante el furor de la tempestad que azota con violencia la región.

La pequeña hija del dueño de la choza, grita desaforadamente. El aguacero arreciaba y sobre el techo de paja el agua se filtraba penetrando en la choza y dejando convertido el lugar, donde los huéspedes descansaban, en una completa laguna.

Todos se levantaron atemorizados. En la región son temidas tales tempestades, pues no pocas veces el rayo ha incendiado las chozas y ha matado a hombres y animales.

En medio de esta confusión, la Madre Caridad permanecía tranquila: estamos en las manos de Dios, decía para animarlos. ¡Oremos! Tomó el rosario y todos los presentes rezaron con ella hasta que la tempestad amainó su furor y se perdió en la lejanía.

Dos días más tarde hacia su entrada la pequeña caravana a la ciudad de Popayán. En la casa del Doctor García, encontraron las Hermanas albergue y descanso. Después de la comida, el dueño de la casa reunido con vecinos y amigos, comentaba el valor de las religiosas para emprender un viaje en condiciones que habrían hecho flaquear el ánimo del más decidido caminante. Esos no son viajes sino aventuras, exclamaba entusiasmado. ¡Qué personas tan valientes son las Suizas!

Gran energía y verdadero valor necesitaron las franciscanas en el trayecto que aún tenían que recorrer, porque les faltaba más de la mitad del camino. Si hasta entonces habían experimentado grandes dificultades, en la parte comprendida entre Popayán y Cali las tendrían peores. El contraste entre los horribles caminos y la belleza del paisaje que tenían ante la vista, era impresionante.

Marcharon durante varios días por el extenso valle regado por el caudaloso río Cauca y flanqueado por la cordillera de los Andes.

A ambos lados del camino, hasta las estribaciones de la montaña, se extendían plantaciones de café, caña de azúcar, tabaco, algodón, piñas, naranjales y platanales que desde las altas praderas batían su penacho de hojas como saludando a los viajeros.

Pero ni en éste fértil y caluroso valle los jinetes estaban seguros, porque las muchas lluvias formaban lodazales que hacían casi intransitable el camino.

Una de las Hermanas se cayó del caballo y se lastimó una mano.

Unos días más tarde el caballo de la Madre Caridad dio un mal paso en un lugar muy peligroso. La jinete se cayó y quedó lastimosamente en el suelo debajo del animal.

- ¡Dios mío! con tal de que no la pise.

Cuando el caballo está asustado, eso suele ocurrir. Con gran preocupación miraron las compañeras lo sucedido. Gracias a Dios, el noble caballo se quedó inmóvil hasta que manos cuidadosas pusieron a la Madre en lugar seguro.

- Alabanza y gratitud a la Divina Providencia, porque la ha salvado dijo una Hermana. Esta vez hubiera podido ser fatal.
- ¡Oh! contesta la Madre, estas dificultades no son nada en comparación de lo que una Fundadora debe sufrir interiormente.

Después de veinte días de la salida de Túquerres llegaron a Cali, una de las principales ciudades del país. Se detuvieron delante de un convento.

- Por amor a Dios, dice modestamente la Superiora, les pedimos hospedaje. Somos franciscanas venimos del sur.

La portera desapareció en el interior y al poco rato llegó con este recado:

- La Reverenda Madre no desea recibirlas. Nosotras tampoco vamos a solicitar hospedaje donde ustedes ¡Adiós!

Cierra la puerta ante las fatigadas y cansadas viajeras. A las franciscanas se les deslizaron las lágrimas y una de ellas exclamó:

- Si a lo menos nos hubieran dado la negativa afablemente, pero escuchar una respuesta en esa forma es verdaderamente penoso.

También la Madre Caridad estaba confundida. Era la primera vez que ella se veía rechazada en Colombia, que tiene fama de que la gente es muy acogedora. Pronto recobró la serenidad y animó a sus compañeras.

- Pensemos que nuestro Padre San Francisco también soportó humillaciones como ésta. Nosotras, como hijas de tal Padre, no podemos esperar que nos traten mejor. Luego continuó: ahora experimentamos lo doloroso que es cuando después de un viaje agotador, con hambre y cansadas se llega a una casa en donde se esperaba encontrar descanso y se niega el hospedaje. Esto nos debe enseñar a ser buenas con los que se encuentran en situaciones parecidas. Díganlo a las Hermanas en todas las casas, que nunca nieguen hospedaje a nadie, sobre todo tratándose de sacerdotes y religiosas. Más vale soportar nosotras estrechez y hambre que negar hospedaje a quienes con confianza nos lo piden.
- Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Pregunta tímidamente una Hermana.
- Vamos donde las Hermanas de la Caridad, creo que allá tendremos mejor suerte, o nos puede pasar como a San José que en Belén en vano buscó hospedaje.

En el locutorio de la casa, se presentó la superiora, abrazó con gran cordialidad a las franciscanas, les dio la bienvenida y las condujo a una gran sala donde les proporcionó cuanto necesitaban, agua para lavarse y les dio ropa limpia. Después les dio algo de comer y les ofreció generosamente sus servicios.

- Este es su hogar, dispongan de él como si estuvieran en su propia casa.

Ocho días permanecieron donde las Vicentinas. Después de soportar fatigas y dificultades en tan largo viaje se sentían cansadas y agotadas. Sus vestidos estaban rotos y enlodados por lo que era necesario lavarlos y arreglarlos. Además tenían que esperar el buque que las llevaría a Cartago por el río Cauca.

La bondad de las Hermanas de la Caridad, edificó a las Hermanas viajeras e influyó benéficamente en ellas; pero también aquellas admiraron a las franciscanas, especialmente a la Madre Caridad. Cada vez que pedía algo se arrodillaba con toda humildad ante la superiora de la casa. Durante su estadía se sometió totalmente al orden del día y a las costumbres propias de las Hermanas Vicentinas.

Llegó el momento de partir. Las franciscanas se despidieron con inmensa gratitud de sus magnánimas bienhechoras y abordaron el barco que navegaba por el río Cauca, el cual riega extensas plantaciones y pasa por varios pueblos y ciudades.

Qué alegría experimentaron en el convento de Cartago con la llegada de las Hermanas y sobre todo por la de la

querida Madre. Ahora deben quedarse con nosotras varias semanas y reponerse de las fatigas sufridas durante el viaje. Las atenderemos con cariño.

Sobre la mesa encuentra la Madre un telegrama procedente de Túquerres. La Fundadora lo abre, al leerlo se sostiene para no caer, tal es la impresión que le causa. Se sienta y vuelve a leerlo como si no diera crédito a sus ojos. La palidez cubre su rostro.

- Malas noticias queridas hijas, susurró. Tenemos grandes preocupaciones en la Casa Madre. Mi presencia allá es urgente, debo regresar.
- Pero unos días se va a quedar con nosotras. Siquiera unos días, suplicaban las Hermanas con lágrimas en los ojos.
- El deber nos exige a ustedes y a mí este tremendo sacrificio. Mañana en la madrugada emprenderé el camino de regreso.

Era media noche y la Fundadora todavía se encontraba en medio de sus hijas. Y así pasaron la una, las dos, las tres de la mañana... La Madre continuaba hablando con ellas asuntos de la vida religiosa, alabando su trabajo, dando orientaciones, decidiendo, solucionando dudas, corrigiendo donde era necesario y animando. El reloj dio las cuatro de la mañana.

A esta hora dejó la casa, y nuevamente se embarcó por el Cauca hacia Cali, para luego regresar por el mismo camino a Túquerres. Otra vez tres semanas a caballo, las mismas dificultades, los peligros ya conocidos, las aventuras de siempre...

Años más tarde se escapaban de su pecho hondos suspiros al recordar éste y otros innumerables viajes. Entonces decía:

- En la hora de mi muerte procuraré conmover al Divino Juez y suscitar su compasión, diciéndole: Señor, recuerde los viajes que hice y que siempre fueron realizados por tu amor.

ESPIRITUS EN LA CIUDAD

Veintiocho de mayo de 1920.

En la cubierta del buque que navegaba por el océano Pacífico de Tumaco a Panamá, se ve un grupo de franciscanas que alegremente contempla el inmenso océano con su azul oscuro, los delfines que siempre van delante del barco como si estuvieran en competencia, se zambullen y vuelven a aparecer una y otra vez.

- Hoy por fin llegamos a la meta, dice una de las Hermanas. El viaje a caballo de Túquerres a Barbacoas, fue en esta ocasión muy bueno, como también desde esa población hasta Tumaco. Pero esperar en dicha isla un mes completo la llegada de un buque que nos condujera aquí, fue demasiado, y los gastos ocasionados fueron bastante elevados.
- Esto me pasó muchas veces en Panamá, contestó la Madre Caridad. Me sucedía cuando regresaba de Europa con aspirantes. Es una gran suerte cuando se debe esperar solamente unas pocas semanas. Generalmente la espera era larga, y la vida en la ciudad muy costosa.
- Es muy comprensible entonces, que usted tenga el deseo de fundar una casa de la comunidad en este

Puerto, dice otra. Así las jóvenes misioneras pueden hospedarse allí y no ocasionan tanto gasto.

- Hay una razón mucho más importante para abrir una casa en Panamá. He observado en estas vacaciones forzosas, que la gente de este Puerto internacional es muy frívola. La juventud sólo anda tras las fiestas y los placeres del mundo, cayendo a veces en profunda miseria moral. Con gusto llevaría estas pobres niñas al Amigo Divino, por eso tomé la resolución de fundar para ellas un colegio.
- ¿ El gobierno de Panamá está de acuerdo con el proyecto?
- Se dice que el gobierno es masón. En este caso no se puede esperar ninguna ayuda para fundar una escuela dirigida por religiosas. Pero lo permite, y esto ya es mucho.
- ¿Y los gastos que requiere la fundación?
- ¿Los gastos? Nosotras siempre hemos sido tan pobres como un ratón de iglesia, y lo somos todavía.
- ¿Cómo podremos en esta ciudad internacional, fundar un Instituto?
- Algunas señoras distinguidas me visitaron en mi pasado viaje y solicitaron la fundación de un colegio, para lo cual prometieron ayudarnos. Creo que puedo confiar en ellas. Por eso lo acepté, y ahora estamos aquí.

- ¡Mirad, ya aparecen las costas de Panamá! Allí está el puerto, más allá la ciudad, y a la izquierda se divisa la entrada al famoso canal de Panamá. Después de algunas semanas abriremos el colegio. Aunque no tenemos dinero confío en las distinguidas señoras que me han dado su palabra de que nos ayudarán.

Y la Madre Caridad, llena de alegre y confiada esperanza, se frotaba las pequeñas manos, y en su mente ya veía el florecer del nuevo Instituto. Pueda ser que no se lleve una desilusión!

El buque se acercó al desembarcadero. Los viajeros se apresuraron a salir y pronto desaparecieron en las calles, en las cuales reinaba gran movimiento y animación.

Al día siguiente la Madre Caridad, acompañada de la futura superiora del proyectoado colegio, se hallaba en el elegante recibidor de una de las grandes damas. Después del acostumbrado saludo de cortesía, expuso la Madre los motivos de su visita.

- Señora, usted me pidió en la última visita a esta ciudad, la fundación de un colegio donde se inculque espíritu religioso a la pobre juventud y se la salve de la gran miseria moral que le amenaza, y prometió generosamente su ayuda. Aquí estamos para cumplir el deseo de su corazón.
- ¡Ah! exclamó perpleja la señora, creo que alguna vez hablamos de eso, pero en lo que se refiere a la ayuda económica, no recuerdo nada. Lo lamento.
- Disculpe que la hayamos molestado dijeron ambas Hermanas, disponiéndose para salir.

- No es ninguna molestia, respondió con afabilidad el ama de casa. Al contrario ha sido un placer para mí ser honrada con su visita.

Nuevamente llaman las dos religiosas a la puerta de una aristocrática casa. De nuevo las reciben con muchos cumplidos y palabras de adulación. Pero al escuchar su petición, la señora se disculpa diciendo que la proyectada fundación no es urgente. Según ella esa no fue su intención en el último encuentro que tuvieron, pues su situación económica no le permitiría por lo pronto otorgar ayuda para una tal obra.

En la tercera residencia, fueron recibidas las Hermanas fríamente; y en la cuarta fueron despedidas con desprecio.

Las grandes esperanzas quedaron fallidas. La Madre Caridad, triste y acongojada, confía su pena al Obispo de la ciudad quien la consuela, anima y dice: No deje su proyecto, realícelo a pesar de todo. Cuanto más pobre sea el comienzo, tanto más fuerte será la obra.

Los jesuítas también la animan para que se mantenga firme.

En tan gran necesidad encontraron las franciscanas la ayuda que buscaban en un alma caritativa y noble llamada María Arias.

Diariamente recorrián las calles, bajo los ardientes rayos del sol, buscando un lugar adecuado para establecerse. Cansadas y preocupadas regresaban al anochecer. La Madre Caridad, pasaba las noches sin poder dormir; martirizada por las preocupaciones, volvía

con su mente a los problemas, sin poder encontrar solución.

Las dificultades se multiplicaban y el asunto se complicaba cada vez más. Así transcurrieron varias semanas. Era para desesperarse. El más grande problema era la falta de dinero. Las hermosas promesas se habían esfumado como el humo. No se podía ni pensar en comprar una casa en estas circunstancias. Solamente se podría alquilar. Pero aún, por locales que estaban en malas condiciones, exigían sus propietarios sumas altísimas.

Tal vez pudiéramos conseguir las ruinas del antiguo convento de Santo Domingo, manifestó con tristeza la Madre Caridad a María Arias, pero para ello necesitaríamos tener ahora mismo mil dólares, y no los tengo.

- Pero yo los tengo, respondió la señora María Arias, los pongo a su disposición.
- ¡Qué generosidad la suya! Usted salva el proyecto que estaba a punto de perecer. Dios se lo recompense mil veces.

En los días siguientes se vió a las franciscanas, desde la mañana hasta la noche, trabajar afanosamente en asear y limpiar las vetustas ruinas. Era increíble, cuánta arena, piedras e inmundicias de toda clase había adentro.

A menudo los turistas que pasaban por allí, se paraban admirando la artística entrada muy bien conservada, sin sospechar que adentro solamente se encontraban ruinas y basura.

Las Hermanas trabajaban afanosamente para sacar toda la basura, pero hubo momentos en que hasta la Madre Caridad se sentía extenuada por el cansancio, y pensaba si talvez, no sería más prudente regresar a Colombia con sus compañeras. Se decía: ¿Cómo puede ser posible que en este sitio funcione un colegio atractivo para las hijas de esta alegre y despreocupada ciudad?

Panamá es una bella ciudad llena de alegría y encanto, iluminada fascinante por el sol tropical. Las olas del Pacífico bañan sus playas. Las bellas palmeras extienden majestuosas su penacho de hojas, que susurran movidas por el viento. Desde la mañana hasta la noche, en las calles, en las plazas y parques, se ve un gran movimiento de gente muy activa, de carros y de coches. Las construcciones modernas alternan con las casas antiguas, pregonando con orgullo el adelanto de la técnica. Todos corren ansiosos tras los bienes y placeres terrenos.

Llegaban momentos en que el desaliento invadía el ánimo de la Madre Caridad, pero pronto se sobreponía, luchaba valientemente contra el desánimo y decía: Todo por amor a Dios y como El lo quiere.

Cada día volvía a comenzar el duro y penoso trabajo. Su ejemplo animaba a las otras para darse a la tarea de organizar y preparar todo debidamente. La fuerza para realizar ese trabajo la encontraba ante Jesús Sacramentado.

En medio de tantas preocupaciones y trabajos, ocurrió un simpático y gracioso episodio.

Cada mañana a las cinco, iban las religiosas a la iglesia

de San Francisco situada a cierta distancia del lugar. Un día, como de costumbre, despertó la Madre Caridad a sus compañeras, cuando las hermosas estrellas todavía titilaban en el firmamento. Todas se pusieron en camino, recogidas y silenciosas, como conviene a personas consagradas a Dios, y se dirigieron al citado templo. La ciudad estaba iluminada, y sus habitantes dormían plácidamente bajo el oscuro velo de la noche. Rezando, pasaron las religiosas por el parque, en el cual las luces proyectaban fantásticamente sobre el suelo la negra sombra de los anchos penachos de las palmeras. Las silenciosas religiosas siguieron su camino, encontrándose con unas pocas personas que las miraban curiosamente. Por fin llegaron a la iglesia, querían entrar pero las puertas estaban cerradas. Esperaron mucho rato, envolviéndose mejor en sus amplios abrigos, porque la brisa del mar refrescaba demasiado. De vez en cuando se oía el chocar de las olas en la playa.

¡Qué raro! Algunos policías se acercaban con cautela, para ver estos seres que estaban parados delante de la iglesia. Señoras, que quizá venían de un baile o del teatro las observaban atemorizadas y desaparecían lo más pronto posible como si les inspiraran terror.

De repente el reloj de la torre dio la hora. Lentamente sonaron 1-2-3....10-11-12. Media noche. ¡Hora de los fantasmas!

La Madre Caridad estalló en una medio reprimida carcajada que sus compañeras imitaron. Después regresaron silenciosamente a sus ruinas, caminando por la orilla del mar para evitar ser conocidas, y que el asunto llegara a la publicidad.

Al día siguiente llegaron algunas locuaces niñas donde las franciscanas que todavía estaban limpiando las ruinas.

- ¿Ustedes han oido lo que sucedió anoche? preguntaron. Toda la ciudad habla de eso.
- ¿Qué? Nosotras no hemos oido nada.
- Que en Panamá hay espíritus.
- ¿Espíritus?
- No, no es posible.
- Sí, sí, replicaron las niñas. Anoche se aparecieron, y varias personas los vieron con sus propios ojos, cerca del palacio de gobierno. También la policía. Era media noche, la hora de los espíritus.

Sin duda ustedes no saben que ese palacio perteneció en tiempos pasados a las clarisas, pero fueron arrojadas de él. La gente dice convencida que los espíritus no han sido otros que las clarisas. Seguramente vienen a exigir del Estado que les devuelva su propiedad. Los espíritus que se aparecieron llevaban vestiduras muy semejantes a las de ustedes, sólo que estaban envueltos en anchos y grandes abrigos.

- ¡Ah sí! dijo la Madre Caridad, que había escuchado atentamente el relato. Eso es muy interesante.
- Sí, es muy interesante, afirmaron las niñas.

Todos los habitantes están muy asustados. Muchos opinan que es muy justo que Dios les haya dado permiso a las clarisas para que vengan de la otra vida a esta tierra, a exigir al gobierno la devolución del convento que les habían quitado. La gente está en expectativa de cómo terminará este asunto. Creen que los espíritus vuelven otra vez a este mundo hasta lograr lo que desean. En todo caso, hoy a media noche irán muchos curiosos a ver también a los espíritus.

- Nosotras evitaremos ir a esos lugares, dice la Madre Caridad en dialecto alemán a las Hermanas, y luego se dirige a las niñas, les agradecemos sus noticias, nos han sorprendido verdaderamente.

Una vez que las locuaces niñas desaparecieron, para ir a llevar la novedad a otras personas, las Hermanas rieron casi sin poder contenerse. Pero pronto se ensombrecieron de nuevo sus rostros por las inquietudes y preocupaciones ante el futuro de la nueva fundación, que pesaba como plomo sobre las mensajeras de la fe que se encuentran sin recursos y sin ayuda en este Puerto, donde la gente solo piensa en placeres y en lo material.

Muy del caso sería poder fundar aquí un convento y una escuela cristiana para la juventud femenina y conquistarla para el cielo. Pero, las perspectivas de éxito eran tan pocas que hasta la Madre Caridad siempre tan confiada, pasó muchas horas desanimada y abatida.

En el barco en que, semanas después, viajaban de Panamá a Tumaco, el dolor de los días anteriores se manifestó en un mar de amargas lágrimas.

Años después, cuando la conversación recaía en esta fundación, exclamaba: no pueden imaginarse cómo fueron los días transcurridos en Panamá, sobre todo cuando llegó el momento de decir adiós a las pobres Hermanas que dejaba en tan triste situación. Sentía como si el corazón se me rompiera por el dolor.

Varias décadas más tarde.

La Madre Caridad, ya anciana, viajó en carro desde el puerto hasta el Instituto. Se detiene ante un bello edificio en cuya fachada se lee: Colegio Internacional de María Inmaculada. Este es el nombre que ella dio al Instituto que había fundado. Casi todas sus fundaciones las colocaba bajo el amparo de la Madre de Dios, en alguna de sus advocaciones.

- Qué construcción tan hermosa, Hermana Theodosia, dice la Madre Caridad a la superiora del plantel. Verdaderamente bonita. Ahora tiene un aspecto muy distinto comparado con las ruinas de Santo Domingo, donde comenzamos en 1920.

Cuando su proyecto fue presentado al Consejo General, no faltaron quienes lo consideraban demasiado lujoso. Como un castillo. Pero usted tenía razón, pués el número de alumnas creció rápidamente y era necesario hacer un nuevo edificio en que la pobreza franciscana se viera sustituída por una sencilla y elegante construcción.

Por más que yo personalmente amo la pobreza y la exijo en todos nuestros conventos, debemos tener presente en nuestra actividad educativa las exigencias modernas. Aquí en esta ciudad internacional, donde sobre todo niñas de familias de la sociedad vienen al colegio, se hacía casi imprescindible.

- Estamos contentas de tener una Superiora General de miras tan amplias que, a pesar de su avanzada edad, tiene comprensión para nuestro tiempo y para las circunstancias del ambiente de Panamá, dijo la Hermana Theodosia, mirándola cariñosamente.

En los patios internos pululaban alegres y bullangueras alumnas. Más de mil vienen al Instituto. Las pequeñas van al jardín infantil; otras a la primaria que comprende seis años; y otras a la secundaria que abarca cinco años. Las alumnas mayores hacen estudios para obtener el diploma, unas en comercio, y otras en bachillerato, reconocido también en Estados Unidos, con lo que adquieren el derecho de matricularse en las universidades de dicho país.

- ¿A dónde se dirigen estas niñas? Preguntó la Madre Caridad, una tarde, al ver que muchas subían al bus.
- Son alumnas que se graduarán este año, explicó la madre Theodosia; van dos veces por semana después de clase a distintos puntos de la ciudad o a los alrededores especialmente a barrios pobres, de acuerdo con los lugares que se designe a cada grupo. Allí réunen a los niños pobres, ignorantes y abandonados y les dan catecismo.

- ¿Y no les disgusta hacer esto, a jóvenes de tan alta sociedad?
- La primera vez que visitaron esos barrios pobres, sintieron repugnancia ante la miseria en que vive la pobre gente. Bien recuerdo lo deprimidas que regresaron. Pero no nos dimos por vencidas. Pusimos ante sus ojos la importancia de esta acción cristiana, tan recomendada por el Santo Padre. Desde entonces, todas las alumnas, también las de las familias de la alta sociedad, se dedican con mucho entusiasmo a esta sublime tarea. Es verdaderamente una obra sacerdotal. Imagíñese Madre Caridad lo hermoso que es tener centenares de niños ignorantes recibiendo instrucción religiosa. Niños que nunca han ido a una escuela y cuyos padres no tienen ningún conocimiento religioso. Qué grande es ver cómo esta juventud abandonada es llevada a Jesús por nuestras alumnas, y ganada para el cielo.
- Sí, aquí han hecho algo grandioso. Esto quiere decir que no solamente se alimenta en las jóvenes el entendimiento sino que se las forma para la vida.

También me gusta mucho que las mismas alumnas superan las dificultades entre las diferentes clases sociales, tendiendo un puente entre ricos y pobres, y que ustedes en la clase alta despiertan amor y comprensión hacia los pobres y abandonados.

- En lo que se refiere a los pobres, Madre Caridad, nuestras alumnas merecen una gran alabanza. Como alumnas de los cursos superiores son las que dan catequesis en los barrios pobres; y las de la primaria

se preocupan con solicitud por los necesitados.

Trabajan durante todo el año en la elaboración de objetos útiles para repartir a los pobres en la navidad. Al llegar el 24 de diciembre, tienen ya una gran cantidad de regalos, que entregan con cariño en las chozas más pobres, y a los enfermos.

- ¡Cuánta alegría llevan por doquier! En pocos meses recogieron dos mil dólares, en término medio casi 10 Francos por niño.
- Esto es admirable, ¡Una verdadera acción social! Exclamó la Madre Caridad muy complacida.

Muchas alegrías nos dan también nuestras alumnas por su respeto a los sacerdotes y su generosidad para ayudarles económicamente. Con frecuencia llega una u otra niña y entrega a la Hermana unas monedas diciendo: Madre, esto es para un seminarista. De esta manera hemos podido año por año ayudar a varios estudiantes, que en distintos países se preparan para el sacerdocio, costeando desde aquí todos sus estudios.

- Esto es para mí motivo de mucho consuelo, querida Hermana Theodosia. También en otros de nuestros colegios se trabaja en el mismo sentido, y ya son unos 20 seminaristas que sostienen nuestras alumnas. En varias partes nuestras Hermanas y alumnas dan catecismo como aquí, pero en este punto Panamá las supera.
- En estas obras religiosas sociales y caritativas es usted Madre Caridad, la que tiene el mérito por haber inculcado a sus hijas espirituales el espíritu apostólico.

- Y ustedes han sido unas discípulas muy aprovechadas.

Días más tarde se celebró la fiesta del Corpus Christi. El colegio de María Inmaculada se presentó en perfecto orden para rendir adoración y homenaje al Santísimo y acompañarlo por las calles de la ciudad. Con respeto y solemnidad avanzaban lentamente las mil alumnas, con sus uniformes blancos, al son de la propia banda de música y contestando reverentes las oraciones y alabanzas al Señor Sacramentado.

Al contemplar este espectáculo los ojos de la Madre Caridad se llenaron de lágrimas de emoción. Pudo palpar cómo la pequeña semilla que ella había plantado con tantos sufrimientos y lágrimas había crecido y se había convertido en un frondoso árbol. Ciertamente el Señor Obispo Rojas tenía razón al decir: "Cuánto más sencillo y pobre es el comienzo, tanto más fuerte y grande será la obra". En ninguna fundación había experimentado la Madre Caridad, los trabajos y sufrimientos como en ésta. Pero tampoco en ninguna había obtenido un éxito tan maravilloso.

Al reunirse para el almuerzo felicitó con efusión a las Hermanas por los éxitos alcanzados y les agradeció por su trabajo. Entre el pasado y el presente dijo, se encierra un cúmulo de trabajo y sacrificios que sólo Dios conoce. Se ve que todo el año se esfuerzan a pesar del clima tan ardiente. Se necesita mucho para guiar a esta vivaracha juventud por el buen camino. Separarlas de los incentivos de esta ciudad internacional, inculcarles el hábito del estudio y educarlas en los principios religiosos no es tarea fácil. Pero ningún esfuerzo ha sido demasiado para lograrlo.

Si el aspecto exterior del colegio es hermoso, si ha tenido un desarrollo satisfactorio por la calidad de los estudios, si goza de buena fama y atrae a sus aulas numerosas alumnas, después de Dios todo el mérito es de ustedes.

Al día siguiente les habló la anciana Madre a las alumnas reunidas en el aula del Instituto. Se sentía feliz, al poder elogiarlas, y aprovechó la ocasión para estimularlas a la práctica de la virtud y del saber. Entre otras cosas les dijo:

- Las alumnas del último año, que se preparan para obtener su diploma, acostumbran publicar el "Anuario" titulado: "Anfora". Un entendido en esto dijo que era uno de los más hermosos libros del "Año", que se redactaba en centros de estudio. Cuando leí el último me informé sobre las actividades realizadas en favor de la catequesis, y, con gran entusiasmo, exclamé admirada: Esta es la mejor página del libro. Este es mi mayor consuelo! Ustedes verdaderamente han trabajado sacerdotalmente con estos niños ignorantes y abandonados. Que la buena semilla esparcida, sobre todo en sus propios corazones, con la ayuda de Dios y la Reino del cielo, produzca cosecha abundante. Que la patria, la sociedad y las familias puedan recoger sus frutos. Hay que olvidarse de las propias necesidades e inclinarnos para ayudar a otros lo cual es una noble labor, indispensable para una joven que debe ser el consuelo, la felicidad y el ángel de todos cuantos la rodean. Sean ángeles que saben como aliviar los dolores, las miserias y hacer soportable las adversidades de la vida.

Unos años después, el 13 de noviembre de 1948, el aula máxima del colegio se honraba con la visita del Ministro de Justicia, el Rector de la Universidad y el Cónsul de Suiza, señor Blau y otros altos funcionarios del gobierno.

El gobierno de Panamá, reconociendo la admirable labor realizada durante 25 años consecutivos, por la superiora del colegio, Sor Theodosia Schilling, le otorgaba la más alta condecoración que da el país, y que sólo se concede a distinguidas personalidades. El representante del gobierno, tributó al plantel, las más elogiosas frases de reconocimiento por su labor educativa, considerándolo como orgullo de la ciudad, y motivo de complacencia para la nación. Felicitó efusivamente a las religiosas por la labor realizada, y agradeció sus esfuerzos y trabajos.

Al año siguiente, tuvo el colegio un nuevo honor al recibir la visita del cardenal Clemente Micara, con toda su comitiva, que se hallaba de paso para Colombia con el objeto de asistir al Congreso Eucarístico. Prodigó cordiales felicitaciones al personal del plantel y estimuló a las religiosas a continuar su noble y delicada misión.

DESTERRADAS EN UNA ISLA DEL OCEANO

El barco, llegado de Colón, gran puerto del canal de Panamá, emprendió la marcha hacia el oriente en dirección al Archipiélago de San Blas, surcando airosamente las olas del océano Atlántico, y dejando una espumosa huella en las aguas, bajo un hermoso y despejado cielo azul.

- Hermoso viaje, dijo a la Madre Caridad su compañera, Sor Catalina Zahner, que como secretaria general la acompañaba en sus viajes. Parece un paseo de vacaciones.
- Con el tiempo será incómodo, contestó la aludida. Debemos viajar 24 horas en esta embarcación, que ni siquiera tiene camarotes. Toda la noche estaremos al aire libre y no hay ni un banco para sentarse, porque la cubierta está repleta de gente.
- Esto no me afecta en lo más mínimo, porque todavía soy joven y fuerte, lo siento por usted querida Madre Caridad, que a sus 72 años tenga que soportar estas incomodidades.
- No es tan terrible, he tenido que afrontar peligros mayores en mis viajes.

En el océano Pacífico he experimentado feroces tempestades que azotaban el mar. Las idómitas olas penetraban sobre la cubierta, y el pequeño barco se levantaba sobre la cresta de las olas como si fuera una débil cáscara de nuez, para descender luego en medio de un ruido ensordecedor. Ahora podemos alegrarnos con las buenas condiciones de que gozamos hoy, y mañana estaremos reunidas con nuestras Hermanas de San Blas. Qué alegría tendrán ellas! Me siento feliz de sólo pensar lo.

Es casi increíble que este archipiélago, tan cerca al mundo civilizado, se haya podido conquistar para las misiones hace apenas unos pocos años. Es algo extraño que, de las cuatrocientas pequeñas islas que lo forman, son pocas las que están habitadas. Se sabe que en el siglo XV llegaron misioneros a San Blas, pero fueron arrojados por los indígenas. En 1740, vinieron los jesuítas, quienes también fueron objeto de persecución de parte de los indios. En 1907, intentó nuevamente un jesuíta evangelizar a estos salvajes, pero a pesar de sus grandes sacrificios, tampoco lo logró. Los indios quisieron asesinarlo, destruyeron la pequeña iglesia, robaron los objetos que había en ella, y arrojaron al mar las imágenes de los santos.

Únicamente los padres claretianos, enviados por el Señor Obispo, Monseñor Maíztegui, de Colón a Narganá, punto central del archipiélago, tuvieron mejor éxito.

Poco después el Obispo se dirigió a nosotras pidiendo algunas hermanas para trabajar en esta misión, entre paganos. Durante mucho tiempo no pude decidirme a aceptar su petición porque me parecía demasiado

peligroso, ya que hasta hoy, solo es posible ir a dos islas, porque llegar a las otras es arriesgar la vida. Pero no pudimos resistir a las repetidas instancias del Obispo.

El 18 de septiembre de 1928, se embarcó la Hermana Gertrudis Hager de Jonschwil, con cuatro hermanas más. Partieron de Colón hacia la lejana isla de Narganá, distante 88 millas.

- Pero hasta ahora todo ha marchado bien, agregó la secretaria. Solamente tenemos dificultades por las enfermedades que atacan a las valientes mensajeras de la fe, por lo cual es necesario reemplazarlas frecuentemente con otras hermanas.

El clima húmedo y ardiente refrescado por la brisa del mar, de manera repentina, es malsano, la alimentación es escasa y el trabajo fatigoso. Como los moradores de las islas no entienden castellano ni inglés, sino solamente su propia lengua, debían nuestras Hermanas aprender con mucho esfuerzo el Kuna.

Las misioneras están como desterradas en la soledad de estas islas perdidas en el océano. Una vez al mes, llega un pequeño barco trayendo el correo, víveres y otros objetos necesarios, y regresa después con un cargamento de cocos. Los únicos productos de la isla son cocos y plátanos. Si alguna vez el barco llega más tarde, se quedan las misioneras semanas enteras sin los alimentos deseados, porque allá no reciben más que lo que ya se ha dicho: plátanos y cocos. Al principio de la fundación hasta el pan se llevaba de Colón. Cuando hay tempestades en el mar, los víveres llegan en pésimas condiciones.

- Y las Hermanas no tienen posibilidades para salir de la solitaria isla, agregó la secretaria.
- También en enfermedades graves, se está totalmente desamparado, sencillamente hay que esperar hasta que llega un barco. Por esta causa, la buena Hermana Crescencia Beck, de Baviera, tuvo que sacrificar su joven vida.
- Los sacrificios hechos por Dios y por el prójimo, jamás se pierden. Según los informes recibidos en la casa Madre, se ve que la misión de San Blas ha tenido mucho éxito. Me alegro de poder comprobarlo con mis propios ojos.

Llega la noche y la barca irrumpé velozmente por las aguas. Hermosamente brillan las estrellas en el firmamento. Con alegría buscan las dos Hermanas la famosa cruz del sur, la osa mayor y otras constelaciones conocidas. Tan solas en el inmenso mar se sentían más cerca del Creador. Sentadas sobre un cajón, envueltas en sus mantos, pasaron en vela hora tras hora en la cálida noche hasta que, agobiadas por el cansancio, fueron cayendo en un letargo: sus ojos se cerraron y sus cabezas se inclinaron sobre el pecho.

Hermosísimo brilla el horizonte en las primeras horas de la mañana, por lo que al despertar, sus miradas pueden recrearse ante la grandiosidad de la aurora. Majestuoso se levanta en todo su esplendor el rey sol, emergiendo de las aguas cristalinas y dejando ver la superficie marina como una grande y nacarada concha despidiendo aureos resplandores.

Esbeltas palmeras se divisan en la lejanía, y poco a poco se las ve acercarse. Pronto se divisan claramente unas islas. En una de ellas se ve una iglesia, y detrás unas chozas. Esta debe ser la isla "Sagrado Corazón" y aquella, no muy distante de la anterior, con un pequeño convento de muros blancos: Narganá.

La Madre Caridad se apoya en el pasamano de la embarcación y atentamente contempla el majestuoso paisaje.

- Como perdidas en el océano. Como desterradas en el inmenso mar murmura con apagada voz. ¡Pobres hermanas! ¡Cuántos sacrificios deben ofrecer!

El barco llega a la isla "Sagrado Corazón". Todo el pueblo, con gritos de júbilo saluda a las recién llegadas. Ahí están los Misioneros y las Hermanas; y para darles la bienvenida se apiñan hombres, mujeres, niños y ancianos.

La mujeres visten una especie de blusa y una falda con muchos pliegues y repliegues que elaboran ellas mismas con artística habilidad. Tienen grandes aretes de oro que cuelgan de las orejas y de la nariz, y de cuatro a cinco anillos en los dedos. En el cuello abundantes collares de perlas, conchas, monedas y dientes de animales salvajes. Los muchachos y los hombres también llevan collares y pendientes.

Después de los saludos visitan las Hermanas la iglesia al lado de la cual está la escuela. Luego van a Narganá, donde viven las misioneras. Un puente de doscientos metros de largo y dos de ancho une las dos islas. Al

atravesarlo se bambolea tremadamente. Algunos indios desatan una canoa para llevar a la Madre Caridad a la otra isla; pero la anciana Madre, con paso firme y resueltamente camina por el balanceante puente.

- No quiero que esta buena gente tenga que molestarse llevándome en canoa, nuestras Hermanas lo atraviesan diariamente para ir a la iglesia y a la escuela, dice a su acompañante, quien al ver el peligro, tenía miedo y vacilaba al pasar.
- ¡Qué Hermana tan valiente! exclamaban los indios admirados. En los días sucesivos pudo la Superiora General comprobar que los indios, muchachos y niñas, apreciaban mucho a las Hermanas.

Ellos por naturaleza son inteligentes, y tienen gusto para aprender y para trabajar. Conocen admirablemente las verdades fundamentales de la fe, y asisten alegres a la Santa Misa. Cantan con entusiasmo hermosos cantos al Santísimo y a la Virgen María, Madre de Dios.

- ¡Qué feliz me siento aquí! decía frecuentemente la Madre Caridad. Me parece que el buen Dios está más cerca que en otras partes.

Durante el día miraba el incesante ir y venir de los pobres y enfermos, que llegaban para que se les hiciera curaciones, para pedir medicinas o para recibir algún favor de parte de las Hermanas. A nadie se despedía sin ayuda, y se procuraba dar además a cada uno, una buena palabra en lengua Kuna.

Fuera de las horas de clase, las Hermanas reunían a la

juventud indígena para enseñarles obras manuales y también dibujo y pintura, para lo cual demostraban mucha habilidad.

Cuando ya habían pintado muchos cuadros, hecho muchas obras manuales y confeccionado vestidos, viajaban los misioneros y las hermanas con sus alumnos a Panamá. Allí los mismos indígenas presentaban conciertos y vendían su mercancía, regresando con buena cantidad de dinero.

¡Buen trabajo social!

En Panamá se asombraban al ver sus presentaciones musicales y sus hermosos trabajos. En la ciudad internacional casi no podían creer que las Franciscanas, hubieran logrado transformar a estos indígenas, en personas cultas y de buenas costumbres, porque siempre habían estado en contra de toda civilización. Hasta el mismo gobierno expresó su cálido reconocimiento a quienes habían dado a los indios tan buena educación.

Hoy día, muchos de los antiguos alumnos de la escuela de las Hermanas en Narganá, son maestros en las distintas islas del archipiélago. Muchos continuaron estudios superiores en Panamá y hasta ha surgido una que otra vocación a la vida religiosa.

Gustosamente acompañaba la Madre Caridad a sus hijas en las visitas a las chozas de los indígenas enfermos, y comprobaba cómo las religiosas les prodigaban sus cuidados, cómo los consolaban y preparaban para el paso a la eternidad, ayudadas por los misioneros quienes alababan mucho el trabajo de sus colaboradoras.

En las visitas a los enfermos, dijo la Hermana Gertrudis, tenemos que luchar contra las antiguas costumbres paganas de los indios. Tienen algunas con las cuales pueden acabar con la vida de un enfermo. Mientras éste lucha con la muerte, queman debajo de su hamaca una cantidad de hierbas aromáticas. El cuarto se llena de humo, y el paciente sufre asfixia; mientras tanto, el hechicero canta con un monótono ritmo canciones rituales, hasta que el moribundo expira. Estas costumbres, tan profundamente arraigadas, no se pueden quitar sino después de varias generaciones.

- ¿Usted ha visitado islas en las cuales viven sólo indios paganos? preguntó la Madre Caridad.
- Sí Madre, ahora puede hacerse sin correr ningún riesgo.

La primera vez que fuimos sufrimos angustias mortales. Visitamos una pequeña aldea formada por una sola calle. Las chozas están alineadas a ambos lados, muy juntas la una de la otra. Todos los habitantes salieron para mirarnos. Sentimos miedo ante estos salvajes, no veíamos una sola cara que demostrara simpatía. Teníamos que caminar en medio de ellos para llegar a lo que llamaban el palacio del cacique. Por sus conversaciones nos dimos cuenta que no éramos de su agrado.

- ¿Y no podían regresarse?
- Ya era tarde, no había más remedio que avanzar hasta donde el cacique.

Antes de entrar a su palacio, debíamos atravesar un

templo pagano, muy oscuro, sin ventanas, con una sola puerta a la entrada y otra en la parte posterior. Un ídolo, del tamaño de un hombre, se encontraba allí.

- Se comprende la angustia que habrán sentido.

Cuando llegamos al palacio del cacique, saludamos a toda la familia con la cortesía que nos fue posible. Ellos nos miraban disgustados. Disimulamos nuestro temor y expresamos admiración por todo lo que veíamos.

- Obraron con prudencia.

La admiración que demostramos, agradó al cacique, el cual enseguida adoptó una actitud muy diferente y nos acompañó a conocer la isla. Al despedimos nos obsequió naranjas; estimamos esto como algo muy valioso porque ningún indio pagano regala nada a las Hermanas y mucho menos un cacique.

- Podían dar gracias a Dios de que todo salió bien.
- Lo hicimos, porque nuestra salida hubiera podido ser diferente.

A la Madre Caridad le agradó que las Hermanas la hubieran llevado a algunas islas. Las chocitas para una sola familia, con dos o tres piezas, eran sumamente sencillas, construidas de guadua con techo de paja y como piso servía la misma tierra. Pocas veces una palma o arbusto podía dar sombra a las muchas y pequeñas chozas. La cocina está detrás de la casa, de tal manera que a lo largo se ve una fila de chozas y detrás otra de cocinas.

En las islas no habitadas se ven arbustos románticos, hermosas plantas de cactus y palmeras de coco; en medio de las islas, extensas playas de arena y, semi caídas, torcidas palmas. Hace pocos años se encontraron también pequeñas islas, pero poco a poco desaparecieron desgastadas por las olas del mar.

Cierta tarde quiso la Madre Caridad visitar el lugar en donde los habitantes de Narganá se proveen de agua potable, pues a pesar de estar rodeados de agua por todas partes, carecen de la necesaria para tomar, cocinar y lavar la ropa. Se tenía que navegar durante hora y media en canoa, para llegar al sitio donde se encuentra agua dulce. Diariamente debe la gente ir por agua utilizando para transportarla un barril que llevan en el cayuco.

Las Hermanas visitaron también el cementerio: encima de las tumbas de los paganos se veían comestibles, aquellos que a los difuntos les habían gustado durante su vida, sobre todo cocos y plátanos. En medio de las tumbas de los paganos había una cruz, la única en aquel entonces.

- Esta es la sepultura de nuestra querida Hermana Crescencia, dijo en voz baja la Hermana Gertrudis.

Al mirarla la Madre Caridad prorrumpió en llanto, pero pronto recobró la serenidad y dijo:

- Los grandes sacrificios que tanto ella como ustedes han realizado, para mantenerse firmes y perseverar en la misión, no han sido infructuosos. Me he dado cuenta que han ganado la confianza de los habitantes

de la isla; los indígenas las veneran como madres, y con buena voluntad se dejan guiar y educar.

- Ahora todo es muy distinto de lo que era cuando nos hicimos cargo de la misión.
 - Ustedes han contribuido en gran manera a la cristianización del pagano mundo isleño.

Dos días después la anciana Madre se despedía de San Blas. Su corazón se había llenado de alegría espiritual. Con lágrimas en los ojos bendijo a las Hermanas y a los indios, y les aseguró que es la que más le gusta entre las treinta fundaciones.

EL SAMARITANO MISERICORDIOSO

Si Madre, por favor, no me castigues. Yo solo quería que mi mamá se enterara de que yo no quería ir a la escuela. Deseo que mi mamá no me castigue.

En Túquerres, una maestra dijo a una de sus alumnas:

- Tu eres demasiado perezosa Olguita, pudieras escribir mucho mejor si te propusieras. Ve enseguida donde la Madre Caridad y muéstrale tu letra. Ella no estará contenta cuando vea lo feo que escribes.

Derramando lágrimas tomó la niña su pizarrita y salió del salón. Lentamente se acercó al corredor del convento en el cual se paseaba la Reverenda Madre, rezando el rosario. La niña acechaba detrás de la puerta, y cuando la hermana daba la espalda se escurría hacia afuera y daba unos pasitos; al venir, la niña se escondía nuevamente.

Así pasó largo rato, pues no se decidía a presentarse ante la superiora. De repente apareció la maestra. Al verla, Olguita corrió apresuradamente y temblando le tendió la pizarrita a la Madre diciendo:

- Tenga la bondad de mirar mi letra, la Hermana me manda donde usted.

A la Madre no se le escapó la angustia de la chica. Pensó

que ya había tenido suficiente castigo y quiso animarla. Tomó la pizarra, la miró con atención y bondadosamente dijo:

- ¿Con qué ya sabes escribir? No está ni tan mal. Bien, bien, ahora ven conmigo.

La llevó a la cocina y le dio un pedazo de torta que la niña comió con mucho apetito. Después se fue Olguita muy gozosa nuevamente a su clase.

Otra maestra se presenta con una alumna con quien no sabía ya que hacer a causa de su mala conducta, para que la superiora pusiera remedio.

Como una pobre pecadora, ante la Madre y al lado de la irritada acusadora, estaba la chica con la cabeza baja, esperando una fuerte corrección. Aquella la observa un rato en silencio y luego se dirige a la Hermana y en alemán, para que la niña no entienda, le dice:

- La pobre niña tiene hambre, mire cuán transparentes están sus orejas. Llévela a la cocina, sírvale una buena comida y verá como mejora.

La Madre Caridad sentada en el jardincito del convento, remendaba una prenda de vestir, cuando llega, después de muchos rodeos, María, una alumna interna con su hermanita que sólo cuenta cinco años y graciosamente balbucea. Tenía que presentarle el certificado, pero como no tenía buena conciencia temía la severidad de la Reverenda Madre. Al alzar la vista vió a las dos niñas:

- Michi, dijo dirigiéndose a la pequeña: ¿qué es lo que

oigo de tí? Me dicen que tu conducta no es buena. Eso no me gusta.

Con vivacidad increíble y arrugando graciosamente su naricita, respondió la chiquitina:

- Sí Madre, perdóneme, a mí tampoco me gusta la conducta.

Ante esta graciosa respuesta, completamente desarmada, la Superiora no supo que contestar. Conteniendo la risa acarició cariñosamente a la chica y despidió a las dos traviesas hermanitas. Con mirada maternal vió como corrían dichosas al verse libres del susto que experimentaban.

Años atrás, ella había recibido bajo su tutela a estas dos niñas con una hermanita mayor que ellas. Recordaba perfectamente aquel frío día de octubre en que la familia Pereira había llegado a Túquerres procedente de Bogotá. Allí, la muerte se había llevado a la joven madre, y el padre desolado, con sus tres hijitas había quedado sumido en tristeza y necesidad.

Pero la Divina Providencia les dio otra madre. Donde las franciscanas encontraron las niñas cariñosa acogida, socorro a sus necesidades materiales, educación y formación del espíritu. Gratuitamente pudieron estar allí en un ambiente favorable hasta que con sus propios talentos pudieron ganar su pan, trabajando como maestras. Por todo ello las niñas amaban intensamente a la Madre Caridad, con amor de verdaderas hijas.

Si la Madre Caridad hubiera tenido mirada profética,

hubiera podido ver que, con el correr de los años, dos de ellas ingresarían a su congregación, y como muy capacitadas profesoras entregarían a la juventud el amor que habían recibido allí. Ella no lo sabía todavía, pero al ver a las dos niñas que se alejaban tenía la esperanza de que de ellas resultaría algo bueno.

Se dirigió luego a la cocina.

- Por favor, prepare comida para siete personas, dijo a la Hermana encargada de la cocina; pronto vendrá un mensajero para llevarla. Déles lo mejor que tenga porque se trata de una familia distinguida que ahora se encuentra en gran necesidad. Como ha sido una familia pudiente se siente doblemente la pobreza.
- Muchos pobres vienen al portón del convento, advirtió la Hermana. Cada mañana preparo café y pan; al medio día está lista la sopa para decenas de gente, y en ocasiones no sé de donde sacar las cosas porque tengo que atender en primer lugar a las Hermanas y a las internas.
- A Dios gracias que vienen tantos, me alegro de todo corazón. Cuando pocos pobres golpean a la puerta me siento triste, porque en los necesitados alimentamos al mismo Cristo. El dijo: "Lo que hiciéreis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis". Por consiguiente, querida Hermana, ¡alégrese usted! Prepara la comida para Jesús, y tiene la oportunidad de darle café, pan y sopa. ¿No es esto maravilloso? Piense que si el Salvador viniera en figura humana a la cocina: hambriento, sediento y cansado, y la mirara suplicante, usted no le negaría nada, sino que le daría lo mejor.

- Ciertamente que sí Madre, lo haría alegremente. Y si El viniera a la cocina y quisiera llevarse todo yo se lo daría. Este sería el día más feliz de mi vida.
- Pues bien, obremos así con los pobres, veamos a Jesús en cada uno de ellos. Por lo tanto, querida Hermana, dé siempre, y dé abundantemente. Prepare un café bien sabroso y una sustanciosa sopa.
- Ahora comprendo por qué dio la orden a la Hermana portera de probar el café y la sopa de los pobres, y por qué usted misma con frecuencia viene a probarla.
- Sé que algunas dicen que soy demasiado buena, demasiado generosa. Si tenemos en cuenta lo que Jesús decía en las obras de misericordia, y cómo de acuerdo con su práctica nos deja entrar al cielo o nos arroja al infierno, debemos ser generosas. Por consiguiente dé usted Hermana; dé con buena voluntad, dé siempre. Dar limosna por amor a Dios siempre es una buena obra, aunque a veces no parezca que fuera tan necesario. Si Dios nos da bienes materiales, no es para que amontonemos riquezas sino para socorrer al que lo necesita.
- Pero si nosotras mismas no tenemos ni lo necesario.
- ¡Oh querida Hermana! Nadie ha muerto de hambre por dar limosna. Dios no se deja vencer en generosidad. Si ayudamos a los pobres, El nos ayudará en nuestras necesidades, ya que El ha prometido: "Dad y recibiréis".

En la pequeña torrecita del convento suena la campana.
En el patio de la escuela, las niñas rezan el Angelus, lo

mismo hacen la Hermanas en la cocina. Luego dos empleadas llevan unas ollas llenas de apetitosa sopa hacia el portón. Delante de él se encuentran apiñados numerosos pobres: hombrecitos, mujercitas y niños cubiertos de harapos, desordenados y sucios. Cada uno recibe un plato de sopa y el que quiere puede tener dos o tres, hasta quedar satisfechos. Algunos la reciben en una taza grande para llevar a su casa.

¡Dios le pague! ¡Dios le pague! decían repetidas veces a la Madre Caridad, que aparecía entre ellos para darse cuenta si todos habían recibido suficiente.

A una pobre mujer que no terminaba sus manifestaciones de gratitud, le dijo con cariño golpeando suavemente su espalda: No me tiene que agradecer porque nosotros damos todo a Jesús, que viene a nosotros en los pobres. Y al ver que la pobre mujer estaba vestida de harapos, la retiene diciendo: espere, tengo algo para usted. Se dirige apresuradamente a su cuarto, toma algo de su propia ropa, hace un paquetico y se lo da a la pobre agregando: Ahora váyase, pero no deje ver esto de nadie.

Una vez que los pobres se han marchado, se dirige a la portera y le dice:

- Me siento feliz de ayudar a los pobres, cuando alguna vez no puedo ayudar a alguno me siento deprimida. Sea usted también siempre buena con ellos. Estos tienen que soportar tantas privaciones, tantos desprecios y sufrimientos.

Hermana, nosotras debemos ver los sufrimientos de

Jesús en ellos. Una buena palabra y comprensión les hace bien; no podemos hacer como aquel sacerdote y levita del evangelio que pasaron a lo largo sin ayudar al que había caído en manos de los ladrones. Nuestro modelo sea el misericordioso samaritano.

- Pero Madre Caridad, a veces no es fácil reconocer a Jesús en los pobres. Precisamente hoy había un hombre entre los que vinieron por la sopa que no se ha confesado desde la juventud y en todo el año no pisa una iglesia. El mismo lo contó, y también entre ellos una joven de unos veinte años que lleva una mala vida.

- Precisamente a esas personas no se las puede rechazar. Si no les damos nada se vuelven amargadas y no querrán saber nada de la religión. Si somos buenas con ellas, a lo menos tendrán buena voluntad a los religiosos. Muchas veces tales personas cambian su manera de vivir y con el tiempo vuelven a Dios. ¡Y qué grande es ganar su alma para el cielo! A veces viven mal porque son pobres o no han recibido una buena instrucción religiosa. Precisamente, los religiosos debemos ganarlos por la bondad. ¿No era Nuestro Señor bueno con los pecadores? ¿No les hizo el bien?

- Sí, así es, contestó la portera.

Tan pronto como se había alejado oyó la Madre Caridad la campanilla del portón. Minutos más tarde corre la Hermana tras ella diciendo: afuera hay una pobre señora, dice que está muy enferma. Según su semblante parece que es cierto, pero no tiene a nadie que se preocupe por ella, y naturalmente, no tiene dinero.

En el convento no la podemos recibir, responde la Superiora, pero no podemos dejarla en la calle. Por lo pronto, déle comida, mientras tanto envío a Cristina a buscar una familia que pueda recibirla y cuidarla. Dígale que espere y que no se preocupe, nosotras pagaremos todo. Adviértale que no puede decirlo a nadie. Y si otra vez alguien tiene una petición especial, venga enseguida a decírmelo.

- Habrá ocasión para esto, contestó la Hermana portera.

Por la tarde tocó a la puerta otra pobre mujer acompañada de su hijita. Triste y con lágrimas en los ojos pidió un remedio para su esposo, quien en una riña, quedó gravemente herido.

La Hermana enfermera le trajo lo que deseaba y al entregárselo le dijo:

- El herido tiene la culpa, uno no debe meterse en peleas.

Cuando la Madre Caridad oyó esto, llamó a la Hermana enfermera.

- ¿Por qué le hace usted reproches a esa pobre mujer? ¿No le parece que tiene suficiente sufrimiento soportando esa cruz? Mejor le hubiera dado algo a su hijita. Vaya enseguida a la cocina y dígale a Sor María que procure saciar el hambre de esta pobre gente y que calme lo mejor posible su pesar.

Un poco más tarde golpearon en su cuarto.

- Madre Caridad, Don Ramón, nuestro vecino ha muerto. La hija mayor está en el locutorio y dice que ellos están en gran necesidad, ni siquiera tienen dinero para el ataúd, y no han podido pagar las medicinas.
- Esta gente es verdaderamente digna de lástima, dice compasivamente la Madre Caridad. La madre murió el año pasado y ahora el padre. Sólo uno de los hijos trabaja y gana algo. Es necesario ayudarles. Al decirlo, sacó de la gaveta de su mesita los pocos billetes que tenía, y salió para entregarlos personalmente a la niña y consolarla en su pena.

Ahora no poseemos nada más, dijo a la portera. Estos eran los últimos billetes, ahora somos pobres como ratones de iglesia, pero créalo, a mí no me importa si tuviéramos que ir a mendigar porque hemos dado demasiada limosna. Esta sería mi verdadera felicidad.

Ahora se me ocurre que seguramente nadie hará celebrar santas misas por el alma del difunto, por lo tanto, lo vamos a hacer nosotras tan pronto como tengamos dinero. Por hoy no podemos sino pagar las medicinas y el ataúd para dar un entierro cristiano al difunto.

Al anochecer una empleada tocó a la puerta del cuarto de la Madre Fundadora y contrariada dijo a la Madre:

- Imagínese que está aquí Isabel, la que estuvo de novicia, y después se retiró porque nada le parecía bueno.
- ¿Y qué desea?

- Quisiera volver, pues le ha ido muy mal afuera. Y está en gran necesidad.
- Bueno, que vuelva.
- ¡Cómo! ¿Qué Isabel vuelva? Usted no lo dirá en serio.
- ¿Por qué no?
- Porque desde que salió nos ha desprestigiado en toda la ciudad, calumniandonos y hablando mal de nosotras, especialmente de usted.
- ¿Y qué dijo Nuestro Señor sobre el perdón? ¿No dijo que es necesario perdonar hasta setenta veces siete?

La empleada inclinó la cabeza. Pérdoneme a mí también, por favor.

La Madre Caridad fue al locutorio, abrazó a la que la había calumniado a ella y a su comunidad, la recibió en el convento como ayudante seglar, y cuidó de ella durante toda su vida, como si fuera su propia hija.

La Hermana portera, observaba sorprendida la extraña escena. Realmente, La caridad de nuestra Fundadora no tiene límites, comentaba al día siguiente con las demás religiosas. Es imposible enumerar las obras de misericordia que hace la Madre, y de las que yo personalmente me he dado cuenta.

También manda que en todas las casas se haga mucho bien, añadió la Hermana Leonarda. En todos nuestros Institutos, por mandato suyo se reciben niñas

gratuitamente, se las educa y se las forma. En todas partes ordena que las Hermanas se preocupen sobre todo por la juventud pobre y abandonada. En cada Institución, desea ella hasta donde sea posible, que se funde una escuela gratuita para los pobres.

- ¿Y saben ustedes lo que ha hecho últimamente en favor de Don Juan? preguntó la Hermana Agueda.
- Don Juan, ¿el que causó tanto mal a nuestro convento?
- Sí, el mismo.
- El perdió su empleo y cayó en pobreza y miseria siéndole imposible alimentar y sostener a la familia.
- Así es.
- Ahora la Madre Caridad ha recibido gratuitamente en el colegio a sus dos hijas, para educarlas y para que puedan más tarde sostener a su padre.
- ¡Esto es heróico!

¿Qué ruido se escucha en el patio del convento? Se oye el repiquetejar de los cascos del caballo contra las piedras, el alegre ladrido del perro y alborotadas voces.

- El Padre Carlos está de nuevo aquí, avisa la portera.

El joven sacerdote de nacionalidad suiza, baja del fatigado caballo. Está más delgado y pálido que antes. En un abrir y cerrar de ojos lo rodean las Hermanas y las alumnas. Todas quieren saber cómo le fue en las calurosas selvas de la costa del Pacífico. Hace cuatro semanas que partió de Túquerres para penetrar en las selvas y buscar a los indios Guayquerres que están totalmente abandonados.

Hoy puede contar sólo brevemente acerca de su expedición. Se fue a caballo por Piedrancha hacia Altaquer, luego a pie ayudado por un buen guía cruzó espesos bosques y riachuelos, pasó sobre troncos caídos, y después durante días enteros en canoa por los ríos que se encuentran en medio de la selva. Negros e indígenas vivían allí escondidos en selvas vírgenes y nunca habían sido visitados por ningún sacerdote. A cuántas almas pudo el misionero en compañía de un sacerdote colombiano llevar la buena nueva. Cuántos bautismos y primeras comuniones! Muchos matrimonios recibieron la bendición sacramental. La misión realizada en esos recónditos parajes fue como si hubiera penetrado la luz en las tinieblas.

Con santa alegría escuchaba también la Madre Caridad, el relato de la bendecida y fructífera expedición, aunque peligrosa y de muchos sacrificios.

El misionero se dirigió de improviso a la Madre Caridad y le dijo:

- Toda la bendición de este viaje a las misiones, se lo debo a usted, por haberlo hecho posible, suministrándome caballo, provisiones y dinero. ¡Dios la recompense!

- Lo que hemos podido contribuir no es nada. Si en otra ocasión quiere llevar a cabo un plan semejante, nuevamente le ayudaremos con mucho gusto.
- Un plan nuevo sí tengo.
- ¿Cuál?
- Quisiera ir el mes entrante a Concordia, la mina de oro, situada en las selvas de Samaniego, y celebrar una misión a todo el pueblo. La gente de allá está muy abandonada.
- Con mucho gusto pondremos a su disposición lo necesario.
- ¡Dios le pague! Entonces se hará la misión. Su convento es verdaderamente un misericordioso samaritano.

SACUDIDAS POR EL TERREMOTO

15 de diciembre de 1923.

Ya la noche extiende su manto sobre Túquerres. Se han apagado las luces, todo está en silencio. De improviso se experimenta algo desusado, se oyen golpes como si dieran fuertes puñetazos en las puertas. El suelo tiembla; los muros se agrietan; los cielos rasos gimen y crujen; aullan los perros y los habitantes gritan. Aparecen luces y las personas se lanzan fuera de la casa corriendo y gritando: ¡Terremoto! ¡Terremoto!

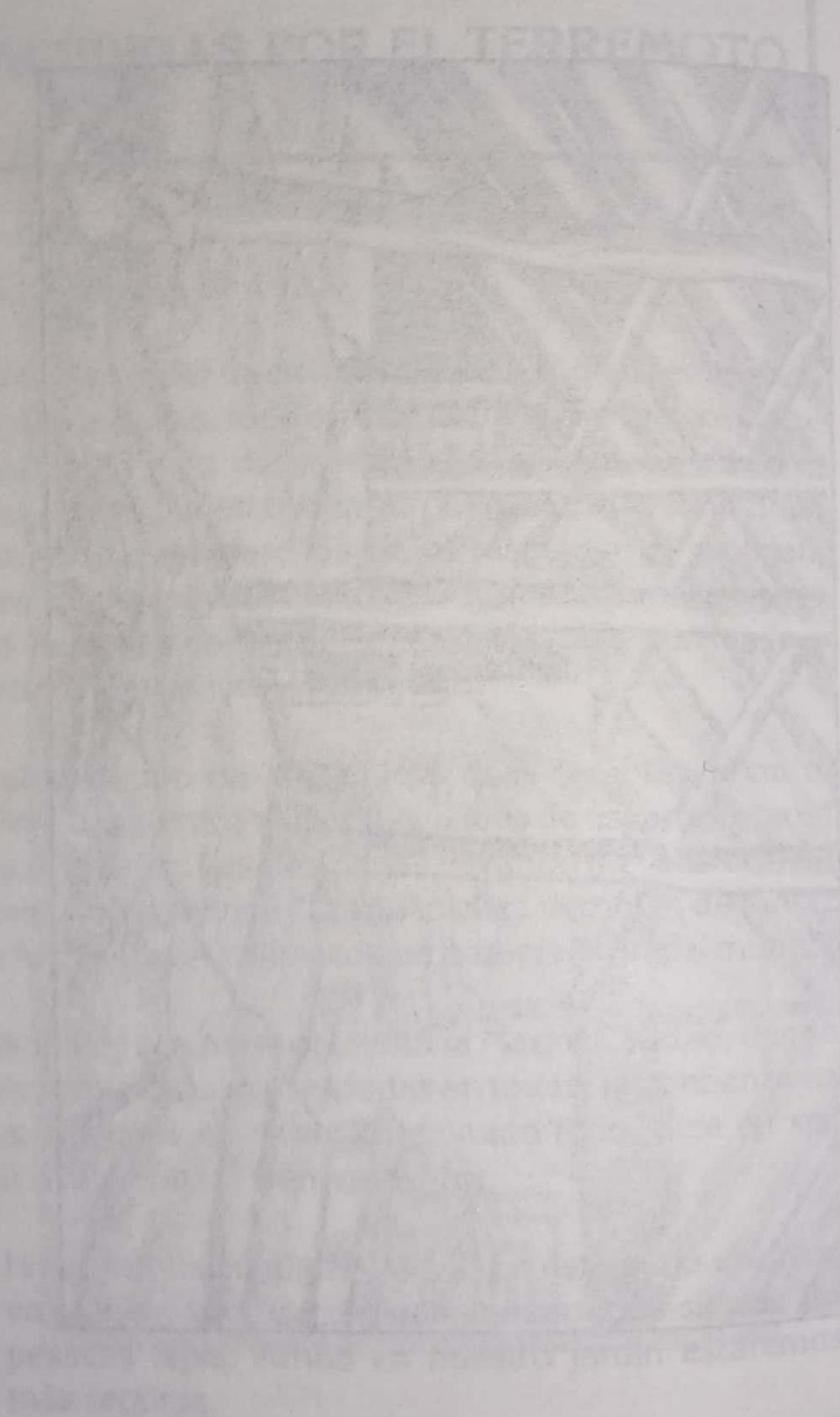
En el convento de las franciscanas también reina el pánico. Las alumnas internas pálidas de espanto, corren al patio interior. Las Hermanas llevando un cabo de vela encendido las reúnen. También ellas tiemblan de terror. Tan fuerte era el terremoto que parecía el fin del mundo.

Tranquila y serena se presenta la Madre Caridad, dando ánimo y procurando despertar en todas, la confianza en Dios. Después de haber examinado todo, dice en voz baja a la prefecta, Hermana Afra:

- No podemos quedarnos aquí. En este patio estamos en gran peligro, quedaremos encerradas si caen las pesadas tejas. Arriba en nuestro jardín estaremos más seguras.



Dormitorio a la intemperie - Terremoto 1923. Túquerres - Colombia



Al poco tiempo se encuentran reunidas allá arriba, además de las alumnas, casi cincuenta Hermanas en su mayoría suizas, y algunas de Alemania y de Colombia. Entre las de velo negro aparece también en la semioscuridad un grupo de velo blanco que son las novicias. Hace poco tiempo llegaron de Suiza, de la casa de San José en Tübach, y ahora se encuentran en peligro de muerte, porque seguramente hay que esperar otros fuertes temblores. En cualquier momento el temblor puede repetirse, y quién asegura que los muros y el convento no van a caer estruendosamente. Es posible que la tierra se abra y sepulte a los indefensos hombres.

La Madre Caridad está en medio del angustiado grupo. Con frecuencia anima a las Hermanas para que confien en Jesús Todopoderoso. Ya reza un acto de arrepentimiento o ya exclama: "Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío". En la oscura noche resuena la oración de todas.

El coro reza los misterios dolorosos del rosario, y a continuación las letanías, escuchándose después de cada advocación el angustioso clamor: "Ten piedad de nosotros", "Ruega por nosotros". Siempre más fuerte e insistentemente, hora tras hora, se elevan súplicas al cielo.

La noche es fría. Quietas y oscuras nubes se ven en el firmamento. La luna tímidamente se mantiene escondida, y unas pocas estrellas se divisan como luces clandestinas. No se siente ni la más leve brisa. El volcán situado al norte, mira mudo el cuadro de terror.

De vez en cuando algunas Hermanas van a la cocina

para calentar en el fogón sus ateridos miembros. Las cucharas colgadas en la pared hacen oír su tintineo al chocar unas con otras a causa del constante movimiento telúrico.

Hace tiempo pasó la media noche y todavía, Hermanas y alumnas envueltas en sus mantas, están en el jardín del convento temblando de angustia y de frío. Pero la Madre Caridad está siempre entre ellas consolándolas.

Por fin se termina la tenebrosa noche. A la luz del nuevo día comprueban que en la población no ha quedado ni una sola casa en la que no se hubiera producido algún daño.

Llegan noticias tristes de los pueblos circunvecinos: Guachucal, Carlosama y Cumbal, están destruidas en su mayor parte. Centenares de personas han muerto bajo los escombros y miles han quedado sin hogar.

La Madre Caridad anuncia a las Hermanas que, según comunicación de la Hermana Pía, superiora del convento de Pupiales, la casa que habitaban ha sufrido serios daños con el terremoto y que no es posible continuar habitándola, pero los pupialeños han ofrecido generosamente repararla. Naturalmente que nosotras enseguida les enviaremos la ayuda que nos sea posible.

- ¿No creen ustedes que deberíamos prestar auxilio, en víveres y vestidos a los habitantes de Cumbal y a los de los demás pueblos destruidos? Esa pobre gente debe estar en gran necesidad.
- Sí Madre, decían todas unánimemente. Queremos ayudarles en todo lo posible.

Una hora más tarde, a la señal de un arriero, se oye el pausado andar de una fila de caballos que salen del patio del convento, llevando sobre sus lomos grandes bultos.

La Madre Caridad, sonriente, los sigue con una mirada llena de alegría y satisfacción.

Si los temblores no cesan, no será posible llevar a las niñas a la capilla el domingo, decía pensativa a la Madre Leonarda; si fuera necesario salir, es difícil que quinientas niñas puedan hacerlo rápidamente. Aquí estarán más seguras, y como no hay ninguna esperanza de que la situación mejore, no será posible a las Hermanas, ni a las internas dormir en la casa, sería demasiado peligroso. He mandado a los peones que levanten en el jardín una gran ramada; dentro de ella se puede dormir con tranquilidad. Nosotras somos las responsables de las alumnas que nos han confiado.

El domingo siguiente se levantó un altar en el corredor abierto de la escuela. Era imponente ver los blancos manteles de lino entre rojos geranios y grandes violetas de los Alpes. Las velas chisporroteaban suavemente. El capellán del convento celebró el Santo Sacrificio y en el sermón habló al gran número de alumnas sobre la necesidad de vivir preparados para la muerte, y cómo hacer un acto de perfecta contrición. Luego dio el Pan del Cielo a las alumnas que se habían preparado por medio de la confesión.

En el jardín del convento se vió una gran ramada cubierta de paja, que sirvió de dormitorio a Hermanas y alumnas durante varias semanas hasta que cesaron los temblores.

En las vacaciones del año 1927, acudieron a la casa madre de Túquerres muchas religiosas de las casas filiales para hacer los Santos Ejercicios y pasar unos días de completo recogimiento y trato íntimo con Dios. Pero en esta ocasión se sentía que algo extraño flotaba en el ambiente, la sensación de que algo grave estaba por llegar. En el rostro de la Fundadora, habitualmente alegre, se notaba honda preocupación. Sólo unas pocas religiosas sabían lo que ocurría.

— ¿Qué preocupación tiene usted Madre? preguntaba una y otra que tenían sensibilidad para percibir cuando algo no andaba bien, adivinaban el sufrimiento de la Superiora General.

— ¿Qué sucede?

La interrogada meneaba la cabeza y decía haciendo una cruz en sus labios:

— Es un secreto doloroso que por ahora no les puedo confiar, pero del cual muy pronto serán informadas. Recen para que todo salga bien. Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Ella no podía revelar el secreto porque en Túquerres no se sabía lo que ella planeaba. De otra manera para ella hubiera sido muy difícil salir de la población.

Los ejercicios terminaron. Fueron días de mucha felicidad y grandes gracias. Las Hermanas de otras partes, partieron a caballo hacia Ipiales, Pupiales, Las Lajas, Ancuya, Samaniego y otras filiales. Ellas ignoraban que al año siguiente no volverían a este lugar.

Tan pronto como se perdió el ruído del último grupo de jinetes en las calles de Túquerres, comenzó en el convento una actividad febril, que nunca se había visto. Afanosas corrían de un sitio a otro Hermanas, empleadas y peones. Se sacaron muebles, se arrastraron los jergones, las celdas fueron desocupadas; cuadros, vajillas, material de clase, vestidos, baúles y armarios, todo quedó debidamente empacado y listo para el transporte. Quienes entraban a los patios interiores y corredores, tenían ante sí un cuadro semejante a un lugar donde hubiera ocurrido un saqueo.

La Madre Caridad en la capilla doblegada por la pena, se sentía incapaz de poner mano a la obra, y sollozaba amargamente. Treinta y cuatro años hacía que había llegado con unas pocas Hermanas a esta población que la recibió con gritos de júbilo. Aquí se desarrolló su Congregación, y creció como un árbol frondoso. Aquí trabajó con sus hijas espirituales y vivieron días de penas y de alegrías. Hicieron mucho bien a la gente, especialmente a la juventud, pues la semilla había caído en buen terreno.

Las franciscanas estaban arraigadas en esta población y unidas a ella con particular afecto. La Madre Caridad, se sentía atada a esta tierra hospitalaria con profundos lazos de amistad y gratitud. Ella no podía comprender que hubiera alguien capaz de romperlos, y precisamente hoy sucede lo increíble.

Se oye el ruido de numerosos carros que entran al patio del convento. El gobernador del departamento, los había mandado desde Pasto, para llevar allá a las Hermanas, con todos sus haberes. Pronto se acomodan en los

carros: muebles, bultos cajas, etc. y así muy cargados pasan por las calles haciendo sonar sus bocinas. En todas partes la gente se para delante de las chozas y mira sorprendida el raro transporte.

- ¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? Se preguntan entre sí, con presentida sospecha. ¿De dónde vienen y hacia dónde viajan?
- Vienen del convento de las franciscanas, exclaman varias voces.
- ¿Será que las Hermanas van a salir de Túquerres? grita una señora.

Esto cayó como si se hubiera lanzado una bomba. Se van las Madres, dice un grupo a otro, y se va esparciendo el rumor: las Madres nos abandonan.

Enseguida corren a la portería del convento, y muchos lloran. Los pobres se lamentan porque pierden todo consuelo. Algunos se quejan de la manera de proceder de las Hermanas; otros ruegan y suplican que no los abandonen.

- Queremos ir donde la Madre Caridad. Es indispensable hablar con ella enseguida, exigen varias voces.
- Es demasiado tarde. La Fundadora, a la súplica de que se queden tendría que responderles negativamente. Queremos evitarle este sufrimiento a la Madre Caridad, les dicen las consejeras generales.

Después van donde la Madre Caridad y le suplican:

Para evitar este sufrimiento a la gente, es mejor que usted salga por la puerta de atrás por donde nadie la vea.

La Madre acepta este consejo dado con tan buena intención y por ser tan razonable. Venciendo el dolor indescriptible que siente se prepara para salir. Por última vez entra al comedor. Allí se pone de rodillas ante el crucifijo, testigo durante tres décadas de su trabajo, de sus sufrimientos y alegrías, y derrama ante él abundantes lágrimas. Luego se dirige a la capilla. Esta la había hecho construir para el Amado de su alma, aquí había encontrado fortaleza y consuelo en horas difíciles. Ahora la visita por última vez... Ella necesita muchas gracias para hacer frente al difícil paso de este día.

Finalmente se levanta, besa el suelo del santuario y con serena resignación abandona este lugar de gracias. Sale con unas novicias y algunas Hermanas por la puerta de atrás, y sube al carro. Deja para siempre a su muy querido Túquerres, su segunda patria chica.

Mientras la gente está todavía en el portón principal y pide hablar con la Madre Caridad, ella ya está lejos, y dentro de pocas horas llegará a Pasto, para vivir allá permanentemente en la nueva Casa Madre.

Días después ya estaba el convento de las franciscanas en Túquerres, totalmente desocupado. Todas las Hermanas habían salido; todos los enseres habían sido transportados y la población parecía huérfana.

Varias veces grupos de personas se acercaban al edificio y discutían sobre el doloroso suceso que había llegado

como un terremoto, tomando por sorpresa a sus habitantes. ¿Qué habrá causado la salida de aquella a quien siempre habían tenido como su Reverenda Madre?

Una profesora joven, de nombre Victoria Pereira, que había obtenido en el Instituto el diploma, supo dar razón.

Hace más o menos dos años, explicó ella, falleció en el convento, a causa de la tuberculosis, Sor Coleta que, como ustedes saben, era de Túquerres. Algun tiempo después enfermó el joven Padre Capellán, profesor de religión, el Padre Carlos. Hacía tres años había venido de Suiza y reemplazaba al Padre Herbrand. A causa de su excesivo trabajo en climas no muy benéficos contrajo una gripe que se transformó en pulmonía y pleuresía. Recuerdo como si fuera ayer. Esperábamos su fallecimiento de un momento a otro, pero con gran confianza orábamos pidiendo su curación. Grande fue nuestra alegría cuando pasó el peligro y el enfermo recobró su salud.

- Sí, yo tambien he rezado, exclamó una voz, interrumpiendo a la relatora.

Pero nuestra alegría por su curación fue de corta duración. El Doctor Benavides propagó la noticia de que el Padre Carlos tenía una perforación en los pulmones, y que estando tuberculoso constituía un peligro de contagio para las alumnas y las religiosas.

El pobre Padre Capellán, no pudo comprobar lo contrario. Varios representantes del gobierno, dieron una resolución oficial en la cual indicaban que el Padre Carlos, no podía predicar en adelante, ni en el convento ni en las escuelas;

predicar en adelante, ni en el convento ni en las escuelas; no podría dar catequesis ni confesar y tampoco repartir la Santa Comunión.

Las medidas eran justificadas decía uno de los presentes, porque hubiera podido contagiar a los demás de la terrible enfermedad que padecía.

- Si hubiera sido cierto lo de la perforación pulmonar, sí, dijo la Señorita Victoria, pero no era así.
- ¿No? ¿Y por qué no era así si el doctor lo había afirmado?

El Padre Carlos se vió forzado a abandonar nuestro país, y regresar a Suiza porque en cualquier otro trabajo, hubiera tenido la misma dificultad. Un día muy de mañana, salió a caballo muy triste. También nosotras en el Instituto, estábamos todas muy apesadumbradas por su salida.

Semanas después llegó de Panamá un certificado médico en que constaba que el Padre se encontraba perfectamente sano.

- ¿Verdad? ¿Entonces fue víctima de un diagnóstico equivocado?
- Sí, así fue. En Panamá, el padre buscó la clínica del "Doctor Herreck", de fama mundial, y allí lo examinaron especialistas con los métodos más modernos y unánimemente lo declararon sano.
- ¿Por qué no se dio a conocer aquí el resultado de ese examen?

- Se les presentó a las autoridades el resultado de la clínica "Doctor Herreck", pero ya era demasiado tarde.
- ¡Lástima!

Las autoridades ordenaron un examen médico a todas las Hermanas y al personal de la casa y encontraron que todos estaban sanos. Solamente una maestra presentaba un sospechoso estado de salud. Se la trasladó a Ipiales, y allá, fue declarada sana por un especialista.

En el convento se tomaron todas las precauciones para evitar cualquier contagio. Era de pensar que ahora todo estuviera bien. Lastimosamente no fue así.

- Sí, yo lo sé, advirtió enfadada una Señora.

Cierto grupo del pueblo, levantó una verdadera persecución contra las Hermanas. Siempre se oyó decir que las niñas estaban donde las Hermanas en mucho peligro por la tuberculosis, y se hablaban muchas otras falsedades. Hasta entre las alumnas se decían cosas semejantes. Era una verdadera tempestad contra las pobres e indefensas Hermanas. Nunca podía comprender por qué las trataban tan mal. Yo tampoco decía Victoria. La Madre Caridad sufrió en su interior indeciblemente con esta tempestad. La ingratitud de tantas alumnas, y el ataque injusto contra el convento le desgarraba el corazón.

Ella me confió una vez su dolor. Me decía con lágrimas: al fin, nos obligan a salir de este querido Túquerres. Ya hace años que nos están combatiendo y en estas

circunstancias ya no podemos trabajar con eficacia en la educación de la juventud. Si vienen Hermanas de otra congregación, puede ser que les tengan más confianza, y así puedan atender mejor a las alumnas.

- Ayer oí contar con mucho sigilo, agregó Victoria, que ante estas circunstancias se ha construído una buena y grande Casa Madre en Pasto, con el visto bueno del Señor Obispo y la aprobación del Papa, a la cual han pasado todas las franciscanas.
- La gran mayoría sabía muy bien que allá se estaba construyendo una gran casa, pero ignoraban que el colegio de aquí se cerraría.
- Y nosotros quedamos huérfanos, añadió con tristeza un pobre mendigo. Desde hacía muchos años iba diariamente con otros muchos a recibir la comida al portón del convento. En adelante tendremos que soportar el hambre.
- La misma población de Túquerres tiene la culpa, continuó diciendo Victoria. Muchos se dejaron llevar de la mala voluntad, pero los que no apoyaban a estos, no se interesaron suficientemente para defender a las Hermanas.
- A la gente se le abrieron los ojos, sólo cuando las Reverendas Madres se fueron.
- Ahora piensan de muy distinta manera y por todas partes se oye decir: ¡Si no las hubiéramos tratado tan mal! Pero ya es demasiado tarde. Sobre todo echamos de menos a la Madre Caridad, que era una madre

buenas para todos. Un terremoto nos habría sacudido
menos que la salida de ella.

Las franciscanas se establecieron en Pasto tomando posesión de su nueva Casa Madre.

La ciudad de Pasto, a dos días de camino desde Túquerres, está situada en una hermosa planicie circundada de montañas. En ella se extienden grandes haciendas que gozan de un clima sano y agradable, a 2.800 mts. sobre el nivel del mar. El volcán Galeras, a 4.000 mts. y en cuyas faldas está la ciudad, ya no arroja lava ni fuego como en tiempos pasados; no obstante, a veces esparce ceniza y de su carácter se elevan espesas columnas de humo. Otras veces se muestra orgullosamente envuelto en blanco manto de nieve, y no han faltado ocasiones en que ostenta un repentino furor haciendo temblar sus cimientos y aún las casas situadas lejos de su base.

Pasto es una ciudad piadosa, rica en hermosas iglesias, capillas y conventos. En 1905, fundó la Madre Caridad, a petición de Monseñor Ezequiel Moreno, entonces obispo de Pasto el Liceo de La Merced, para impartir educación primaria y secundaria. Numerosas alumnas obtuvieron en él su diploma de maestras o de comercio.

El último sermón predicado por el Obispo Ezequiel Moreno en su diócesis, lo dirigió a las franciscanas en este plantel. Viajó a España donde murió después de

someterse a una delicada operación. Su proceso de beatificación ya se ha introducido.

A quince minutos del Liceo, en el sitio denominado Maridíaz, se levanta ahora la nueva Casa Madre, en las afueras de la ciudad, entre un bosquecito de eucaliptus, cuyo verde claro contrasta con el verde oscuro de los abundantes prados. El amplio edificio tiene capacidad para el consejo general, el noviciado, las Hermanas mayores y las enfermas. Muchas de éstas han consumido sus fuerzas trabajando en climas ardientes y hasta malsanos, y en la casa Madre encuentran un hogar acogedor para pasar sus últimos años.

En un ala del edificio está la parte destinada a la formación de las Hermanas jóvenes para su futura actividad como educadoras. Además, una escuela donde realizan sus prácticas. La escuela solamente recibe niñas pobres, son más de 200. El convento las sostiene y es totalmente gratuita.

Cuando la Madre Caridad se hubo recuperado del dolor causado por la separación y despedida de Túquerres, se dedicó con alegría a sus tareas en el nuevo convento. Certo día, durante la recreación, estaba alegre en medio de sus hijas espirituales y les dijo:

- Cada vez comprendo mejor, que la dolorosa despedida y la salida de Túquerres fueron benéficas para nosotras. Fuimos obligadas a pasar la Casa Madre a un clima menos frío, un lugar más favorable para la dirección central y para la preparación de las novicias; para el desarrollo de la Congregación y para la proyectada Adoración Perpetua, es mucho más

favorable que Túquierres... Apenas ahora comprendo bien, que todo era obra de la Divina Providencia.

También en Pasto, en abril de 1930, encontró una pesada cruz.

¿Por qué anda la Madre Caridad, por los corredores, agotada por la fatiga...? ¿Por qué se reflejan en su semblante tan pesadas sombras de preocupaciones?... ¿Por qué permanece noches enteras en fervorosa oración ante el Santísimo?...

La epidemia de tifo ha invadido el noviciado.

Un grupo de jóvenes generosas había dejado su patria y sus seres queridos, para servir al Señor como misioneras en tierras lejanas. Hace poco llegaron aquí e iniciaron el noviciado. Todas se alegraban por la ayuda con estas nuevas vocaciones. Pero...ahora...están en el lecho del dolor, con fuerte escalofrío. ¿Tan grandes esperanzas quedarán frustadas?

Entonces comenzó una ininterrumpida cadena de oraciones.

- Debemos pedir a Dios con insistencia, decía la Madre Caridad, que aleje de nosotros este flagelo, si es para su mayor gloria.

Postrada ante el altar prometió en nombre de la

Congregación que cada primer viernes de mes se celebraría una Misa cantada y además hacer en comunidad la Hora Santa.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

En la enfermería, a la luz débil y mortecina de los cirios, la novicias Blandina, Germana, Damascena Hoffmann, Adolfina Gerschwiler y Policarpa Jud, pronunciaron sus votos religiosos en manos de la Madre Caridad desposándose eternamente con Cristo, ante la inminente cercanía de su muerte. Luego el Divino Esposo las visitó por última vez por medio del Santo Viático y poco después las llevó a su casa del cielo, a la Patria Celestial.

Llegó la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y quiso tomar para sí otras dos novicias: Patricia Seiler y Felicia Metzger.

- ¡Dios mío! ¿no se detendrá la muerte? Esto es peor que la sacudida de un terremoto.

Nuevamente llegó el Angel de la muerte a nuestra Casa Madre. Esta vez se acercó a la Madre Peregrina Scheck de Baviera, la obediencia la había llamado a Pasto para que cuidara a las enfermas de tifo. Sin preocuparse de ella misma las cuidaba, y ahora...como víctima de la caridad baja a la tumba. ¡Siete víctimas inmoladas!

El intenso sufrimiento de estos días hacia a la Madre Caridad semejante a la Madre de los Macabeos, que en un día perdió a sus siete hijos. La tristeza por la pérdida de siete hijas jóvenes en las que había depositado grandes esperanzas era profunda como un abismo, pero

con una fortaleza heróica se la oyó rezar: Cúmplase tu Voluntad Señor, aunque yo sienta intenso dolor. Todo como Tu lo quieras, Sagrado Corazón de Jesús.

Del Liceo de La Merced, venían las Hermanas para darle el pésame. Les agradezco les decía. La pérdida es muy grande, pero prefiero soportar eso, a que en esta casa se cometa un solo pecado. El buen Dios nos ha privado de siete Hermanas que constituían un precioso refuerzo. Una prueba muy dolorosa para nosotras, pero para ellas ha sido una gracia especial ofrendar su vida a Dios en la flor de la juventud, y en los primeros ardores de la vida religiosa. Seguramente el Señor las saludó con estas palabras: "Venid esposas mías al banquete de las bodas eternas, gozad ahora de la alegría y del amor eterno".

Ya no queremos pensar más en la pérdida sufrida, sino en lo que ellas han ganado. Así encontraremos motivos para agradecer a Dios.

TRANSPORTADA AL SEPTIMO CIELO

En un despeñadero de la pequeña población de El Espino, cercana a Túquerres, se apareció San Francisco de Asís. Todavía puede verse allá su imagen, fue la noticia que corrió de boca en boca. Tanto en la ciudad como en el campo, no se hablaba sino de este milagroso acontecimiento. Una fuerte emoción se apoderó de todo el pueblo. Muchos van al Espino, unos a pie, otros a caballo. Todos vieron la imagen del Santo de Asís en el despeñadero. La piadosa noticia llegó a oídos del Obispo de Pasto.

La Iglesia tiene que investigar el asunto y después se harán peregrinaciones al nuevo lugar de gracias, y se celebrará allá la Santa Misa, se decían.

Lacónicamente comentó el Obispo: Me parece que la Madre Caridad hace poco viajó por esos lugares, y estuvo en El Espino. Si ella ha visto a San Francisco, entonces se puede creer en la aparición.

Pero la Madre Caridad no había visto nada. Ella tampoco lo creía. Unas semanas más tarde se supo que la mencionada aparición era únicamente ~~alucinación~~ de ciertas personas.

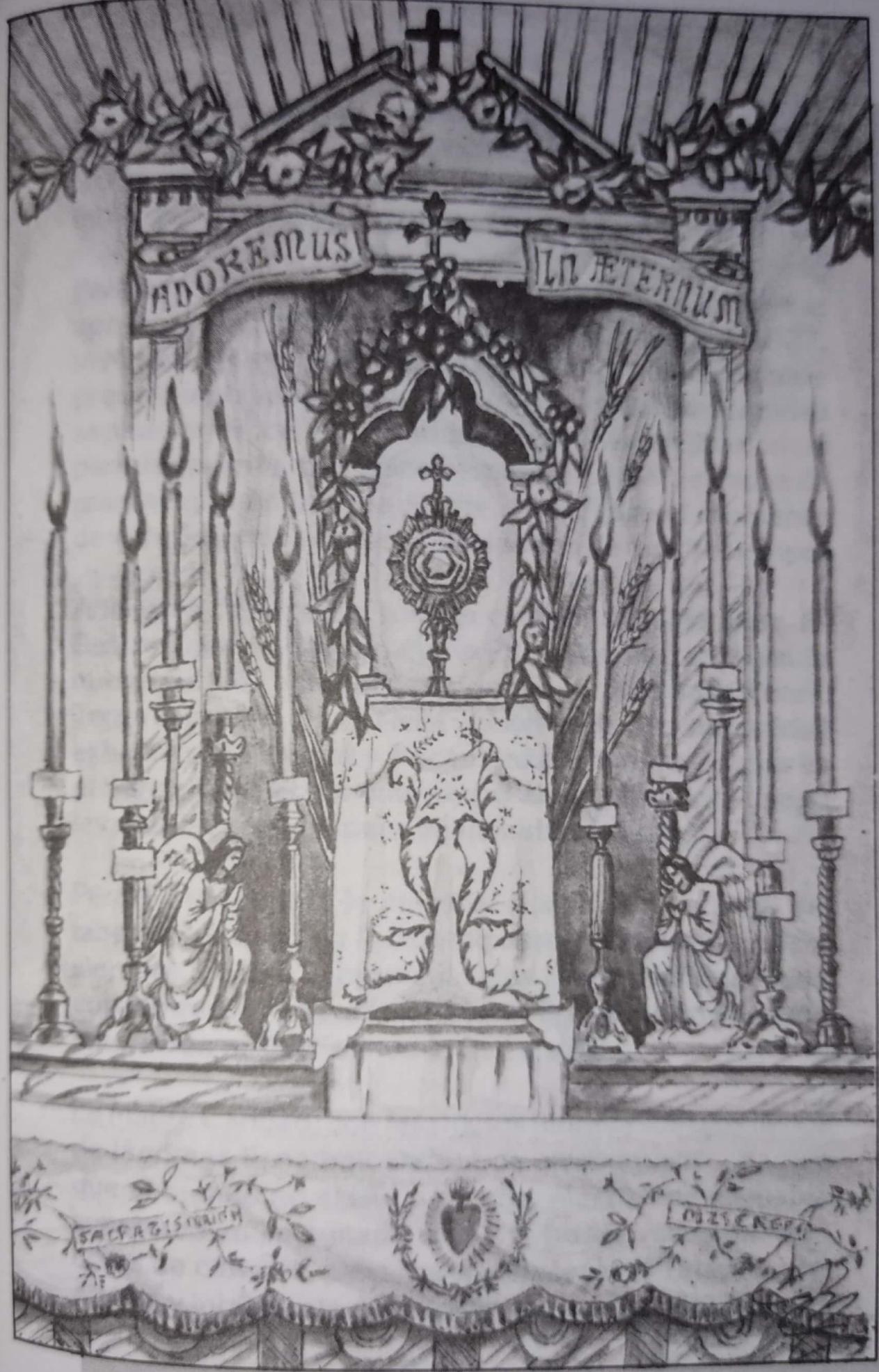
La Fundadora del convento de Túquerres vivía apaciblemente por sobre las cosas de este mundo, pero completamente libre de cualquier exageración. El afán de ver milagros y fácilmente creer en ellos estaba lejos de su manera de ser. Ella siempre mantuvo su juicio sereno, positivo y jamás aspiró a cosas extraordinarias. Visiones, éxtasis, milagros y profecías, no se encuentran en su vida.

No me arrepiento de no haber hecho grandes penitencias, de no haber llevado dolorosos cilicios, y no haber practicado mortificaciones extraordinarias, como los grandes santos penitentes, pero sí me arrepiento de los pequeños sacrificios que he omitido.

No obstante, en cierta ocasión se sintió como transportada al séptimo cielo, en una fecha inolvidable para ella: el 22 de agosto de 1928.

En este día se bendice la capilla en la nueva Casa Madre. El Santuario está hermosamente adornado para la entrada del gran Rey. El altar parece un jardín de flores. Uvas y espigas, símbolos de la Santa Eucaristía, lucen entre las flores. Doce cirios elaborados con pura cera de abeja de las colmenas que se cuidan en Cartago y Samaniego, están en el altar, y cada uno lleva el nombre de una o varias casas de la Congregación, porque todas han de estar presentes en este solemne día al iniciarse la ADORACION PERPETUA.

Desde hace años en la Casa Madre se turnaban las Hermanas, día y noche, ante el Santísimo aunque no estaba solemnemente expuesto.



La Fundadora hacía mucho tiempo tenía el ardiente deseo de introducir la Adoración Perpetua para que la Santa Hostia estuviera expuesta en la Custodia sin interrupción durante todo el año.

Para alcanzar de Roma el debido permiso, y obtener la aprobación definitiva de la Congregación, viajó en 1927, la Madre Agnes Danner con la maestra de novicias para presentar personalmente al Santo Padre, las dos grandes aspiraciones de su Fundadora. Pronto recibieron el permiso para la Adoración Perpetua, lo que fue causa de gran alegría en la Casa Madre. Al fin llegó el momento de ver convertido en realidad el sueño de mucho tiempo.

A las tres de la tarde, tocó la campana en Maridíaz. El Señor Obispo, Antonio María Pueyo de Val, entra en la nueva Capilla acompañado de numerosos sacerdotes. Toma la palabra y con santa unción habla a la comunidad exhortándola a amar y a acompañar siempre a Jesús en el Santísimo Sacramento como al mejor amigo. Luego levanta la custodia para bendecirlas a todas.

Pero ya no guarda la celestial Hostia, en la cárcel del tabernáculo sino que la deja expuesta para siempre... Para siempre... En esos momentos las Hermanas se sentían como transportadas al cielo, y con fervoroso entusiasmo entonaban el "Adoremus in aeternum".

La Madre Caridad, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas tiene una actitud de arroamiento, parece que el mundo no existe para ella. Muchas penas había soportado en su agitada vida. No pocas veces padeció horas de calvario, pero hoy se siente en el Tabor, y con alegría y júbilo, sale de lo íntimo de su corazón: "Este es

el día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en El."

Embriagada de alegría mira al futuro. ¡Cuánto amor encontrará aquí el Divino Esposo! ¡Cuántas almas le rendirán adoración! ¡Cuántos actos de amor y desagravio le serán tributados! ¡Cuántas bendiciones se irradiarán desde aquí hacia el mundo entero! Tal vez por centenares de años...Porque el mundo entero debe recibir un torrente de bendiciones.

La Fundadora expuso al Santo Padre, como intención especial de la Adoración Perpetua: Pedir al buen Jesús por las necesidades de la Santa Iglesia y de sus sacerdotes. Además, por las necesidades de la Congregación y por aquellas diócesis donde se encuentran nuestras casas.

Años más tarde, el 28 de diciembre de 1932, se realizó otra solemne ceremonia: La bendición de la capilla definitiva, ya que hasta entonces el Santísimo había permanecido en una provisional. En ausencia del Obispo, fue bendecida por el Vicario General, Doctor Rosero.

Después de la misa solemne, el Vicario General lleva al Santísimo en procesión, desde la capilla provisional, a la nueva casa de Dios mientras el coro canta el "Pange Lingua".

Al salir el Prelado con el Santísimo, de la capilla provisional, la banda departamental toca los himnos de Colombia y de Suiza. Todas las religiosas acompañan al Santísimo portando cirios encendidos, y la muchedumbre que se encontraba afuera se une a ellas.

El camino, a través de los verdes prados, está marcado con arena blanca y adornado con flores. En ambos lados hay arbustos que han traído del cercano bosque; niñas pequeñas vestidas de blanco, riegan pétalos de flores en el camino. Bajo varios arcos de triunfo pasa la procesión y llega a un altar preparado con anterioridad en el jardín del convento. El Sacerdote deposita ahí la custodia y sonoras y suaves voces entonan el "Adorote Devote".

La Madre Caridad había adornado el altar. En honor a Jesús Sacramentado despojó de sus rosas, un rosal tras otro. En su gran fervor, no se dio cuenta de que sus manos y dedos estaban sangrando a causa de las punzantes espinas. Una Hermana que pasaba por el jardín le dijo:

- Madre, coja las rosas con este delantal para que no la puncen.
- ¿Quién podría ser tan delicada cuando hay que pagar amor con amor? le responde sonriente la Madre Caridad. Jesús ha soportado espinas mucho más agudas que éstas.

Con la custodia bendijo el sacerdote a todos los presentes, y después entró la procesión a la nueva capilla mientras el coro cantaba "Tantum Ergo Sacramentum" y desde arriba dejaban caer centenares de estampas para los que tomaron parte en este acto. Las expresiones sobre el misterio Eucarístico que estaban escritas en ellas, debían constituir un cariñoso recuerdo de esta maravillosa hora de gracia.

Ahora ya está Jesús en su nuevo trono, desde el cual

queda expuesto para una ininterrumpida adoración. La Madre Caridad será su más celosa adoradora. Su corazón se deshace delante de El como lámpara votiva.

La hermosa y artísticamente laborada custodia, en la cual estará el Santísimo día y noche para recibir la adoración de sus esposas, es un obsequio del Señor Santiago Sutter (q.d.D.g.). En ella, su Patria Suiza rinde también continuo honor al Santísimo.

22 de agosto de 1932.

Brilla con todo su esplendor un hermoso día. El sol se eleva majestuosamente revistiendo de oro las cumbres de los Andes, mientras el soberbio Galeras que en otras ocasiones llenó de pánico a la ciudad, está inmóvil como centinela en su puesto de atalaya. Parece que saludara la Casa Madre de las Franciscanas, situada a sus pies, desde donde se han elevado muchas plegarias al cielo, para que sus manifestaciones de cólera no lesionen la ciudad.

Hoy, él, no quisiera estorbar este lugar sagrado, ya que allí hay una fiesta extraordinaria: Las Bodas de Oro de profesión religiosa de su Fundadora.

Se escucha la vibrante voz de las campanas. Sus sonoros bronces anuncian la alegre noticia que se escucha en todos los ámbitos de la ciudad. Ciento cincuenta Hermanas representantes de las casas filiales, entran a la capilla del convento con cirios encendidos en

sus manos, mientras en el coro se escuchan las melodiosas notas del órgano.

Adelante van las jóvenes, siguen las mayores y por último las que durante más tiempo han trabajado junto con la Madre Fundadora. De última en la procesión viene la Madre Caridad, una anciana venerable de 72 años, ceñida su cabeza con una corona de rosas blancas.

“Veni Sponsa Christi” canta el coro. A la jubilar le parece que en este momento se abren las puertas del cielo y que ella puede entrar allí donde están los bienaventurados.

¿Y no parece ésta la procesión de un séquito de vírgenes que llevan a la esposa a las nupcias? ¿No se cumple lo que canta el Salmo 44, sobre las nupcias del gran Rey con su elegida? ¿No es una profesión, la boda que celebra el más grande Rey con el alma pura?

El rector de los jesuítas, Padre Mejía, sube al púlpito y con gran elocuencia describe la vida y las obras realizadas por la jubilar. Recuerda como ella en 1893, acompañada de unas pocas religiosas, llegó a este país, y en Túquerres fundó un pequeño convento en la más grande pobreza franciscana, soportando indescriptibles sufrimientos, dificultades y desilusiones, sostenida solamente por la oración.

A pesar de la guerra civil de tres años, en la región de sus primeras fundaciones, y no obstante la guerra mundial que la tuvo incomunicada con su patria, extendió su comunidad, dedicada a la enseñanza, por otras regiones de Colombia y por el Ecuador, Panamá, América del Norte y Suiza.

San Pablo, el Apóstol de las Gentes, escribió sobre sus viajes difíciles, los innumerables peligros soportados y las preocupaciones que le ocasionaba la dirección de las Iglesias por él fundadas. También la Madre Caridad podría relatar algo semejante. ¡Cuánto trabajo le causaron los pequeños y los grandes conventos fundados por ella! ¡Qué dificultades para la adquisición de nuevas vocaciones! especialmente en los desastrosos tiempos de la guerra. ¡Qué tarea difícil la formación, de las Hermanas jóvenes para el magisterio! ¡Cuántas penas causadas por las enfermedades, la pobreza y las deserciones! ¡Qué peligros y fatigas en los viajes! ya que ella hizo frecuentes visitas atravesando regiones tan extensas como casi toda Europa. Además tenía que hacer largas jornadas, unas a caballo y otras en canoa. Y fuera de los viajes para visitar a sus Hermanas, por asuntos relacionados con su comunidad, cruzó trece veces el océano Atlántico, donde frecuentemente experimentó el rigor de fuertes tempestades. Al considerar solamente estos viajes, se debe constatar que es casi increíble que todo esto lo haya podido soportar una mujer.

Lo que ella hizo y sigue haciendo por medio de sus hijas espirituales en Colombia y en otros países, tanto en favor de los blancos como de los negros, de los indígenas como de los mestizos, es imposible describir. Los pobres y abandonados tenían en ella a una verdadera madre. Su nombre es Caridad y toda ella es enteramente caridad, la caridad encarnada. La reina de las virtudes ha sido el móvil de su obrar, la armadura de su corazón, el imán de sus aspiraciones y el verdadero y hermoso sueño de su vida. Cuando abandone esta tierra se podrá escribir sobre su lápida: "Charitas Charitem docet". "La Madre Caridad enseña la caridad."

De su profunda fe nació en ella un casi ilimitado amor a Jesús Eucaristía, y un diáfano y cristalino amor a sus representantes en la tierra: los sacerdotes. Para ella no hay dignidad más grande en este mundo que el sacerdocio católico. Por eso también le tributa el mayor respeto y veneración a todos los sacerdotes, y a los más pobres les procura su generosa ayuda. ¡A cuántos estudiantes pobres ha ayudado económicamente para que puedan llegar al sacerdocio! Por eso, numerosos sacerdotes la llaman su madre espiritual. Una de sus más grandes alegrías era asistir a una primera misa, en la cual su alma experimentaba un gran júbilo. Muchos sacerdotes celebraron la Santa Misa revestidos de alba, estola y casulla obsequiados por la Madre Caridad. Cuántas iglesias, gracias a su generosidad, tienen hermosos ornamentos.

El Señor Obispo de la diócesis, Monseñor Hipólito Agudelo, asistido por 25 sacerdotes, celebró la misa pontifical en la capilla hermosamente arreglada. Se hallaban presentes las autoridades civiles y representaciones de todos los conventos y escuelas.

La capilla parecía un jardín de variadas y multicolores flores que aromaban el ambiente. Nubes de incienso se levantaron, y el órgano llenaba el recinto con la solemnidad y belleza de sus notas que armonizaban con los bellos cantos.

A la hora de la comunión el Señor Obispo, sosteniendo en sus manos la Sagrada Hostia, se volvió hacia los asistentes. La jubilar se acercó y con voz clara y vibrante hizo la renovación de sus votos, repitiendo las mismas palabras con las que hacía cincuenta años se había desposado con el Divino Jesús.

Siguió un profundo silencio. El Dios hecho Eucaristía, hizo su entrada en la cámara nupcial de su puro corazón. Era como si los ángeles entonaran en los aires la canción del eterno amor.

- ¿Cómo le pareció el sermón? preguntó una de las consejeras a la Madre Caridad, después de la celebración.
- No sé ni una sola palabra de lo que dijo el Padre. En estas ocasiones se acostumbra prodigar toda clase de alabanzas, por eso preferí recogerme interiormente, y durante todo el sermón no hice otra cosa que rezar.

Enseguida tuvo lugar el acto para festejar a la Madre Fundadora. Asistió el Señor Obispo con numerosos sacerdotes, todas las comunidades religiosas, las escuelas, representaciones de las autoridades de la capital del departamento, incontables exalumnas y otras personas amigas venidas de varios lugares. El mismo gobernador se presentó y dio a la jubilar las felicitaciones y agradecimientos de parte del gobierno.

Entre declamaciones, cantos, piezas de la orquesta, etc. se dio lectura a un sinnúmero de comunicaciones telegráficas de felicitación. Todas las filiales y numerosas personalidades se hicieron presentes con sus mensajes en esta gran festividad.

Pero la alegría llegó a su máximo, y despertó la admiración de los presentes, cuando se leyó el cable del Santo Padre Pio XI, en el que felicitaba a la jubilar y le enviaba su bendición apostólica.

Aunque la Madre Caridad no dio importancia a tantos cumplimientos, el mensaje del representante de Cristo en la tierra la conmovió hasta lo más profundo, sintiéndose como transportada al séptimo cielo.

Cuando todos se hubieron retirado, las Hermanas se quedaron largo tiempo reunidas con su buena Madre. Admiraban la hermosura del firmamento al esconderse el sol detrás de las montañas que reflejaban sus dorados rayos.

- Madre, ¡qué hermoso es esto! se oyó que decía una voz dirigiéndose a la jubilar.

La Madre Caridad con la mirada perdida en la remota lejanía y con la expresión de la más profunda paz y santa alegría en su corazón contestó:

- Inmensamente más bello es Dios que este grandioso crepúsculo.

Nuevamente llega otro día que transporta a la Fundadora al séptimo cielo.

16 de mayo de 1933.

Con la alegría reflejada en el rostro la Madre Caridad reúne a todas las Hermanas del convento: ¡Un cablegrama de Roma! El Santo Padre ha aprobado definitivamente nuestra Congregación y las nuevas constituciones.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Emocionada exclama: "Ahora Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu sierva irse en paz, porque mis ojos han visto la salvación". Decenas de años he anhelado esta hora.

Mientras el Santo Padre no diera la aprobación definitiva a nuestra obra, nuestro porvenir no estaba totalmente asegurado. Pero ahora, está firme y yo puedo con serenidad mirar hacia el futuro. Ya puedo morir tranquila.

Al día siguiente envió cartas a todas las casas, con la feliz noticia, y pidiéndoles que se celebrara una solemne misa de acción de gracias el día de la fiesta de la Impresión de las Llagas de nuestro Padre San Francisco.

En la carta les decía entre otras cosas: "Cumplid la regla y constituciones con fidelidad, a pesar de los muchos trabajos escolares. Si nosotros guardamos la regla, ella nos guardará a nosotras. Cuando los conventos llegan a la relajación es porque se desvían de la observancia regular. La corrupción del pueblo puede ser consecuencia de la falta de espíritu religioso en los conventos, porque la ira de Dios recae sobre ellos. Nosotras todas, debemos esforzarnos diariamente, para hacernos más santas y para que crezca la caridad entre nosotras".

HERMANA SIEMPRE ALEGRE

La superiora del convento de La Unión, Hermana Esperanza, se presentó en la recreación anunciando una sorpresa: la semana pasada escribió a nuestra Madre Caridad, diciéndole que sus cartas eran demasiado cortas y que por favor nos escribiera una bien larga. Miren lo que hoy he recibido de la Madre.

Al decirlo, extrajo del sobre un papel de unos dos metros de largo, por tres centímetros de ancho, en el cual se leía:

Querida

Sor Esperanza

Usted ha deseado

una larga carta.

Aquí la tiene.

Con una alegre carcajada celebraron todas las Hermanas esta sorpresa.

Después de que con mucha dificultad pudieron entender el contenido de la carta, dijo la Hermana Raimunda:

- Esto es propio de nuestra Madre. Siempre tan maternal y festiva. Todavía resuena en mis oídos su reír alegre y frecuente. Era tan reconfortante cuando se escuchaba

en la Casa Madre su risa armoniosa, que contagiaba todo el ambiente y hacía eco en todas las Hermanas.

- No en vano nos enseñó que una buena religiosa tiene derecho a estar alegre, añadió la Hermana Leonila. Quien está en estado de gracia es amada por Jesús y puede esperar que entrará al cielo. Un santo triste es un triste santo.

Cuando éramos novicias nos ponía como modelo a San Francisco que, a pesar de su gran austeridad, fue el más alegre entre los santos, verdaderamente un "Hermano siempre alegre". A los ruiseñores, cuervos y lobos los trataba como a sus "Hermanos" y los invitaba a alabar a Dios. A sus frailes les aconsejaba: "Sed alegres con todos, así podréis llevarlos a Dios".

De este modo quería vivir la Madre Caridad. Sus hijas por lo tanto deben ser alegres.

- En la recreación prefería a las Hermanas alegres que contribuían para que ésta fuera más amena, comentó Sor Clemencia. A veces repartía dulces y daba a estas Hermanas el doble; y a las tristes, silenciosas y melancólicas no las dejaba en paz hasta que tomaban parte en la conversación dejando su pasividad. Enseñaba que la melancolía contagia el ambiente y frena la práctica de la virtud. Ninguna Hermana debe perturbar la alegría de las demás con sus propias preocupaciones, más bien cada una debe contribuir a la alegría.

Le gustaban los chistes inocentes, añadió Sor Ligoria, pero no quisiera aconsejar a ninguna que hiciera un

chiste que no fuera correcto. Ella nunca lo toleraba. Tampoco soportaba chistes sobre cosas santas. Cuando alguna los hacía, ella fruncía el ceño y decía: de las cosas santas no se debe hacer burla.

- ¿Y qué sabe de la visita de la Madre? preguntó la Hermana Pascalis. Ella nos la había anunciado para mañana, pero en su larga carta no dice ni una palabra. Para cada una manda un mensaje especial, seguramente no lo hubiera hecho si viniera personalmente.
- De veras, respondió la superiora, usted tiene razón; si viniera personalmente no hubiera escrito, y en su carta no dice ni una palabra de una próxima visita.
- Es verdad, dijeron con desencanto. En vano nos hemos alegrado por su venida.

Entonces no es necesario continuar los preparativos para recibirla. La limpieza se puede terminar en otra ocasión, ya no tienen objeto los festones y flores, y el pollo que debería ser asado puede todavía disfrutar de la vida. Después de estas consideraciones todas se fueron al trabajo.

En las horas de la tarde se oyó el ruido de los cascos de los caballos delante de la casa. Antes que alguien pudiera verla, entró la Madre Caridad. Al pasar por los corredores encontró las guirnaldas de flores a medio hacer. En su cuarto había un balde lleno de agua, al lado un cepillo, y el piso de la habitación estaba a medio limpiar. Los floreros vacíos estaban en una esquina, sin ningún orden. Al lado del convento, en el platanal, el

pollo lanzaba su estridente quiquiriquí!...Y cuanto más se disculpaba la Superiora, con tanta más alegría reía la visitante.

Mucho tiempo conversaron las Hermanas con la Madre, mientras tomaba un refresco. Desde Pasto tuvo que pasar por regiones montañosas y climas calientes para llegar, después de dos días de duro viaje, a La Unión.

Luego se dirigieron a la capilla. La Hermana Esperanza inició el rezo. Después de las oraciones prescritas para todas las casas, continuó con tres novenas por intenciones especiales. Como apenas habían pasado unos años de la guerra mundial, agregó la oración compuesta por Benedicto XV por la paz, que comenzaba con las palabras: "En angustia y peligro de una guerra. "En este momento la Madre Caridad suspiró profundamente y se sentó rendida de cansancio.

Cuando al fin terminaron el rezo se levantó y fue con todas al comedor y dijo: Yo también estoy en "angustia y preocupación", y esto a causa de su manera de rezar. Ustedes son piadosas, especialmente usted Hermana Esperanza, pero cuando el rezo se recarga demasiado, todas se cansan y se hace sin devoción. De ahora en adelante no se deben agregar oraciones a las prescritas. La oración se debe hacer con gusto. Es mejor que la familia conventual ore menos pero con alegría, que mucho con cansancio. Lo prescribiré para todas las casas.

Después de dos días continuó la Madre Caridad su viaje hacia el norte acompañada de dos religiosas colombianas. Con buen tiempo llegaron después de día y medio a la

calurosa llanura del Patía. Esta vez los dos ríos tenían relativamente poca agua y era un placer cruzarlo en la lancha.

En la orilla se encontraron con unos turistas que venían de Bogotá con intención de conocer el sur del país. Entablaron conversación con las Hermanas.

- Madre, usted no es colombiana dijo uno de ellos, dirigiéndose a la Madre Caridad.
- Es Suiza, contestó una de sus compañeras.
- Escuche, interrumpió la Madre Caridad, con una sonrisa picaresca: Soy más colombiana que usted.
- ¿Cómo es posible? preguntó el turista admirado.
- Muy sencillo. Yo llevo en Colombia más de cuarenta años, y a usted le falta mucho para tenerlos.
- Es cierto, pues solo tengo la mitad de ese número. Pero bueno...
- Ya sabía que me daría la razón, le interrumpió con regocijo la Madre Caridad, porque he tenido más tiempo que usted, para disfrutar de Colombia y amarla.
- Y para hacer el bien en Colombia, añadió una de las Hermanas colombianas. Ha dedicado su vida al bien de nuestra patria.

En pocas palabras contó a varios turistas que se habían

acercado para escucharla, sobre la obra que había hecho la Madre Caridad. Los jóvenes se entusiasmaron al saber que la pequeña y redondita religiosa era fundadora de una congregación, que había fundado tantas casas y que la principal estaba en Pasto.

- ¿Cómo es esto? preguntó uno de ellos. Casi todas las órdenes religiosas existentes en Colombia, tienen su casa central en Europa, y aquí vemos precisamente lo contrario; su Casa Madre está en Colombia y las de Suiza son filiales. Esto me gusta.
- Sí Reverenda Madre, le damos la razón. Usted como extranjera ha hecho más por Colombia que muchos que han nacido en este país.
- ¿Y cuándo piensa usted fundar casa en Bogotá?
- Cuando Dios quiera, respondió modestamente la Madre.

Con muestras de gratitud y amabilidad se despidieron los viajeros diciendo:

- Que Dios la conserve a usted mucho tiempo para el bien de Colombia.
- Y a ustedes también, contestó la Madre Caridad levantando la mano para despedirse.

Unos años más tarde, las franciscanas de Pasto abrieron en Bogotá un gran Instituto para niñas.

Pero... volvamos a nuestro viaje! Un trecho más adelante

se unió a la caravana un joven estudiante que enseguida trabó conversación con la Madre Caridad. Explicó, largo y ancho, con multitud de detalles y argumentos la teoría de que el hombre desciende del mono.

La Madre, que sabía muy bien la inutilidad de discutir con esa clase de personas, lo escuchaba en silencio manifestando gran interés.

Cuando el estudiante hubo terminado su exposición, la miró esperando su aprobación y quizá las felicitaciones por sus ingeniosos argumentos.

- ¿Qué opina usted de esto? ¿No es verdad que todo es tan claro que no se pueden hacer objeciones de ninguna clase?

La Madre Caridad sonreía con cierta picardía y al fin respondió: Estimado señor, si usted considera como un honor ser descendiente de un mono, gustosamente se lo cedo. Yo rehuso todo parentesco con él y con usted.

En el locutorio del colegio de las franciscanas en Cartago, se encontraba Don Carlos Hoyos, persona distinguida de esta ciudad y adicto a la comunidad. Acababa de recibir un telegrama de la Madre Caridad en el que le rogaba el favor de recogerla en su carro en el cercano puerto sobre el río Cauca, y conducirla al convento.

Por su mente cruzó enseguida la idea de que la Madre

deseaba, sin duda, hacerles una agradable broma a sus hijas. Para cerciorarse de ello, fue a hacer una vista a las religiosas. Después de conversar un rato con las Hermanas, preguntó discretamente:

- ¿Cómo está la Madre Caridad? ¿Tienen noticia de ella?
- No sabemos nada especial, nos hemos enterado de que va a hacer una visita en la vecina casa de Tuluá.
- ¿No podría venir hasta aquí sin avisarles?
- ¡Imposible! Para ello necesitaría avisarnos con anticipación para poder mandarle un carro o un caballo.

Don Carlos quedó suficientemente enterado. Se despidió sin dejar notar nada y con su carro se fue apresuradamente al puerto sin revelar el secreto.

No había transcurrido una hora cuando llegó, al patio del convento, haciendo sonar el pito. Como si hubiera brotado de la tierra por arte de magia, se encontraba la Madre Caridad entre sus hijas, riendo con inmenso regocijo, y contagiando con su risa a todas las religiosas.

La visita en el plantel fue muy satisfactoria para la Madre Caridad, no solamente por las doscientas colmenas de abejas que cuidaba Sor Blanca, y que proporcionaban abundante cera para fabricar las velas que se consumirían ante el Santísimo, sino porque en el Instituto que comprendía jardín infantil, primaria, comercio y normal, hacían las Hermanas una gran labor. Las niñas de

Cartago eran inteligentes y muy aplicadas. Las mayores que habían obtenido el diploma hacían una labor muy benéfica como maestras, en la ciudad y sus alrededores.

Los sábados acudían al colegio muchas obreras de fábricas y empleadas del servicio doméstico para recibir instrucción religiosa. Aprendían a coser y a remendar, y algunas a leer y escribir. Regularmente las Hermanas iban a los pueblos vecinos para instruir a la juventud en la fe y prepararla para recibir los santos sacramentos.

Pero, ¿qué hacían tan secretamente en la cocina durante esta visita?

La Hermana Medarda, encargada de la cocina, llevaba una botella; la corchó, le pegó una antigua etiqueta y se la dio a la Madre Caridad, sin que nadie se enterara.

En el almuerzo, la Madre Caridad entregó la preciosa botella a la Superiora de la casa, diciéndole: Hermana Eduvigis, aquí tiene un regalo para las Hermanas. Es algo muy fino que sólo pueden tomar en las grandes fiestas. Guárdela con cuidado para el año nuevo, y tómenla en mi nombre.

- ¡Dios le pague! exclamaron todas las Hermanas muy agradecidas.

Fuera de la Hermana de la cocina, nadie sabía que lo que la botella contenía era agua amarga y teñida. Apenas se dieron cuenta en la fiesta de San Silvestre, al destapar la botella con toda solemnidad y llevarse a los labios la magnífica bebida, brindando por la Madre Caridad. Estallaron en alegre y sonora risa.

Pero antes de que la Madre Caridad hubiera dejado la casa de Cartago, su alegría se vió ensombrecida por una gran prueba. Como de costumbre se levantó muy temprano antes que las otras Hermanas. Se dirigió a la capilla para ofrecer al Señor las primicias de la jornada y darle gracias especiales ya que era su cumpleaños. El perro, guardián del convento, llegó corriendo furioso. Era su deber no permitir que persona alguna desconocida entrara en él. Con grandes brincos atacó a la extraña figura hundiéndole los blancos dientes en el brazo.

Un agudo grito rompió el silencio del amanecer. Presurosas acudieron las Hermanas y vieron con horror cómo la Madre luchaba con el enfurecido perro. Se oyó cómo le daban órdenes para que soltara a su víctima, lo que al fin hizo el agitado Barry. Sólo pocos minutos duró la terrible lucha, pero parecía una eternidad.

Llenas de compasión rodearon las Hermanas a su Madre. Asustadas y afligidas veían la sangrante herida en su brazo. Pero la Madre no lo tomó tan trágico y decía sonriente: Este es el regalo que me ha enviado el Señor el día de mi cumpleaños. A quien El ama, le manda sufrimientos como desmostración de amor.

Pero pronto desapareció la sonrisa porque la herida recibida le producía terribles dolores los cuales le duraron varias semanas. Sin embargo tenía que regresar a la Casa Madre, viajando a caballo durante veinte días.

De regreso entró a Popayán para una audiencia con el Señor Arzobispo, monseñor Crespo, con el fin de pedir una recomendación para enviar al Santo Padre. Esta recomendación era necesaria para obtener de Roma la aprobación definitiva de su Congregación.

¿Pero qué sucede? De repente la misionera sufrió un desmayo. Había soportado durante muchos días la fiebre, la debilidad, el cansancio y los dolores con gran valentía. Pero ahora, las fuerzas le fallaron. Había exigido demasiado a su naturaleza.

Sólo después de muchos esfuerzos de la enfermera se restableció, y pudo presentar al Señor Obispo su solicitud.

Esa misma noche el Señor Obispo redactó la recomendación, pues conocía bien a la Madre y su obra, porque también en su diócesis trabajaba eficazmente la Congregación. Al día siguiente entregó a la Madre Caridad el documento y le dijo: Yo también le solicito un favor.

- Accedo con mucho gusto. ¿En qué puedo servirle?
- Deseo que las franciscanas suizas, se hagan cargo de la escuela de niñas en Timbío.
- Lo haremos gustosamente, Excelencia.

La Madre Caridad continuó su viaje con la bendición del Señor Arzobispo y llegó a la Casa Madre en medio de grandes dificultades. Cayó enferma y durante dos largos meses estuvo entre la vida y la muerte.

Deprimidas estaban las Hermanas por el temor de perder a su muy amada Madre. Con tal de que no muera, se decían entre sí. Es admirable cómo sufre con paciencia y fortaleza aceptado la Voluntad de Dios. Cuando poco a poco fue mejorando, las Hermanas sintieron un gran alivio.

Sor Praxedes, la enfermera, recordaba cómo en años anteriores, había sufrido la Madre Caridad de reumatismo articular por lo cual la llevaron a Samaniego, a donde fue transportada por hombres fuertes, que durante un día entero cargaban sobre sus hombros la camilla. En el escabroso camino tenía que soportar fuertes sacudidas cuando los peones tropezaban en los obstáculos que se presentaban, lo que le ocasionaba tan terribles dolores que llegó hasta desmayarse varias veces. No obstante, de sus labios jamás brotó una queja, y siempre exclamaba: Todo por amor a Dios y como El lo quiere. Todo lo acepto en unión con la pasión de nuestro divino Redentor.

Cuando finalmente después de largo tiempo pudo abandonar su lecho de enferma, recibió la noticia de que la nueva fundación de la escuela de Timbío tropezaba con serias dificultades. El gobernador del Departamento no la permitía.

Como él estaba firme en su decisión, los habitantes de Timbío se propusieron obligarlo a cambiar de opinión.

Una mañana 40 señores de los más notables, en compañía de la autoridad civil, salieron del pueblo cabalgando por montañas y valles hacia Popayán.

Sonoro resonó el tintineo de los cascós de los caballos sobre las piedras de la calle de la capital del departamento. Al pie de la gobernación se detiene la imponente caravana. Los jinetes bajan y entran al majestuoso edificio donde son recibidos por el gobernador.

Hemos venido por la escuela de niñas de Timbío. Como usted sabe queremos entregarla a las Franciscanas de

Pasto. Ellas son buenas maestras; trabajan en el Bordo, La Unión, Tuluá, Cartago y en muchas otras partes donde las alaban no solamente por la instrucción que imparten sino, más aún, por la buena formación.

El gobernador presenta centenares de argumentos en contra de esta fundación; se van acalorando durante la discusión. Los peticionarios exigen siempre con mayor fuerza que a las Madres Franciscanas se les encomiende la escuela para sus niñas.

Igualmente obstinado se niega el gobernador a acceder a sus deseos.

Los intrusos visitantes apelan a un último recurso. Su vocero declara en nombre de todos:

- No abandonaremos este recinto hasta que tengamos en nuestras manos el decreto en que se otorgue la dirección de la escuela de niñas a las franciscanas.

El gobernador deja translucir en su cara el desconcierto.

Pasa una hora, una segunda y una tercera y los señores de Timbío permanecen en su puesto en agitada discusión. Entran algunos funcionarios con intención de sacarlos pero es inútil; las voces de los indeseables visitantes se hacen cada vez más agitadas y sus gestos más amenazantes. Están resueltos a no ceder en su propósito bajo ningún pretexto. Si no les conceden lo que piden se quedarán hasta el día siguiente.

Ante esta amenaza la resistencia del gobernador se derrumba, y le parece mejor firmar el decreto antes de que llegue la noche.

Contentos abandonan los señores la gobernación y montando en sus caballos regresan felizmente a su casa. Antes de salir de la ciudad, el jefe del grupo envía el siguiente telegrama:

Rvda. Madre Caridad. Pasto.
Escuela Timbío concedida.

NOCHE INTERMINABLE

La Madre Caridad se restableció de nuevo y continuó cumpliendo con su oficio.

Un día, sentada en el escritorio de su cuarto, quiso leer una carta que acababa de recibir de Wartensee pero no le fue posible. Se quitó los anteojos y después de limpiarlos se los puso de nuevo e intentó leer otra vez, pero en vano. Meneando la cabeza dijo en voz baja y con tristeza a la Asistenta:

- No puedo descifrar ni una palabra de lo que escriben las Hermanas. Desde hace algún tiempo me doy cuenta de que veo borrosas las cosas a mi alrededor; casi no soy capaz de leer la Santa Regla que tanto amo, ni los devocionarios que tanto me gustan, ni las oraciones que leo todos los días.

Aunque las buenas Hermanas me han escrito los puntos principales para mis conferencias con letras cada vez más grandes y me regalaron un breviario con letras extraordinariamente grandes, todo lo veo cada vez más borroso. Tengo un velo sobre los ojos que poco a poco se va haciendo más denso, llegará el tiempo en que ni siquiera conoceré a mis hijas espirituales, lo que será lo más doloroso para mí. A mi alrededor todo se oscurece.

La Hermana Asistenta intentó consolar a la querida

Madre, pero no logró convencerla. Ella misma se daba cuenta de que a la anciana sólo podía darle la esperanza de que con una operación tal vez recobraría la vista.

Medio año más tarde.

Golpean a la puerta de su pieza.

- ¡Ave María! exclamó la anciana.
Oyó que alguien entró y la saludó, pero no vio a nadie.

- ¿Quién es usted? preguntó.
- La Hermana dijo su nombre y le presentó su deseo.

La ciega Superiora General escuchó con atención a la Hermana que le exponía sus dificultades y bondadosamente contestó a sus preguntas, la animó a perseverar con valentía en su oficio y luego la bendijo maternalmente.

De nuevo se escuchan golpes en la puerta. Alguien entra.

- ¿Quién es usted?

- La novicia Leopoldina, Reverenda Madre. Vengo a pedirle la bendición porque de ahora en adelante me permiten trabajar en las artes.

- ¡Ah sí! ya sé quien es aunque no la veo.

Me alegro mucho que usted tenga disposición para confeccionar ornamentos. No olvide hacer la buena intención para que cada puntada sea por amor a Jesús Eucaristía. Luego añadió animadamente:

- Usted también es de St. Gall, y es la hermana de dos de nuestras religiosas que, ya hace varios años, trabajan en las misiones por la salvación de las almas. Es un favor muy especial de parte de Dios escoger en una misma familia a tres de sus hijas. ¿Verdad?
- Así es, Reverenda Madre. No puedo agradecer suficientemente al buen Dios por esta gracia.
- Usted tiene razón, la vocación es una gracia que no se puede apreciar suficientemente y cuyo valor apenas conoceremos en toda su grandeza en el más allá.
- Estoy sumamente feliz y le agradezco Reverenda Madre por haberme recibido en su convento. Diariamente oro por usted. Todas en el noviciado sentimos profundamente sus sufrimientos, y día a día clamamos juntas al cielo para que el Señor le conceda de nuevo la vista.
- Dios le pague mil veces querida novicia Leopoldina. Personalmente quiero soportar esta cruz hasta que Dios quiera, pero por el convento quisiera volver a ver para poder trabajar por la Congregación y las buenas Hermanas. Para Dios no hay nada imposible.

Ahora yo medito mucho sobre el amor de Jesús para con los ciegos. A menudo llevaron ciegos donde El y El los curaba. Es impresionante lo que cuenta el Evangelio de lo que pasó en Jericó. A menudo medito también sobre el anciano padre Tobías que era totalmente ciego como yo y que después de cuatro años, por medio del Arcángel Rafael, fue curado de su ceguera. Así confío que por la bondad de Dios podré también recuperar la vista.

- Debe ser un sacrificio grande que se renueva diariamente, cuando no se puede ver más el convento, ni la iglesia, ni la hermosa región, y ni siquiera a las personas.
- Así es ciertamente, pero es más duro tener que molestar a otras de la mañana a la noche para que le ayuden en todo.
- Pero querida Madre, nadie en el convento siente esto como molestia todas le ayudan con alegría.
- Ya lo sé. ¡Dios sea alabado!

La novicia Leopoldina salió después de recibir la bendición de la Madre, la cual envió también a todo el noviciado. Al salir del cuarto dio una última mirada de admiración a la amada cieguecita, que durante toda la conversación estuvo tejiendo una media. Se retiró edificada al ver como la Madre soportaba su situación con alegre entrega a Dios, y agradeciendo de todo corazón el más pequeño servicio.

Una vez que hubo salido la novicia, entró la Hermana Asistenta trayendo unas cartas que leyó a la anciana

Madre. Después de escucharlas, con mucha atención, le indicó lo que debía contestar en unas, y en otras ella misma dictó la respuesta, y la secretaria las escribió a máquina. Luego la cieguecita con mano temblorosa e insegura procuraba escribir su nombre al final de la carta, allí donde la secretaria le indicaba.

El reloj de la pared dio las tres.

La anciana Madre se levanta . Es tiempo para la lectura. La Asistenta la toma del brazo y la lleva con cuidado hasta la puerta y luego a lo largo del corredor.

- Madre hemos llegado a las gradas. Son siete peldaños...coja con su derecha el pasamanos. Ahora estamos en el umbral de la puerta...aquí está el asiento...

La anciana Madre se sienta. Todas las Hermanas de la Casa Madre están reunidas. La Asistenta hace una exposición sobre la vida espiritual. La Fundadora, que siempre había hecho este oficio, escucha con respeto edificando así a toda la comunidad.

La exposición termina y entonces la Madre Caridad toma la palabra, añade algunos pensamientos y exhorta a las Hermanas al fiel cumplimiento de la Regla y sobre todo a la importancia de tender a la santidad.

Mientras las Hermanas se van a sus trabajos la Madre es conducida a la capilla en donde ora por largo tiempo ante el Santísimo, luego la llevan otra vez a su cuarto.

El no poder ver la Hostia en la custodia ni al sacerdote

en el altar es para ella un sacrificio muy grande, pero todo lo acepta y lo coloca al pie del tabernáculo.

Un día están reunidas las consejeras para un asunto muy importante. Traen la ciega ancianita para presidir la reunión, como de costumbre.

Reverendas Madres, comienza diciendo: Ustedes han tenido para conmigo una dosis inmerecida de confianza y amor, lo que les agradezco de todo corazón. Pero ahora, ya no puedo más cumplir con el oficio de Superiora General. Con mis 76 años soy una Hermana inútil y de quebrantada salud. Con la mejor voluntad me es imposible cumplir con mis deberes. Cuando llega donde mí una Hermana debo primero preguntar quién es. Cuando me escriben las Hermanas no puedo leer las cartas ni contestarles yo misma lo que es necesario en muchas situaciones. Si aquí en la casa no veo lo que pasa, mucho menos podré ir a las visitas canónicas a las casas filiales. Con una Superiora General, inválida, no tiene ayuda la Congregación.

Yo renuncio a mi oficio y les pido sigan los pasos necesarios para elegir a una sucesora.

Buen rato quedaron en silencio porque las Hermanas del Consejo estaban profundamente sorprendidas ante esta propuesta. Pero luego todas unánimemente suplicaron a la anciana Madre que continuara en su puesto.

- Sin vista usted ve más que otras porque usted puede leer en los corazones. Las Hermanas son felices cuando le pueden confiar sus secretos y encuentran en usted consejo y consuelo. Cada una se siente

favorecida al recibir la bendición de su mano. Con alegría todas nosotras la apoyaremos en su trabajo y le ayudaremos en todo, pero usted nos debe prometer que se quedará en su oficio. Será el más grande acto de caridad que pueda hacernos. La ciega madrecita se dio por vencida.

- En el nombre de Dios, así sea. Ustedes son demasiado buenas e indulgentes conmigo. Dios las premie. Ahora nuestras Hermanas podrán hacer lo que quieran porque no las veo, añadió sonriendo.

Un año más tarde, 1937.

Ahora es tiempo de operar la catarata. En estas regiones no hay ningún médico a quien se pueda confiar la operación. ¿Quién podrá hacerla? Habrá que ir a Panamá, opinan las entendidas en el asunto. Allá hay buenos especialistas.

Pero Panamá queda supremamente lejos. ¿Cómo llegar hasta allá con una anciana ciega, que ni siquiera ve el suelo donde pisa?

La anciana de 77 años suplica que la lleven a Panamá para recuperar la vista y así servir mejor a su querida Congregación.

La enfermera, Hermana Praxedes, y la secretaria general, Hermana Catalina, llevan a la Madrecita con cuidado a

un carro en el cual iniciarán el viaje que durará dos días, desde Pasto hasta el Diviso, pasando por Túquerres, Piedrancha y Altaquer. Desde allí un día en ferrocarril, atravesando espesas selvas hasta llegar al océano Pacífico; por último, en un vapor, hacia la ciudad internacional situada entre dos mares.

Durante el trayecto, por la mente de la Madre Caridad desfilan las imágenes de viajes que había realizado hacia muchos años. Cuántas veces había atravesado estas regiones, casi siempre a caballo y en medio de grandes dificultades.

Pero ahora no ve nada de los pueblos y bosques, de los prados y de los campos. Nada de las montañas valles y abismos; nada de las flores y pájaros; nada de la inmensidad de las selvas y del azulado mar. Ni siquiera ve el firmamento, las brillantes estrellas, ni el reluciente sol. Ella está totalmente en la más completa oscuridad.

Pero ni una palabra de queja se escapa de sus labios. No piensa en sí misma, sino que tiene compasión con sus dos compañeras que la tienen que conducir y cuidar como a una niña pequeña. Preocupada por ellas pregunta diariamente si no puede satisfacer alguno de sus deseos. Su corazón de madre siempre encuentra algo para proporcionarles alegría. No se cansa de agradecerles por el más pequeño servicio. Otras veces se la encuentra callada pasando las cuentas del rosario entre sus dedos. Para todos los que la observan es una predicación viva sobre la oración. Los ejercicios de piedad acostumbrados en el convento los cumple también en el viaje, y se dedica sobre todo a la oración y a la meditación.

Por fin llegaron. En el puerto de Panamá las dos Hermanas la llevan del vapor a tierra firme. Luego en un taxi van a una famosa clínica oftálmica, que es conocida en todo el mundo.

Pocos días después se encuentra la Madre Caridad en la sala de operación. Ella no ve al médico vestido de blanco, ni a la enfermera que está preparando el instrumental y todo lo necesario para la intervención quirúrgica, únicamente escucha voces. Siente un dolor muy fuerte en el ojo derecho y luego en el izquierdo cuando se inicia la operación. Tal como soportó por amor a Dios la ceguera, también ahora se muestra valiente sobre la camilla. Todo por amor a Dios y como El lo quiere.

Le ponen el vendaje en los ojos y llevan a la paciente a su pieza.

Unos días tiene que estar en cama sin moverse.

Hoy le quitan el vendaje... Se espera con gran ansiedad el resultado. ¿Podrá ver?... Después de que se lo han retirado se observa una sombra de tristeza en el rostro de la anciana Madre.

- No veo nada, dice en voz baja sintiéndose defraudada. ¡Dios mío! ¿tendré que quedarme sin ver? Entonces... ¿el viaje irá a ser inútil y debo regresar otra vez ciega a la Casa Madre?
- Aquí es necesario efectuar una nueva operación, dice el médico al examinar el ojo derecho; y cuando mira el ojo izquierdo agrega, aquí también...

Sigue otra intervención quirúrgica, y unos días en completo reposo, después de los cuales se sabrá definitivamente, si recobrará la vista o quedará ciega para siempre. Con mucha agitación están las Hermanas alrededor de la Fundadora. ¿Podrán llevarla curada a la Casa Madre? o ¿quedará en interminable noche? Qitan el vendaje. Resuena un alegre grito

- ¡Veo, alabado sea Dios!

Luego la Madre Caridad toma la mano del médico le agradece y le dice con toda sencillez: Dios le pague.

Después de algún tiempo durante el cual visitó las filiales de la región de Panamá, regresa a Pasto. Nunca le habían parecido tan hermosas las palmas, el mar, los pueblos, las ciudades, las montañas, los bosques, el cielo y la tierra. Nunca vio, como ahora, con tanta complacencia a sus Hermanas.

Muy feliz entró a su casa llena de agradecimiento con el Señor. ¡Con qué felicidad se arrodilló otra vez delante del Santísimo! Con renovado celo se encarga de nuevo de todos los trabajos aunque ya se acerca a los 80 años.

Otra vez hizo visitas canónicas a lugares cercanos y lejanos, viajando hasta a los Estados Unidos.

La hermosa fiesta de Navidad se celebró, en el convento en Pasto, con inusitado regocijo en esta ocasión. La Madre estaba curada. Gozaba porque podía ver otra vez a todas sus hijas y agradecía a Dios porque la vida le deparaba nuevas alegrías.

Hoy es el día de los inocentes.

De improviso y alegremente entra la Madre Caridad al comedor, en donde una postulante está arreglando la mesa. En la pared cuelga un cuadro con su retrato. Los conventos tienen la costumbre de venerar el retrato de sus fundadores.

La Madre se para delante del cuadro y pregunta a la postulante:

- Postulante Canisia: ¿qué santa está en este cuadro?
- Esa no es ninguna santa, esa sólo es usted, contesta la postulante sin reflexionar.

La Madre Caridad estalla en una resonante carcajada. Apenas entonces se dio cuenta la postulante de lo que había dicho. Roja como una amapola y confusa quiso disculparse, pero la Superiora con un gracioso ademán la tranquilizó.

- ¿Qué piensa que dirá primero cuando usted llegue al cielo? le pregunta la Madre.

Muy sorprendida la postulante no sabe en el momento qué contestar. Luego recuerda que en el convento generalmente se saluda con una alabanza y contesta tímidamente:

- ¡Alabado sea Jesucristo! creo que sería lo más conveniente.
- Se iluminó de alegría el semblante de la anciana, y con gran gozo contesta:

- Sí, eso está muy bien. Todo el cielo contestará: Por toda la eternidad.

Luego mira a la postulante Canisia con mucha bondad y le dice:

- Esta tarde debo contar a todas las Hermanas este pensamiento tan bonito. Recuérdemelo después.

En el almuerzo las Hermanas mostraron mucha alegría porque cada una recibió una pequeña torta muy provocativa. Debía ser algo muy sabroso. La lectura en la mesa se omitió este día, y no se guardó el acostumbrado silencio, por lo que conversaban animadamente entre sí.

Con gran apetito comenzaron las Hermanas a cortar la extraña torta, pero no podían hacerlo. Tomaron el cuchillo y el tenedor pero ni aún así era posible cortarla. Parecía que fuera embrujada.

De repente un gran ¡oh...oh...! las Hermanas descubrieron que las tortas eran de algodón cubiertas solamente con un poco de masa.

- ¡Ah...hoy es día de los inocentes!...gritó una voz.

Todas las Hermanas que estaban en el comedor rieron alegremente, sobresaliendo la risa de la Fundadora.

Hacía tiempo que la Madre Caridad había prometido a las novicias, recién llegadas de Suiza, un paseo a la Hacienda del convento. Después del almuerzo se fue donde ellas y les dijo:

- Ahora vamos a hacer nuestro paseo. Prepárense. Pónganse la capa. Lleven el paraguas porque vamos a pie. También necesitamos fiambre. No se olviden de llevar las tazas para la leche. Tenemos unas bonitas vacas suizas en nuestra Hacienda. Afánense para que podamos salir pronto.

Las jóvenes no se dejan repetir dos veces la invitación. Nunca habían visto una hacienda en América, y tenían mucha curiosidad de saber como era. Entre ellas había hijas de hacendados y les interesaba conocer una hacienda en el Nuevo Mundo.

Pronto están listas todas. Van al cuarto de la superiora a pedir la bendición para el paseo, como es costumbre en el convento cuando se sale a la calle. Algunas Hermanas se suman a las viajeras.

También la Madre Caridad está lista para el viaje. Ella misma guía a las que van al paseo: grada arriba, grada abajo y luego por un largo corredor. Al final de éste se queda parada y con la mano indica un óleo en la pared bajo el cual se encuentra escrito: La Hacienda.

Solemnemente dice la guía: ¡Gracias a Dios que hemos llegado! Aquí está la Hacienda, allá está el establo. Miren a las vacas con los terneritos allá en el prado. Aquí nos vamos a sentar. Las que son de una familia de hacendados pueden empezar enseguida a ordeñar porque estas vacas dan a toda hora igual cantidad de leche.

- ¡Hoy es la fiesta de los inocentes! exclama riendo picarescamente.

Largo tiempo contemplan las novicias con gran alegría

la Hacienda y felices regresan al punto de partida.

Apenas hoy se dieron cuenta de que el día de los inocentes en Colombia juega el mismo papel que en Suiza el primero de abril.

- ¿Madre, usted oyó lo que dijo ayer la pequeña Anita? preguntó una de las Hermanas al regreso.
- ¿Qué dijo?
- Que cuando se ve a las religiosas reír tan alegremente tiene deseos de hacerse también religiosa.
- Maravilloso. ¡Ah si la gente del mundo supiera lo feliz que se vive en el convento! Tenemos motivos para ser alegres porque estamos entregadas a Jesús para el tiempo y la eternidad. También en esta vida tenemos todo lo que necesitamos. Si el mundo supiera cuánta es nuestra felicidad, miles de personas entrarían al convento.

Hacía tiempo que la Madre Cándida había prometido a sus hijos que se regresaría a la Hacienda del convento. Después del almuerzo se fue donde ellas y les dijo:

LA ULTIMA AVENTURA DE LA MADRE CARIDAD

Marzo 1939.

Un automóvil, rechinando por las calles de Pasto, se dirige hacia el campo. La joven religiosa, que por primera vez sale de la Casa Madre, está sentada con mucho recogimiento al lado de la anciana Madre Caridad. No se atreve a mirar afuera, sino que con los ojos bajos, reza un rosario tras otro.

Observándola, la Madre la tomó cariñosamente de la mano e interrumpió su oración diciendo:

- Hermanita, también es oración y seguramente de las mejores contemplar a Dios en la naturaleza, su visible creación.

Le mostró a la feliz compañera los hermosos paisajes, que pasaban ante sus ojos, y explicó los nombres de las montañas, de los valles, de los ríos, de las veredas y pueblos, y le contó cosas interesantes sobre su primitiva historia.

A la joven Hermana Adalrica, le parecía que su Superiora ante la hermosura de la naturaleza, entonaba hermosos himnos de alabanza al Omnipotente Creador.

Usted puede mirar lo que Dios ha creado, le dice la Madre. Cada flor, cada espiga del campo, cada gotita de lluvia, cada pajarito, cada estrella nos hablan del poder, sabiduría y bondad de Dios.

El viaje era muy bonito. El carro pasaba por extensos prados y campos dorados de trigo. El cielo, sin nubes, se extendía sobre el campo, y el sol brillaba en toda su majestad.

Ahora se viaja con más facilidad que antes, dice la Madre Caridad tomando de nuevo la palabra. Hace unos pocos años debíamos ir siempre a caballo. En el último decenio ha hecho Colombia enormes esfuerzos para construir carreteras, ferrocarriles y campos de aterrizaje, con lo que ha progresado culturalmente. Quien conoció el país veinte años atrás, no lo conocería ahora con sus caminos, sus hermosos pueblecitos y ciudades. Actualmente se va con rapidez y comodidad; viajar es un verdadero placer. Sin embargo en los próximos días tendremos todavía la ocasión de montar a caballo durante un buen trayecto.

- ¡Oh, me alegro mucho! contesta la joven religiosa.
- Yo menos, dice la Madre Caridad. Temo que después de corto tiempo tendrá usted más que suficiente... pero lo pasaremos bien.

La primera visita la hicieron a las franciscanas en Pupiales. Apenas bajó la Fundadora del caballo, se presentó el señor cura del pueblo. Lo saludó en la sala de recibo del piso de abajo. Mientras ella conversaba con él, las Hermanas, en el piso de arriba, celebraban con gran

algarabía la llegada de tan agradable visita. Ninguna pensaba que la bulla se escuchaba abajo, y que se entendía todo lo que decían.

La Madre Caridad con pena sentía que esto era falta de espíritu religioso y pensaba darles una reprimenda, pero el sacerdote dijo:

- Con admiración veo que las Hermanas reciben a su Fundadora con mucha alegría.

Esto desarmó a la Madre del disgusto que experimentaba y ella misma se contagió de la franciscana alegría.

En Ipiales, la siguiente casa filial, estaban las Hermanas en la mesa tomando la sopa y escuchando con atención, como es debido, la lectura de la Imitación de Cristo.

De repente la Superiora, con la cuchara en la mano, mira con ojos desmesuradamente grandes hacia la puerta que empieza a abrirse y pregunta:

- ¿Quién es esta anciana señora que entra?

Todas las miradas se dirigen a la puerta...está entrando una desconocida con un grueso sobretodo, un sombrero de paja oscura sobre la cabeza y en cada brazo una canasta.

- ¿Qué quiere ésta aquí?

De repente un grito de alegría: ¡Madre Caridad!...¡Madre Caridad!...

La recién llegada se sentó, riéndose alegremente, era enorme su satisfacción porque había conseguido sorprender a sus Hermanas.

La visita de los grandes establecimientos con 600 alumnas la consolaba grandemente. Las maestras trabajaban muy bien, las alumnas estudiaban con mucha aplicación y se dejaban guiar con buena voluntad en el campo religioso. ¡Cuánto bien se les hacía! y con qué bendición pasaba la influencia, del Instituto a las familias. De la enseñanza que dan las Hermanas depende en gran parte la formación cristiana de la pequeña y viva ciudad fronteriza, y el bienestar de los hogares; aquí se educan espiritual y cristianamente las futuras esposas y madres. En todas las casas que visitaba, la Madre Caridad examinaba especialmente la capilla, en la cual quería ver todo limpio y bonito. Para Jesús nada es demasiado. También en los ornamentos aunque sencillos, debemos ser generosas.

En este país de eterna primavera, siempre tenemos flores frescas para adornar el altar. Para adquirirlas no debemos escatimar nada.

De Ipiales viajó la Madre Caridad a la cercana casa filial de Las Lajas. El pueblito está como pegado al filo de un abismo en cuya profundidad se oye la atronadora corriente del Guáitara. Un poco más abajo queda, como incrustada en la roca, una pequeña iglesia de peregrinación. Enormes arcos de ladrillos unen majestuosamente los extremos de un profundo abismo, y proporcionan así espacio para construir una gran iglesia.

Después de saludar a las Hermanas de esta casa, que

dirigen aquí una escuela, mantienen el orden del santuario y dan hospedaje a los peregrinos, la Madre Caridad baja al santuario. Profundamente recogida se arrodilla delante del altar de la Virgen que se encuentra pintada sobre una roca tal como se apareció en este lugar. Hacía mucho tiempo que deseaba visitar a la Virgen en este santuario. La Fundadora quiere hoy entregarse totalmente a la oración. Tiene muchas cosas que decir a la Madre de Dios; mucho que agradecer; mucho para pedir y mucho para meditar y alabar.

Ella era un alma profundamente mariana. A la mayor parte de las fundaciones que hizo les dio el nombre de María bajo alguna de sus advocaciones, y las puso bajo la protección de la Reina del cielo: La antigua Casa Madre en Túquerres tenía el nombre de "Perpetuo Socorro"; la casa filial de Pupiales, "Inmaculada Concepción" y la de Ipiales, "Nuestra Señora de Las Lajas", para nombrar solamente algunas de la altiplanicie.

Al fin terminó la anciana Madre su oración. Ahora tenía que dedicarse a sus hijas espirituales.

Al día siguiente muy de mañana, después de la Santa Misa, con profunda emoción se despidió del santuario que tal vez nunca volvería a ver. Salió de este abismo, subiendo las innumerables gradas, y partió en el automóvil hacia Ipiales pasando después por el puente natural de Rumichaca hacia el vecino país del Ecuador.

Horas y horas viajaban a lo largo de los solitarios caminos. La Madre Caridad iba con su pensamiento a los tiempos pasados. Recordaba su estadía en Chone con la Madre Bernarda y nuevamente revivió en espíritu

la salida de allá; el viaje a Colombia, la pobreza y las privaciones de los primeros años en Túquerres. Tenía presente delante de sí a Monseñor Schumacher, como pobre exiliado con sus compañeros de viaje, y sentía, como si fuera hoy, su dolorosa suerte.

Se acordó del Padre Herbrand. El obispo desterrado lo había nombrado capellán para su pequeño convento. Y si esa pequeña comunidad creció y se desarrolló, durante estos años, haciéndose un árbol grande, cuyas ramas se extendían por Colombia, Panamá, Estados Unidos y ahora de nuevo en el Ecuador, era fruto de su propio mérito. El fue un consejero prudente, un guía fuerte, un ejemplo vivo, un sacerdote íntegro. Vivía lo que enseñaba. Era de muy buen humor y por todas partes repartía alegría y bondad. Eximio pedagogo entendía cómo preparar a las Hermanas para el magisterio y para dirigir las escuelas y colegios; y de acuerdo con las exigencias del tiempo les daba las debidas orientaciones.

Con profundo agradecimiento pensaba la Madre Caridad en lo que fue el Padre Herbrand para ella y para su obra, como amigo paternal. Con dolor se acordó de aquel 29 de diciembre de 1925, en Pasto, cuando el abnegado misionero después de una corta enfermedad, entregó su alma a su Creador, rodeado de los sacerdotes que habían tenido que huir con él del Ecuador, y de varias Hermanas que lloraban su muerte.

Ahora entra a la misma región por donde el obispo Schumacher, en aquel tiempo viajó, con sus fieles compañeros, sufriendo angustias, y buscando donde ella un refugio seguro para dedicarse nuevamente al cuidado de las almas abandonadas.

En el viaje pasaron por la ciudad de Ibarra de la provincia de Imbabura. Qué alegría había tenido hacia un año cuando las primeras franciscanas viajaron a Mariano Acosta. El obispo Mosquera, de Ibarra, le pidió Hermanas y ella no se las pudo negar.

Para su llegada, los habitantes les prepararon una verdadera entrada triunfal. Muchos cabalgaron hasta Ibarra para recibirlas, y escoltarlas hasta su meta. En la última parte del camino, se veían, a los largo de varios kilómetros, arcos de triunfo que se extendían de trecho en trecho por el camino por donde pasaba la caravana. Cuando llegaron al pueblo repicaron las campanas, y por donde pasaban les arrojaban una lluvia de flores, cosa jamás experimentada por las franciscanas.

Los indígenas se sentían sumamente felices por la llegada de las Hermanas. Niños y niñas, señoritas y hombres se pusieron de rodillas a los largo del camino para recibir la bendición de las Hermanas y darles la bienvenida.

Mientras se entretenía con estos recuerdos, el carro llegó a Pimampiro y la Madre Caridad salió con su compañera. Desde aquí ya no podían seguir en carro. La plaza se llenó de indígenas que saludaban a la esperada visita con gran entusiasmo. Enseguida trajeron los caballos listos para montar, y les ayudaron a subir.

- Los caballos son buenos Reverenda Madre, le dice el guía, pero los caminos están horriblemente malos. Hace varias semanas que llueve sin interrupción, y lastimosamente también hoy las nubes anuncian un torrencial aguacero. La gente de aquí nos ayudará en

el camino de la mejor manera, pero será una cabalgata difícil para usted.

- Seguramente no peor que otros centenares de caminos que he recorrido. No se preocupen. Me siento todavía joven y fuerte. ¿Cuánto tardaremos para llegar a Mariano Acosta?
- Con buen tiempo cinco horas, Madre. Pero con el tiempo que hace hoy y por estos caminos tan resbalosos tardaremos probablemente unas ocho horas.
- No es tan grave, dijo sonriendo la anciana madre. Comenzando con buen ánimo ya se ha ganado la mitad del camino. ¡Adelante!

La caravana comienza a moverse. Tan pronto como salieron del pueblo se dieron cuenta de que la preocupación de la gente no era en vano. El camino en gran parte era puro lodo.

Cuatro indígenas iban delante del caballo de la anciana Madre. Ellos preparaban con sus picas el camino en las partes difíciles para que los caballos pudieran pasar con paso firme. Otros cuatro siempre estaban alrededor de la Madre Caridad. Cuando el caballo tenía serias dificultades para salir de las profundidades del lodo, los guías le ayudaban a salvar el obstáculo. Fue necesario extender sobre ella, un gran encauchado a manera de baldaquín, para protegerla contra la lluvia. En el semblante se les notaba cuánta era la preocupación y solicitud por la Madre. Pero ella no tomaba los peligros y dificultades tan trágicamente.

- Está bien, decía a su compañera, que yo tenga que pasar tantas dificultades en este camino, como seguramente las habrán pasado las Hermanas que he mandado por acá.

Avanzan una hora...dos...cinco...siete y ocho. Siempre con lluvia, cabalgando por ciénagas y lodazales, y pasando por huecos llenos de agua que salta en todas direcciones cuando los caballos introducen en ellos sus patas. Estos buscan con gran cuidado el lugar en el cual puedan poner sus cascos; tropiezan constantemente y tienen dificultad para salir del lodo a pesar de la ayuda que les prestan los indígenas.

Realmente es una aventura para una Hermana de casi ochenta años.

- Es una cabalgata muy difícil, dice la Madre a su compañera. Por favor querida Hermana no diga nada en Pasto acerca de las dificultades que hemos pasado en este penoso viaje.

Sobre el inhóspito camino se extendieron numerosos arcos de triunfo adornados con frutos dulces y con hermosas flores, como si quisieran recompensar en algo a las viajeras por las dificultades de la cabalgata.

Por fin se ve a lo lejos un pueblo. Mucha gente de allá viene en caravana a su encuentro. Al acercarse a la "Madre Grande", como ellos llaman a la Madre Caridad, hombres y mujeres lloran, al ver a la que consideran su más grande bienhechora, porque les ha "regalado" a las queridas Hermanas. Se sienten gratamente impresionados de que la Madre a su avanzada edad, con tan mal tiempo y espantosos caminos venga a visitarlos.

Se acerca la noche...bajo el ruido de la lluvia y al toque de las campanas, entra la Madre Fundadora al pueblo de Mariano Acosta. Toda la gente con gran júbilo estaba reunida en la plazuela para saludarla. A la mañana siguiente llegaron, a la Santa Misa, las alumnas acompañadas por sus padres; luego se juntaron todas en la casa de las Hermanas para dar la bienvenida a la querida Madre General.

Durante todo el día la gente va y viene, como si fuera un colmenar. De la montaña bajan los indígenas con sus canastas a la espalda llenas de regalos de toda clase: gallinas, huevos, conejos, cuyes, bananos y muchas otras cosas; también le ofrecen las más hermosas flores del campo y del jardín. Traen de todo para obsequiar a la "Gran Madre". Esta peregrinación continúa toda la semana en la cual la muy venerable Superiora General está en el querido pueblo. Ella hace preparar comida para toda esta gente y personalmente les sirve; además regala a sus visitantes rosarios y medallas.

Se da cuenta cómo los indígenas quieren y aprecian a las Hermanas. El amor que les tienen lo manifiestan con las visitas que les hacen casi cada domingo, y los numerosos regalos que les traen. La palabra de las religiosas significa para ellos más que la de los misioneros; la toman casi como palabra del Evangelio y tratan de cumplirla fielmente. Da gusto trabajar con ellos.

Por naturaleza los habitantes de esta región son muy amables, buenos trabajadores, pacíficos, alegres y amantes del progreso. Hablan el quechua, idioma de los incas, y sus vestidos de vistosos colores llaman la atención a los visitantes. Las mujeres y los jóvenes

llevan una especie de blusa con encaje y muchos adornos, un cinturón de lana y una bufanda de diversos colores, los hombros los cubren con un manto blanco. En la cabeza llevan un elegante sombrero de fieltro, y las manos y el cuello lo adornan con cadenas de oro.

Los hombres usan un largo pantalón blanco, y camisa blanca con cuello y puños, una capa corta y un sombrero como el de las mujeres. Grandes y pequeños, mayores y menores están siempre vestidos impeccablemente.

Las fiestas en Mariano Acosta se celebran siempre con gran entusiasmo. La de San Juan Bautista es la fiesta patronal. Los habitantes la celebran durante tres semanas. El día principal vienen desde las regiones más lejanas, con sus vestidos de gala, y traen regalos a las personas que más quieren. Desde que las Hermanas están en el pueblo, son ellas las que reciben la mayor parte de los regalos de la fiesta. Con orgullo afirman los padres de familia que sus religiosas son las mejores maestras de toda la provincia.

La región es pintoresca, rica en pequeñas lagunas y hermosos paisajes. A lo lejos se divisa la cumbre del Cayambe, cubierta de nieve.

El día que la Madre Caridad se despide se reúne todo el pueblo. Todos los nativos se arrodillan delante de ella para pedirle la bendición. Repetidas veces le agradecen por haberles enviado a las Hermanas que ellos tanto quieren.

La anciana Fundadora acepta este homenaje con la misma sencillez con que lo presentan los indios. Su

alegría es inmensa porque ve los frutos del trabajo de sus hijas, y que todavía la fe triunfa, aunque en el mundo existe tanta incredulidad.

Don Juan Manuel Terán, dirigente del pueblo, se puso a la disposición con veinte hombres para llevar a la Superiora, con todo cuidado en una silla de manos, hasta Pimampiro. Tenían miedo que a su avanzada edad y por caminos tan malos, una nueva cabalgata le hiciera daño. Los indios más distinguidos se disputaban el honor de cargar a su visitante.

Al ver llegar la caravana a la cumbre de la montaña, los habitantes del pueblo comenzaron a ejecutar maravillosas piezas con sus instrumentos musicales.

Así llegó la Madre Caridad a Pimampiro en donde la esperaba una multitud de gente. La llevaron a la casa cural; ella tenía que hacer un gran esfuerzo para no dejarse vencer por la emoción.

Agradeció efusivamente a los nativos por los trabajos que se habían impuesto por ella, y por el cariño que profesaban a sus hijas. Les prometió enviarles un recuerdo cuando llegara a Pasto, lo que cumplió realmente.

En Ibarra, otra casa filial en el Ecuador, la visitaron todos los sacerdotes de la ciudad. Ellos estaban admirados de la valentía que la anciana Madre mostró en su arriesgado viaje.

A los ojos de la Madre Caridad esto no significaba nada, como tampoco las grandes obras que ella realizó en su larga vida. Sencillamente consideraba todo esto como

simple cumplimiento de su deber. Decía a su compañera:

- Los sacrificios que tuvimos que hacer en este viaje no son nada comparados con tanto bien que por Cristo se está haciendo en este país.

¡Cómo debo agradecer al buen Dios por haberme permitido hacer la fundación en Mariano Acosta! Me siento sumamente feliz al ver que el santo nombre de Dios, es conocido y amado por el sacrificio de nuestras Hermanas

Sus hijas, que se quedaron en Mariano Acosta y en Ibarra, sintieron mucho la despedida porque presentían que no volverían a ver a su querida Madre.

HACIA EL ÚLTIMO VIAJE

Agosto 1940.

En la sala capitular de Pasto estaban reunidas las representantes de todas las casas filiales, para elegir a una nueva superiora general. La Madre Caridad, a sus 80 años, y muy enferma, ya no puede aceptar este oficio.

Bajo la presidencia del Señor Obispo, fue elegida la Hermana Aquilina Wernle de Herznach (Kt. Aargau), que desempeñaba el cargo de superiora en Colón (Panamá). La Madre Caridad se alegró mucho por esta elección.

Dios, en su bondad me ha escuchado, exclamó. Cuánto le he pedido que me conceda la vida hasta que la Congregación quede en manos de una buena superiora. Ahora el Señor me ha escuchado, y puedo morir tranquila porque sé que todo continuará bien.

Tan pronto como terminaron las formalidades propias del Capítulo se fue al coro; se dirigió al sitio de honor que ella hasta ese momento había ocupado y sacó todos los libros de uso personal. Lo hizo de una manera tan graciosa que se notaba el gusto que tenía de no ocupar más ese puesto.

Al compás de las últimas notas del Te Deum, entró la

nueva superiora general al coro. Enseguida se acercó la Madre Caridad, se arrodilló de primera delante de ella, besó el anillo de su mano, y le prometió obediencia y amor filial. Aunque su sucesora tenía 35 años menos, y había sido admitida al convento por ella, sin embargo le rindió el homenaje que le correspondía con la sencillez y humildad que le eran propios.

Este acto no fue como fuego en paja, sino que hasta su muerte le demostró su adhesión filial. La anciana Fundadora no se creía superior, sino que se comportaba como hija de la nueva madre. Aunque ésta por largo tiempo se ausentaba la Madre Caridad como vicaria le comunicaba todos los sucesos importantes; en las cosas más pequeñas le pedía consejo, y como cualquiera de las Hermanas pedía permiso para todo.

Así el 22 de enero de 1943, escribió: "Cuánto me alegro por su cercano onomástico, pero cuánta pena tengo de que no esté con nosotras en esta fiesta. Muy querida Madre Aquilina, le deseo todo bien, muchas gracias del Señor, consuelo del cielo en todas sus preocupaciones y dificultades que a usted no le faltan, y la ayuda de Dios en todo como hasta ahora la ha tenido. El amor a Dios haga de usted un segundo Cristo. El nos guíe en la fiel imitación del Señor para que en verdad aumentemos tanto en sabiduría y virtud como en la edad. Para lograr esto rezo siempre en primer lugar por usted y luego para que, a través de usted, muy querida Madre Aquilina lo conceda también a la Congregación.

Le agradezco de todo corazón el gran amor con que siempre se adelanta a mis deseos para hacer feliz mi ancianidad. Usted hace esto en un grado tal, que a

menudo tengo que decirme: no puedo hacer méritos para la eternidad, porque me mima demasiado. Perdóneme todo aquello con lo que la he hecho sufrir haciendo su cruz más pesada en vez de aliviarla. Esto sí me da mucha pena porque yo quisiera prepararle solamente alegrías y ser un consuelo para usted."

Unos días antes del 28 de diciembre de 1942, había escrito a la Madre Aquilina: "Le agradezco de todo corazón por la tarjeta de Navidad con el Niño Jesús que me envió, también por los buenos deseos, condescendencia y paciencia que tiene con mis faltas. Por todo su amor y bondad con que me hace siempre feliz. El buen Dios en cambio le recompense por todo esto en esta vida y en el cielo. En mi libro de meditación he conservado su estampa con el Niño Jesús y los buenos deseos para Navidad y Año Nuevo. Lo primero que pido a Jesús cada mañana, es que El la bendiga, consuele y ayude en todo."

Nuevamente estaba sentada la anciana Fundadora ante su escritorio. Ya hacía tiempo que sentía que sus fuerzas menguaban, y que la Hermana Muerte no estaba lejos.

De ella no tenía miedo, pero sí de que pudiera ofender a su Divino Esposo y así separarse de El. Tomó la pluma y escribió, con el alma abrasada de amor, una decidida protesta contra el pecado: "Mil veces prefiero la muerte que cometer la más mínima falta. Si a pesar de mi promesa cometiera una falta la confesaré sinceramente; haré cada confesión de tal manera como si fuera la última de mi vida. Pronto vendrá el Divino Esposo, mi preocupación será la de las vírgenes prudentes, mantener el aceite del amor divino en la lámpara."

Pero también a sus hijas espirituales tenía que darles algunos consejos saludables. Así nuevamente tomó la pluma y escribió para ellas:

“Pronto tengo que despedirme de ustedes. Les ruego que no dejen las buenas obras que tiene la Congregación en sus manos. Den limosnas. Tengan mucha caridad para con los pobres, y un amor grande entre ustedes. Sean siempre sumisas a los obispos y sacerdotes como representantes de Cristo. Sean siempre buenas con la autoridad civil y obedezcan sus mandatos en todo cuanto no sea contrario a la ley de Dios. Cada una de ustedes trabaje lo mejor que pueda para que la Congregación marche en primera línea. En su progreso y desarrollo no tengan otra mira que la gloria de Dios y la exaltación de su Santa Iglesia.”

La Madre Caridad puso la pluma al lado y volvió a leer lo que había escrito, se levantó y se dijo a sí misma: Por hoy he terminado la correspondencia; ahora no hay Hermanas que reclamen mi presencia en este lugar, ¡gracias a Dios! entonces puedo irme otra vez donde mi querido Jesús. Caminando con dificultad, pero con alegría, salió de su cuarto para ir a la capilla del convento. Ese era su sitio preferido.

Como alma Eucarística siempre tenía gran satisfacción cuando podía ir a rezar, y desde que el Santísimo estaba expuesto en la custodia aumentó su celo por la oración. Ella era la más fiel custodia de la Santa Hostia. Oficialmente estaba en la hora de adoración cada mañana de 7 a 8, siendo fiel a ella hasta su muerte. A las 8 en lugar de ir a su cuarto se quedaba en el coro en donde permanecía en íntima y amorosa adoración. Luego iba al comedor

para tomar un pequeño refrigerio. Cuando su presencia en la oficina no era necesaria, volvía de nuevo a ese lugar desde donde contemplaba al amado de su corazón y El a ella.

Tenía tanto por qué orar! Oraba en primer lugar por toda su Congregación y por cada una de sus Hijas. Así como una madre desea tener el más hermoso y el mejor de los hijos, así en sentido espiritual era su deseo, con respecto a su Congregación. Oraba sin interrupción para que no se perdiera ninguna de sus hijas, sino que continuamente crecieran en santidad.

Su corazón estaba lleno de celo apostólico. Oraba y sufría por todos los hombres; y deseaba poder ayudar en todo con su oración. Su anhelo más ferviente era ganar innumerables almas para el cielo. A menudo decía a sus Hermanas:

- Hemos sido escogidas para salvar miles y miles de almas con nuestra oración, trabajos y sacrificios. Oremos especialmente por el Santo Padre, por los obispos y sacerdotes, por la conversión de los paganos y pecadores; por la Iglesia perseguida, por la juventud que está en peligro, por la paz del mundo y por la extensión del Reino de Dios en toda la tierra.

Después de la adoración al Santísimo, se la veía ante el altar de la Virgen Dolorosa. Allí se refugiaba a menudo cuando tenía alguna pena que afligía su corazón y unía sus sufrimientos con los de la Madre Santísima en el calvario. Era para ella un gran consuelo contemplar la imagen de la Reina de los Dolores. Quien se encontraba después con la Fundadora veía en sus mejillas huellas

de las lágrimas que había derramado, y que delataban sus profundos pesares.

María Santísima era para la Madre Caridad durante toda su vida su consuelo y tenía siempre para ella una tierna devoción, que procuraba extender sobre todo entre sus hijas y alumnas. El santo rosario era su más poderosa arma en luchas y preocupaciones; su remedio en las tristezas y su compañero inseparable en su paso por la vida.

- Querida Madre, su estado de salud no es nada bueno, le dice la enfermera que la ve salir con dificultad de la capilla. Usted debe cuidarse y descansar mucho. Es demasiado pasar varias horas en la capilla, y estar allí una, dos y tres horas orando durante la noche. Ahora necesita más reposo.

Otras Hermanas que pasaban insistieron con súplicas que se cuidara más. Pero ella les contestó:

- ¿Qué hago entonces? Dormir no puedo; por lo menos déjenme rezar. Tengo gran anhelo de estar con Jesús.
- Recuéstese siquiera una hora, suplicó la enfermera.

Acompañó a la anciana Madre a su cuarto y le dio un resconstituyente.

- Dios le pague, el buen Dios le recompense mil veces. En el cielo oraré por usted, y si no llego muy ligero allá lo hago desde el purgatorio. Perdone que la molesto tanto.

- ¡Oh Madre! estoy muy apenada. Usted me agradece a mí y a todas las que le hacen algo, por el más pequeño servicio, por la más pequeña atención. Nunca en mi vida he encontrado tanta gratitud como usted lo demuestra. Para nosotros es una gran alegría poder ayudarle un poco. Lo que hacemos por usted no es nada en comparación de los grandes sacrificios que usted ha soportado por nosotras.

Al ver lágrimas en sus mejillas la enfermera le pregunta:

- ¿Por qué su tristeza Madre? ¿Tiene usted alguna preocupación? ¿Puedo ayudarle en algo?
- No querida Hermana Praxedes. Gracias. Yo estaba pensando en la Madre Aquilina. Con qué gusto quisiera ayudarle en los grandes trabajos por la Congregación, pero soy anciana, débil e inútil; no puedo hacer nada por ella. Por eso he ofrecido al buen Dios lo último que tengo: mi vida. Esta la quiero ofrecer para que El ayude a la buena Madre Aquilina en sus trabajos y en sus empresas.
- ¿Y si el buen Dios le toma la palabra? entonces...
- Entonces yo muero como víctima de amor y de la obediencia. Pero todavía tengo un deseo.
- ¿Cuál es?
- Yo quisiera ver otra vez a nuestra querida Superiora General antes de morir, ya hace varias semanas está de viaje por las visitas canónicas. ¡La quiero tanto!

de las lágrimas que había derramado, y que delataban sus profundos pesares.

María Santísima era para la Madre Caridad durante toda su vida su consuelo y tenía siempre para ella una tierna devoción, que procuraba extender sobre todo entre sus hijas y alumnas. El santo rosario era su más poderosa arma en luchas y preocupaciones; su remedio en las tristezas y su compañero inseparable en su paso por la vida.

- Querida Madre, su estado de salud no es nada bueno, le dice la enfermera que la ve salir con dificultad de la capilla. Usted debe cuidarse y descansar mucho. Es demasiado pasar varias horas en la capilla, y estar allí una, dos y tres horas orando durante la noche. Ahora necesita más reposo.

Otras Hermanas que pasaban insistieron con súplicas que se cuidara más. Pero ella les contestó:

- ¿Qué hago entonces? Dormir no puedo; por lo menos déjenme rezar. Tengo gran anhelo de estar con Jesús.
- Recuéstese siquiera una hora, suplicó la enfermera.

Acompañó a la anciana Madre a su cuarto y le dio un resconstituyente.

- Dios le pague, el buen Dios le recompense mil veces. En el cielo oraré por usted, y si no llego muy ligero allá lo hago desde el purgatorio. Perdone que la molesto tanto.

- ¡Oh Madre! estoy muy apenada. Usted me agradece a mí y a todas las que le hacen algo, por el más pequeño servicio, por la más pequeña atención. Nunca en mi vida he encontrado tanta gratitud como usted lo demuestra. Para nosotros es una gran alegría poder ayudarle un poco. Lo que hacemos por usted no es nada en comparación de los grandes sacrificios que usted ha soportado por nosotras.

Al ver lágrimas en sus mejillas la enfermera le pregunta:

- ¿Por qué su tristeza Madre? ¿Tiene usted alguna preocupación? ¿Puedo ayudarle en algo?
- No querida Hermana Praxedes. Gracias. Yo estaba pensando en la Madre Aquilina. Con qué gusto quisiera ayudarle en los grandes trabajos por la Congregación, pero soy anciana, débil e inútil; no puedo hacer nada por ella. Por eso he ofrecido al buen Dios lo último que tengo: mi vida. Esta la quiero ofrecer para que El ayude a la buena Madre Aquilina en sus trabajos y en sus empresas.
- ¿Y si el buen Dios le toma la palabra? entonces...
- Entonces yo muero como víctima de amor y de la obediencia. Pero todavía tengo un deseo.
- ¿Cuál es?
- Yo quisiera ver otra vez a nuestra querida Superiora General antes de morir, ya hace varias semanas está de viaje por las visitas canónicas. ¡La quiero tanto!

La enfermera enjugó las lágrimas de sus ojos y exclamó:

- Las Hermanas consejeras han escrito a todas las casas donde ella se encuentra, con la súplica insistente de que regrese cuanto antes. Pero, parece que no la localizan en ninguna parte. En cambio de las casas de Panamá llegaron cables. Las Hermanas de allá preguntan por su salud.
- ¡Oh, no! Que no gasten tanta plata por mí. Mañana yo les voy a escribir, para que no lo hagan.

Al día siguiente estaba la Madre Caridad otra vez sentada en su escritorio dirigiéndose a todas las casas filiales de Panamá:

Pasto 26 de febrero de 1943

“Reverendas y queridas Hermanas:

Es muy bonito de parte de ustedes que, hasta por cable, pregunten por mi salud; en adelante no lo hagan más. Yo estoy bien, y si el buen Dios me quiere llevar pronto que se haga su santa Voluntad. Les agradezco su cariño, con emoción pienso en tanto amor como me demuestran. Cómo se han preocupado ustedes y otras Hermanas, para nombrar sólo un detalle, en la última fiesta de la Santísima Virgen, proporcionándome alegría en mis sesenta años de profesión.

Pronto estaremos en una gran fiesta: el 31 de marzo. Dentro de un mes se conmemoran los cincuenta años de la fundación del pequeño convento, en Túquerres. Medio siglo lleno de bendiciones de Dios por el incansable

trabajo de las Hermanas, cuyo número asciende hoy a 500, la insignificante ramita de nuestra congregación, creció y se convirtió en un gran árbol. Nunca podremos agradecer a Dios suficientemente tanta bendición.

No sé si yo alcanzo este gran día jubilar para el cual se están preparando esmeradamente. Me encomiendo en sus oraciones y les prometo las mías. Ante todo procuren trabajar constantemente para alcanzar la santidad.

En el Divino Jesús y su amada Madre las saluda y bendice su anciana,

Madre Caridad."

Después de cerrar las cartas y entregarlas, la anciana Madre entró con dificultad al coro y se quedó durante varias horas rezando ante el Santísimo. Ella presentía que no iba a llegar a la celebración de las Bodas de Oro de su Congregación.

Por la tarde estaba entre sus Hermanas, quienes escuchaban atentamente la lectura espiritual dirigida por ella. Nadie pensaba que era la última.

Al salir de la sala se sentía agotada. El médico vino y le prescribió total descanso. La anciana Madre, obediente a este mandato, se quedó en cama, al día siguiente.

Era el sábado 27 de febrero de 1943. Las Hermanas adornaron hermosamente su cuarto; cubrieron con un mantel de lino blanco una mesita y colocaron encima de ella un crucifijo entre dos velas y flores.

Se oye tocar suavemente una campanita; el sacerdote llega con el Santísimo. Levanta la blanca Hostia y dice: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Jesús entra en el alma de su fiel esposa, que antes se había purificado mediante la confesión. Nadie pensaba que era la última comunión.

Pasó muy bien el día. El estado de salud de la anciana Madre, no causaba preocupación, se esperaba que se mejoraría pronto y podría asistir a la gran fiesta jubilar de la Congregación.

A las tres de la tarde vino una Hermana del Liceo de La Merced, para visitar a la Madre. Las dos conversaban sobre la fundación que habían solicitado desde el Ecuador. Animadamente recordaban fundaciones de otras filiales y se oía su sonora y alegre risa.

La Hermana que la visitaba recibió la bendición para ella y para las Hermanas del Liceo de La Merced; se despidió de la Madre y salió después de darle una última mirada. La Madre Caridad se quedó sola.

Pocos momentos después entró la enfermera a su cuarto para darle la medicina. De repente se incorporó la enferma en la cama y dijo:

- ¡Jesús me muero!... A esta exclamación siguieron unos suspiros.

De todas partes corrieron sus hijas espirituales, y desconsoladas se arrodillaron al pie de la cama de la moribunda. El capellán del convento, Doctor Hatzer, aplicó a la moribunda los Santos óleos y le dio la

absolución general. Rezó las oraciones de los moribundos: "Sal alma cristiana de este mundo..."

Los ojos de la enferma se apagaron sin agonía, y en los brazos de Dios se quedó dormida en paz, para entrar a la feliz eternidad.

Cuando llegaron las Hermanas del Liceo de La Merced, que queda a diez minutos de distancia, encontraron a su muy amada Madre, muerta. Estaba sobre la almohada con la cabeza levemente inclinada. La posición de la mano derecha, era como si quisiera decir: Todo por amor a Dios y como El lo quiere. Una paz indescriptible se dibujaba en su semblante, como la de un viajero que después de un largo y pesado viaje, descansa al llegar a la meta.

A las Hermanas les parecía que la Madre las veía a su lado llorando amargamente, y que abriría los labios para decirles su última palabra. Besaban su mano que había hecho tanto por ellas, y sentían como si estuvieran ante una santa.

El reloj daba las cuatro y media.

Durante tres días estuvo la difunta en su lecho mortuorio situado en la sala, al lado de la capilla de la Adoración Perpetua. El Señor Obispo celebró la Santa Misa y concedió permiso a los sacerdotes para que, en el lugar donde se encontraba el féretro, se oficiara el Santo Sacrificio. Numerosos sacerdotes lo ofrecieron por el eterno descanso de la querida difunta.

Apenas se conoció en Pasto, la noticia de la muerte de



Funeral de la Madre Caridad. Febrero 27 de 1943.

la Madre Caridad, todos los habitantes de la ciudad se conmovieron. Comenzó una peregrinación hacia Maridíaz: canónigos, sacerdotes, religiosos, ricos y pobres, vinieron para ver por última vez a la querida Madre. Era un continuo llegar y salir de jóvenes y mayores. Los visitantes tocaban en el cuerpo de la difunta sus rosarios, medallas, flores, algodón y otros objetos para llevarlos a su casa como preciosa reliquia.

Cada mañana cubrían el ataúd con flores y coronas que el pueblo traía en abundancia, pero por la noche no había nada de todo esto, porque los visitantes quitaban las flores y las hojas para tocar a la difunta y llevárselo como un gran tesoro.

Sus hijas espirituales, inconsolables, la acompañaban permanentemente y ofrecían por ella fervorosas oraciones.

¿Quién podría describir el dolor que sintió, la superiora general, Madre Aquilina, cuando el domingo a la una de la tarde, llegó consternada a la Casa Madre?

Desde Silvia, ella emprendió rápidamente viaje hacia Pasto, bajo torrencial e ininterrumpida lluvia. Grande era el anhelo que tenía de volver a verla, deseo que también manifestó repetidas veces la Madre Caridad. Pero Dios pidió el sacrificio completo. Por causas inexplicables no llegaron los telegramas de la Casa Madre a sus manos, ni tampoco llegaron las cartas y telegramas para la difunta.

El 2 de marzo, día martes, a las ocho de la mañana comenzó la larga procesión desde Maridíaz hacia la ciudad. Los canónigos llevaron, hasta la catedral, el

ataúd con los restos mortales de la gran Madre Suiza. Ella, que en su vida veneraba tanto a los sacerdotes y enseñaba a sus hijas santo respeto hacia ellos, estaba ahora rodeada de numerosos sacerdotes que acompañaban el cortejo fúnebre rezando y cantando salmos litúrgicos. La catedral estaba hermosamente adornada. El Obispo celebró misa pontifical, la cual fue cantada por el coro del seminario.

Después de la solemne Santa Misa, una innumerable multitud acompañó a la difunta hasta la Casa Madre, Maridíaz. Al lado del ataúd iba el numeroso clero; a continuación el seminario y el colegio de los capuchinos. Enseguida la Superiora General y su Consejo, todas las Hermanas de Pasto y de las casas filiales, y las novicias luciendo su velo blanco. Por último innumerables fieles y miles de alumnos y alumnas. Nunca hubiera soñado la humilde religiosa que se le tributaran tantos honores.

El Gobernador decretó que todas las escuelas y colegios de la ciudad debían acompañar el cortejo fúnebre de la difunta, amiga de la juventud y Madre de tantas escuelas.

Por todas partes se oía el rezo del rosario, los cantos fúnebres y la melancólica música. Se tenía la impresión de que no era un cortejo fúnebre sino más bien un desfile triunfal, el comienzo de la glorificación eterna. Todos los habitantes estaban en la calle, nadie se había quedado en la casa.

Ahora se detienen; el Padre, Doctor Manuel López, subió a una tarima y pronunció con religiosa unción la oración fúnebre.

Luego, el Doctor Vicente Andrade, pronunció unas palabras de agradecimiento en nombre de la ciudad, del departamento y del gobierno de toda la República de Colombia, a la insigne difunta, que por sus Hermanas maestras había hecho tanto bien a todo el país.

Delante de la Casa Madre, se acumuló la muchedumbre en el atrio de la capilla conventual. A poca distancia del Santísimo, cuya adoración fue su obra más hermosa, encontró la Madre Caridad su último lugar de descanso. Miles de Santas Misas fueron ofrecidas por quien en vida no se cansó de orar por las almas del purgatorio y ofrecer por ellas el Santo Sacrificio.

EXALTACION POSTUMA

En la sala capitular se reunieron las Hermanas. La Superiora General, expresó con sentidas palabras algunos rasgos de la virtuosa vida de la inolvidable Madre Fundadora.

La Madre Caridad se preocupó hasta la muerte de la doble tarea de su Congregación: la santificación de las Hermanas y la educación cristiana de la juventud.

Lo que impresionaba al verla no era la edad, que tranquilamente transcurría dejando una estela de luz en su camino, sino el alto grado de unión con Dios que había alcanzado, algo así como una madurez divina que hacía vislumbrar que la hora de la despedida para el viaje a la eternidad, no estaba lejos.

Yo siempre me edifiqué al ver la humildad y la obediencia de nuestra querida Madre Fundadora. Me sentía apenada cuando venía a mi cuarto para humillarse como la última de las Hermanas, y deseaba desaparecer ante su presencia, porque me sentía indigna de tal demostración de respeto y de servir de instrumento para estos actos de maravillosa virtud.

Con qué sencillez me pedía la bendición cada noche, cuando por su quebrantada salud tenía que retirarse antes que las demás Hermanas. Mi mano temblaba al

hacer la señal de la cruz en la frente de aquella que era tan rica en méritos.

Una vez ella dio una determinación que era contraria a una orden que yo había dado en forma de una petición. Cuando ella se dio cuenta se arrepintió tanto que vino a pedir perdón de rodillas sin que mi insistencia para que se levantara la hiciera cambiar de actitud.

Ella vivió continuamente con hambre de santificación. Sus apuntes espirituales, que hizo en tiempo de ejercicios, o en otras ocasiones importantes, me sirven a mí de edificante materia para mis meditaciones y conmovida los reflexiono delante de Jesús Sacramentado.

En su avanzada edad escribía: "Quiero obedecer como una niña, pedir permiso para todo, no disponer de nada, aprovechar todas las ocasiones para hacer actos de obediencia, prefiero morir que ser desobediente, o hacer lo más pequeño en contra de mi superiora a la cual tengo siempre gran respeto.

Estos propósitos fueron cumplidos por ella al pie de la letra. Por insondable designio de Dios fui constituida superiora de nuestra venerable Fundadora, y esto era para mí fuente de turbación espiritual, pero para ella lo era de incalificable práctica de la virtud. Nunca pensaba que su superiora general era más joven. Miró sencillamente la autoridad que Dios había puesto en ella. Me enseñó con su ejemplo como se humillan y obedecen los santos.

Aunque por su avanzada edad y sus muchos sufrimientos ya estaba agotada, su alma siempre se sentía joven. Hasta el fin de su vida conservó lúcida su memoria. Se

acordaba perfectamente de los lugares por donde había pasado una vez. También conocía muy bien a todas sus hijas espirituales: por su carácter, talento e inclinaciones; con alegría recordaba sus chistes. Conservó siempre inmensa gratitud hacia los bienhechores y amigos del convento.

Como una joven cumplió con gran celo la Santa Regla, y hasta lo último tomó parte en la vida comunitaria. Escribió una vez:

“Con la gracia de Dios cumpliré fielmente el orden del día y asistiré a todos los actos de la comunidad.”

Todas las Hermanas son testigos de que ella cumplió esto lo mejor que pudo, aunque en los últimos años tenía que arrastrar los pies con mucha dificultad, y andar apoyada en el brazo de una cohermana. En sus manos llevaba constantemente el rosario y siempre mantenía una sonrisa en sus labios.

Como el girasol busca el sol y de él recibe luz y vida, así ella, que era alma de oración, encontró en ésta, alegría y fortaleza. ¡Cuántas horas de rodillas pasaba la Madre Caridad al pie de Jesús Sacramentado! ¡Cuántas noches ante el tabernáculo! En el día y en la noche, en alegrías y sufrimientos, en éxitos y fracasos encontraba allí el lugar de su refugio. Lo fue especialmente en grandes necesidades: cuando en el convento sufrieron enfermedades, cuando estaba en peligro la vida de las maestras, cuando había dificultades en las escuelas o cuando tenía otras preocupaciones. Nunca la vi ir a la recreación sin tener el rosario en las manos y moviendo

sus labios en oración. Siempre se quedaba con sus Hermanas en el recreo el tiempo prescrito, y procuraba alegrarlas con su buen humor. Pero lo más importante en su vida, el elemento principal de su alma era siempre la oración, que le parecía tan necesaria como la respiración para el cuerpo.

También quería que las Hermanas fueran almas de oración. Por eso insistió tanto en la santificación del domingo, y para que la oración del Oficio Divino fuera digno y armónico.

Aunque hizo una obra grandiosa con la fundación de la Congregación y la creación de numerosas escuelas y colegios, ella se mantuvo siempre humilde. De sí misma no dejó nada escrito. Llevó una crónica fiel pero muy escueta de los principales acontecimientos, pero de sí misma no se encuentra ni una sola palabra aunque ella era siempre el centro de los mismos. En vano le pidieron las consejeras que escribiera algo sobre su vida. Sólo en obediencia tomó por fin un papel cualquiera y anotó:

“Hermana Caridad, Carolina Bräder, nació en Kaltbrunn Suiza. Sus padres se llamaban Sebastian Brader y Carolina Zahner...”

A continuación escribió unos pocos renglones sobre sus estudios, y daba por terminado el trabajo. El papel seguramente se le perdía.

Por las peticiones de las Hermanas y superioras, tomó una segunda hoja, parecida a la primera y comenzó de nuevo:

“Hermana Caridad, Carolina Brader, nació en Kaltbrunn...”

Así se tienen tres comienzos, pero cada vez solamente algunos renglones. Por eso sabemos muy poco de su juventud, y tendremos que renunciar a presentar su vida en forma cronológica.

Muchas congregaciones tienen para escribir sobre la vida de la fundadora como fuente principal su autobiografía. Hasta para el proceso de beatificación es ésta un importante fundamento. Nosotras pobres franciscanas, no tenemos nada de esto para presentar. Sólo nos queda el consuelo de que nuestra Fundadora era profundamente humilde, un alma grande que quería quedar pequeña delante de Dios y de los hombres. Hasta lo último luchó por alcanzar la virtud de la humildad.

Una vez escribió:

“Yo quiero ser olvidada, quiero imitar la vida de Jesús que vivió en la tierra como un hombre común. Como El quiero vivir y trabajar y luego desaparecer”.

En esta última palabra está expresado el grado más alto de su humildad. En el fondo de su corazón se tenía por la última, la inútil; no quería estar en contacto con la gente, sino permanecer escondida, dedicada al trabajo; hasta el fin de su vida remendó las medias de sus Hermanas. Escribía cartas a sus hijas espirituales, ayudaba a resolver los problemas de la Congregación o se quedaba en la capilla orando sin interrupción.

Se esforzó hasta lo último para conservar fidelidad a los compromisos de su profesión. Cada día hacia el propósito de guardar concienzudamente el silencio, de no hablar mal de nadie y de rechazar cualquier pensamiento que pudiera darle ocasión de faltar en este aspecto.

Al pie del crucifijo que estaba colgado sobre su cama grabó las palabras: "En Tí Señor espero, no sea yo confundida eternamente."

Confiar siempre firmemente en el Dios Todopoderoso fue el secreto de su vida y del éxito en sus obras. Así lo debemos hacer también nosotras. Ante todo confiemos en el Señor, y en que El haya llevado a nuestra querida Madre al cielo.

Después de que la Madre Aquilina les comentó acerca de otros rasgos de la vida de la amada Madre Fundadora, comunicó por telegrama la muerte de la Madre al Nuncio Apostólico de Bogotá, y a los muchos obispos de Colombia y de otros países en los cuales la difunta había hecho fundaciones.

Los Obispos tomaron parte en el dolor del convento. La carta del Vicario General de Pasto, doctor Rosero, decía:

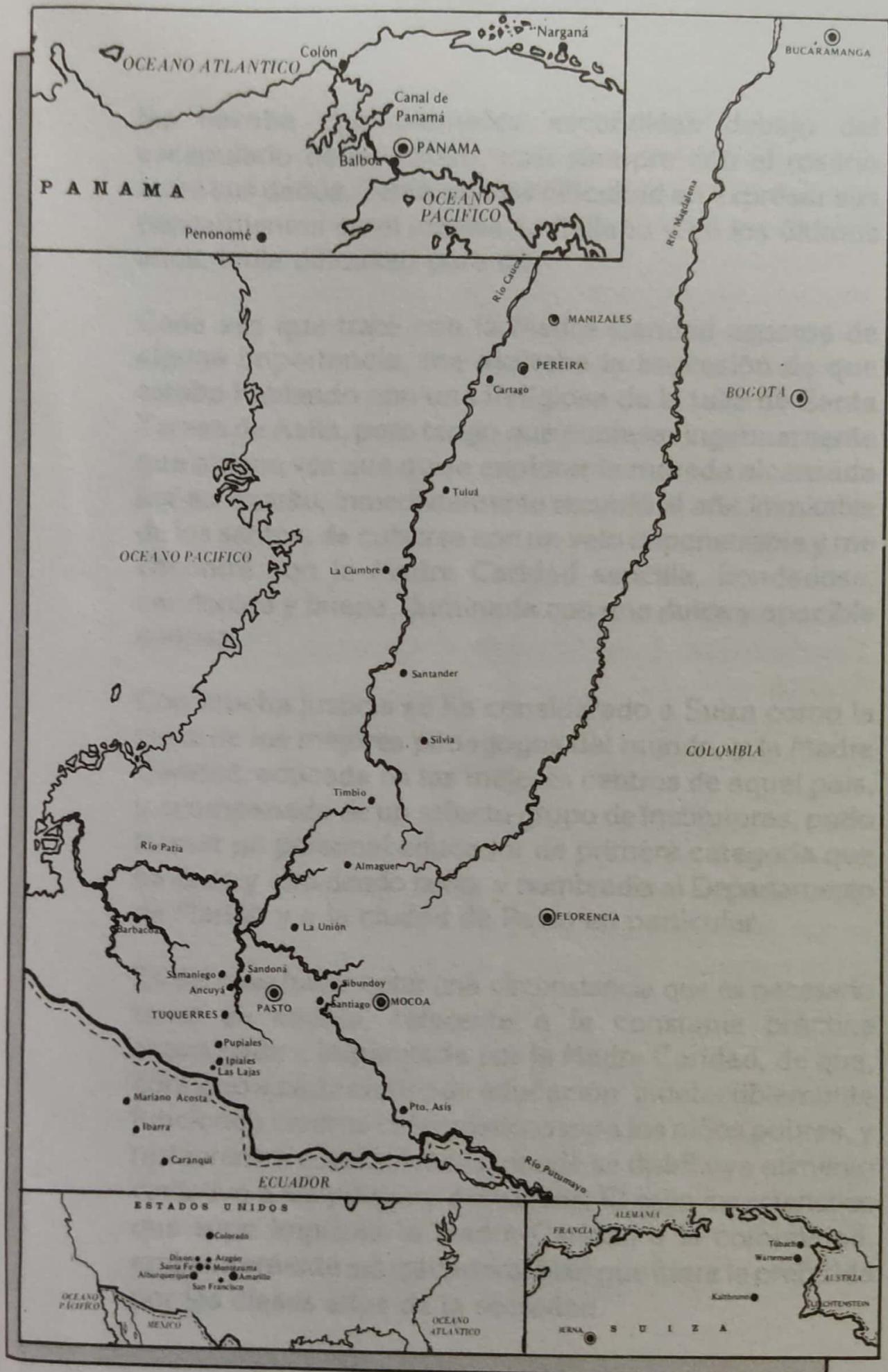
"La Madre Caridad era pobre, casta, mansa y humilde de corazón. La corona de rosas que pusieron sobre su frente, al cumplir los sesenta años de vida religiosa, nunca se marchitó. En su corazón tenía siempre un ramillete de frescos y blancos lirios que exhalaban una

delicada fragancia. Su alma estaba siempre penetrada del espíritu del Seráfico Padre San Francisco. Toda su vida la consagró a su esposo Jesucristo, para amarlo y servirlo. La Madre Caridad entró tranquila, alegre y sonriente a la eternidad. Convencida de que en la puerta del cielo podría escuchar las palabras: "Ven esposa de Cristo a recibir la corona que el Señor te tiene preparada para toda la eternidad."

A pesar de su muerte la Madre Caridad, más que antes, queda muy cerca de las casas que ella fundó. Ella continúa acompañando y dirigiendo las 504 Hermanas que forman actualmente la familia franciscana fundada por ella; sigue tutelando los 19 colegios, las 20 escuelas primarias y los dos Asilos para la educación y formación de la mujer que actualmente, con tanto acierto, dirigen sus hijas.

Tuve la suerte de conocer a la Madre Caridad en Pasto, el año 1906 con ocasión de haber sido nombrado confesor ordinario de la Comunidad de las Franciscanas en Pasto, y capellán del Liceo de la Merced. Tal como la recuerdo de esa remota fecha, la encontré pocos meses antes de morir. Porque la Madre Caridad no envejecía, ni corporal ni espiritualmente. Siempre igual, siempre vigorosa, siempre con el candor y la inocencia de una niña, con su mente despejada y aguda, con su corazón franco, sincero y siempre abierto como un lago inmenso de bondad.

Era la Madre Caridad de mediana estatura, frente ancha y espaciosa, rostro casi circular y muy encarnado, ojos de color azul claro, algo pequeños pero expresivos, vivos y penetrantes, sus manos eran llenas y pequeñas,



Fundaciones efectuadas por la Madre Caridad

las llevaba continuamente escondidas debajo del escapulario de su hábito, casi siempre con el rosario entre sus dedos. Tenía alguna dificultad en expresar sus pensamientos en el idioma castellano y en los últimos años, tenía dificultad para oír.

Cada vez que traté con la Madre Caridad asuntos de alguna importancia, me asaltaba la impresión de que estaba hablando con una Religiosa de la talla de Santa Teresa de Avila, pero tengo que confesar ingenuamente que alguna vez que quise explorar la morada alcanzada por su espíritu, inmediatamente recurrió al arte inimitable de los santos, de cubrirse con un velo impenetrable y me encontré con la Madre Caridad sencilla, bondadosa, candorosa y buena, iluminada con una dulce y apacible sonrisa.

Con mucha justicia se ha considerado a Suiza como la cuna de los mejores pedagogos del mundo, y la Madre Caridad, educada en los mejores centros de aquel país, y acompañada de un selecto grupo de Institutoras, pudo formar un personal educador de primera categoría que ha dado y está dando honor y nombradía al Departamento de Nariño y a la ciudad de Pasto en particular.

Es del caso hacer notar una circunstancia que es necesario tener en cuenta, referente a la constante práctica aconsejada e implantada por la Madre Caridad, de que, contiguo a cada centro de educación, indefectiblemente funcionen centros catequísticos para los niños pobres, y restaurantes económicos en donde se distribuya alimento caritativo a los pobres y desvalidos. El sello característico que supo imprimir la Madre Caridad a la comunidad, eminentemente educadora, hizo que fuera la preferida por las clases altas de la sociedad.

Muchas veces me he preguntado: ¿De dónde sacaba la Madre Caridad esa admirable fortaleza para acometer y llevar a cabo tantas empresas para la gloria de Dios y bien de las almas?... ¿De qué mina extraía los caudales necesarios para tan valiosas obras?... ¿cuál era su secreto? No encuentro otra respuesta que la siguiente: Porque su alma estaba siempre en unión con Dios; porque constantemente estuvo durante su vida a los pies de su Divino Esposo Jesucristo. Así se explica también la obra más hermosa, la más fecunda en bienes y la más querida de su corazón: la Adoración Perpetua, diurna y nocturna, de nuestro Amo Sacramentado en la Capilla de Maridíaz."

Unos días más tarde llegó una carta a Pasto del Excelentísimo Luis Andrade Valderrama, Obispo de Bogotá.

El Obispo escribe:

“En la Madre Caridad tenemos un alma totalmente enamorada del Evangelio, como digna hija del Padre San Francisco de Asís a quien muy de cerca se propuso imitar. No puedo olvidar la impresión que tuve al conocer a tan ejemplar religiosa, ya anciana y llena de méritos, a la que tanto había hecho en nuestra patria por la educación cristiana de la juventud. Su alma, siempre en la juvenil complacencia de los que viven para la eternidad, se asomaba al semblante aureolado por el reflejo de una inalterable bondad, de la heróica bondad de los santos olvidados de sí mismos por pensar solamente en sacrificarse por el bien de los demás.

Al ver de cerca esta fervorosa religiosa y superiora

ejemplar, y al oír de sus labios profundas sentencias espirituales, bien se podía adivinar la perfección de su alma llena de los tesoros de méritos que como en un relicario se encerraban en su corazón entregado a Dios desde la juventud e impulsado siempre a la conquista de los grandes ideales del Evangelio. Quiso el Señor enriquecerla así con cualidades de temperamento, de carácter y de dones de virtudes para hacerla el instrumento de muchos apostolados en nuestro continente, y para que fuera la Madre de muchas hijas que formadas en su espíritu continúan en Colombia la obra de la educación integral de la juventud femenina.

Cuantos tuvieron la oportunidad de conocer íntimamente a la Madre Caridad quedaron para siempre suavemente impresionados por los nobles sentimientos en que rebozaba su exquisita caridad con el prójimo, por su vida interior, por su conversación y trato. Sobresalió en su fervorosa devoción al Santísimo Sacramento y en las virtudes de la sencillez, rectitud, tolerancia, prudencia y energía, y por su arte habilísimo de manejar las tiernas almas infantiles y los fogosos corazones de la juventud."

Profundo reconocimiento contiene la carta de condolencia del Señor Arzobispo, Doctor Maíztegui de Panamá.

"Nacida la Madre Caridad, en Suiza, tierra de cumbres y de lagos, llevaba en su alma la transparencia de sus aguas azules y la grandeza de sus picachos altivos; transparencia de alma virgen y grandeza de corazón heróico.

Paloma blanca de los palomares del cielo pasó volando sobre tierras de Colombia, Ecuador, Panamá, Estados

Unidos, llevando a los corazones su mensaje de amor universal, su recado de verdad celeste, su pregón de la divina gloria.

Alma de lirio y corazón de rosa fue esparciendo por todas partes el "bonus odor Christi" llenando el mundo con los perfumes de su humildad, con el incienso de su oración y con los aromas de su penitencia.

Sus pies de Fundadora al pasar por la senda estrecha de la perfección, camino del calvario de la vida religiosa, fueron dejando huellas de amable virtud, de piedad unciosa, de fino trato, de carácter delicioso y fuerte, de santidad austera, graciosa y evangélica.

A ejemplo de María supo dedicar noches y días a la oración fervorosa, a la meditación profunda, a la rumia sosegada de las verdades eternas sin olvidar, a imitación de Martha, los quehaceres de la casa, del colegio, del recibidor, de la correspondencia epistolar y todo lo relacionado con la educación de la juventud.

Virgen prudente llevaba en su mano de lirio la lámpara de oro de su corazón, llena del aceite de las obras buenas y de las virtudes religiosas, empenachada con la llama de la fe, con el fuego de la caridad y con la luz de la esperanza.

Trabajadora incansable en la Viña del Padre de Familia supo cumplir, hasta el glorioso ocaso de sus 83 años, su tarea sobrenatural y su labor de cada día, con la dulce prontitud de quien llega a la hora de prima y la tesonera constancia de quien trabaja hasta la hora de nona.

Los que tuvimos la dicha de conocerla y de tratarla nos

gozamos en evocar ahora, para solaz propio y emulación ajena, su figura de ángel del bien, su silueta de religiosa ejemplar, su perfil de fundadora insigne.

Quiera el Dios tres veces santo aureolar su frente con la corona de la santidad en la tierra, como habrá coronado, según piadosamente creemos, su alma, con la aureola de la eterna felicidad en los cielos.

Estos son mis votos más fervientes.

En la lápida que está sobre su tumba en Maridáz, se lee:

“Nuestra Madre Fundadora en Dios descansa porque era:
del Santísimo custodia, de los pobres medianera
de la niñez protectora y de infieles misionera
como dueña de la gloria en el cielo nos espera.”

Su tumba hasta hoy está siempre rodeada de fieles que llegan, para presentarle sus diversas necesidades, y para pedirle auxilio en todas sus preocupaciones. Ellos confían que aquella que en la vida quiso ayudar a todos, también en el cielo, ante el Dios Altísimo, su amado Esposo siempre será, una solícita intercesora; y con ansia esperan la hora, en que la veneración de la Madre Caridad será también reconocida por la Iglesia porque la consideran una santa.

F U E N T E S

Como fuente principal para el presente libro, sirvió la obra en español: "La Madre Caridad -Apuntes para su biografía" Pasto 1944.

Después de la muerte de la Madre Caridad, muchas de sus hijas espirituales escribieron lo que observaron en su Fundadora, experimentaron en su vida o escucharon de sus labios, y varias de ellas pusieron lo que habían visto u oído a la disposición de la arriba mencionada biografía.

Otras fuentes fueron utilizadas:

- L.Dautzenberg: "Obispo Pedro Schumacher" (Pustet, Regensbur (1908)
- Padre Beda Mayer, O.Cap.: "Un alma víctima" - Madre Bernarda Büttler" (Seeverlag, St. Margrethen, 1939)
- Padre Beda Mayer, O.Cap.: "Escondido en Dios -La Reverenda Madre Bernarda" (1934)
- Padre Reinaldo Herbrand: "Una visita a los indígenas en la cordillera oriental de Colombia" (Herder, Freiburg, 1911)
- Hermana Gertrudis Hager: "Una misión Suiza donde

los indígenas de San Blas" (St. Pulus-Druckerei, Fribourg, 1933).

El autor del presente libro lo "Jinetes eran Mujeres" estuvo de capellán en la Casa Madre en Túquerres de 1921 a 1925, con la Madre Caridad y conoció personalmente la Congregación de aquel tiempo y todas sus fundaciones. Así, el vio personalmente mucho de lo que aquí escribe u oyó a testigos oculares, y pudo complementar muchas cosas por su propia experiencia.

La imagen que él describe de la Madre Caridad, no es una novela, corresponde totalmente a los acontecimientos históricos, aunque en la forma conserva el estilo propio del autor.

De acuerdo con el decreto del Papa Urbano VIII, se aclara aquí, que los escritos sobre las virtudes consignadas en este libro, tienen sólo credibilidad humana, y, se someten totalmente al juicio de la Iglesia.

El Autor

ÍNDICE

Presentación	3
Abismos, selvas y ciénagas	7
Al borde de la selva	21
Caimanes, tigres y una hechicera	32
A 3.100 metros sobre el nivel del mar	53
Una tempestad hace cambiar el rumbo	75
Lluvia de balas	92
La región bananera	111
Un día de nupcias	119
Nuevamente en la patria	133
Hacia los indígenas	153
Eso se llama tentar a Dios	171
Espíritus en la ciudad	190
Desterradas en una isla del océano	206
El samaritano misericordioso	217
Sacudidas por un terremoto	230
Transportada al séptimo cielo	249
Hermana siempre alegre	263
Noche interminable	277
La última aventura de la Madre Caridad	291
Hacia el último viaje	304
Exaltación póstuma	320

LOS JINETES ERAN MUJERES

Según concepto de expertos, La Madre Caridad Brader (1860-1943) oriunda de Kaltbrunn, cantón St.Gall, se perpetuará como una de las figuras más destacadas de la historia misionera contemporánea, sumándose a las filas de los grandes pioneros que Suiza a dado a las misiones en diferentes partes del mundo.

La vida y obra de esta misionera, fuerte en fe y en espíritu de sacrificio, se revelan al lector, como lo indica el bien escogido título, en una forma amena e interesante, casi novelesca.

La Madre Brader realizó, durante medio siglo, una imponente obra en Colombia, la cual impulsó e impregnó con una intensa y constante vida de unión con Dios, sus muchas fundaciones son ponderadas tanto por los gobiernos civiles como eclesiásticos.

Tributamos respeto sumo a tanto visión que tuvo hacia el futuro y tanto sentido para lo esencial, con el cual esta sencilla Franciscana gobernó su ampliamente extendida Congregación.

El relato de Monseñor Boxler, tan ágil y vivo, merece recomendación de obra documental. Activo misionero en Colombia durante varios años, conoció personalmente a la Madre Caridad y las fundaciones que ella hizo.

